

MARÍA ZARAGOZA

AVENIDA DE LA LUZ



Lectulandia

En 1955, Hermenegildo Pla desapareció sin dejar rastro mientras trabajaba en la Ciudad de la Luz, un proyecto arquitectónico en el subsuelo de Barcelona que debía ampliar la antigua Avenida de la Luz y que nunca llegó a inaugurarse. Diez años después, Herme reapareció como si no hubiera pasado nada y con la misma ropa con la que se había ido a trabajar aquella lejana mañana de 1955. Cuando explicó dónde había estado, nadie le creyó.

Cuando el abuelo Herme vuelve a desaparecer, las historias del excéntrico octogenario cobran un nuevo sentido para Pere, su nieto. El joven no dudará en contactar por Internet con Will, un estudiante inglés que busca compañeros de exploración urbana, con la intención de colarse en la zona.

Lectulandia

María Zaragoza

Avenida de la Luz

ePub r1.1

Titivillus 01.11.15

Título original: *Avenida de la Luz*
María Zaragoza, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mi abuela, que me dejó ver todas las
películas con tal de que comiera.*

*A Miguel Ángel, que me ha sufrido
a lo largo de toda esta historia.*

*A mi madre, que siempre me creyó digna
de cometer mis propios errores.*

*El mito de la ciudad sumergida,
a estas horas se vuelve real.
Estás solo, date cuenta, estás solo.
Avenida de la Luz, no me mires con piedad.*

LOQUILLO Y LOS TROGLODITAS

*Tis inhuman place
makes human monsters.*

STEPHEN KING

PRÓLOGO

A primera hora de esta mañana, los numerosos viajeros que esperaban para tomar el ferrocarril en la estación de la plaza de Cataluña han sido testigos de la aparición de un niño entre las vías. El muchacho, de unos diez años, caminaba cubierto de tierra y aparentemente desorientado, hasta que un hombre y una mujer consiguieron subirlo al andén. Debido al incidente, se ha suspendido la circulación de trenes en la línea seis durante buena parte de la mañana...

PRIMERA PARTE

MÁS OSCURO QUE LA NOCHE

(Marzo de 2012)

HERME PLA, EL INCANSABLE VIAJERO

Era el día elegido.

La chica pelirroja ya estaba allí, vestida de blanco de los pies a la cabeza. Unos minutos más tarde llegó un joven británico, que se quedó observando las arcadas sobre los andenes con una sonrisa en los labios. Sus ojos recorrieron la estación, mirando sin ver a las pocas personas que había en esos momentos. Una pareja de ancianos, una embarazada leyendo un libro, un hombre con una bicicleta, una muchacha sujetando la mano de un adolescente que permanecía oculto tras una columna. Pocos para ser un lugar tan frecuentado. Pere había dicho que no habría casi nadie a esas horas, y estaba en lo cierto.

Era el día elegido, el momento perfecto, y Pere llegaba tarde. A pesar de haber insistido tanto en la importancia de la puntualidad, llegaba tarde.

Pero no era el retraso lo que le preocupaba, sino el convencimiento de que debería haber dado media vuelta y regresado a casa, eso hubiera sido lo lógico. ¿Quién iba a pensar que su padre y su madrastra iban a tener un compromiso justo esa noche? Se lo habían dicho en la comida, y tal vez hubiera tenido tiempo de suspenderlo todo, pero la sola idea le avergonzó. Había puesto tanto empeño y entusiasmo que se sentía responsable del esfuerzo y la ilusión de los demás. Y después de haber hecho que los del grupo de Madrid se desplazaran hasta Barcelona, le pareció una falta de respeto.

Además, estaba el asunto del abuelo. Todo se había precipitado después de la desaparición del abuelo Hermenegildo.

Desde la muerte de su madre, apenas lo veía una vez al mes, y le resultaba inquietante la forma seria y taciturna que tenía de mirarlo con aquellos ojos azules que su madre había heredado y que él, a su vez, había heredado de su madre. A su padre no le gustaba demasiado el abuelo, pero consideraba una especie de obligación que el muchacho fuera a verlo, porque su vida estaba llena de deberes que nunca se cuestionaba, y lo llevaba a Mataró un domingo de cada cuatro. Solía discutir con la tía Águeda, la hermana de su madre, sobre la conveniencia de que el viejo chiflado se quedase a solas con un chico tan joven e impresionable, pero aun así lo llevaba.

El abuelo seguía viviendo en su propia casa y tenía un aspecto mucho más sano del que nunca tuvo su hija o tendría su nieto. Incluso más sano que el de la tía Águeda, que tenía la apariencia de una gallina clueca sobrealimentada y

prematuramente envejecida. El abuelo, con sus ochenta y siete años, arreglaba él mismo las averías y seguía entreteniéndose montando y desmontando toda clase de cacharros y aparatos eléctricos para revolver sus tripas o construir con ellos inventos nuevos que resultaban divertidos a la vista, pero que no solían servir para nada. Quizá por eso, o por su capacidad para fabular historias —sospechaba Pere que más por lo segundo—, el viejo siempre había tenido fama de chalado, y la tía Águeda hablaba de las manías de su padre con cierta vergüenza.

—Tu madre sí que me entendía, chaval. Era la pequeña, mi princesita. Ella sí sabía. A ella nunca tuve que mentirle —solía decir el abuelo a Pere cuando se quedaban a solas—. A todos los demás tuve que contarles la milonga de que me embarqué todo ese tiempo. ¿Qué otra cosa les podía decir? Me hubiesen tomado por loco si hubiera contado la verdad. Pero con tu madre sí que fui sincero, ella entendía.

El abuelo Herme se había ganado su fama de venático y volátil cuando desapareció durante diez años. Fue entre 1955 y 1965. Se volatilizó cuando trabajaba a pico y pala en un proyecto arquitectónico que nunca llegó a inaugurarse, y apareció un día en el puerto de Barcelona, diez años después, como si no hubiera pasado nada, con la misma ropa con la que se había ido a trabajar la mañana en que desapareció. Entretanto su padre había muerto de un ataque al corazón. Su madre se le abrazó llorando y dándole bofetones a la vez, como si no se decidiera entre quererlo u odiarlo. Él, muy tieso, con la apariencia de alguien a quien todo aquello le produjese una conmoción tremenda, fijó su vista en el periódico que descansaba sobre la mesa y perdió el conocimiento.

Estuvo una semana en cama y, al recuperarse, contó que se había embarcado diez años atrás con rumbo a China y otra serie de historias por el océano Índico y los mares del Sur, cada cual más aventurera y descabellada que la anterior. Se había ido sin decir nada a nadie con veinte años; había vuelto con treinta, y ni el tiempo ni la moda parecían haber transcurrido para él. La misma ropa sucia de los cincuenta y las mismas hechuras. Su madre solía decir que parecía que se le hubiese congelado el gesto en su ausencia, porque ni una mala arruga de expresión tenía. Ya entonces ostentaba una poderosa anatomía que ninguno de sus nietos ni sus hijas habían heredado.

—¿Qué iba a contar? ¿Cómo iba a decir la verdad sin que me tomasen por un trastornado? Antes te encerraban en un manicomio por menos de nada, ¿sabes?, y allí te daban manguerazos y *electroshocks*. No podía arriesgarme. Así que mentí. Me acordé de Marco Polo. Yo siempre había querido estudiar y me daba por leer cosas por si alguna vez tenía el dinero o la oportunidad de hacerlo, así que en alguna parte debí de leer que cuando Marco Polo se iba a morir, su familia quiso que confesase que las historias de sus viajes eran mentira. Y él dijo que no había contado ni la mitad. Ni la mitad, ya ves, así que yo me inventé la otra mitad para que no me tomasen por un chalado.

El abuelo se reía y Pere pensaba que en eso de que no lo tomaran por un chalado,

el abuelo no había tenido demasiado éxito. Quizá sólo con su madre, que siempre defendió que el abuelo era un hombre cabal con muchos secretos. Y era posible que el abuelo estuviera convencido de que ella era la única que lo entendía por la forma que tenía de justificarlo.

El abuelo confundía fechas y lugares cada vez con más frecuencia. Su nieto deducía que con los años y con el deterioro de su mente, que no el de su cuerpo porque seguía teniendo la fuerza de un mulo, el abuelo Herme se atribuía cosas que otros habían hecho o contado, cosas que había visto en películas o leído en libros, como propias y experimentadas por él. Incluso de vez en cuando suspiraba:

—Hermenegildo Pla, el aventurero. Si la gente supiera... pero no lo pueden saber.

Sí, eso decía el abuelo. Y también que le gustaría ver el futuro, que ya se sentía muy viejo y que no sabía cómo sería, que lamentaba perderse qué pasaría con el mundo en los siguientes años. Es posible que ésa fuera la razón por la que, cuando desapareció, Pere supo enseguida dónde buscar. Era el único, como antes había sido su madre, que creía al menos una parte de lo que contaba el abuelo. O al menos creía que el abuelo Herme se lo creía. Y con eso ya era suficiente.

El abuelo había desaparecido un martes, y él supo, o creyó saber, dónde estaba apenas veinticuatro horas después, cuando fue hasta Mataró para tratar de calmar el ataque de ansiedad de su tía. Y aunque no creía en Dios, casi rezó para poder llegar a tiempo.

No tardó mucho en encontrar la clave, entre los trastos del abuelo, como si lo hubiese estado esperando. Lo había visto muchas veces, en su marquito dorado envejecido, al lado de la foto en la que aparecía un grupo de hombres trajeados tras la maqueta de lo que debería haber sido la Ciudad de la Luz, pero nunca le había prestado mucha atención. Sin embargo, aquel miércoles, el mapita dibujado en un papel que amarilleaba cobró todo el sentido que no había tenido en los cuentos del abuelo.

Por supuesto, Pere había oído hablar de la Avenida de la Luz. Su padre recordaba la primera vez que lo habían llevado allí como uno de los grandes acontecimientos de su infancia, como si se tratara de la visita a un parque de atracciones. Pero no tenía ni idea de que el proyecto fuera mucho más amplio que una galería subterránea, ni de que se hubiera valorado la idea de construir bajo Barcelona toda una ciudad, la Ciudad de la Luz. Según los relatos del abuelo Herme, que solía acompañar de esquemas que el viejo realizaba a vuela pluma en su raído cuaderno de tapas azules, e incluso de mapas como el que conservaba enmarcado, la ciudad llegó a construirse, pero debido a una serie de acontecimientos fatales, nunca se inauguró. Solía decirle a él, sólo a él, como antes le había contado sólo a su madre, que estaba trabajando en esa ciudad subterránea cuando desapareció.

—Volví diez años después. Mi novia se había casado con otro, mi padre había fallecido, hasta habían inventado la minifalda, ¿entiendes? Las playas estaban llenas de extranjeras medio desnudas y unos melencidos ingleses vinieron a cantar a la plaza

de toros de Barcelona. El mundo tal y como yo lo conocía había muerto. Y la única explicación que hubieran entendido los demás es que estuviese muy lejos. Y era verdad, estaba lejos... tan lejos que era imposible regresar.

Hasta ese momento se le había escapado la verdadera razón por la que el abuelo Herme mentía sin cesar, por qué se había inventado toda una vida llena de aventuras imposibles. Pero ahora empezaban a cobrar sentido tantos relatos inverosímiles. Sólo deseaba no haber llegado a la conclusión demasiado tarde.

Con los datos que rastreó en internet fue fácil reconstruir la secuencia. La Avenida de la Luz había surgido como la primera galería comercial subterránea de Europa. En algún momento pensaron ampliarla pero, según la versión oficial, determinados vacíos legales y algunos problemas de licencias frustraron esos planes tras posponerlos varias veces. Poco más se podía encontrar de la Ciudad de la Luz, o como se hubiera llamado, en contraste con toda la información que existía sobre la Avenida de la Luz.

Sin embargo, a Pere no le interesaba la Avenida de la Luz, ya sabía bastante de ella. Su padre era un nostálgico de aquel sitio y a menudo hablaba sobre él, exageraba su época de esplendor y dramatizaba sus años de decadencia. Él quería saber de la Ciudad de la Luz que no se inauguró. Y casi todo el material que podía encontrarse estaba en los papeles del abuelo, así que ese mismo día se llevó consigo todo ese material sin ni siquiera pedirle permiso a su tía Águeda. Todo menos el cuaderno de tapas azules, que no logró encontrar.

Pere, que siempre había querido ser escritor, recreó el relato del abuelo con avidez, tomando notas y plasmándolas en bocetos y croquis, y aunque resultaba confusa y extravagante, cuanto más avanzaba, más le parecía que tenía algo de mágica y evocadora. No le hubiera sorprendido que Hermenegildo Pla mezclara en su cabeza las vivencias de entonces con las novelas de Julio Verne o Edgar Rice Burroughs que había leído en su infancia, y que luego le había leído a su madre para que ésta se las leyera a él. Porque a pesar de todos sus hallazgos, Pere seguía preguntándose si el abuelo no se lo habría inventado todo.

Incluso cuando internet le dio suficientes motivos para albergar una duda razonable, siguió pensando en la casualidad, en la sugestión, en ese deplorable exceso de imaginación que siempre había perseguido a su familia materna, y que su padre toleraba con gruñidos y malos modos.

Buscando más información sobre un lugar que parecía tan nebuloso e inasible como la mítica Atlántida, un tanto frustrado por el agujero negro que parecía haberse tragado todos los datos al respecto, encontró una foto antigua, en concreto del año 1955, que mostraba al grupo de ingenieros y albañiles que hicieron las primeras prospecciones para llevar a cabo la ampliación de la galería comercial. Y en esa imagen, al fondo, con la cabeza un tanto gacha, reconoció el gesto que él mismo hacía cuando veía una cámara, y se tropezó con los profundos ojos inquisitoriales del abuelo.

Supo de inmediato que era él, sin ningún género de dudas, porque tenía el mismo aspecto que exhibía en la fotografía de su boda con la abuela. Se le encogió el corazón, y tuvo un momento de excitación, un instante en el que todo cobraba sentido: supo que el relato del abuelo era cierto, o que al menos lo era en buena parte. O simplemente por unos segundos quiso creerlo y fue suficiente. Es curioso cómo pasan a veces las cosas.

Basta un instante de sorpresa o de iluminación para que la vida cambie por completo.

LAS DECISIONES DE PERE

A sus casi veinte años, Pere seguía conservando una capacidad que rozaba lo infantil para entusiasmarse ante hechos en apariencia intrascendentes.

Unos meses antes había descubierto un foro de exploración urbana en internet y el tema le había atraído de inmediato. Le sucedía de vez en cuando: oía hablar de un libro, una serie de televisión, un país, y al instante sentía la necesidad de saberlo todo.

Se había interesado por la exploración urbana a raíz de una fotografía en Instagram. En ella, un chico rubio y flaco con una espesa perilla pelirroja posaba arrogante delante de un grafiti. La foto llevaba un texto en inglés que indicaba el lugar donde había sido tomada: una fábrica abandonada cerca de Londres.

De repente todo le pareció interesante: el grafiti, la fábrica abandonada, Londres y sobre todo las siglas que lo precedían, unas siglas tan excitantes que, aunque estuvieran escritas en negro, en la cabeza de Pere aparecieron como un atractivo rótulo de neón: *Urbex*.

Se dedicó a rastrear esas siglas por toda la red. *Urban Exploration* sonaba tan bien. Vio fotos de Japón, Reino Unido y Austria. Incluso se hizo con un libro en inglés sobre el tema y encontró, volviendo sobre sus propios pasos, un foro de internet en castellano: el muchacho de la foto tenía un enlace en su Instagram. Al parecer, era un aficionado a colarse en sitios abandonados y fotografiarlos. William Brighton, «Will», veintitrés años, estudiante de arquitectura. Acababa de llegar de Inglaterra con una beca Erasmus y buscaba compañeros con los que formar un grupo de exploración urbana en Barcelona y sus alrededores.

Pere no podía creerlo. Sí, el chico de la fotografía vivía ahora en Barcelona, como él. Quizá habían coincidido en algún lugar, se habían cruzado por la calle, tomado una cerveza en la misma terraza. Pere sintió de inmediato un encandilamiento absurdo, la fascinación que uno siente por una estrella del rock o un deportista que acabara de batir un récord del mundo.

A Pere, de natural bastante tímido, le pasaba con frecuencia que lo invadiese una ola de admiración que no respondía a ningún motivo racional y que, si le hubieran preguntado, probablemente no hubiese sabido justificar. El tal Will le pareció la persona más intrépida sobre la faz de la Tierra. Si hubiera podido definir lo que sentía, tal vez habría dicho que quería ser como él, aunque supiera tan poco de su

persona. En cualquier caso, hubiese resultado bastante complicado, porque no tenían nada en común: Will era rubio, con ojos pequeños y oscuros, nariz larga y recta y perilla; Pere era moreno, ojos asustados y azules, la nariz femenina de su difunta madre, y no hubiese podido dejarse barba por mucho empeño que pusiera. Y a pesar de que la escasa corpulencia de ambos no resultaba a primera vista muy diferente, de William se hubiese podido decir que tenía una complexión delgada, mientras que Pere era simplemente un chaval flaco.

En cualquier caso, lo que más le fascinaba era esa promesa de que ahí fuera, en alguna parte insospechada de su propia ciudad, había un maravilloso mundo por conquistar. Un mundo en el que puede que él no se sintiera ni tan amenazado ni tan diferente. Un mundo donde existía la exploración urbana y donde quizá no tendría que avergonzarse por leer novelas de aventuras o amar el teatro griego. Un mundo al que pertenecían el abuelo y William Brighton.

Su padre nunca había entendido la afición de Pere por las novelitas de aventuras, y le parecía mucho más normal que leyese revistas de motos o de chicas en paños menores, así que él las compraba para dejarlas regadas por toda la habitación mientras escondía en la mesita o bajo la almohada sus verdaderas lecturas. De vez en cuando, su padre le recordaba que no dejase las revistas de chicas al alcance de su hermano, pero lo decía con un tono casi de orgullo.

—No es mi hermano —respondía Pere para darle más teatralidad, aunque no hiciera falta decir mucho más.

—Ya me entiendes, hijo.

Y Pere fingía ofenderse, aunque no fuera cierto. Quería al hijo de la mujer de su padre como si fuese el hermano que nunca tuvo o más, porque para cuando Xurxo llegó, a él le había dado tiempo a desearlo y a llegar a la conclusión de que no lo tendría nunca. Xurxo fue una maravillosa sorpresa. Un hermano sorpresa que estaba en el secreto de las revistas de motos y chicas, y a veces se sentaba con él en la cama a que le leyera historias de piratas y aventureros.

Vivían en Barcelona, una ciudad cosmopolita, llena de librerías y bibliotecas, pero seguían perteneciendo a una familia en la que los hombres tenían que ser hombres de verdad y hacer lo que hace un hombre de verdad, y no leer novelitas absurdas.

Lo de las novelitas lo había sacado Pere de su madre, a la que recordaba vagamente leyéndole capítulos de esas historias o relatándole fantásticos viajes que a ella le había contado a su vez el abuelo, y a la que también recordaba enferma y languideciendo hasta que murió, pálida y envejecida, después de una agonía final en la que no reconocía a nadie y lanzaba cosas a todo el que quisiera acercarse.

A lo largo de todos esos años, Pere había intentado olvidar cómo su madre se había convertido al final en una persona muy distinta a la que era. Había intentado olvidar que el tumor que se alojaba en su cerebro le había cambiado el humor, la había dejado ciega y, por último, le había quebrado la memoria antes de matarla.

Por eso prefería acordarse de ella leyéndole junto a la cama las aventuras de Ulises en la *Odisea* o el *Viaje al centro de la Tierra*, los relatos de Edgar Allan Poe o las historias de Edgar Rice Burroughs. Y también la recordaba con gusto contándole las historias fantásticas del abuelo Hermenegildo como si fueran verdades a reverenciar.

Casi nada más enterrarla, su padre, guardia de seguridad que peinaba bigote canoso y que nunca había sabido muy bien cómo dirigirse a su hijo, decidió que no podía quedarse llorándola y se dedicó a buscarle sustituta.

—Un hijo necesita una madre.

Eso aseguraba, aunque en realidad lo que quería decir es que necesitaba una mujer que se hiciera cargo de Pere, que supiera comunicarse con el niño, que lo cuidara, porque él era muy hombre y los hombres no sabían comunicarse con un niño ni hacerse cargo de él ni cuidarlo.

Pere tenía trece años cuando su padre se casó con Uxía, una gallega alta de piel pálida y caminar pesado, mucho más joven que él, y que había sido hacía cinco años madre soltera de un niño albino: Xurxo.

Quizá porque su padre se encontró de repente con lo que él hubiera llamado «dos hijos delicados y flojos», Pere sintió una simpatía inmediata por aquel niño de aspecto inquietante que estaba enfermo de forma permanente y que no podía ponerse al sol ni salir a la calle sin sus enormes gafas ahumadas. De alguna manera sintió que aquel niño era como él, pero de otra forma: Pere estaba atrapado en su mundo y Xurxo en su cuerpo.

El padre de Pere tenía algo en común con el que había sido su suegro, aunque jamás hubiera admitido semejante posibilidad ni bajo amenaza de tortura: la Avenida de la Luz. El padre era un apasionado del lugar y coleccionaba fotografías, recuerdos, recortes, afiches publicitarios, todo sobre el sitio que le había hecho soñar de niño con un lujo que terminó por ser refugio de yonquis y prostitutas. El padre había visto en el cine de la Avenida de la Luz su primera película, y jamás podría olvidarla, lo que le hacía despoticar constantemente sobre su transformación en cine porno primero y su cierre después.

—Pues dicen que para el año que viene quieren hacer una sala de exposiciones en el cine. Ya lo que faltaba, como si no hubiesen tenido bastante con ese *hall* horroroso.

Del proyecto de ciudad subterránea sólo se abrió al público la avenida comercial, que permaneció en activo medio siglo, de 1940 a 1990, aunque en los años setenta ya comenzaron a abandonarla a su suerte, y para los ochenta estaba llena de vagabundos y en un estado francamente deplorable. Al menos eso decía el padre de Pere cuando hablaba del lugar con una cierta melancolía.

—Aquello, en los cuarenta, recién estrenado, debía de ser impresionante, con esos pasillos iluminados, ese cine, esas columnas monumentales —decía su padre—. Ahora es una maldita tienda de cosméticos y han pintado las columnas como si fuera una casa de putas, sin tener ninguna consideración por los fantasmas que debe de

haber por allí.

Y aunque admitía que no había visto ninguno, creía en ellos como lo hacía la gente que no se reconocía supersticiosa: porque más valía creer que comprobar.

A Pere le llamaba la atención que su padre hablase con más melancolía de la Avenida de la Luz que de su madre muerta. En cualquier caso eso era mucho decir, porque nunca hablaba de su madre muerta. Era como si los lugares en que se habían invertido mucho dinero y muchos sueños mereciesen más su valoración que una esposa, que al final había resultado algo sustituible.

Tal vez fueran los románticos arrebatos que provocaba en su padre la Avenida de la Luz, en realidad los únicos arrebatos románticos que su padre llegaba a permitirse, o tal vez la obsesión de su abuelo con una ciudad subterránea que nadie había visitado porque nunca se había llegado a construir, o quién sabe si el recuerdo de viejas historias que su madre le había contado al pie de la cama y que Pere ya había olvidado, pero lo cierto fue que cuando en el foro de *Urbex* abierto por Will empezaron a plantearse un primer objetivo de exploración, pensó de inmediato en los planos y en las fotografías de la avenida comercial y lamentó que lo hubieran reconvertido en un *hall* de entrada al metro y en una perfumería. De haber sido unos años antes, quizá hubieran podido empezar por ahí. Por otro lado, tampoco parecía convencerles ninguna de las opciones que aportaban los participantes en el foro: la Torre Andreu, el palacio Sessa-Larrand, unas naves industriales abandonadas en Can Ricart... Pero ¿y si el abuelo tenía razón, y la ciudad nunca inaugurada existía?

Más tarde, Pere lamentaría todas las decisiones que le llevaron a compartir en el foro que su abuelo hablaba de una ciudad subterránea que había comenzado a construirse bajo Barcelona y que nunca llegó a abrirse al público. Una ciudad a cuyos restos se accedía a través de lo que había sido la antigua Avenida de la Luz, y a los que quizá no podría llegarse cuando las obras del cine se terminasen.

—Había un pasadizo que comenzaba detrás de la pantalla del cine y que llevaba a la parte donde empezamos las obras: un pasillo que se había habilitado para mantenimiento, ventilación, o alguna otra función similar, pero que conducía directamente a la parte que íbamos a ampliar —le había comentado el abuelo—. Después de lo que pasó, se tapiaron todos los accesos menos ése, no me preguntes por qué. Supongo que seguía siendo útil para lo mismo para lo que se hizo en su momento. ¿Te imaginas? Era como atravesar una película, como si traspasaras una pantalla mágica y aparecieras al otro lado, en un mundo distinto.

La respuesta de Will no se hizo esperar: estaba deseando ir a verlo y se preguntaba por qué nadie le había hablado de ese sitio antes. También estaba deseando dar órdenes e indicaciones. Había que formar un grupo, porque siempre cabía la posibilidad de que ocurriese un imprevisto y varias personas tendrían más opciones de afrontarlo con éxito. Había que llevar un buen equipo: linternas, cuerdas, agua y comida. Incluso no estaría de más ponerse un casco. Y cámaras fotográficas, por supuesto. La regla básica era la misma que para un safari por África: se miraba y

se fotografiaba, pero no se podía alterar nada. A Pere le hizo gracia esa consideración: las paredes y los escaparates, las columnas y la piedra del subterráneo, si es que en realidad había algo allí, tenían la misma importancia y la misma dignidad vital que un león al que no se podía fastidiar salvando a la gacela que iba a ser su merienda.

Ni veinte minutos más tarde se apuntó un muchacho que se llamaba Arturo y que vivía en Madrid. No tardó en entrar una chica que debía de ser su novia, o al menos aspirante a serlo, por la forma en que se comportaba. Su nombre era Bea y dijo que iría con una amiga. Finalmente, también se incorporó al grupo Adela, una muchacha algo siniestra que no paraba de interesarse por todas esas referencias a los fantasmas que contaba su padre.

A Pere le sorprendió que nadie más de Barcelona quisiera ir. Luego pensó que quizá uno siempre presta mucha más atención a las cosas que le pillan lejos que a las que tiene cerca, o a las que están debajo de sus propios pies, como en este caso. O tal vez los que vivían allí ni siquiera creían las leyendas que se contaban, y mucho menos iban a creer la historia de un abuelo chalado cuya última ocurrencia había sido ponerse a recorrer un subterráneo con casi noventa años.

De alguna forma, Pere también se sentía responsable de la desaparición del abuelo. A fin de cuentas, había sido él quien le había vuelto a hablar de la Ciudad de la Luz cuando buscaba impresionar a Will en el foro, quien le había acosado con preguntas sobre cómo se entraba allí y qué había dentro.

Con toda seguridad, el abuelo había echado mano de aquellos rollos de papel que eran como el mapa de un tesoro que su nieto nunca había sabido valorar y de su cuaderno de tapas azules con anotaciones, dibujos y croquis; y mientras le hablaba de aquel sitio y no dejaba de advertirle de lo peligroso que podría resultar, la Ciudad de la Luz volvió a tomar forma en su mente. Hablarle de aquellas galerías tal vez inexistentes fue como inocularle el virus de una enfermedad, y aunque al principio compartía con su nieto todos sus conocimientos y experiencias sobre aquella magnífica construcción, pronto se volvió obsesivo y huraño. Debió ser entonces cuando concibió su plan de fuga.

Cuando Pere ató cabos sobre dónde estaría el abuelo, no llamó a la policía ni a su tía. No avisó a su padre, no dijo nada. El grupo había quedado para explorar el subterráneo ese fin de semana porque era puente y no había clase en la facultad. El abuelo se les había adelantado y se había llevado consigo el cuaderno de tapas azules. Sin embargo, Pere consideró que no sería muy difícil dar con él, así que se limitó a comunicar a sus compañeros de viaje que, con toda probabilidad, el anciano estaría en el lugar que habían elegido para explorar, y que tendrían que rescatarlo también. Nadie protestó.

Era consciente de que debería haber avisado a la policía y no lo hizo, de que debería haberlo suspendido todo cuando su padre y su madrastra le dejaron a cargo de Xurxo, pero no lo hizo tampoco. Y cuando estaba ya en la calle tuvo la certeza de que

lo mejor sería dar media vuelta y volver a casa, aunque él mismo sabía que no lo iba a hacer.

Quizá temía hacer el ridículo en la comisaría con una historia sobre ciudades bajo tierra de las que nadie hablaba. Quizá por una vez quiso ser la estrella y pesaba más el deseo de impresionar a Will, de quedar bien con los demás, que la lógica y el sentido común. Ni siquiera había llamado a su tía cuando tuvo la sospecha de dónde podía encontrarse el abuelo, que hubiese sido lo más lógico. Quería vivir en su propia piel la aventura, fabricarla, tomar por una vez las riendas de la historia. Sentir que no se la estaban escribiendo los demás.

Llevaba a Xurxo de la mano y la manita blanca, demasiado pequeña para un niño de su edad, parecía temblar dentro de la suya.

—¿Seguro que no quieres volver a casa? —le preguntó una última vez, aunque sabía que ya no quedaba más remedio que llegar a la plaza de Cataluña y hacer lo que habían ido a hacer.

—Seguro. Estoy bien.

Continuaron caminando a pesar de que la cara del niño parecía decir lo contrario; es más, decía lo contrario. Pere lo conocía a la perfección y sabía que Xurxo haría lo posible para no defraudarlo, para impresionarlo como él mismo estaba haciendo todo aquello para impresionar a Will, el desconocido inglés de Instagram.

Cuando llegaron, Will estaba ya esperando en el andén y conversaba con una chica de pelo rojo y abrigo blanco, que se presentó como Adela.

—¿Y los demás?

—No tardarán —dijo ella.

Adela era una muchacha alta, de curvas marcadas, incluso podría decirse que atractiva en el sentido en que son atractivas las que quieren ser famosas y pasan por el quirófano para conseguirlo. Sin embargo, Pere tuvo enseguida la sensación de que el aspecto de Adela, aunque pareciese artificial, era así de nacimiento, ya que por lo que habían hablado en el foro, estaba mucho más interesada en lo místico que en su propio físico.

No aparentaba estar muy preparada para la aventura, pues iba vestida de blanco de los pies a la cabeza, incluida la mochila, cosa que Will pareció constatar con su mirada reprobatoria, y llevaba tantos amuletos, anillos con piedras y símbolos mágicos colgados, que parecía un tenderete de feria. Fue ella, y no Will como esperaba Pere, la primera en preguntar por Xurxo.

—¿Y este niño?

—Es el hijo de mi madrastra. No me he podido negar a hacer de niñera y ya era muy tarde para echarse atrás.

Pere notó enseguida cómo el calor le subía a las mejillas, y cuanto más se ruborizaba, más vergüenza le daba enrojecer y más rojo se ponía. No sólo iban a buscar a su abuelo loco, sino que llevaba a un niño colgado de la mano. No se atrevió a cruzar su mirada con la de William.

—¿Es...?

—Albino, sí, soy albino, señorita.

Xurxo se apresuró a darle la mano a Adela y después a Will. Este último se inclinó para pasarle los dedos por la cabeza.

—¿Y estás preparado para la aventura?

—Depende de lo que tengamos que pasar.

Xurxo se agarró a Pere de nuevo, satisfecho por haber conseguido arrancarle una sonrisa al inglés que su hermano tanto admiraba. Y se concentró en esos segundos de satisfacción para ignorar la intensa mirada de Adela, que lo analizaba de los pies a la cabeza, no como solían mirarlo los que no estaban acostumbrados a su rareza, sino como lo haría un científico a punto de diseccionar una rana. Quizá para ignorar también la película que comenzaba a formarse sobre la realidad, como en tantas ocasiones antes, cuando todo acababa en gritos y sangre. Para ignorar que una vez en el subterráneo, el pulso se le aceleraba y se le aprisionaba en el pecho esa angustia de ser él el único en saber. Y de ser tan pequeño que nadie lo escucharía.

Will miraba el reloj con nerviosismo. Le había preguntado un par de veces a Adela dónde estaba el resto, y ella se encogía de hombros por toda respuesta.

—Si tardan mucho más, lo vamos a tener que hacer sin ellos.

—No sé qué los puede estar entreteniendo —respondió ella sin despegar sus ojos de Xurxo.

LA PERDICIÓN DE LA ESCULTORA

La algarabía formada por un chico que hablaba demasiado fuerte, una muchacha que reía con coqueteo y su amiga que arrastraba los pies anunció que los tres que faltaban estaban a punto de alcanzarlos.

Arturo era el que hablaba alto, e incluso le pareció a Pere demasiado alto y fuerte él mismo, con los músculos demasiado marcados y los dientes demasiado blancos. La que se colgaba de su brazo y reía como una boba era Beatriz, la aspirante o la novia, una chica guapa escondida detrás de unas gafas de pasta enormes. Aunque desde el mismo momento en que la vio, para Pere no hubo más gente en el andén que la amiga.

—Hola, soy Laura —dijo ella, sonriendo.

—Encantado.

Sin duda, Laura pensaba que Arturo era imbécil y su amiga, una tonta por haberse colado por ese imbécil. Hasta se notaba que no hubiera ido hasta allí de no ser por Beatriz. Pere se alegró de que Bea, con toda probabilidad, se hubiese puesto muy pesada. Porque le daba miedo ir sola con Arturo, porque si iba ella también sería más divertido, porque quería buscarle un ligue a su amiga, por cualquier razón, pero lo suficientemente pesada como para que ahora Laura se presentase sonriendo y le diera un beso a Xurxo. Cara alargada, pelo rubio muy corto, ojos verde oscuro, un puñado de pecas distraídas sobre la nariz, una boca de labios finos y bien dibujados bordeados de lunares, vestida como él, de negro de los pies a la cabeza.

—Es guapa —le dijo Xurxo en voz baja.

—¿No te parece que el que va con el niño se parece a Jared Leto? —le comentó Laura a Bea.

—¿Tenemos idea de cómo colarnos en el cine? —preguntó Will.

La tenían. De hecho, había sido lo primero que Pere había tenido en cuenta nada más intuir que el abuelo Herme había ido a buscar la aventura de su vida en el subterráneo de lo que pudo ser y no fue la Ciudad de la Luz. Al principio, cuando decidieron que bajarían, no tenía una idea formada, y pensó en improvisar algo. Pero cuando desapareció el anciano, fue como si su mente se iluminara.

Esa misma tarde se había acercado al acceso de la calle Pelayo para examinar el terreno. Y como esperaba, aquello era un caos. Las obras siempre lo son. O al menos

un caos en lo que a seguridad se refiere. Se tapan con vallas fáciles de traspasar, contando con que la gente no lo hará. Además estaban las cámaras de vídeo del ferrocarril, pero el padre de Pere era guarda de seguridad y comentaba con frecuencia que la mayor parte de las veces eran inútiles, a no ser que estuvieran buscando algo concreto. Si eran discretos y pasaban de uno en uno, nadie tenía por qué darse cuenta. Era bastante probable que Hermenegildo hubiese hecho eso mismo, y nadie parecía haberse fijado en un viejo con unos alicates.

No sabía muy bien por qué, pero desde que Pere había llegado a la conclusión de que el abuelo estaba ahí dentro, se lo imaginaba siempre con una pequeña mochila militar y unos alicates. De hecho, la imagen era tan vívida como si la hubiese visto o soñado y en ese momento la recordara.

Cuando se acercaron a la valla de la obra, Pere ya no pensaba en su abuelo sino en Laura, y Laura sólo podía pensar en lo que sabía de su amiga Bea: que no quería estar allí, pero que lo había hecho por ese sinsustancia de Arturo.

Habían conocido a Arturo en un partido de fútbol. No es que a Beatriz le entusiasmase el fútbol, ni siquiera era una amante de los deportes, ni para verlos ni para practicarlos, pero la universidad había organizado un pequeño campeonato y algunos compañeros de Bellas Artes le habían pedido que se acercase para hacer unas fotos. Comentaron algo de un proyecto sobre la dinámica del cuerpo humano, pero lo cierto es que les gustaba dar patadas a un balón como a mucha otra gente. Laura se había acercado para hacerle compañía y ver el partido. A ella sí que le gustaba aquello de los chicos sudando y persiguiendo esféricos. Era una pena que no fuera fotógrafa.

—Yo no pretendo ser artista. Yo os estudio, eso es lo mío. No sería objetiva si fuera uno de vosotros. Yo observo. Y ver a una panda de descerebrados sudorosos tiene un no sé qué de erótica artística.

Eso decía, y luego se reía. De hecho, Laura había ido a más partidos por gusto, algo que Bea no pudo comprender hasta que vio a uno de los muchachos de periodismo.

Era notablemente más alto que el resto, además de tener uno de esos cuerpos cincelados que hubiera hecho las delicias de un escultor de cualquier época. A pesar de que Bea tenía tendencia al expresionismo cuando se ponía delante de la arcilla, no podía negar que el cuerpo neoclásico de Arturo la hipnotizó desde que salió al campo. Aunque en la carrera hacía un poco de todo, la escultura y la fotografía eran lo suyo sin lugar a dudas. Y aquel aspirante a periodista era un canto a sus capacidades espaciales.

—¿No te parece guapísimo?

—¿Quién? ¿El Capitán América?

Laura se metió una pipa de girasol en la boca después de decir eso y alzó las cejas

en señal de incompreensión.

—¿El capitán quién? Yo digo el castaño del pelo corto.

—Tía, Bea, parece uno de los marines tarados que aparecen en las películas de tiros americanas. O peor, el capitán del equipo de rugby, con su risita condescendiente de dientes blanquísimos que no hace ni caso a la prota *nerd* que debe ser imbécil por fijarse en un tío así.

Con toda probabilidad Laura hubiera continuado su discurso de no haberse percatado de cómo Bea miraba a la imitación barata de *quarterback*.

—Si tú lo dices...

—¿En serio?

Laura tiró la cáscara de la pipa en un cucurucho de papel con el aire de una madre a punto de abroncar a una hija díscola, pero no dijo nada más. Beatriz lo agradeció en silencio.

Después del partido, prácticamente amenazó a sus compañeros humillados por la derrota para que se lo presentaran. En realidad no sabía muy bien si lo que deseaba era fotografiarlo desnudo, esculpirlo o lanzarse a su cuello y que pasase lo que tuviera que pasar.

Hubiera deseado estar borracha. No solía beber mucho, pero cuando se tomaba una copita, su natural timidez se disolvía en una alegre risa floja que resultaba encantadora a los chicos. Ésa era su arma de seducción más inmediata: la risa fácil y un ligero rubor de mejillas que le daba un aspecto fresco y dulce. Laura le decía a menudo que era guapa y que no comprendía por qué se tenía que esconder tras aquellas gafas enormes y esos vestidos ligeros y ablusados que evocaban más a una escolar con trenzas que a una mujer hecha y derecha.

—Esto es lo más moderno ahora —solía contestar ella—. Eres como una anciana metiéndote con los jóvenes.

—Si los «jóvenes» —contestaba Laura, riendo y haciendo el signo de las comillas con los dedos— no os pusierais la ropa que usaban mis abuelos cuando tenían seis años, no me metería con vosotros.

Laura era cinco meses más joven que Beatriz, pero a esta última siempre le había parecido mayor por su forma de ser. Aparentaba tener muy claras las cosas en todo momento, y eso incluía quién le gustaba y quién no, qué le agradaba y qué le daba miedo, qué tenía que hacer o pensar en cada situación, o qué era justo o injusto. Nunca se dejaba arrastrar por lo que dijese o pensasen los demás, y eso hacía que Bea, mucho más voluble e insegura, la idolatrara. Habría deseado ser como ella, quizá porque la conocía y sabía que no se creía mejor que los demás, como muchos llegaban a pensar por su actitud. Porque sabía que tenía los mismos miedos humanos que el resto, incluso las mismas inseguridades, pero les hacía frente. Sacaba un valor de no se sabía dónde para afrontarlo, que Bea admiraba con todo su ser. El mismo valor que hubiera deseado poseer cuando Arturo le propuso quedar para tomar algo aquel viernes, y ella empezó a reírse como una tonta.

—¿En serio vamos a salir el viernes con Ken y su colección de amigos hipermusculados?

—¿Te parece mal?

—No, qué va. Incluso puede ser divertido. Mal me parecería que te colgases por ese mastuerzo.

Aquella fue la primera advertencia. Y cuando aquel viernes acabó emborrachándose, riendo como una boba y en la cama con Arturo, la recordó muy bien. Y, sobre todo, lo que vino después.

—No te engañes. Si se lía contigo, estará contigo y con otras quince.

Y mientras apoyaba la cara en la musculosa espalda y miraba los trofeos de salto de longitud, vallas, jabalina y salto de altura, no era capaz de concentrarse en que aquel ser escultórico había sabido ver debajo de las enormes gafas y los vestidos con cuellecitos bordados infantiles. Sólo le venían a la cabeza las otras quince y sentía ganas de llorar.

Por supuesto, eso había desencadenado que se interesase por todo lo que le interesaba a él, de modo que Bea salía de la facultad para ir a la pista de atletismo, al campo de fútbol donde se desarrollaba la liguilla y, aunque no pasara por apuntarse al gimnasio, sí que recogía habitualmente a Arturo para tomar algo con sus amigos. Le hubiera costado confesarse que lo hacía para eliminar la posibilidad de que lo acompañara cualquiera de las «otras quince».

La musculatura de Arturo no había crecido en su cuerpo por ciencia infusa, sino porque era campeón de atletismo en varias categorías. En los entrenamientos, Bea se sorprendía buscando con la mirada, entre foto y foto, a otra chica de ojos enamorados o que con su actitud corporal delatase que era una de esas quince posibles y fantasmales amantes.

Por supuesto, a Laura le parecía una soberana estupidez que se doblegase a todo lo que Arturo quería, pero Bea no podía evitarlo. Le aterraba tanto la idea de que él dejase de considerarla interesante, que habría bailado desnuda encima de la mesa de un bar si él le hubiera jurado amor eterno a cambio. Por eso se unió al foro de *Urbex* cuando Arturo lo descubrió. Por eso cuando Arturo dijo que era una gran idea irse un fin de semana a Barcelona a pegarse una buena juerga, ella sonrió y dijo que sí. Incluso lo confirmó en el foro. Pero después no pudo evitar pedirle a Laura que la acompañase.

El mero hecho de imaginarse bajo tierra le daba pánico, por mucho que el lugar fuese una galería comercial en la que, muy probablemente, no se notara demasiado la profundidad, como tampoco solía notarse en el metro; aunque lo cierto es que el metro no era su lugar favorito ni mucho menos. Laura le daba seguridad. Ir con ella significaba que podría mostrarse más digna y menos aterrorizada. Laura le daba el valor del que carecía en su día a día.

Para su sorpresa, a Laura le gustó el plan.

—Es la primera idea genial que ha tenido tu novio cabeza hueca.

—¿Lo dices en serio? —Bea no daba crédito.

—Pues sí, hace un montón de tiempo que no voy a Barcelona. Y eso de *Urbex* es genial, aunque su nombre suene a medicamento. En realidad es algo parecido a lo que hacíamos de pequeñas, cuando nos tropezábamos con un colegio abandonado o una casa vieja que tenía fama de estar encantada y en la que, por supuesto, había que colarse.

—Yo nunca hice eso.

Laura se echó a reír.

—Porque tú dices que has venido a Madrid desde Salamanca, pero en realidad lo has hecho desde Marte.

Y lo cierto es que Laura mantuvo el entusiasmo hasta que, en la estación de Atocha, Arturo le mostró las botellas de whisky que llevaba en la mochila.

—A ti lo de la *Urban Exploration* te importa una mierda, ¿no? Y ya lo de encontrar al pobre anciano perdido, ni te cuento...

—Tía, eres un coñazo. Con la que podemos montar ahí abajo. Nos podemos pegar una buena fiesta, ¿no?

—Creía que los deportistas erais gente más sana.

—Y lo somos. Sólo que de vez en cuando también necesitamos vacaciones.

—¿Y los del foro saben algo de tus planes?

—Aparte de ti, ¿quién rechazaría así por las buenas una fiesta en condiciones?

Ésas fueron las palabras de Arturo y, desde el mismo momento en que las pronunció, Laura perdió parte de la emoción con la que antes había preparado el viaje.

Bea se preguntaba si lo que había desencantado a su amiga era la posibilidad de que Arturo estuviese equivocado y causase problemas con su intención de montar una juerga en su excursión nocturna, o que estuviera en lo cierto y se viese inmersa en una de esas fiestas universitarias que tan poco le gustaban y de la que, por una vez, no podría escapar.

Laura no era lo que se dice una mujer juerguista. Prefería volver a la residencia temprano y leer un libro o ver una película comiendo pipas, que estar en locales atestados de gente. Solía marcharse sin decir adiós justo antes de que los bares en los que todavía se podía hablar cerrasen y todo el mundo se amontonara en la puerta pensando dónde continuar la noche.

—Todos los sitios a los que vais después están hasta arriba, son caros, hay que hacer cola en la puerta y dentro no oyes ni al que tienes más cerca. Respeto que os gusten a vosotros, pero yo me vuelvo a casa y así tampoco molesto a nadie con mis caras de fastidio. Todo el mundo se lo pasa mejor que si me quedo, ¿no te parece?

Bea asentía con la cabeza y seguía cosiéndole el pelo a una de sus muñecas, con las que estaba montando un proyecto de fotografía del que no había hablado a nadie y que sólo Laura conocía. Un proyecto que a Laura le daba miedo.

Al menos a Laura le había gustado el que iba con el niño, Pere, el que traía los planos. Eso hizo que Bea se relajase un tanto, aunque no tardó en tensarse de nuevo. Fue una vez que se adentraron en lo que había sido el cine.

Se habían apostado en los alrededores de las vallas. Como Pere había predicho, una de ellas estaba cortada, deformada y tenía un agujero por el que un hombre podía pasar agachado. Lo habían intentado disimular colgando un cartel de la empresa que hacía la reforma, pero sólo había que moverlo un poco.

Pasaron primero al niño y después se coló Bea, que se vio inmersa de repente en un caos de polvo, ladrillos y sacos de cemento. Pensó que se parecía al taller donde solía esculpir, pero en burdo. Como si los que estuviesen remodelando aquel viejo cine fuesen escultores gigantes y aquello, una maqueta.

Uno por uno, todos los excursionistas fueron emergiendo a aquel caos, como si ya entonces estuvieran saltando a un mundo distinto.

Sí, Bea sintió ese escalofrío por un segundo: «un mundo distinto». Aunque desapareció cuando Pere empujó la puerta y anunció que estaba abierta con una sonrisa.

Tuvieron que encender las linternas antes de que la puerta volviera a cerrarse. El espacio era impresionante. Mucho más pequeño que un cine normal, desprovisto de butacas y de pantalla, daba la impresión de ser una especie de túnel. La metáfora visual que toda película tiene para indicar el más allá. El pasillo de entrada a una nave espacial en un film de ciencia ficción.

Los agujeros cuadrados de la pared indicaban que detrás de ella debía haber estado situada la sala de proyección en su momento. Una sala de proyección al mismo nivel que el resto de la sala, a Laura le pareció original. El suelo inclinado, casi como una rampa que les indicase el camino, estaba cubierto de polvo. Habían empezado con las obras, y en el silencio reverencial que todos mantenían, los cables asomaban de las paredes como delgados tentáculos.

—¿Y ese crío? ¿De dónde ha salido? ¿De «los chicos del maíz»?

La voz de Arturo se oyó tan clara y a Bea le dio tanta vergüenza que temió que se le notase el temblor de manos por el ruido que hacían las pulseras de su muñeca al entrechocar.

—¡Eh!, en serio, ¿nadie se acuerda de esa película? Esa de los niños extraterrestres que eran así como éste y que obligaban a sus padres a hacerse daño con los poderes de su mente.

Xurxo no decía nada, pero a cada paso que daba su incomodidad se hacía más patente. Casi tan visible como la de la propia Bea, que no tenía claro si lo que sentía era debido a la vergüenza que le causaban las palabras de Arturo o a la sensación de irse metiendo cada vez más en un lugar abandonado bajo tierra.

—Eso es *El pueblo de los malditos* y no *Los niños del maíz*, pedazo de burro —dijo de pronto Laura acercándose a Pere y a Xurxo, y dirigiéndose al niño en tono cariñoso, continuó—. Y si no la has visto, tienes que verla. Esos niños malvados son

superguays.

A la trémula luz de las linternas, Xurxo pareció esbozar una sonrisa que no terminaba de formarse.

—¿Es que no tenéis sentido del humor? ¿Qué más da cómo se llame la peli? Lo que no entiendo es qué hace un niño aquí. ¿No íbamos a hacer una fiesta?

El inglés, Will, se giró en dirección a Arturo y lo deslumbró.

—La primera regla es no alterar el lugar. No cambiaremos nada, sólo haremos fotos. Y buscaremos al abuelo perdido.

—Ni que fuera una iglesia.

—Es un lugar tan especial como una iglesia. Por cierto...

Poniéndose la linterna en la boca, abrió la mochila y sacó un casco semejante al de los mineros, con una luz incorporada en la parte frontal. La encendió y se lo colocó en la cabeza. Mientras guardaba la linterna en la mochila, preguntó si alguien más llevaba casco. Todos se miraron los unos a los otros en la penumbra, ninguno había hecho caso de ese consejo.

—Esperemos que todo esté en buen estado —rezongó.

—¿Y cómo va a estar? No vamos a buscar la Atlántida. Si lo que cuenta el abuelo de éste es cierto, todo se encontraba en perfecto estado.

—Uno nunca sabe cuánto daño puede hacer el tiempo en un lugar abandonado hasta que no lo ve. Y algunas veces demasiado tarde. Deberíais haber traído casco.

Aunque algunos lo habían pensado, Pere y Xurxo sólo tenían cascos de bicicleta, y Arturo uno de moto, así que hubiesen estado más ridículos con ellos que sin ellos. Esos cascos de obra o de mina no eran tan sencillos de encontrar, no era uno de esos objetos que uno tiene por casa sin más. Quizá eso hizo que Pere admirase un poco más a Will. No hacía más que pensar en la cantidad de sitios abandonados que habría tenido que visitar para que le saliera rentable haberse hecho con un casco de ese tipo. Ojalá él fuera así, pensaba, valiente, sin necesidad de ser un payaso como Arturo.

La entrada estaba donde el abuelo había dicho: tras lo que había sido la pantalla y que ahora aparecía como una extraña boca abierta. Al verla, no pudieron obviar que estaban frente a algo especial, único. Un mundo nuevo escondido tras la Avenida de la Luz, un pasaje que en otros tiempos había estado lleno de vida, tiendas y gente paseando, un pasaje que habría formado parte de una Barcelona subterránea, una Barcelona distinta que podría haber salido perfectamente de uno de esos relatos de ciencia ficción que tanto le gustaban a Laura. Y que, sin embargo, se había dejado ir, se había abandonado a su suerte, se había permitido que muriera de desidia con el resto de la ciudad tapiada debajo. Eso había contado el abuelo Herme, y en ese momento, frente al estrecho pasadizo en que no podía distinguirse nada salvo la oscuridad, todos lo creían con fervor casi religioso. «El hombre, ese animal extraño que crea maravillas para más tarde relegarlas al olvido», pensó Bea. Y a su mente vinieron las imágenes de las ruinas de las ciudades de la Antigüedad y de las estatuas mutiladas de lo que fueron sus dioses.

Los seis jóvenes experimentaron la sobrecogedora sensación de estar a punto de penetrar abruptamente en la historia, de estar a punto de violar algo sagrado en su ruina. Incluso Arturo, con toda su bravuconería, permanecía en silencio y parado. Esos segundos previos al descubrimiento: un minuto antes de que Rodrigo de Triana gritara «¡Tierra!». El segundo anterior a que la manzana de Newton golpease la cabeza del descubridor de la gravedad. El momento que precedió al famoso «¡Eureka!». Así se sentían ellos parados ante la entrada, con la reverencia del que no sabe si entrar o girarse en redondo.

—Bueno, ¿quién quiere hacer los honores? —preguntó Pere.

Todos miraron la abertura en la pared, una grieta en la que nunca cabría una puerta. Casi como una herida en el edificio. Una herida que probablemente se taparía con las obras.

Se hizo el silencio hasta que Arturo se adelantó llamándolos cobardes. Laura negó con la cabeza y lo siguió.

Uno a uno entraron emocionados en un pasillo estrecho, de piedra fría y oscura. Todos emocionados menos Xurxo, que entró con la cabeza gacha porque un minuto antes de llegar, en ese segundo en que la emoción golpeaba los corazones de los demás, la voz que lo acompañaba y que de vez en cuando sonaba en su cabeza le había dicho tres palabras: «Bajo tierra. Muerte». Y desde ese momento no habían dejado de golpear su cabeza con la insistencia con la que lo hacen las cosas importantes. Incluso creyó por un momento que las murmuraba en voz alta porque Adela, la chica pelirroja, se lo quedó mirando fijamente otra vez.

UNA PRESENCIA EXTRAÑA

Un mes antes, en una sesión de ouija, Adela había visto las dos únicas palabras que había distinguido de lo que decía el niño albino: «BAJO TIERRA».

Se habían reunido en la buhardilla habitual. Era el trastero de un edificio que la madre de Adela había heredado y con el que no sabía muy bien qué hacer. No tenía ni la altura suficiente ni las condiciones para convertirlo en una vivienda, tampoco habían tenido éxito al alquilarlo como trastero, y al final ese espacio infrautilizado en el que se aburrían la vieja estufa de leña, un espejo de pie, una mecedora desvencijada y un par de maletas con ropa vieja, había resultado el lugar idóneo para practicar una suerte de espiritismo *amateur* con algunas compañeras de afición. No hubo más que llevar unas colchonetas y unas velas, bajo cuya luz el espacio se veía desdibujado y siniestro, como los decorados de una película expresionista alemana. Sin embargo, a Adela se le antojaba incluso hogareño.

Las otras tres chicas, hasta que se acostumbraron a aquel lugar de techos bajos sin luz eléctrica, no opinaron lo mismo. A pesar de hallarse en una calle céntrica, subir por aquella escalera empinada y torcida, con los ojos acostumbrándose a la penumbra de las velas, les daba la impresión de adentrarse en una casa abandonada y embrujada en mitad del campo que no terminaba de resultarles acogedora.

Adela no hacía demasiado caso de las reticencias ajenas. Estaba acostumbrada a que su aspecto estrafalario y sus gustos la apartasen de lo que la gente consideraba «normal». Incluso quienes acudían a las sesiones de espiritismo por morbo o curiosidad no siempre estaban preparados para lo que iban a encontrar a su lado.

De hecho, aquellas tres compañeras de sesión eran las que quedaban de una larga lista de gente que deseaba hablar con un hermano muerto, sentía curiosidad morbosa o excitación por el miedo, o simplemente tenía ganas de divertirse, y que poco a poco había empezado a no volver con cualquier excusa. Y a pesar de ser las tres supervivientes a una selección natural que las aproximaba a Adela, tampoco terminaban de ser del todo como ella, pues se mostraban reticentes a reunirse en el trastero al principio, como si realizar sesiones de ouija en la habitación pintada de rosa de una de ellas, pendientes en todo momento de que su madre no entrase a preguntar si querían merendar, fuese más adecuado.

Había hecho la tabla ouija ella misma, con la madera de un árbol hendido por un rayo. El árbol estaba en un paseo y nadie sabía por qué lo había elegido el rayo. Podría haber caído en cualquiera de los numerosos pararrayos de la ciudad, que para eso estaban, o haber elegido a algún incauto que se estuviera dando un baño en la piscina de la comunidad, y sin embargo, eligió un árbol en el paseo frente a la casa de Adela. Y Adela sintió que aquello era una señal importante. Pidió a los operarios municipales un trozo del hermoso tronco muerto. Trató la madera, pero tardó todavía un tiempo en saber qué hacer con ella.

Una noche soñó con las sesiones de ouija que hacía de niña con su vecina. Sentadas en el suelo, pintaban las letras en un folio y ponían el dedo sobre una moneda. Un día, unas tijeras de costura que había en la mesa cayeron en punta sobre el parqué y quedaron ahí clavadas, de pie como una bailarina. La vecina no quiso volver a jugar a aquello, pero Adela lo tomó como la manifestación única y verdadera de su trascendencia, como un pasaporte a otra dimensión o al más allá. Ignoraba, por supuesto, que el episodio de las tijeras fue una curiosa casualidad y que su vecina se asustó tanto porque habitualmente era ella misma quien movía la moneda ante la fascinación de la crédula Adela. Y esta ignorancia hizo que su sueño cobrase la dimensión y la importancia que Adela, con su trozo de madera quemada por un rayo bajo la cama, le daría más tarde.

Soñó pues con la vecina y con ella misma en el suelo, sentadas a lo indio y vestidas de blanco como dos ángeles. Ponían el dedo sobre la moneda y se comunicaban con un espíritu sobre el tablero improvisado en un folio. Sin embargo, conforme avanzaba la sesión, el escenario iba mutando poco a poco hasta convertirse en un lugar desconocido con un suelo sucio y polvoriento. Ellas crecían hasta convertirse en las jóvenes que eran en la actualidad, y la moneda se convertía en un vaso de café, y el folio en un tablero de madera tratada. En un momento, la vecina y ella se miraban y su rostro, reflejado en el verde iris de su amiga, se iba convirtiendo poco a poco en la Vía Láctea.

Al despertar, tuvo claro qué hacer con la madera quemada por el rayo.

Las primeras sesiones en aquel lugar fueron muy bien. Aparecieron enseguida las presencias ligadas a la casa que no sabían con quién hablaban o se sentían perdidas y desorientadas. A las cuatro compañeras, decirles el año en el que estaban y que debían trascender les hacía sentirse mejores personas, como si estuvieran realizando una labor social. Algo que esperaban que alguien hiciera por ellas si se vieran en esa situación, o quizá precisamente sentían la satisfacción que uno experimenta cuando cree que algo así no le puede pasar a él. Ese tipo de satisfacción que uno siente cuando da una limosna a un pobre al que ni mira.

Pero en aquella sesión todo fue distinto. De hecho, fue la primera vez que Adela sospechó que aquellas presencias no tenían por qué ser espíritus de muertos que

estuvieran atrapados y necesitaran comprender para trascender. Fue la primera vez que pensó que podían ser otra cosa; tal vez el resto de una acción desarrollada en otro momento, desligada por completo de aquel vivo que la había realizado. Y pensar aquello le dio miedo. Fue como si la posibilidad de una segunda oportunidad, de una segunda vida, se borrara de un plumazo.

Había sido extraño desde el principio. Solía encender incienso para purificar el cuarto y tranquilizar los ánimos. Aunque a ella la elección del trastero le había parecido brillante, de vez en cuando la sugestión se apoderaba de alguna de las participantes y el miedo acababa teniendo consecuencias. Sin embargo, esta vez el incienso no prendió. Por más que lo intentó, apenas consiguió prender una llamita lánguida que después se apagó sin generar humo.

Al abandonar la idea de encenderlo, le vino a la mente, en apariencia sin motivo, la imagen de agua corriendo en dirección contraria hacia el desagüe y de leche cortada, ambas señales malignas. Se le pasó por la cabeza suspender la sesión, pero presintió que si lo hacía, desencadenaría el terror. No había nada peor que el miedo en una sesión de ouija: podía atraer todo tipo de sucesos extraños. Si la suspendía en ese momento, las chicas vendrían impresionadas la siguiente vez y no podría controlar lo que sucediera. Había tantas presencias malvadas que se alimentaban del miedo... Fingió que no pasaba nada.

—Se habrá estropeado con la humedad de estos días —dijo, y compuso una enorme y convincente sonrisa.

No pudo, sin embargo, mantener la calma ella misma al empezar la sesión, y al hacer la pregunta, le tembló la voz.

—¿Hay alguien ahí?

No se presentó ninguno de los espíritus habituales. Aquello que movía el vaso sobre el que apoyaban los dedos era algo distinto. No era el niño muerto en un bombardeo de la guerra civil, ni la mujer a la que su marido había atropellado, ni siquiera el anciano con Alzheimer. Era distinto, se presentaba con mucha más fuerza, arrastraba el vaso como lo haría una persona con huesos, músculos y todavía sangre en las venas.

SI

Después le preguntó su nombre, pero no hubo respuesta.

Al principio sospechó que quizá fuera una broma de alguna de las otras tres. Pero sus caras de duda y miedo pronto manifestaron lo contrario. Ellas tampoco sabían por qué cuando le preguntaron «¿Estás ahí?», el espíritu no contestó ni «sí» ni «no», como era lo habitual, sino que tiró de sus brazos con tanto ímpetu que casi les hizo daño, llevándolas letra por letra, hasta formar la palabra *TODAVÍA*. Todas se miraron desconcertadas, o quizá buscando a la culpable de semejante tomadura de pelo. En realidad, ninguna se lo había tomado nunca a la ligera, así que hubiese resultado extraño que de repente buscasen bromear con algo tan serio.

Cada una de las allí presentes conocía los riesgos de no cerrar bien una sesión o

de atraer presencias negativas a través del miedo, cuando el espíritu convocado se pegaba a alguna de ellas y las luces se encendían y apagaban solas en su casa, o los interruptores parecían alejarse del dedo cuando, en mitad de la noche, se buscaba encender la luz para confirmar o descartar el haber sentido a alguien en su cuarto. Sabían perfectamente de los cuadros que se movían solos, de las manos frías que agarraban los pies en mitad del sueño, justo después de que algo dejase sentir su peso en el colchón. También eran conscientes de lo difícil que resultaba sacar de allí a los espíritus haciendo una limpieza, poniendo especial cuidado en las esquinas donde solían ocultarse para no ser expulsados. No hubieran hecho una broma en mitad de una sesión. Cuando alguien o algo quería comunicarse, solía tomarse bastante mal que se jugase con ello.

Por lo tanto, aunque aquel fantasma, aquella presencia, o lo que fuera, se comportara de un modo en todo extraño, había que tenerlo en cuenta como algo real.

—¿Quién eres? —preguntó Adela, dirigiendo la sesión como de costumbre.

QUIEN ERES SOY

Escribió el fantasma en el tablero, como si repitiera la pregunta. Adela no pudo evitar entonces pensar en aquel «Yo soy el que soy», que le dijo Dios a Moisés cuando se manifestó en la zarza ardiente, y sintió que el calor del miedo le subía por la espalda. No sabía si sus compañeras de sesión podían percibir con la misma claridad aquello de lo que ya estaba segura: se hallaban frente a una presencia muy distinta de cualquiera de las anteriores a las que se hubieran enfrentado. Una presencia que se mostraba casi viva, que hacía mover el vaso con tanta energía que a Adela le vibraban los dedos y le dolía la muñeca de presionar para no perderle el ritmo. Era una presencia que se metía muy dentro, en lo más profundo de la mente.

Es probable que las demás sintieran lo mismo, porque sus ojos sostenían el espanto como si no quisieran que se escapase por el cuarto para evitar así que aquel ser se les colase después en sus habitaciones y en sus sueños.

—¿Qué quieres?

BAJO TIERRA

¿Bajo tierra? Aquello le recordó un relato en el que un hombre mal enterrado reclamaba una tumba adecuada a un señor que estaba cenando con su familia. ¿Querría el espíritu que lo enterrasen bien? ¿Estaba la presencia indicándoles el paradero de algo importante? No sería la primera ni la última vez que una presencia las tomaba por un familiar al que revelar el paradero de unas joyas perdidas o de la póliza de un seguro. Aunque la urgencia con la que el ser había movido el vaso se asemejaba más a una advertencia.

La luz de las velas tembló como si el aire las intentase apagar, pero en el desván no había ventanas, una de las razones por las que no era habitable. Bajo tierra, ¿qué quería decir con eso?

—¿Qué quieres decir con «bajo tierra»? —le preguntó.

B-A-J-O-T-I-E-R-R-A

—Sí. ¿Qué hay bajo tierra?

BAJO TIERRA

—¿Quieres que busquemos algo?

BAJO TIERRA QUIEN ERES SOY BAJO TIERRA

—Espera, para, no podemos entender. ¿Qué hay bajo tierra?

Adela miró a sus compañeras de mesa y supo que tenían tanto miedo que ya no habría remedio. Debió haber suspendido la sesión antes de empezar.

BAJOTIERRABAJOTIERRABAJOTIERRABAJOTIERRABAJOTIERRA

BAJOTIERRA

Los dedos se crispaban sobre el vaso para no perderlo, pero éste se movía tan deprisa que era casi imposible no sentir las yemas arder, los huesos al límite. Las caras de horror de las compañeras de sesión se quedaron congeladas al borde del grito, como si ninguna se atreviera a ser la primera en chillar, en manifestar el terror que sentía; casi ni recordaban respirar. Adela las miraba de reojo mientras seguía la evolución del vaso sobre el tablero y la presencia escribía «*BAJO TIERRA BAJO TIERRA BAJO TIERRA BAJO TIERRA*» una y otra vez, una y otra vez, hasta que de golpe el vaso se detuvo.

Se quedó quieto tan de repente que la ausencia de movimiento fue casi peor que la sacudida anterior. Durante unos segundos nadie supo qué hacer. Sin atreverse todavía a separar los dedos o a decir nada, ni siquiera a formular una pregunta más a la presencia, se miraron entre sí. Fueron unos segundos interminables.

Adela no despegó la vista del tablero en ningún momento, esperando algo, aunque sabía, sentía, que la presencia ya no estaba, que la habían arrancado de allí violentamente, con la misma violencia con la que había llegado para iniciar su primer movimiento. La chica que tenía a su derecha fue la primera en emitir un sonido.

—Pero ¿qué...? —La pregunta se quedó en el aire porque no fue capaz de terminarla.

El vaso en el que todas apoyaban aún el dedo estalló en mil pedazos, como si algo lo hubiera hecho explotar desde dentro. De una forma tan agresiva que todas sintieron que algo les golpeaba la cara y tuvieron que cerrar los ojos y tapárselos con las manos temiendo que fueran cristales. Pero no lo eran.

El cristal del vaso había vuelto simplemente a su materia original y todas las asistentes a la sesión tenían la cara y el pelo llenos de arena.

La que había comenzado la pregunta fue la primera en levantarse y decir que tenía mucha prisa, aunque no había forma de saberlo, como más tarde comprobaría Adela, ya que los relojes se habían parado. La siguieron las otras dos sin poner excusa alguna. Sólo querían salir de allí.

No volvieron a hablar de aquello nunca. Una vez por semana, en su sesión habitual de los miércoles, las cuatro mujeres se sentaban en silencio frente a la tabla ouija, temiendo que aquel ser extraño volviera a manifestarse. Pero no ocurrió.

Volvieron el niño, la mujer asustada y el anciano. Volvieron a hacer las mismas

preguntas y a recibir las mismas respuestas con pequeñas variantes. Y ya, en el mes que separó aquella sesión de la excursión a la Ciudad de la Luz, nunca volvió a ocurrir nada tan emocionante y aterrador.

UNA CIUDAD BAJO TIERRA

Adela se decía que desde que había comenzado con la ouija, el espiritismo y las psicofonías, nunca le había ocurrido nada tan perturbador. Sentía que cuando esos temas comenzaron a interesarle, era una experiencia como aquélla la que buscaba. Una experiencia que le había dado el miedo al vacío, sí, pero también una nueva perspectiva, algo que no todo el mundo vivía.

Se sintió afortunada.

Después de aquella sesión, tuvo claro que lo que había presenciado era importante. Y al igual que entonces, en ese instante, al mirar al niño albino, supo que también estaba viviendo algo que era definitivo; esa especie de pálpito que precede al descubrimiento.

Por eso, aunque las palabras de Xurxo deberían haberle causado miedo, más bien experimentó una suerte de regocijo.

El pasillo angosto y sucio proseguía a lo largo de unos metros que parecían interminables, curvándose hacia la derecha hasta que, tras un recodo un poco más cerrado que el resto, se abría una sala con cajas de registro, secciones de fusibles y puertas de mantenimiento que convenía no traspasar según indicaba el hombre alcanzado por un rayo dibujado en sucesivos triángulos amarillos.

—Mi abuelo decía que había una puerta metálica pintada de negro que no tenía pomo —dijo Pere.

Recordó al abuelo contando que la puerta se abría presionándola con todo el peso del cuerpo, lo que hacía saltar un resorte. «Como la caja secreta de un mago», había dicho. Y que habían colocado aquella puerta con la esperanza de que nadie encontrase la forma de traspasarla, salvo los supervivientes de aquel desastre, que habían sido él y un arquitecto famoso. Y, como supieron más tarde, siempre de boca del abuelo Herme, otro de los albañiles.

«El arquitecto tuvo la suerte de volver en el mismo momento en que acababa de entrar en el hueco que habíamos abierto. Y fue él quien ordenó sellar el túnel con la puerta trucada. Yo volví diez años más tarde y me lo contó todo. Le sorprendió que volviéramos a encontrarnos, porque pensaba que sólo él había salido con vida de aquel lugar. Se alegró de verdad de verme y me preguntó si alguno más había logrado escapar. Yo hice un gesto negativo con la cabeza, porque entonces estaba convencido

de que nosotros dos éramos los únicos, de todos los trabajadores que comenzamos las prospecciones, que habíamos conseguido salir. Hasta mucho tiempo después no supe que alguien más había sobrevivido, pero que no tuvo ni su suerte ni la mía».

La puerta negra estaba justo donde el abuelo Herme había dicho. Y si él mismo la había cruzado hacía poco, también se había molestado en volver a cerrarla, como si hubiese intentado borrar sus pasos.

—Tenemos que dejar caer el cuerpo contra el centro de la puerta para que se abra. No creo que haga falta mucha fuerza...

No había terminado la explicación cuando Arturo, que se había liberado de su mochila cargándosela a Bea, se dejó caer de espaldas contra la hoja. Todos contuvieron el aliento unos segundos en los que no parecía suceder nada. Después se escuchó un chasquido, como un resorte. Arturo se levantó y la hoja se abrió sola.

Pere fue el último en traspasar aquella puerta y sus manos, como guiadas por el instinto que habían desarrollado sin pretenderlo las historias de su abuelo, tiraron de la pieza que volvía a encajar el resorte y bloqueaba el acceso.

—Chicos, es posible que aquí no haya nada. Mi abuelo contaba que aquí abajo se ocultaba una ciudad subterránea. Pero también decía que tapiaron la puerta después de hacer las primeras prospecciones. Si lo segundo fuera cierto, no llegó a construirse nada.

Pere sentía la necesidad de excusarse. Podía notar el entusiasmo en los demás y él mismo no esperaba encontrar más que un sitio a medio hacer, sin ningún acabado, decepcionante. Y a su abuelo deshidratado en un rincón, con la cabeza apoyada en su mochila militar.

A la luz de las linternas, el espacio resultaba tétrico y excitante. Laura pensó de inmediato en la nave espacial de *Alien, el octavo pasajero*. Adela imaginaba los pasos de la gente, vestida como vestían en los años cincuenta, con esa elegancia que los caracterizaba en su ropa de salir o de ir a misa, y se alegraba de haber llevado la grabadora para tratar de captar psicofonías. El suelo parecía plagado de baldosas sueltas y cristales rotos, aunque las capas de suciedad que, a la luz de las linternas, cubrían todo como una espesa y grisácea nieve, no lograban disimular la majestuosidad que debió de tener antaño el lugar. Pere se había equivocado con sus primeros miedos: allí había algo construido. Quizá ruinoso, pero había algo.

—Esto es maravilloso —comentó Will, mirando hacia arriba e iluminando así, con la linterna de su casco, lo que parecía un espacio infinito.

No pudieron evitar alzar las linternas intentando captar alguna cosa. Pero el techo de aquel lugar parecía no ser alcanzado por nada, como nunca terminaban de caer las monedas que se lanzaban para comprobar la profundidad de un pozo sin fondo en las películas.

Entre los haces de luz, el polvo danzaba al caer como en un salón de baile del siglo pasado, en Viena o en algún lugar lejano, pensaba Beatriz. Los cierres metálicos y las verjas descerrajadas a medio desmayar evocaban un barco sumergido. Hasta

Arturo parecía contento.

—Esto es una pasada, tíos.

El eco les devolvió su voz rota y espaciada. Arturo, divertido, comenzó a hacer pruebas para ver cómo sonaba.

—Ecooooo, ecooooo. ¡Qué fuerte! ¿Hicieron tiendas aquí?

—Que yo sepa no hicieron nada —contestó Pere, que se sabía bien esa parte del cuento—, pero mi abuelo solía decir que había toda una ciudad aquí debajo. Más grande incluso que las maquetas de la Ciudad de la Luz que se habían proyectado.

El abuelo le había contado varias veces aquella historia.

Una mañana estuvieron picando y apuntalando sin descanso. A punto de concluir la jornada, uno de los obreros, un murciano recio y agitanado que se llamaba Manolo Linares, dijo que veía luz.

«Nos acercamos a mirar, porque eso era imposible, a no ser que hubiésemos estado picando hacia arriba sin darnos cuenta, lo que resultaba bastante disparatado. Pero Manolo no nos tomaba el pelo. Tras un agujero del tamaño de una moneda pequeña, había algo que desprendía luz. Metí el dedo en ese maldito agujero y lo pude mover sin problemas. Aquello estaba hueco. Era un lienzo de muro sin nada detrás. Y cuando lo tiramos, allí estaba: como si los extraterrestres hubiesen construido ciudades bajo nuestros pies y estuvieran esperando para exterminarnos. Esa impresión tuve, la misma que alguien que se encuentra con un marciano o con cualquier cosa que su cerebro no pudiera admitir. Allí estaba, la ciudad que habíamos proyectado construir, tras esa delgada pared: ya estaba hecha. Tú ya sabes que sólo estudié lo básico, pero he pasado tantos años leyendo libros para buscarle una explicación a lo que sucedió en aquel lugar que casi me he convertido en uno de esos eruditos que salen por la tele explicando lo que sea. Porque no eran marcianos, no, ojalá hubieran sido marcianos».

Beatriz había montado la cámara y fotografiaba a Laura subida en lo que parecía un trozo de reja desprendida.

—No os separéis mucho —advirtió Will—. No sabemos cómo es esto de grande. Tenemos un mapa, pero sólo hay uno. No perdáis de vista a Pere.

La advertencia del inglés quedó suspendida en el aire, inútil. No sería necesaria.

Al fondo de lo que parecía la galería principal se encendió una luz.

—Pero ¿qué...? —empezó a decir Will, casi como continuación de su frase anterior.

Pero la pregunta quedó en suspenso y sin terminar. Devuelta por el eco, permaneció flotando entre ellos unos segundos, los justos para que se encendiese una segunda luz junto a la primera. Y después una tercera.

Desde donde estaban era posible ver cómo la luz iba avanzando hacia ellos, encendiendo la galería paso a paso hasta que todo quedó iluminado.

Durante un instante todos miraron hacia arriba, como si nunca hubiesen visto una iluminación artificial. Xurxo fue el primero en reaccionar, apretándose contra el

cuerpo de su hermano. Pere le pasó el brazo alrededor y lo abrazó.

—¿Estás bien?

Pero Xurxo no respondió. Se había quedado petrificado, con los ojos clavados en Adela, que sonreía en mitad de la galería. Era la única que sonreía.

—¿Qué ha sido eso? —Arturo, visiblemente alterado, empezaba a sentirse la cara cubierta de sudor.

—Las luces se han encendido.

—Ya, joder, pero ¿por qué? ¿Habéis tocado algo?

A Laura le cambió de inmediato el humor, y tras el primer sobresalto, no pudo evitar divertirse con la cara de susto del atleta. Quizá el mismo hecho de que él estuviera tan aterrado hacía que ella no lo estuviese. Como si todo lo que sintiera Arturo tuviese que ser por fuerza ridículo.

—No, ¿por? ¿Tienes miedo?

—No jodas, Laurita, esto es muy raro.

—Venga, hombre, será un encendido automático que dejaron programado al cerrar la galería y que han olvidado apagar. O que se enciende con las farolas de la calle.

—Eso no puede ser, las farolas llevan horas encendidas.

—Pues entonces lo primero, ¿qué más da?

La voz de Adela, suave, como proveniente de otro planeta, interrumpió la discusión para pedir la hora.

—¿Qué hora es?

—Las doce y un minuto, quizá dos.

—Entonces se han encendido a las doce en punto.

Sonrió ante su propio descubrimiento, pero ni Will, que le había dicho la hora, ni Arturo se quedaron más tranquilos.

Xurxo empezó a murmurar algo con la mirada fija en Adela. Parecía tener mucho miedo, pero su hermano no logró distinguir ni una sola palabra. Pere sólo podía pensar en que el abuelo había dicho que vio luz por un agujerito del tamaño de una moneda pequeña. Que había una ciudad allí, ya construida, y que estaba iluminada.

Laura iba a decir algo para calmar los ánimos, pero entonces vio a Bea, congelada en una esquina con la cámara en la mano. Su piel estaba tan pálida que apenas se distinguía de la pared del fondo, y sólo el cabello dispuesto alrededor de su rostro, como una suerte de marco, salvaba a sus rasgos de confundirse en el entorno. Así que decidió acercarse a ella mientras hablaba.

—Venga, hombre, pues estarían programadas para alguna hora más decente, pero con los cambios de hora y tal se habrán vuelto un poco locas. Los temporizadores a veces enloquecen. Y si esto se tapió en los años cincuenta, son temporizadores de los años cincuenta: deben estar chiflados del todo. Recuerdo que les pasó a los aspersores de los jardines de la facultad, y en vez de regar dos veces al día, lo hacían dos veces por hora. Se pudrió todo el césped, una tragedia. —Llegó hasta Beatriz y le quitó la

cámara de la mano con esfuerzo, pues se aferraba a ella como si fuera una tabla de salvación en un naufragio. Cuando la tuvo, se la colgó al cuello y agarró la mano de su amiga con disimulo—. Eso pasa, ¿verdad, Pere?

Pere, concentrado en el murmullo acuático de Xurxo y en la historia de la ciudad sumergida que tantas veces había escuchado, se sobresaltó al escuchar su nombre.

—Sí, supongo que sí.

—¿No pone nada de temporizadores de luz en los papeles de tu abuelo?

—No, pero bueno, tampoco viene todo, supongo. Mi abuelo me contaba o escribía lo que recordaba. Y siempre he pensado que se inventaba la mitad. —No dijo que Herme se había llevado el cuadernito de tapas azules donde estaba todo y que lo que llevaba él era una reproducción de lo que recordaba, incompleta.

—Pues ya está, ha sido eso.

—¿Y te vas a quedar tan tranquila con esa explicación?

Laura temía que Bea se aterrorizase más. Sólo temía eso, como si no hubiese ninguna otra amenaza en el mundo. Ya había visto a su amiga caer en una especie de trance y había sido aterrador. Aquello sí que había dado miedo, y no unas lucecitas encendiéndose. Estaba dispuesta a cualquier concesión, incluso a su propia inquietud, con tal de que no se repitiera. Arturo llevaba parte de razón al dudar de una explicación como ésa, que podía ser factible aunque poco probable, pero daba igual. Había que evitar que Bea siguiese el camino que la llevaba a la catatonía.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Salir corriendo? ¿Qué crees que ha sido si no? ¿Fantasmas? ¿Un monstruo de un cuento infantil? ¿Brujería? ¿El demonio? Por favor, Arturo, estas cosas siempre tienen una explicación, aunque nosotros no la encontremos ahora. Desde una subida de tensión a una prueba eléctrica hecha desde la central. Y en cualquier caso, algo normal, natural y no peligroso.

Su tono de voz era tan sereno, rozando la burla, que Arturo empezó a sentirse ridículo. Lo cierto es que la pequeña Laura tenía razón, ¿qué iba a ser si no algo lógico y normal, algo que ocurría habitualmente, aunque ellos no pudieran saberlo por no estar cada día ahí abajo? Además, tampoco quería quedar como un cobarde. La única que parecía tener miedo de verdad, aparte de él, era Bea. Y no podía permitírselo. Debía mostrarse fuerte y valiente delante de ella. O volvería al pasado. A cuando era niño y todo le aterraba. O peor, a aquel otro momento horrible que Adela con sus amuletos no paraba de recordarle. Tragó saliva.

—Tienes razón. Es una tontería.

—En cualquier caso, yo no guardaría las linternas muy lejos —dijo Will—. No sabemos por qué se han encendido las luces ni cuánto van a durar encendidas. Ni siquiera sabíamos que había instalación eléctrica.

—Pero nos vendrá bien para vernos los pies, ¿no? Venga, hombre, dejad de haceros preguntas absurdas y alegrad esa cara. Estamos en la famosa Ciudad de la Luz nunca inaugurada. —Laura acompañó sus palabras de una sonrisa a Bea, que se la devolvió un poco más calmada, restituyendo a su vez, y sin saberlo, la calma a

Laura.

Lo cierto es que cuando se habían encendido las luces, Bea hubiera deseado gritar, pero estaba tan aterrorizada que ni siquiera había podido hacerlo. Se había quedado clavada en el mismo sitio en el que estaba, con la misma actitud suicida que un conejo que, al cruzar la carretera, se paraliza deslumbrado por los faros de un coche. Por un segundo, había sentido el reborde de un recuerdo, el perfil de algo que había olvidado y que no era capaz de ubicar en el tiempo. Una sensación parecida, de petrificación total, que había terminado también con Laura, con el rostro de Laura devolviendo las aguas de la normalidad a su cauce habitual.

—No quieres estar aquí, ¿verdad? Mira, si te da miedo, nos volvemos al hostel. No tienes por qué hacer nada para impresionar a ese gorila.

—No. Estoy bien, Laura, de verdad. Me dan un poco de aprensión los sitios cerrados, ya lo sabes.

Aquella era su peor pesadilla, que la enterraran viva. La tenía desde que recordaba. Se despertaba un día sin poder moverse y toda su familia pensaba que había muerto. Llamaban al médico, que certificaba su muerte, y ella, desde dentro, pugnaba por gritar: «Sólo respiro más suave, no estoy muerta, tranquila mamá», pero no lo lograba. Ni tan siquiera era capaz de hacer un signo, un parpadeo, de separar los labios.

La velaban entre los llantos de su madre, que no se lo podía explicar, y las maldiciones de su hermano mayor, que lamentaba haber pasado tan poco tiempo con ella en los últimos años. Después la llevaban al cementerio, y cuando toda la tierra había caído ya sobre su ataúd, despertaba desesperada y comenzaba a chillar, a revolverse, pero nadie la oía. Nadie venía a socorrerla.

Y ella imaginaba cómo, al día siguiente, llevado por un pálpito, su padre desenterraba el ataúd y encontraba a su hija muerta, ahora sí, habiendo dejado en su desesperación todas las uñas clavadas en la tapa de la caja. Aunque cuando imaginaba todo eso ya estaba despierta, con la respiración alterada; había encendido la luz de su habitación a tientas y llevaba un rato sentada en la cama.

Cuando empezó a ir a la universidad, la pesadilla cambió, y ahora la que encontraba su cuerpo era Laura. También era ella la que llamaba a la directora de la residencia y al médico. Y después debían trasladar el cuerpo a Salamanca. Luego era todo igual. Salvo que también Laura, al día siguiente del entierro, era la que removía con sus propias manos la tierra y la encontraba con los ojos y la boca abiertos en una mueca siniestra de angustia.

Era curiosa la cantidad de detalles que podía diseñar su cerebro para torturarla. Y también eran curiosos los mecanismos del miedo. Por ejemplo, a Laura, que ahora parecía tan tranquila en un lugar abandonado bajo tierra, le daban miedo las muñecas. Unas muñecas, qué gracia. A fin de cuentas no eran más que un trozo de plástico con forma humana.

Unas muñecas, qué ridiculez.

UN PROYECTO SINIESTRO

A Bea le gustaban aquellas muñecas japonesas que daban tanto miedo. Las habían usado para un anuncio, Laura creía que de compresas, y siempre le habían parecido feas y cabezonas. Como una Barbie con la enfermedad del chico de la película *Máscara*, al que Cher tanto quería pero que era tan feo y deforme que la única que podía quererlo aparte de Cher era una cieguita.

—Sí, en Estados Unidos las retiraron del mercado en los setenta porque daban miedo a las niñas. Pero no era por el tamaño de la cabeza, no porque tuvieran elefantiasis, como tú dices —decía Bea, riendo—, sino porque pueden cambiar la dirección y el color de los ojos.

Sí, eso también daba escalofríos. Quizá tenía razón Bea y era lo que más escalofríos daba.

A la muñeca le salía una cuerda de la parte de atrás de su descomunal cabezota. Al tirar de ella, parpadeaba y, tras un chasquido, los ojos cambiaban de color y de dirección. Cada muñeca traía cuatro juegos de pupilas que rotaban mediante este método: dos que miraban de frente, uno a la izquierda y otro a la derecha, de distintos colores. Un espanto. O al menos a Laura le parecían un espanto. Bea decía que era porque no estaba acostumbrada a esa estética.

—Claro, y cuando las hicieron en América y las retiraron fue por casualidad.

—Bueno, los japoneses compraron el diseño y se han forrado.

En eso su amiga tenía razón. Los japoneses habían comprado una muñeca que hizo entrar en pánico a centenares de niñas en toda América y la habían convertido en un icono chic.

Bea, como mucha otra gente, las coleccionaba y modificaba a su gusto. Quizá ahí había residido el éxito de la Blythe, el rimbombante nombre de la muñeca: eran fáciles de desmontar y modificar.

Bea las desmontaba con un destornillador, les lijaba la cara, les cambiaba la forma de la boca y los ojos con una especie de escalpelo y un punzón, las volvía a maquillar, les quitaba las pestañas y les ponía unas más largas, les sustituía la melena que venía de fábrica por una de mohair, y les cambiaba los chips de los ojos por unos de aspecto más humano unas veces y más fantástico otras. Luego, mientras Bea cosía la ropa que les hacía, sentada en la cama de la residencia, Laura sujetaba el resultado

de tanta dedicación entre las manos y realmente ya no le parecía una muñeca horrible.

Después de todo, las muñecas Blythe de Bea tenían el inquietante aspecto de una niña de verdad a la que le hubieran reducido el cuerpo para mantener la orgullosa desproporción del diseño original. Incluso en la abultada imaginación de Laura, a veces le parecía un castigo. El castigo obrado por una bruja malvada a las niñas que secuestraba: permanecer para siempre con un cuerpo incapaz de sostener su cabeza, con los ojos fijos, clavadas en un expositor imantado.

En un recuerdo vago e infantil, a Laura le aparecía la imagen de una película en la que una niña, a los pies de la cama de su madre, decía algo siniestro que no era capaz de recomponer, y después su párpado caía como el de una muñeca: recto y artificial sobre la cara prepúber. Nunca fue capaz de recordar a qué película pertenecía la imagen, pero no podía evitar evocarla cada vez que su compañera de cuarto terminaba una de sus muñecas y la fotografiaba en posturas humanas, con gestos que recordaban tanto al de una niña que daba la impresión de que aquella figurita de plástico encerrase una dentro.

Al menos Laura había logrado convencer a Bea de que le pusiera una cortina a la vitrina donde las guardaba. Así, cuando la corría de noche, Laura podía descansar sin quedarse observando aterrorizada aquellos enormes ojos cambiantes.

Al principio no había sido más que una afición, pero después Bea había comenzado «EL PROYECTO».

Laura siempre había considerado la idea de que los demás la llamasen rarita como una parte de su vida que debía asumir. Nunca le habían gustado los grupos de moda, sino los que quizá estuvieron de moda en algún momento. Lo más moderno que escuchaba era Nirvana, y cuando Kurt Cobain se pegó un tiro ella no había hecho más que nacer. De ahí hacia atrás: prefería mil veces a The Cure o The Smiths antes que a David Guetta. Y ni siquiera los grupos pop ultramodernos que escuchaba Bea le satisfacían lo más mínimo. Prefería a los Doors. No es que lo hiciera aposta, no controlaba sus preferencias y, desde luego, como todo el mundo, había hecho un esfuerzo por al menos escuchar lo que le gustaba a los demás antes de rechazarlo de plano. Sin embargo, no había conseguido nada. Estaba segura de que aquello de que el gusto se educa no era cierto, o al menos no funcionaba con ella.

Era la tercera de tres hermanos y, como ya tenía un hermano guapo y una hermana lista, había tenido que aferrarse a su personalidad para no asfixiarse en una familia competitiva. Por suerte, dando la razón y asintiendo a todo sin poner pegas ni pelear había conseguido siempre lo que quería: no hacer ruido para que no le prestasen atención y así poder vivir lo que le diera la gana.

Su padre hubiera querido que llevase el pelo largo, pero consiguió cortárselo después de ponerle muchas películas de Jean Seberg y lograr así que le pareciera guapa y femenina. Su madre hubiese deseado que estudiara derecho, pero en el

último año de instituto, a base de mostrarle el maravilloso trabajo de los conservadores de museo, consiguió convencerla para estudiar Historia del Arte en la universidad sin que nadie le pusiera una pega. Incluso pudiendo ir y venir cada día a Toledo a casa de sus padres, vivía en una residencia en Madrid mientras estudiaba. Como nadie le prestaba demasiada atención, no esperaban nada de ella y era del todo improbable que llegara a decepcionar.

La única que la había comprendido siempre había sido su difunta abuela, y ella tenía la costumbre de permitirle cometer sus propios errores.

Le hubiera gustado fumar, pero nunca le cogió el gusto al humo, así que sustituyó el tabaco por las pipas como si hubiera estado muy enganchada y hubiese sido ése su método para dejarlo. Nunca le había apetecido demasiado beber y las drogas eran algo que no le interesaba ni en la teoría ni en la práctica. En realidad le importaba poco integrarse: el concepto de grupo le parecía más bien de «rebaño».

Miraba a sus compañeros de facultad o de residencia y sentía que eran todos iguales. Bueno, quizá iguales por grupos, pero iguales. De un solo vistazo podías saber si leían o no y qué, qué música escuchaban y hasta el tipo de chico o chica con que les gustaría salir. A Laura aquello le parecía aburrido. ¿Qué interés podría tener la gente en parecerse?

A pesar de sus reticencias a pertenecer a uno de los rebaños, solía tener bastante éxito con todos. Por lo general, la gente se esforzaba en ser su amiga como si fuera extraordinaria.

—Creo que es precisamente porque les parezco exótica. No entro en ninguna de sus etiquetas conocidas y no pueden predecirme. Eso a unos les da miedo y a otros, morbo.

—Pues a mí me gustaría no tener la necesidad de que aprobasen lo que hago. Me gustaría no depender de nadie, como tú. Ser especial.

—Tú eres especial, Bea. No sé por qué no lo ves.

Y lo era. Porque sí, Laura estaba acostumbrada a ser la rarita de todas las pandas, la deseada por misteriosa, la diferente que no se esfuerza por serlo sino que simplemente es así y no sabe ser de otra forma, pero Bea era especial. Quizá Laura no se había dado cuenta enseguida, su compañera de habitación en la residencia le caía bien y no había entrado en más análisis. A pesar de que Bea se esforzaba en integrarse siempre con los demás, en ir vestida como parte de un rebaño, en ir a los sitios que los integrantes de su rebaño dictaban, había algo en ella. Algo diferente del que su PROYECTO, ese que tanto miedo le daba a Laura, y hasta el hecho de que se enamorase de Arturo formaban parte.

Tenía que reconocer que aquello había sido una sorpresa. Lo que a Bea le pegaba era un novio guapo que se hiciera pasar por feo, intelectual pero que no leyese a nadie anterior a los cincuenta, moderno pero vestido con camisas de cuadros y gafas descomunales, que utilizase *vintage* por viejo y *cool* por moderno y que se estuviera intentando dejar una barba de apariencia descuidada pero no lograra que le saliera un

pelo en la cara. Sin embargo, el que le había gustado era el tópico caminante de cualquier película americana que Bea incluso hubiera negado haber visto. Pero aquello, que Arturo hubiese puesto de manifiesto que existía una Bea que la misma Beatriz ocultaba, era lo de menos. Lo de más era EL PROYECTO, y eso había llegado antes.

EL PROYECTO ponía de relieve que había una Bea retorcida y morbosa dentro de la Bea que con vestiditos de encaje y tul se sentaba en la cama tarareando a Russian Red. Bea decía que había sido una especie de revelación, como una iluminación, pero lo cierto era que hasta las circunstancias que rodearon el comienzo del PROYECTO fueron inquietantes.

Era un martes, Laura lo recordaría sin dificultad porque había ido a devolver unos libros de arquitectura del románico a la biblioteca y la habían multado porque los tendría que haber llevado el día anterior. Pero los lunes no tenía ni un solo hueco en el horario ni para devolver libros ni para nada. Estaba de mal humor al salir de la biblioteca y, como en una escena de *El jovencito Frankenstein*, se le ocurrió hablar en voz alta para consolarse.

—Podría ser peor, podría llover.

No había caminado ni tres pasos cuando se hicieron notar los primeros truenos, que reverberaban en el cielo como estruendosas trompetas del Apocalipsis. La tormenta estaba justo encima y fue como si las nubes se rompiesen.

La residencia estaba a diez minutos caminando, y llegó calada de arriba abajo. La ropa, helada, se le pegaba al cuerpo. El agua le chorreaba por la cara, mezclándose con la sombra de ojos y la máscara de pestañas, dibujando negros surcos por sus mejillas. La bandolera de cuero en la que llevaba libros y apuntes se acartonaría, los zapatos nunca volverían a ser los mismos.

Abrió la puerta preocupada por el posible trabajo de arquitectura arruinado y allí estaba: de pie en mitad del cuarto, delante de la ventana, Bea, pálida y rígida como si hubiese visto un muerto; ni tan siquiera parpadeaba.

La habitación, salvo por un par de velas encendidas en uno de los escritorios, estaba totalmente a oscuras, y el cuerpo de Bea se iluminaba con la luz intermitente de los relámpagos, que dibujaban su silueta en la pared de enfrente, junto a Laura, que de la impresión ni se había atrevido a entrar.

Su compañera de cuarto llevaba un camisón blanco de hilo en total desacuerdo con aquel tiempo invernal, y daba la sensación de no poder moverse. A pesar de permanecer frente a la puerta en la que Laura, empapada, se apoyaba, no parecía ver nada, o ver otra cosa mucho más allá, un algo horrible que nadie hubiera podido describir y que nadie más percibía. Laura se descubrió temblando y no precisamente a causa del frío.

Fueron unos segundos congelados, interminables, silenciosos. Y fue uno de esos

silencios pesados y turbios que se cuelan por las junturas de la mente y van inundando los cuartos con sus tentáculos invisibles.

Si no hubiese estado de pie, Laura hubiera jurado que Beatriz estaba muerta, muerta y erguida, o muerta de miedo pero muerta. Si la hubiera encontrado en esa misma postura en la cama, hubiese cogido el teléfono para llamar a un médico, a sus padres. Pero estaba de pie, y los muertos no se ponen de pie por sí mismos. Eso era lo único que la diferenciaba de un verdadero cadáver.

Después habló. Fue de repente, y pilló a Laura tan desprevenida que incluso dio un pequeño salto hacia atrás y se golpeó el codo con la puerta. El dolor llegó en forma de calambre hasta los dedos, y la voz de Beatriz se pareció en todo a ese dolor: una voz y un dolor que iban disfrazados de otra cosa. El dolor en forma de calambre; la voz de Beatriz en forma de timbre infantil. Un timbre y una voz que no parecían necesitar el aire para conducirse. Que no estaban hechos de respiración.

—Bajo tierra. —Eso dijo Bea con una voz que no era la suya, sino la aguda y temblorosa de un niño.

Justo en ese instante, un relámpago la iluminó desde atrás y a Laura le pareció que su amiga tenía las manos y el camisón blanco de hilo llenos de sangre.

Y que no tenía uñas.

Se llevó las manos a la boca para no gritar, pero no hizo falta. No habría tenido tiempo para emitir sonido alguno antes de que Bea se derrumbara en el centro de la habitación como si aquello que la sostuviera antes hubiese desaparecido: el cuerpo desmayado de una marioneta a la que han cortado los hilos. Laura se lanzó sobre ella sin pensar, sin querer reflexionar sobre lo que había visto.

Cuando llegó hasta el centro de la habitación y sujetó a Bea entre sus brazos, ésta ya no iba vestida con el camisón de hilo ni estaba ensangrentada. Llevaba un pijama de dos piezas de franela con dibujos de gatitos y se alzaba las manos a la cabeza como si se hubiera mareado.

A Laura le hubiese gustado hacerle muchas preguntas en aquel momento, pero sólo se interesó en voz alta por su salud. Bea dijo que se había mareado, que estaba colocando algo en la estantería y que había empezado a sentirse mal, que no recordaba bien qué estaba haciendo antes de eso. Se miraron a los ojos y Bea supo que Laura quería preguntar y Laura supo que Bea le estaba mintiendo, o que al menos no le decía toda la verdad. Pero no volvieron a hablar del tema.

Con el paso de los días, Laura se convenció a sí misma de que lo que había vivido no había sido así, que quizá sólo había visto caerse a su compañera y que la imaginación, desarrollada durante años y años de ver películas de terror sola en casa o en la residencia, le había jugado una mala pasada al proyectar aquellas imágenes en una situación cotidiana y habitual.

La sugestión era poderosa, sí, pero de aquella anécdota quedó un rastro que ni siquiera Laura podía obviar o modificar en su mente para que resultara ser otra cosa; para que resultara ser una mentira, una ilusión: EL PROYECTO.

Nada más levantarse del suelo, mientras se sentaba en la cama y Laura le decía que debía tener más cuidado, que eso le había pasado por incorporarse tan deprisa o quizá por golpearse con la balda de la estantería, Bea dijo que había tenido una idea. Una idea brillante, como una revelación. Había utilizado esa palabra, «revelación».

Laura se fue quitando la ropa mojada en silencio, observando a su amiga que, de una manera extraña, parecía hablar con la colcha de la cama, o consigo misma representada en la colcha.

—Quizá para fotografía. O puede que lo guarde para una exposición.

Aquello iba diciendo, y Laura no supo, mientras se secaba con la toalla y se ponía el pijama seco de invierno, a qué podía referirse. Pero más tarde, cuando las muñecas empezaron a llegar de Japón en sus cajitas y Bea comenzó a disponerlas sobre la cama y asignarles nombres, reconoció los nombres y se inquietó.

Luego fue peor.

Su compañera las desmontó y modificó para que se parecieran más a las originales. Les cambió el pelo y también les hizo vestidos y detalles para los escenarios en los que debían posar. Un pequeño río, una pequeña cocina. Escenarios que después de fotografiarlas plegaba y guardaba bajo la cama, y que a Laura a veces parecían reclamarla como el famoso corazón delator del cuento de Poe.

—Tu proyecto es lo más retorcido que he visto nunca.

—¿Por? —respondía Beatriz, dándole las últimas puntadas a un vestido.

Y Laura no contestaba, se las quedaba mirando sin más.

Aquellas muñecas, que al principio le habían parecido niñas embrujadas poblando sus pesadillas, ahora adquirirían un significado distinto en los nuevos escenarios y con los nuevos peinados y los nuevos vestidos. En las fotografías, todas aquellas muertas ilustres volvían a la vida en forma de muñeca de enorme cabeza.

Beatriz estaba componiendo la escena precedente a la muerte de ilustres mujeres que habían fallecido de forma violenta, ya fueran asesinadas o cometiendo suicidio. Ahí estaba Maria Antonieta, camino del cadalso con el ovillo de lana de una *tricoteuse* a sus pies, y también Virginia Woolf, llenándose de piedras los bolsillos. Una pequeña Sylvia Plath hacía el desayuno de sus hijos antes de meter la cabeza en el horno y Joan Vollmer proponía a Burroughs jugar a Guillermo Tell sin saber que él le pegaría un tiro en la cabeza. Y quizá no sólo eran las muñecas horribles ni las muertes de los personajes lo que más inquietaba a Laura, sino la elección de que fuera ese momento previo, ese instante justo antes de morir en el que unas decidían, otras se resignaban y las más desconocían su destino.

Nunca dijo nada, pero sin duda lo que más miedo le dio fue que un día, cuando todavía no había terminado con el proyecto de sus muertas egregias, Bea hizo una muñeca castaña con gafas de pasta, una con una cámara de fotos a la que vistió con un vestido de hilo blanco que parecía un camisón, una chaqueta de cuero y unas botas planas con cordones, una a la que colocó en un escenario en blanco, como si no tuviera destino que conocer, una que era exacta a la artista que la había hecho, a la

que puso por nombre Beatriz y a la que, en contra de las protestas de Laura, dejó como adorno sobre su mesilla de noche.

Una muñeca a la que Laura miraba al acostarse como si fuese una señal que no lograba descifrar del todo.

En ese momento, con las luces encendidas, no sólo el lugar cobraba una dimensión distinta, sino también Bea, que parada con la cámara al cuello frente a Laura, le parecía una de esas muñecas: la muñeca que estaba de pie en la mesilla de noche.

Laura no se había fijado hasta ese momento, pero Bea llevaba puesto un vestido de hilo blanco, las botas planas de cordones y la chaqueta de cuero.

Intentó hacer memoria del camino hasta la estación, del hostel. Recordó haberla visto así vestida, sí, y hasta haberle preguntado por su atuendo sorprendida.

—¿Vas a ponerte eso?

—¿Qué le pasa?

—Nada, que vamos a una excursión bajo tierra.

—Con un vestido y unos leotardos voy más cómoda que tú con los vaqueros.

¿Se había fijado entonces en que el vestido era blanco? Probablemente no, ya que Bea siempre llevaba vestiditos aunque la ocasión requiriese algo más cómodo. Era en ese momento, con esa luz artificial que le recordaba a la del flexo de la mesita, cuando le parecía que era igual a la muñeca.

La muñeca que hizo de sí misma cuando estaba haciendo muñecas de muertas.

Sacudió la cabeza para apartar la idea.

—¿Habéis visto? Es increíble.

Sí, era mucho mejor centrarse en eso, en las voces de sus compañeros cantando las alabanzas de la Ciudad de la Luz, en la fascinación que había seguido a la preocupación primera.

POLVO DE ESTRELLAS. BASURA DE FANTASMAS

El lugar, iluminado por completo, era en verdad impresionante. Tenía el aspecto de algo nuevo en perfecto estado de uso, de un lugar por el que caminasen personas todos los días para ir al cine o comprar algo. Sin embargo, nunca se había abierto al público. De hecho, se había ocultado su construcción y no era posible encontrar nada al respecto ni en los foros más demenciales de internet, aquellos que hablaban con toda seriedad de conspiraciones planetarias y constructores reptilianos. Pero ¿por qué?

—No parece una ciudad bajo tierra —comentó Laura en voz alta.

Sin embargo, no se percató de que sus palabras causaban una ligera conmoción en algunos de sus acompañantes.

Lo que antes de encenderse la luz parecía una ruina completa se presentaba en ese momento como un lugar incluso ostentoso, con un paseo central sustentado por enormes columnas, tan alejadas en su punto más alto que daban la impresión de pertenecer a un lugar sacro, como si estuvieran caminando por una catedral en vez de por un pasillo lleno de comercios. En algunas de esas columnas, pequeños expositores de cristal mostraban publicidad de alguno de los locales o pequeños objetos olvidados, algún tornillo o pieza que tanto pudo haber estado allí siempre como significar que en esos momentos lo estuvieran montando.

Pere pensó en las columnas de la vieja Avenida de la Luz, tan características que muchas habían sobrevivido a su desmantelamiento, y las comparó con las que tenía delante. Las de la oculta Ciudad de la Luz eran muchísimo más altas y regias, como arrancadas de un templo griego, cosa del todo imposible, puesto que la altura de la Ciudad debía ser la misma que la de la antigua Avenida, al haberse concebido como continuación, y el espacio existente era el mismo. «Un efecto óptico», se dijo, sin que eso lo dejara más tranquilo.

Tras las columnas, los locales comerciales conservaban el esplendor que debieron de tener en los cincuenta, la época de los relatos del abuelo, con sus escaparates limpios y sus cierres sin óxido. Aunque lo más llamativo quizá fuera el suelo: extendido hasta el infinito gracias al dibujo de la baldosa, no sólo proyectaba una ilusión de alfombra de bienvenida, sino que aparentaba estar tan limpio como si estuviera recién barrido.

Aunque todos se preguntaban dónde estaban el polvo y los trozos rotos de baldosas, ninguno lo manifestó en voz alta, quizá por miedo a haber sido el único en percibir semejante abandono a la escasa luz de las linternas.

—Qué raro.

Pere estaba de pie, rebuscando entre los papeles que traía consigo. Laura se acercó a él y Xurxo, y miró por encima de su hombro. Aunque no hacía falta preguntarlo porque una parte de ella sabía la respuesta, lo hizo de todas formas.

—¿Qué te preocupa?

—Bueno, según los papeles de mi abuelo, esto ni siquiera llegó a inaugurarse. Y en internet decía lo mismo. —Tendió a Laura unos papeles impresos de una página web—. Y sin embargo, mira, está todo como nuevo, en uso —bajó la voz avergonzado—. Y antes me había parecido sucio, ya sabes, a oscuras.

—Ya me he fijado. Me ha pasado también.

Sus miradas se cruzaron y Pere experimentó cierto alivio. Aunque era más parecido al alivio que representa la voz de alguien conocido en mitad de un peligro que a un consuelo real. Aquello se asemejaba demasiado a las historias que contaba el abuelo. A lo que el abuelo había repetido una y otra vez durante años:

«Ahí abajo estaba completa la ciudad que no llegamos nunca a construir. Y era un compendio de todas las ciudades que habían existido desde que nosotros mismos existíamos».

Eso decía el abuelo, y las palabras de Laura, la propia Laura, no eran suficiente consuelo. La ciudad subterránea sí parecía serlo sin embargo. Tenía un efecto narcotizante en su lujo y su extrañeza. Era imposible que eso existiera tal cual allí, y sin embargo, ahí estaban. Quizá era exagerado decir que aquello era un compendio de todas las ciudades que habían existido, pero de alguna manera sí que podría tener un extraño magnetismo de ciudad formada de todas sus ciudades posibles. Como si el pasillo central hubiera jugado a convertirse al mismo tiempo en cualquiera de las ciudades que podría haber sido de llegar a construirse. Pero ¿qué pensamiento era ése? Era obvio que el abuelo había mentido: estaban pisando una ciudad subterránea real. Por supuesto que se había construido.

Ambos miraron a su alrededor. Los demás estaban como fascinados, paseando junto a las columnas, pasando los dedos por las pequeñas vitrinas sólo para comprobar que ni tan siquiera había polvo. Desde el lugar en que permanecían Laura y Pere con Xurxo agarrado a su mano, el sitio parecía un gigantesco salón de baile. Eso se imaginaba Laura, y le gustó la idea: el inmenso salón de baile de un inmenso palacio, y sus compañeros de aventura rodeando las columnas en un involuntario vals.

Sonrió, y al sonreír, su mirada se cruzó de nuevo con la de Pere, que también estaba sonriendo. Laura sintió que el chico que se parecía a Jared Leto de alguna manera había pensado, si no lo mismo que ella, algo equivalente.

Pere bajó los ojos sonrojado, lo que a ella le pareció encantador. Siempre le

habían gustado los tímidos. A veces habría deseado serlo ella misma; el mundo tiene una especie de consentimiento enamorado con los tímidos.

—Pero no es lógico —espetó él de pronto, como intentando salir del trance que la ciudad le producía—. ¿Quién va a venir a limpiar aquí? Estaba todo cerrado. Y mira esto, está nuevo. Es increíble, es como si la fueran a inaugurar mañana.

—Lo mismo hay un plan secreto de restauración y luego nos la inauguran por sorpresa por todo lo alto.

—¿De verdad crees que es tan fácil mantener en secreto algo así?

—No, la verdad es que no. No bastaría para taparlo las obras en el cine.

Debería haber resultado preocupante, pero no pudo evitar que la sonrisa le volviese a la cara.

El espacio desprendía una paz luminosa, extraña, incluso lujosa, como si se hubiera abierto un agujero en el tiempo por el que pudieran asomarse a los años cincuenta pero sin público, sin agitación. Era como el escenario vacío en el que faltaban los actores. Como uno de esos dioramas de cartulina que Bea montaba para sus muñecas. Laura sintió que el corazón se le aceleraba al pensar esto y decidió apartar semejante idea de su mente mirando a Pere. Él tampoco podía evitar la fascinación que provocaba el lugar, a pesar de lo extraño de la situación y de lo que se parecía todo aquello a las invenciones del abuelo. La sonrisa asomaba a sus labios con toda naturalidad. Sin embargo el niño, Xurxo, agarrado con su pequeña manita blanca a la de su hermano, no parecía tan feliz.

—Es de veras increíble —suspiró Pere.

—A lo mejor existe una secta de adoradores de la nunca inaugurada Ciudad de la Luz que se dedican a colarse por las noches y restaurarla.

—Sí, tendría mucha gracia. Pero para que eso ocurriese, ya tendría que haber existido una secta de constructores que la hicieran. Mi abuelo dijo que nunca llegaron a levantar nada aquí, sólo un túnel. Y que, sin embargo, cuando bajó por primera vez en el cincuenta y cinco, la ciudad ya estaba construida.

Pere quería confesar aquel secreto que le estaba haciendo daño, el abuelo ya había anunciado que la ciudad existía, y había dicho también otras muchas cosas horribles. Y él las había ocultado para que no pensasen que era un loco, igual que el abuelo decía que había estado diez años en China. Pero Laura no parecía compartir su angustia. No parecía estar preocupada en absoluto por lo que él acababa de decir.

—Pues hay que admitir que han hecho un trabajo maravilloso.

—Quizá sean peligrosos. —Pere se resignó a seguir la broma de la secta—. Si tanto empeño han puesto en construir y mantener en secreto algo así, querrán defenderlo a sangre y fuego.

—A lo mejor deberíamos irnos —dijo de repente Xurxo, apretando la mano de su hermano.

—Perdona si te hemos asustado. Estamos de broma. No te preocupes, lo más probable es que lo haya hecho el ayuntamiento. O los mismos del ferrocarril

siguiendo, quizá, las maquetas de entonces; aunque yo he visto la maqueta y los mapas y esto parece distinto, muy distinto en realidad. De todas formas, es evidente que mi abuelo mentía, la ciudad tuvo que construirse.

Laura pasó la mano por la cabeza al niño de forma cariñosa para apuntalar el consuelo de Pere, pero él respondió con rigidez, como si le diera miedo esa caricia o se sintiera decepcionado por el giro de los acontecimientos.

—Venga, hombre, ¿os vais a quedar ahí parados? Esto es la leche. —La voz de Arturo resonaba multiplicada por el eco.

Mientras avanzaban, Laura observaba las magníficas columnas que, de cuatro en cuatro, formaban pequeñas bóvedas, las arcadas en las que estaban situadas las tiendas, los pequeños callejones por los que se salía a otras avenidas del entramado. Bea, que había recuperado su cámara y la alegría, hacía fotografías de todos, de ellos, pegados a las columnas, señalando pequeños detalles.

Will resultaba ridículo en un lugar tan bien acabado y tan cuidado con su casco puesto, pero Pere intuía que si decía algo al respecto, recibiría una mala respuesta. Adela sacó una grabadora del bolso, lo que despertó la curiosidad de Laura.

—¿Y eso para qué es?

—Para grabar psicofonías. Un lugar así debe de tener una increíble vida.

—¿Vida? No sé si es la mejor forma de llamarlo —interrumpió Arturo, riendo—. Es que tú no estabas en el foro y no te enteraste, pero ella cree que aquí va a poder captar algo así como los restos que van dejando detrás los fantasmas. Como la basura del más allá, vaya. —Se echó a reír de su propio chiste—. ¿Verdad que dijiste que este sitio debía de estar plagado de basura de cadáveres?

—No dije eso, ni hablé de cadáveres. Hablé de que nosotros ocupamos un espacio en un tiempo y de que creo firmemente que nuestra presencia deja un rastro, no basura, en los espacios que hemos ocupado u ocuparemos, que puede percibirse en los tiempos en que no estamos ocupando ese espacio. Y que ese rastro es registrable. Y por eso me interesaba venir. Esto pasa bajo la superficie de una ciudad llena de gente, lo que son muchos rastros.

—¿Quieres decir que lo que vulgarmente tomamos por fantasmas son en realidad el rastro dejado en un lugar por el que pasaron unas personas que ya no están en ese sitio y que podrían, por lo tanto, estar vivos o muertos en el instante en que los percibimos?

—Joder, Laura y Adelita, conjunción astral de frikis.

—Arturo, si prestaras atención, lo mismo te dabas cuenta de que esto es muy interesante.

—Sí, Laura, más o menos. Lo que podemos registrar es algo que está en otro punto espacio-temporal.

—Lo que quiere decir que si hay fantasmas o rastros que vienen del pasado, nada impide que también podamos percibir o registrar fantasmas o rastros del futuro, ¿no?

—Bueno, en teoría sí, claro. Se supone que podríamos tener también fantasmas

del futuro, aunque el problema es que se supone que hay muchos futuros posibles y no sabemos de cuál de ellos vendría el fantasma. Entraríamos en realidades paralelas y esa clase de laberintos.

—Qué guay —concluyó Laura.

Estaba sinceramente impresionada y, al contrario de lo que manifestaba Arturo, el tema le parecía interesante de veras, aunque no creía que lo que fuera a registrar esa noche Adela fuese algo distinto de sus propias voces. Tampoco se había tomado muy en serio lo que Pere había dicho, aquello de que la ciudad ya estaba allí cuando su abuelo ni siquiera había empezado a construirla. Los abuelos tienden a exagerar sus batallitas. Y tal vez el de Pere fuera demasiado imaginativo para la tónica, pero más allá de eso, Laura no encontró razones para preocuparse.

La teoría estaba muy bien, pero esas cuestiones paranormales eran eso, teorías con cierto interés, nada más. Cuando intentaban pasar de la teoría a la práctica, se convertían en demasiado abracadabra. Aunque para qué decirle eso a Adela, no había más que verla: pantalón blanco, jersey blanco, abrigo blanco, y tantas piedras y amuletos colgados que parecía que fueran éstos los que la mantuvieran pegada al suelo. Entre otros objetos, Laura reconoció a primera vista varios pentáculos, una amatista, un ojo de tigre, una mano de Fátima, un escarabajo egipcio, un falo, una herradura, un ojo y una llave. El resto de colgajos podría haber sido cualquier cosa. El tipo de gente que creía en la suerte, que esperaba registrar las voces de fantasmas con una grabadora, que se vestía de blanco para ir a una expedición bajo tierra, no era la clase de gente con la que se pudiera discutir sobre la fiabilidad de esos métodos o de esos amuletos.

Adela puso en marcha su grabadora y miró a Xurxo una vez más. El niño, por su parte, tenía tanto miedo que pensaba en aquello que más le había gustado siempre: las estrellas.

Pensó, para calmarse, que los ojos almendrados de Adela tenían por pupilas un par de hermosas reproducciones de la Vía Láctea y sonrió.

A pesar de todo, sonrió.

LA VOZ EN LA CABEZA DE XURXO

El póster de la Vía Láctea se lo había regalado Pere cuando cumplió ocho años. Le había dicho que era para que tuviese cerca los astros que tanto le gustaba mirar. Era cierto que Xurxo prefería la noche y la oscuridad porque la luz de la luna o de las estrellas no dañaba sus ojos o su piel como sí lo hacía el sol. Pere había añadido que algún día tendría dinero para comprarle un telescopio que le permitiera observarlas más de cerca. También le había explicado que la Tierra, que era el planeta en el que vivían, formaba parte del sistema solar de una estrella llamada Sol.

—Eso ya lo sé. Me lo han enseñado en el colegio.

—Pero ¿a que no sabías que nuestra estrella es una enana amarilla? —Xurxo negó con la cabeza—. Pues lo es. Con todo el calor que nos da es una estrella relativamente joven y pequeña. Y ella, y todo su sistema, están aquí dentro. —Pere puso con teatralidad un dedo en el póster—. Forma parte de un sistema de sistemas, o lo que es lo mismo, una galaxia. Y esto que tienes aquí es nuestra galaxia, formada por miles y miles de sistemas de estrellas con sus planetitas dando vueltas. Se llama Vía Láctea y es una galaxia espiral porque tiene esta forma, ¿ves? Tiene brazos.

A Xurxo la idea de formar parte de un planeta diminuto, en un diminuto sistema de una estrella enana que tenía otras miles de compañeras que formaban una galaxia, le fascinó. Le fascinó hasta el punto de creer con toda su alma que en alguna parte, en alguno de esos brazos de la Vía Láctea, debía haber otro diminuto planeta con gente diminuta y un diminuto niño extraterrestre que, como él, acabara de descubrir lo inmenso del universo. Lo llamó el *Otro Xurxo*.

Estaba mirando aquel póster de la Vía Láctea cuando sucedió. Fue, de hecho, lo último que vio antes de que sucediera.

Había sido como caer en un pozo. Casi ni se había dado cuenta. Bueno, sí se dio cuenta de que le faltaba el aire, pero no se sintió como un pez fuera del agua como tantas otras veces cuando le atacaba el asma. No, fue más bien como si el suelo se reblandeciera y lo fuese hundiendo y acunando. La oscuridad. El silencio. El mundo desapareciendo a su alrededor para dejar paso a la tibieza. Xurxo pensó que así se sentían los niños antes de nacer, que estaba seguro de ello: una calidez extraña sin tiempo. Luego supo que había estado a punto de morir; se lo dijo Pere a escondidas de sus padres.

—Ellos no quieren que lo sepas, pero me parece que tienes derecho.

«Derecho, ¿lo opuesto a torcido?». No entendió muy bien lo que quería decirle Pere con aquello, pero se lo agradeció de igual forma. No entendía por qué sus padres le ocultaban que había estado a punto de morir. La muerte no le parecía tan terrible.

—Pues morirse es como nacer.

—¿Qué?

—Que es igual que nacer. O creo yo que tiene que sentirse lo mismo. No me acuerdo de cómo nací, pero me parece que tiene que parecerse a lo que me pasó cuando dejé de respirar. Estaba cómodo ahí, y luego sentí como un tirón y luz, mucha luz.

Las luces del hospital pasando por encima de él. Una señora diciendo: «Está consciente»; la voz sumergida de una mujer. Como cuando se metía en la piscina con sus amigos y jugaban a averiguar bajo el agua qué decía el otro y sólo se oían ecos y burbujas. Eso pensó, ecos y burbujas.

Y luego, nunca supo por qué, la sensación firme de que aquello era importante. Pasó sin más, mientras estaba en una camilla y los mayores trataban de devolverle el ritmo a su corazón. Lo escuchó dentro de su cabeza, en palabras, como si alguien se lo susurrara:

—Por debajo. Debajo de la tierra. No vas a poder evitarlo. Lo intentarás, pero no lo conseguirás.

Esas palabras se formaron en su cabeza con su propia voz, como si un Xurxo pequeño viviese dentro del Xurxo niño, y fuese éste un Xurxo mayor que intentara hacerse entender como se intentaban hacer entender los adultos cuando hablaban con él de algo importante. Como le había hablado su madre años atrás, cuando le dijo que se iban de su pueblo de Galicia a buscar una vida mejor, paladeando las palabras.

La voz era la de un Xurxo todavía niño, pero modificada por algo terrible, una de esas vivencias que convierten a los niños en adultos y a los adultos en ancianos. Si aquella era la voz del Otro Xurxo, era una voz que el largo trayecto a través de las estrellas había modificado y hecho madurar.

Después ocurrió otras muchas veces. Las palabras que se formaban en su mente venían siempre precedidas por un frío extraño, un frío que se metía por dentro de los huesos, bajo las uñas, entre el pelo. Y luego llegaban las palabras del Xurxo que parecía haber vivido cosas distintas a las que había vivido él. Cosas más dolorosas e intensas. Imaginaba que el Otro Xurxo viviría en un planeta terrorífico. Un planeta congelado por el frío del universo.

No siempre decía lo mismo, pero siempre estaba relacionado con estar bajo tierra, con la sensación de emerger a la superficie, como si hubiera estado enterrado vivo o demasiado tiempo bajo el agua.

—Por debajo de las tripas de la ciudad. No lo olvides, recuérdalo.

En ocasiones se miraba las manos blancas y las encontraba llenas de tierra, como si hubiese intentado desenterrar algo con las manos. «Un tesoro, quizá», se decía.

Aquella posibilidad empezó a gustarle. ¿Qué podía haber bajo tierra que no fueran tesoros escondidos? Le encantaban las películas y las novelas de Pere que hablaban de piratas, y siempre había un tesoro. Y un mapa con una cruz en el centro. Pero tal vez el Otro Xurxo hacía en esta ocasión el papel del mapa y de la cruz roja que indicaba el camino. Incluso el papel de los acertijos que, con frecuencia, acompañaban los antiguos pliegos donde se podía ver el dibujo de una isla sobre una rosa de los vientos que indicaba la posición de los cuatro puntos cardinales. Eso lo sabía porque sus padres lo habían apuntado a un campamento de verano el año anterior y Pere le había comprado una preciosa brújula con una rosa como ésa en el centro.

—Para que no te pierdas —le había dicho, aunque no había ninguna posibilidad de perderse.

Los campamentos eran aburridos y estaban llenos de actividades que su delicada salud no le permitía realizar. El resto de los niños lo miraba como a un bicho raro cuando se bañaba en el río, extrañados por la ausencia de color en su piel, por su bañador de cuerpo entero y porque tuviera que usar hasta para meterse en el agua unas gafas oscuras que parecían sacadas de una peli de ciencia ficción. A él le divertían sus gafas, y también le parecían divertidas a los niños del colegio que ya estaban acostumbrados a verlas, pero a los chicos del campamento les daban miedo, y eso lo notaba en todo momento, esa barrera invisible que levanta el miedo a lo distinto y que hasta él, que era un niño, podía palpar con toda claridad. Por eso se pasó la mayor parte del tiempo en el campamento solo, con sus fantasías de piratas y su brújula inútil, a pesar de los esfuerzos de los monitores, que también se dirigían a él con el tono de quien habla con un objeto que le resultaría muy caro romper.

Al volver a casa, le hizo prometer a mamá que no volverían a mandarlo a un campamento de verano nunca jamás de los jamases. Ella lo prometió con solemnidad después de protestar que los niños a veces no saben que ser diferente es ser especial y que hay países donde a los albinos como él se los considera mágicos, con poderes sobrenaturales para leer los misterios del futuro.

Después vino el susto y las voces dentro de la cabeza. Incluso dejó de tener ataques de asma y el médico de los pulmones estaba maravillado con el progreso. Había utilizado una palabra que nunca le había escuchado antes a un médico: *milagro*. Eso también animaba a Xurxo a pensar que la aparición del Otro Xurxo era, si no divina, al menos sí mágica. Y se preguntaba a menudo si también en el planeta de su sanador se verían películas de piratas.

Luego, un día, sin saber por qué, pensó que no era posible que la voz de un extraterrestre viajara por el espacio hasta él para curarlo y mostrarle un secreto o un tesoro. Quizá son ese tipo de conclusiones las que hacen que nos hagamos mayores, el darnos cuenta de que una ilusión infantil no nos va a llevar a ninguna parte. Pero aunque Xurxo en concreto renunció al niño extraterrestre que también veía películas de piratas en su planeta helado, se negó a renunciar al tesoro, por lo que llegó a la

conclusión de que esa voz que escuchaba no podía ser otra que la suya propia, en el futuro, indicándole cómo podía encontrarlo. Por eso en ocasiones también tenía visiones.

A veces dedicaba horas enteras a pensar que esas manos llenas de tierra eran las manos del Xurxo del futuro que le decía dónde había enterrado el tesoro que debía buscar. Sí, eso tenía que ser, que el Xurxo del futuro tuviera un bonito tesoro que enseñarle. Y él sólo tenía que escuchar con muchísima atención para encontrarlo. Prestarle todos los oídos, los ojos, la nariz, las manos, sí, seguro que por eso le había curado los pulmones.

Y entonces ocurrió.

Era una noche de domingo. Allí estaban papá (siempre llamaba *papá* al marido de su madre, porque nunca había conocido otro padre), mamá y Pere sentados con él a la mesa. De fondo se escuchaba el telediario como siempre, con el volumen tan bajo que la voz del presentador parecía un rumor de personas mayores susurrándose secretos. También el tintineo de las botellas de cristal, donde mamá ponía el agua porque decía que en cristal sabía mejor, y que rellenaba con grandes garrafas. La mano de papá señalaba un punto indefinido en el aire para describir un aparatoso accidente que había tenido un antiguo compañero, guardia de seguridad, en lo que quedaba de la Avenida de la Luz, que ahora era una perfumería. Y la mirada de Pere se iluminó al escuchar ese nombre, como si no hubiera escuchado lo del hombre que se había caído por las escaleras sin razón aparente, rompiéndose muchos más huesos de los lógicos en una escalera tan corta, ignorando incluso la mirada reprobatoria de mamá porque papá estuviera contando eso delante de los niños. Siempre se refería así a ellos dos, «los niños», como si Pere no fuera mucho más viejo y ya no tuviera en absoluto nada de niño.

Después todo se superpuso, como si a la realidad se le hubiera colocado encima una transparencia con el mismo decorado pero distintos detalles: ahora ya no había presentador de telediario, ni dedo de papá, ni siquiera mamá negando con la cabeza. Sólo Pere con la cara llena de tierra, como él aparecía con las manos llenas de tierra cuando el Xurxo del futuro le intentaba mostrar dónde estaba el tesoro, Pere mirándolo con la intensidad del que está aterrorizado, Pere vomitando litros de sangre sobre los guisantes con jamón que segundos antes había estado mareando con el tenedor.

Xurxo apretó los ojos, deseando que la imagen desapareciera, pero su gesto fue inútil. El Pere aterrado y vomitando sangre se le había metido dentro de los párpados y no se marchaba. Así que Xurxo gritó, gritó tanto como dieron de sí sus pulmones, gritó para que aquella imagen desapareciera, para que el Xurxo del futuro se la llevara para siempre. Gritó tanto que se le secó la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas. Gritó de horror. Gritó de miedo. Gritó porque el Xurxo del futuro nunca le mostraría un mapa con una equis roja en el medio.

Cuando dejó de gritar y abrió los ojos, Pere ya no vomitaba sangre. Estaba muy

pálido junto a papá, que parecía tan pálido como él aunque no hubiera vomitado nada. Mamá lo sacudía con la misma cara que había puesto todos los días cuando lo habían ingresado en el hospital. Le decía algo que no alcanzaba a comprender porque aquella transparencia que se había superpuesto a la realidad, como en los libros infantiles que tanto le gustaban cuando era más pequeño, se resistía a marcharse del todo. Sólo recordaba que había sentido el frío que antes solía preceder al Xurxo del futuro. Y que los guisantes de Pere seguían siendo tan verdes como antes de que aquello sucediera.

El Xurxo del futuro no intentaba mostrarle un tesoro, sino un hecho horrible. Algo que sucedería en un momento que un niño no podría predecir, y que probablemente tampoco podría evitar.

Había intentado contárselo a Pere, pero éste no quiso ni oír hablar del tema. Pareció asustarle mucho que le dijera que escuchaba una voz en su cabeza, parecida a su propia voz pero distinta. Y que creía que esa voz había hecho que estuviera a punto de morir. Y que también le había salvado los pulmones como si fuese importante para su futuro ser un niño sin asma.

Así que no le habló de la visión de aquella cena, ni le contó a nadie por qué había gritado. A pesar de que la imagen de Pere vomitando sangre sobre los guisantes ya nunca le abandonaba, a pesar de que cada vez que cerraba los ojos estaba ahí, que temía dormirse porque las pesadillas se apoderaban de él y no le permitían descansar, a pesar de todo eso no dijo nada, como si de una manera absurda intuyese que debía proteger a su familia de aquello. Como si supiera que lo iban a tomar por loco. Aunque si le hubieran tomado por loco, no le hubiese importado, siempre que supiera qué iba a pasar y cómo evitarlo.

Xurxo había conocido a otra persona de la que también decían que estaba loca, un domingo en Mataró. Era el padre de la madre muerta de Pere: «El abuelo —le dijeron—, llámalo así», y Xurxo lo hizo aunque no fuera su abuelo, incluso aunque intuyera que al hombre que ahora había desaparecido y que habían ido a buscar a aquella extraña ciudad subterránea no le hiciera demasiada gracia el apodo.

Pere insistió en que le divertirían los cacharros que hacía el abuelo con trozos de otros cacharros. Y le pareció una gran idea. Pere se lo había contado todo acerca del abuelo Hermenegildo. Todas las historias locas que contaba. Y le gustaban aquellas historias. Creía que todas ellas eran ciertas y que, en realidad, nunca se había embarcado a China. Quizá era el único que lo creía, porque Pere solía reírse al respecto, como se ríen los que tienen un familiar con tendencia a mentir.

Xurxo había imaginado que el abuelo sería un tipo entrañable, un Pere envejecido con la misma sensibilidad literaria que su hermano. Y que lo querría como quieren los que tienen sensibilidad literaria. Sin embargo, lo único que tenían en común Pere y su abuelo era la intensidad de los ojos azules, del mismo color que el agua en alta

mar. Era un hombre alto y enjuto, tieso como una vara, de piel oscura y curtida de trabajador, y el pelo plateado de los que lo han tenido muy negro. La barba crecía desmadejada por toda su cara, siendo plateada también en las zonas más cercanas a la cara y blanca en las más extremas. Sus cejas casi se clavaban en el párpado cada vez que lo miraba, imitando el dibujo de un rayo al caer. Aquella mirada severa era una mezcla de asombro, lucidez y crueldad que inquietaba a Xurxo porque no sabía el significado de casi ninguna de esas palabras.

Comieron arroz y el niño apenas abrió la boca. La tensión podía cortarse, aunque Pere no parecía notar nada extraño. En un momento, aquel hombre extraño mandó a su nieto a la cocina a por más pan. En cuanto vio que salía por la puerta, con una voz muy oscura y tenebrosa, le dijo a Xurxo:

—Sé lo que eres.

Y después se llenó la boca de arroz, agradeció a Pere el pan, echó un trago de vino y se comportó como si no hubiera dicho nada. Y Xurxo intuía, no, sabía que Hermenegildo no se refería a que fuese débil o albino. Ni siquiera a que antes tuviera asma y ya no. Sabía que se refería a algo tan oscuro y tenebroso como había sido su voz al decirlo. Un algo que un niño no podía alcanzar a comprender. Un algo que tenía que ver, de eso estaba seguro, con el Xurxo del futuro y con Pere vomitando sangre sobre los guisantes en su imaginación.

La voz no lo abandonó. De vez en cuando su mente se quedaba en blanco, él no se daba cuenta de cuándo iba a pasar, pero la realidad se iba cubriendo de esas transparencias horribles. Sus manos limpias para ir a comer cubiertas de una capa de tierra, Pere con la cara manchada.

Sangre.

La sangre fue convirtiéndose en una constante en sus visiones. Cuando entraba en la oscuridad, tan semejante a aquella en la que se sumergió cuando estuvo a punto de morir, todo se volvía rojo. Todo supuraba, chorreaba. Sentía el sabor a llave en la boca. Y luego la voz del Xurxo del futuro hablando de muerte.

Muerte.

A veces se consolaba pensando que morir no era tan aterrador. Que se parecía a nacer. Que tampoco importaba una muerte más o menos en un planeta diminuto que rodeaba a una estrella insignificante en una galaxia más de un universo inabarcable. Pero eso le hacía mirar al póster de la Vía Láctea que le había regalado Pere.

No era importante en el conjunto del universo, pero era importante para él. Y sentía un miedo viscoso que reptaba a su alrededor por el cuarto hasta agarrársele al pecho. Un miedo que le hacía sentir como cuando todavía sus pulmones no funcionaban del todo bien y a menudo le faltaba el aliento. Y en mitad de ese miedo, el «sé lo que eres» que había dicho el abuelo de su hermano, un abuelo al que nunca quiso volver a ver y al que ahora iban a buscar.

LA REALIDAD TRANSPARENTE

Un miedo equivalente sentía Xurxo en esos mismos momentos, paseando por esa Ciudad de la Luz de la que parecían haber desaparecido la suciedad y el abandono que había al principio. Porque él sabía, él notaba la transparencia que se había desplegado sobre la realidad. Y era sorprendente que, por una vez, todos los demás también la viesan sin notarla. Porque esa ciudad subterránea ni siquiera debería estar allí. Era sorprendente, sí.

Sorprendente y aterrador.

Pero ¿por qué los demás iban a tener el mismo miedo que él? Esta vez las visiones no eran horribles. Esta vez no había sangre. No había muerte. Y no podían escuchar al Xurxo del futuro repitiendo: «Sangre, muerte». Los demás sólo estaban viendo que la galería principal de una misteriosa ciudad subterránea se había convertido en un lugar hermoso, limpio, como recién construido.

—¿Habéis visto esto? Joder, es una pasada.

—Pero no es posible.

—Vaya, ¿podemos entrar?

—Debemos entrar, es genial.

Seis jóvenes y un niño parados frente a una tienda de encargo de lápidas. Las luces que la iluminaban tenían reflejos dorados y daban un aspecto envejecido a lo que, de forma evidente, estaba nuevo y como recién abierto. Desde esa perspectiva parecía una postal que se trasladase hasta el presente con una inscripción extraña: tres emes. Tres letras mayúsculas pintadas en rojo que flotaban frente a Xurxo, lo único que los demás no podían ver. Pero el niño sí las veía. Tres letras flotando en el escaparate, tres emes en rojo que no estaban allí. Como quizá tampoco estaba la tienda ni el resto de la ciudad subterránea.

Muerte. Muerte. Muerte.

El Xurxo del futuro reaccionaba frente al lugar, mientras que el del presente sólo podía apretarse contra su hermano. Era sorprendente, pero notaba que Pere también empezaba a tener la palma sudada, como si estuviera nervioso o hubiese tenido un mal pensamiento. ¿Pere también? Cuando éste le soltó la mano un momento para mirar los papeles, pareció más bien una excusa para que el niño no percibiese su inquietud.

—Esto no debería estar aquí —sentenció Pere.

—¿Qué dices?

—Will, mi padre me habló de una tienda de encargo de lápidas, mi padre, no mi abuelo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que hubo una tienda de lápidas que cerró en los setenta, pero en la parte que hemos dejado atrás, en la parte que sí se inauguró y estuvo en activo, en la Avenida de la Luz. ¿No encontráis muy raro que haya otra aquí?

—Bueno, tu padre se pudo equivocar. Quizá la antigua Avenida de la Luz se extendía hasta un poco más acá. —Ni siquiera la voz de Laura sonaba convincente diciendo aquello.

—No, créeme. Mi padre es un verdadero fanático de ese sitio, no hubiera cometido una equivocación así. Además, esto está en uso, es obvio, no tiene pinta de abandonado.

—Nada aquí tiene pinta de abandonado. Es como si lo estuvieran montando para inaugurarlo.

—No, no es eso. Tiene que ser otra cosa. Si estuviesen a punto de inaugurarlo habría una tienda de teléfonos móviles, no de lápidas.

—La verdad es que lo de los encargos de lápidas es un poco como la tienda de ataúdes típica de las películas del Oeste americano. —Laura se echó a reír, lo que hizo que Pere relajase un poco su postura.

—Venga, vamos a entrar.

—No sé si será una buena idea, Arturo —respondió Laura—. Imagínate que lo que están haciendo aquí es rodar una película o una serie de televisión. Imagínate que todo esto son decorados y rompemos algo. Tiene pinta de ser muy caro.

—Venga, ¿y quién va a saber que estamos aquí, boba? ¿No crees que si esto fuera importante para alguien, habrían puesto vigilancia?

—Eso es verdad.

Laura le daba la razón a Arturo mientras sonreía a Pere. Su mano rozó los dedos que sostenían los papeles. Pere enrojeció de arriba a abajo, pero sus reparos, al menos en apariencia, desaparecieron del todo. Fue el primero en empujar la puerta, que se abrió sin ningún ruido, como recién engrasada.

Todo permanecía con el aspecto que hubiera tenido en vísperas de su apertura al público: el mostrador de madera sobria, el ambiente recogido, los muestrarios de mármol. La iluminación era tenue, como quizá lo eran antes las iluminaciones donde se velaba a un muerto. A Laura le vino a la cabeza lo mal que le pareció el espacio de la funeraria donde velaron a su abuela: frío, con iluminación blanca, como si fuera un hospital o un supermercado.

—Este sitio es maravilloso —comentó.

—Y tú un poco rarita —respondió Arturo.

Bea y Will hacían fotos del lugar mientras Laura, Pere y Xurxo pasaban al otro

lado del mostrador.

—Laura, esto es muy raro, te lo digo en serio. ¿Tú de verdad crees que están rodando aquí una peli o una serie?

—Bueno, ¿qué es lo que siempre vemos de raro en las series de producción propia?

Pere sonrió por la seguridad con la que esa chica hablaba todo el tiempo, y se encogió de hombros. Cada vez le gustaba más.

—No tengo ni idea.

—Pues es lo mismo que vemos de raro aquí, por eso lo he pensado. Todo está tan nuevo que no parece real. En las películas y series españolas nunca hay polvo, la ropa no se desgasta, los edificios, la ropa, la gente están como para estrenar. Y eso no pasa en la vida real. Ni en las series o películas de otros sitios, que buscan la credibilidad.

—Nunca lo había pensado.

—Pues créeme, es así, soy una cinéfila y seriéfila loca. Me fijo en esos detalles.

Pere no había tenido un arranque de valentía en su vida. Un par de años antes le había gustado una compañera del instituto, pero jamás pudo decírselo. Se sentaba detrás de ella en clase y perdía la concentración a menudo porque le olía el pelo desde donde estaba. Ella le preguntaba todas las dudas de latín, y cuando se las respondía, cuando la ayudaba, se sentía como un superhéroe. Pero es probable que a efectos prácticos fuera invisible para ella. Que simplemente fuera el chaval flaco que la ayudaba con el latín.

Sin embargo, a menudo se imaginaba diciéndole lo que sentía, incluso robándole un beso en un pasillo. Pero no lo hizo jamás. Ella tenía una especie de halo de superioridad alrededor. Un no sé qué de diosa a la que no se le podía decir: «Te quiero desde el mismo día en que te vi». A la que no se podía tocar sin que se te castigase con un rayo olímpico o con un ave rapaz devorándote por toda la eternidad.

Lo último que supo de ella parecía contradecir esa teoría: se había quedado embarazada y el padre no había querido saber nada. Trabajaba en una perfumería situada en lo que había sido la Avenida de la Luz y tenía un niño de un año, calvo y regordete, que se parecía a Winston Churchill. A lo mejor fue al saber esto cuando se arrepintió de no haber hecho nada. Era humana, después de todo.

Que le viniera a la cabeza Cristina Valls, así se llamaba, fue la posible razón por la que en ese momento apareciese un Pere desconocido, uno que sonreía y, casi en un temblor, cubría la mano de Laura que reposaba sobre el mostrador con la suya. Ella lo miró y le apretó los dedos con tanta fuerza que hasta Xurxo se dio cuenta de que en esa imagen había algo que no cuadraba, algo que no iba bien. Algo que no debería estar pasando.

El niño apretó los ojos y sintió el frío, y esa vez también notó una presencia a su lado que podría ser la del Xurxo del futuro. Y el miedo reptante. Y entonces, sólo entonces, vio lo que de verdad iba a suceder. Lo que el Xurxo del futuro llevaba todo ese tiempo intentándole mostrar. Ni trazos, ni esbozos, ni fragmentos, sino la

secuencia completa. Y sintió ganas de gritar, pero sabía que no era buena idea y se contuvo.

—¿Qué es esto?

—¿Un libro de encargos?

—Qué fuerte, ¿de dónde habrán sacado esto? Qué raro, ¿no? Parece auténtico. Lo mismo lo han recuperado de la que cerró en la avenida principal en los setenta. Es como ver el pasado de la gente.

—Un libro de encargos de lápidas es como una máquina del tiempo.

Sumergido en la oscuridad pulposa que a veces lo acogía, Xurxo escuchaba las voces de los demás y sentía cómo se movían a su alrededor sin prestarle atención. Adela decía que podían intentar contactar con la gente que salía en el libro.

—No fastidies, tía, qué yuyu. Mira que eres siniestra —respondió Arturo.

El sonido de la cámara de Bea reveló que estaba fotografiando los encargos. Ruido de papel pasando de un lado a otro.

—¿Para qué sacas fotos de eso?

—No sé, por curiosidad. Vamos a la última página. A ver quién fue el último que encargó aquí su tumba.

—Pues según esto, un tal Gerardo González.

Fotografías, destellos de flash.

—Lo voy a buscar en Google cuando lleguemos al hostal. Aquí no tenemos cobertura, ni internet, ni nada en los teléfonos.

—No sabía que dentro de ti hubiera una pequeña morbosa.

Crujido de ropa, besos. Arturo debía de haber abrazado a Bea para besarla.

—Pues si existe y está muerto, sería demasiado que se hayan molestado en buscar muertos de verdad. No se lo curran tanto normalmente. Claro que también podría ser lo que he dicho antes, que lo recuperasen de la galería que sí se inauguró. Lo mismo están rodando una serie sobre la Avenida de la Luz y están reproduciendo algunas de las tiendas que existieron en ella en esta parte que nunca se utilizó. No sé si tiene mucho sentido, pero es lo más lógico que se me ocurre. Eso sí, no te hagas muchas ilusiones, porque Gerardo González debe de haber cientos. No sé cómo vamos a saber cuál es el nuestro. —La voz de Laura temblaba un poco por la emoción de dejar que Pere sostuviera todavía su mano.

—Por la fecha de muerte, ¿ves? Lo mismo encontramos una esquela en algún periódico digitalizado —contestó él con la misma vibración en el tono.

El corazón de Xurxo se había acelerado. Lo había visto, sabía qué iba a pasar, pero no podía decírselo a nadie. No le hubiesen creído.

La voz que lo acompañaba repetía rítmica, como si fuera un reloj marcando el tiempo que restaba:

Muerte. Muerte. Muerte. Muerte. Muerte.

LA MALA MUERTE

A Arturo no le gustaba la tienda de lápidas. Al principio, como todos, se había fascinado porque hubiese algo así allí, pero en ese momento le parecía algo inquietante y morboso. Sin embargo, no estaba dispuesto a quedar como un cobarde y ser el primero en decir que quería salir de allí. No delante de Bea y de la presuntuosa de su amiga Laura. No podía soportar que esa niña se creyese por encima del bien y del mal. Era como si no le importara nunca lo que la gente opinase de ella. ¿Qué clase de persona no necesita la aprobación de los demás?

El resto no parecía tener ningún miedo. Incluso Bea, aterrorizada al entrar, parecía entusiasmada fotografiando nombres de muertos. A lo mejor era eso lo que le gustaba de ella, que estaba un poco loca. Puede que sí, que en el fondo fuera eso.

De todas formas, tras besarla y acariciarla un poco por debajo de la blusa mientras los otros tocaban piezas de mármol y muestras de tipografías, no sabía muy bien qué hacer y se dio la vuelta hacia el escaparate.

Fue un momento, sólo un segundo lo que observó una sombra tras el cristal, pero bastó para que perdiese el control sobre sí mismo lo suficiente como para decirlo en voz alta, incluso arriesgándose a que los demás no se lo tomaran en serio. Se giró sin lograr controlar la cara de pánico, a tiempo para ver a Bea asomar por detrás de la cámara fotográfica que inmortalizaría, por accidente, aquel rictus tan poco habitual en él.

—¿Habéis visto eso?

—¿El qué?

—Había alguien ahí fuera y la galería había cambiado. Estaba... no como ahora... Todo estaba sucio, roto...

Los demás se acercaron al escaparate, pero vieron el lugar tal y como lo habían dejado: las baldosas del suelo perfectamente limpias, las impactantes columnas con sus expositores, ni una mota de polvo en los escaparates, todo como recién terminado.

—Está como antes. ¿Qué has visto?

—No lo sé, Pere, podría ser tu abuelo.

—Todo sigue igual que antes, y ahí no hay nadie. Mi abuelo tiene casi noventa años. Y está ágil, pero no creo que lo bastante como para desaparecer así. Todo está

nuevo, limpio, ¿no ves?

—Pero hace un momento no estaba así, estaba abandonado. Yo lo he visto abandonado. Y algo se movía, o alguien. No me ha dado tiempo a fijarme. Pero estoy seguro.

—Yo te creo —intervino Adela.

—Estupendo, la bruja tarada es la única que me cree, un maravilloso apoyo.

—A veces en los lugares quedan restos de lo que hubo y la gente sensible es capaz de percibirlo.

Resultaba en verdad impresionante la forma que tenía Adela de ignorar todos sus insultos.

—¿Sensible? ¿En serio estamos hablando del mismo hombre? Oye, que es Superman, el musculitos con el que sale Sandy en *Grease* cuando planta a Zuko, el rey del baile de primavera. Si estuviéramos en la furgoneta *Máquina del Misterio* sería Fred Jones. Es el tipo que echa sangre de cerdo a Carrie White en el baile para burlarse de ella, no uno que vierte una lagrimita porque tratan mal a la pobre chica o el que recibe el cubo en la cabeza por ser bueno con ella.

—Laura, eres insoportable, ¿lo sabías?

—Lo que no sabía es que te importase lo que pienso de ti. No necesitas mis bendiciones.

Pero sí las necesitaba, así que Arturo calló, aferrándose a lo que había visto, o a lo que había creído ver. No sabía si la loca de los amuletos tenía razón, pero desde luego estaba seguro de que lo que había visto era real, no se lo había inventado. Ni siquiera creía haber visto al abuelo de Pere, eso lo había dicho para que pareciese más creíble. Habría jurado que se había visto a sí mismo, agachándose para recoger algo del suelo. ¿Y cómo confesar eso? Le importaba demasiado lo que pensarán los demás. Le importaba incluso lo que Laura pudiese opinar.

Durante su infancia en Sevilla, Arturo había sido un niño gordo. Uno de esos niños gordos que, además, no son demasiado brillantes ni demasiado simpáticos y con el que todo el mundo la acababa tomando. Los días de colegio fueron algo parecido al infierno. Las niñas se reían de él. Los niños solían idear verdaderas crueldades para humillarlo.

Para su madre era el más guapo del mundo, el niño más bonito, al que todo se le podía consentir, al que había que mimar. Pero nadie más opinaba lo mismo. Ni siquiera él opinaba lo mismo.

Se miraba al espejo y se despreciaba. No le extrañaba lo más mínimo que lo usasen de saco de boxeo: en verdad parecía un saco de boxeo. Que su madre lo tuviera permanentemente a dieta no conseguía nada, sólo aumentar una amargura que nacía del saber que nunca sería el protagonista de nada, que en la vida de los demás era como mucho un extra, alguien que cruzaba un momento por la pantalla y al que

después se olvidaba porque nada en absoluto destacaba en él.

Después, en el último curso del colegio, algo cambió. Dicen que si el metabolismo, que si dio el estirón, que si un cambio hormonal... Lo que fuera que pasó lo hizo alto, mucho más alto que el resto de compañeros de clase. Cambió gordo por gigante, así que dejaron de pegarle, pero no dejaron de meterse con él. No era más que un niño gordo que había adelgazado.

Allí donde antes lo llamaban *Boliche*, pasó a conocerse como *Castillo*. Siguieron sin seleccionarlo para los equipos de fútbol de los recreos, continuaba siendo la última opción en el cono de la suerte. Era un niño gordo y seguiría siendo un niño gordo aunque casi alcanzase el metro noventa y hubiera adelgazado. Donde todo el mundo lo conocía, seguía siendo el niño que parecía un saco de boxeo y que no era brillante en nada.

Él sólo deseaba integrarse, ser el mejor en algo. Que alguien lo admirase. Ser el protagonista de alguna historia, la que fuera. Pero en un lugar donde todo el mundo conocía al anterior Arturo, era muy difícil. A pesar de ello, pensaba que algo debía haber que se le diera mejor que al resto. Algo que hiciera verdaderamente bien.

Y entonces recordó un día en que los chicos de la clase amenazaron con meterle la cabeza en el váter donde uno de ellos había meado. Aquello fue demasiado. Normalmente se dejaba hacer porque sabía que si se mostraba sumiso, se aburrían pronto. Cuando se defendía, parecía que los estuviera animando a recrearse más en los golpes y las humillaciones.

Cuánto se había equivocado Laura al decir que era el que se reía de Carrie en el baile. Él era Carrie.

El día en que intentaron meterle la cabeza en el váter, algo nuevo se apoderó de él. Todavía era un chico gordito y pusilánime, pero fue capaz de zafarse de los que lo sujetaban y salió corriendo. Corrió y corrió con cinco chicos más atléticos detrás. Y siguió corriendo, con todas sus grasas y michelines, corrió a pesar de que en la clase de gimnasia no se esforzaba por miedo a hacer el ridículo, corrió aunque sentía arder la cabeza y le parecía que los ojos le iban a estallar. Corrió tanto que oyó a lo lejos la voz del mayor de los matones con el resuello ahogado.

—No vale la pena, dejadlo. Mañana tiene que venir a clase de todas formas.

Pero ya nunca fueron tan crueles, avergonzados quizá por haber perdido una carrera ante un niño gordito.

Animado por este incidente, pidió que lo inscribiesen en el club de atletismo. Todos en su familia se quedaron muy extrañados hasta que llegaron las medallas. Y no tardaron en llegar. Correr era algo que hacía muy bien, no importaba si la carrera era de fondo o de velocidad, o incluso de vallas. Había sido un niño gordo y rápido. Ahora que no estaba gordo era aún más rápido. Probó con el salto de altura y también con el de longitud. Lo único que no se le daba bien era el lanzamiento de peso.

Al menos contaba con el reconocimiento de los demás, aunque nunca lo tuvo de quienes le importaban. La chica que le gustaba seguía viéndolo como un niño gordo.

Sus compañeros no se metían ya con él porque era un ganador, pero lo miraban con desprecio. No les gustaba que alguien que había sido vulgar se convirtiera de repente en el mejor en algo. A la gente no le gustan los cambios. Y cuando un grupo tiene un objetivo del que abusar, no aceptan con facilidad quedarse sin él.

El día en que ocurrió aquel extraño suceso, ocurrió sin más, como pasan las cosas más extravagantes en días sencillos.

Tenía catorce años y su madre lo envió al supermercado para comprar unos ingredientes que le faltaban en la cocina. Iba silbando una canción de moda, despreocupado, pensando en una compañera guapísima que ni siquiera lo miraba a la cara, cuando sintió que alguien lo golpeaba por detrás y lo sobrepasaba corriendo.

Era un chaval flaco, más o menos de su edad, con un jersey raído y un bolso en la mano. Unos metros por detrás de él, una mujer gritaba que le habían robado, que alguien la ayudase. Arturo no se lo pensó. Recordándolo no podía estar muy seguro de que fuese un sentimiento heroico, ganas de ayudar, o simplemente la rabia impulsada por el empujón, pero el caso es que echó a correr detrás del muchacho y no tardó en pillarlo.

Lo agarró por el jersey y lo estampó contra una ventana. Parecía muy flaco y asustado. Gastaba la pinta de un inmigrante que había buscado el paraíso en Europa y se había encontrado un panorama bastante diferente. Tenía los ojos oscuros y muy grandes, vidriosos, aterrorizados. No dijo nada, Arturo se preguntó si hablaba su idioma. Quizá fue por eso por lo que le dio pena. O porque fue la primera vez que vio en otro la cara que debía de poner él cuando le pegaban los abusones del colegio. Le arrancó el bolso de la mano.

—Mira, esto no se hace. Vete a buscar ayuda, hay un montón de asociaciones donde ayudan a gente como tú. Ni siquiera sé si me entiendes, pero como te vuelva a pillar robando en mi barrio... —completó el discurso con un gesto de su enorme mano que pretendía ser amenazador.

Después lo soltó. Quizá hubiera sido bueno llevarlo a la comisaría para que le dieran una lección y no volviera a robar, pero le dio pena. Una pena enorme, difusa, como si aquel chaval fuera una muestra viva de que el mundo no iba bien.

Se sintió bien cuando lo vio alejarse. Se sintió de verdad como un héroe, y no por haber conseguido recuperar el bolso.

La dueña era una mujer joven, pero Arturo estaba en esa edad en la que todo el que pasase de los veinte le parecía viejo. Puede que tuviera treinta años, pero eso ya era más del doble de los que tenía él. Era una chica guapa, de pelo negro y largo, ojos grandes color miel, vestida de manera sobria, como si viniese de trabajar en una oficina. Llevaba unas enormes gafas pasadas de moda, y si Arturo se hubiera dedicado años después a analizarlo, quizá se habría dado cuenta de que eran casi idénticas a las de Bea. Pero nunca lo hizo, hasta algún momento de aquella noche en la Ciudad de la Luz.

Se puso muy nerviosa cuando lo tuvo delante. Dijo que se sentía ridícula.

—Yo no puedo correr con esta falda y estos tacones. Es mi primer día de trabajo y ya me roban. Gracias, no sabes cómo te lo agradezco. Antes vivía en Barcelona, pero tuve que mudarme a Sevilla y conseguí este trabajo la semana pasada. Hoy es mi primer día y ya me roban, ¿te lo puedes creer? Gracias, gracias.

Arturo se dio cuenta de que la muchacha se exaltaba de la misma manera que lo hacían las chicas del instituto cuando tenían delante a un chico guapo y que por eso parloteaba sin parar. Guapo, ¿él?

—No ha sido nada. Se me da bien correr.

Y entonces le tendió el bolso y sus manos se rozaron un segundo. Arturo sintió cómo una vibración eléctrica recorría su mano hasta la columna vertebral. Por un momento pensó que ella había sentido lo mismo porque se había quedado parada y rígida, e incluso había retirado la mano sin agarrar el bolso, pero no. Su rostro no era el de haber sentido algo placentero, sino el que se le quedaba a su madre cuando él llegaba tarde y lo había pasado mal esperando.

—Vas a creer que estoy loca, pero ¿te importa que te lea la mano?

—¿Que me leas qué?

—Verás, es que a veces percibo cosas, me empezó a pasar desde que vivía en Barcelona y trabajaba en una tienda: era capaz de ver imágenes futuras de las clientas. Me vas a tomar por loca, normalmente no lo cuento, pero es que he notado algo muy raro al tocarte y quiero comprobarlo.

Arturo le dio el bolso y después le tendió la mano abierta. Todo era lo bastante raro como para dejarse hacer sin poner nada en duda. Ella pensaba que era guapo, ¿por qué no coquetear un poco?

La muchacha frunció el ceño y sus ojos, recorriendo las líneas que dibujaba su palma, asemejaron dos inundaciones.

—Pobre, pobrecito.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ves?

La chica levantó la cara, pero ya no tenía el rostro de una joven guapa que le parece mayor a un adolescente, sino el de una verdadera anciana, o eso le pareció por el cabello blanco y los ojos rojizos, pero con los rasgos infantiles de un niño.

Arturo tuvo miedo e intentó zafarse, pero las puntas de los dedos que lo aferraban eran fuertes, muy fuertes, tan fuertes que no pudo moverse ni un milímetro.

—Vas a tener muy mala muerte.

—Pero ¿qué dices?

—Vas a tener muy mala muerte, Arturo Sánchez, recuerda lo que te digo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Tu vida se trunca bajo tierra. Ten, toma esto, te protegerá.

La chica con aspecto de anciana se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y dejó, en la palma abierta de Arturo que aún sostenía, lo que parecía una hoja plateada.

—¡Déjame en paz! ¡Suéltame!

—No la pierdas, Arturo Sánchez. Te protegerá.

Haciendo un sonido de asfixia, como si todo ese tiempo hubiese permanecido sin respirar, la mujer volvió a tener el pelo negro y a ser joven, aunque mayor para un adolescente, incluso a tener la fuerza de una muchacha normal a la que han robado el bolso, por lo que Arturo pudo deshacerse de sus dedos. Metió el pequeño objeto plateado en el bolsillo sin darse cuenta; puede que sólo quisiera esconder su mano. Por un momento no supo qué hacer, aunque lo que deseaba era huir en dirección al supermercado. Él sólo quería coquetear con una chica mayor a la que le había parecido guapo. ¿Qué narices había sido eso?

—¿Qué te he dicho?

—¿Cómo? ¿No te acuerdas?

—No, nunca me acuerdo de lo que le digo a la gente.

Arturo quería salir corriendo de allí, ir al supermercado a por huevos, leche y limones y volver a casa, a la seguridad de su madre y de su cuarto. Pero no podía. Era incapaz de dejar de mirarla.

—Me has dicho que voy a tener muy mala muerte.

Ella torció el gesto.

—Es curioso, es lo mismo que me dijo a mí una gitana hace años. Bueno, todavía sigo aquí, ¿no? No te preocupes. Esas supersticiones son tonterías.

—Sí, supongo.

Arturo sonrió y bajó la cabeza. Pero no sintió el alivio que esperaba, el que sabía que ella quería procurarle. No le dijo nada del objeto que le había dado.

La chica ni siquiera le dijo su nombre (de eso se daría cuenta después), sólo le dio las gracias otra vez y le sonrió como sonríen las personas cuando te tienen pena, dando un paso hacia atrás para bajar de la acera sin mirar.

Arturo ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

El coche que la atropelló la arrastró por el suelo empedrado un buen tramo antes de parar. El hombre que iba dentro se había puesto tan nervioso que aceleró en vez de frenar y salió vociferando y buscando ayuda. Arturo se había quedado petrificado en la acera y apenas pudo reaccionar tendiéndole su teléfono para que llamase a emergencias.

Las gafas, que habían caído a sus pies, componiendo una extraña escultura abstracta, eran una metáfora de lo que iban a encontrarse bajo el coche.

Pensó en las películas épicas que le gustaba ver a su padre en Navidad. Los malos de esas películas solían arrastrar a la gente por el suelo con sus caballos. O acabar ellos mismos arrastrados, como el de *Ben-Hur*. Los cuerpos siempre quedaban demasiado rojos, como si estuviesen recubiertos de sirope, con una pinta nada realista, o al menos eso pensaba Arturo hasta que le pareció que el cuerpo de la mujer había quedado con un aspecto semejante.

Llamó a su madre para explicarle lo ocurrido: había sido testigo de un accidente, por lo que era probable que tuviese que hablar con la policía. Luego sacó el objeto que le había dado la muchacha y lo observó con detenimiento. Parecía una de las

hojas de laurel que te garantizaban la soltería si las encontrabas en las lentejas, según decían las abuelas, pero con un baño de plata por encima.

Ella había comentado que una gitana le había predicho que iba a tener muy mala muerte. Y en el mismo momento en que se deshizo del amuleto, la atropelló un coche. No podía ser casual.

La hoja de laurel fue con él siempre a partir de ese momento. La llevaba cada día en el bolsillo, en la cartera o prendida dentro de la ropa. Fuera cierto o no lo que aquella mujer le había dicho, procuró no separarse de su amuleto protector.

EL LAUREL DE PLATA

Unos seis meses después de aquello, su padre fue ascendido y la empresa lo destinó a las oficinas centrales en Madrid. La familia se mudó. La madre había opuesto resistencia, argumentando que su hijo tenía en Sevilla a sus amigos y sus competiciones. El padre repuso que los jóvenes se recuperaban pronto de esas cosas y que su hijo también se adaptaría, que en Madrid haría nuevos amigos. Arturo, sin embargo, no sintió que fuera a perder nada: no tenía amigos en Sevilla.

Y en Madrid no sabían que había sido un niño gordo.

Entró en el instituto madrileño por la puerta grande. En su clase había un compañero que lo había visto correr en una competición, así que allí ya fue un triunfador nada más llegar y sin tener que esforzarse en absoluto. Desde el principio lo conocieron como las piernas más veloces; los chicos lo admiraban, las chicas lo deseaban. A los dieciséis ya tenía tan asumido el papel que rara vez se acordaba de que había sido un niño gordo que había adelgazado.

Lo que no podía olvidar, bajo ningún concepto, era la hoja de laurel plateada. Fue la primera y única vez que había visto la muerte de cerca y, durante mucho tiempo, aquella escena acudió a sus sueños para atormentarlo con imágenes oscuras y desconcertantes.

La mujer le había revelado que una gitana le había predicho una «muy mala muerte», y después ella le había dicho lo mismo a él. ¿Y si la mala muerte era una especie de maldición que se transmitía por la voz de unos a otros? ¿Y si la única protección posible era aquella hoja de laurel con un baño de plata?

Le hizo un agujero para pasarle una cadena que pudiera colgarse al cuello; tenía miedo de perderla en un entrenamiento o en un campeonato en una ciudad lejana a la que no pudiera volver para buscarla. Cuando llegaron los primeros ligues, tocaban con curiosidad el colgante y él les apartaba la mano como quien teme que el otro pueda romper algo que le es muy preciado.

De alguna manera, el deporte le hizo mejorar en todo. Nunca fue brillante, pero sus notas subieron. La capacidad de concentración que había desarrollado corriendo también le servía para estudiar, para hacer comentarios de lectura, resolver ecuaciones o realizar análisis morfosintácticos. Fue como si correr le hubiera encendido una bombillita dentro de la cabeza y el mundo tuviera ahora mucho más

sentido. Entró en la carrera de periodismo sin ninguna dificultad. Quería ser corresponsal de guerra.

—Hijo, con lo cobarde que eres, ¿tú te crees que te vas a meter en un conflicto bélico así como si nada? Que no es tan fácil, no es como los videojuegos o las películas.

Eso le decía su madre y Arturo, que no había olvidado por completo que había sido un niño saco de boxeo, se preguntaba qué sabría ella de guerras. O de él, que sólo tenía miedo a una cosa: a perder la hoja de laurel bañada en plata. Porque estaba seguro de que mientras tuviera esa hoja al cuello, todo iría bien. Las balas pasarían a su alrededor sin tocarlo. Los edificios se derrumbarían a sus pies y los cristales ni siquiera lo rozarían. La miseria, la crueldad o la muerte estarían ahí para que él hablase de ellas porque era un triunfador, un protagonista, un protegido.

Llegó a pensar que la bendición y la desdicha eran las dos caras de una misma moneda. Pero la cara opuesta de estar protegido por un objeto es la mala muerte si lo pierdes.

Y Arturo lo perdió.

Una mañana se despertó en la cama con Bea y sin el colgante, como si hubiese una relación entre ambos hechos. A punto estuvo de lanzarla contra la pared, así como estaba, con una camiseta demasiado grande y unas bragas de lunares rosas. Pero ella no tenía la culpa, claro que no, debía calmarse. Le pidió que saliera de la cama y tiró del edredón. Esperaba que un tintineo salvador lo sacara del estado de pánico en el que estaba entrando, pero no percibió tintineo alguno. Nada chocó contra el suelo. Paseó las manos por toda la sábana bajera, sacudió la almohada. Nada.

—¿Qué buscas? —preguntó ella.

Pero Arturo ni siquiera se veía capacitado para contestar. ¿Qué iba a decir? Las imágenes de su infancia se agolpaban en su cabeza.

Imaginaba que Bea lo vería como el niño gordo que fue, el saco de boxeo que no se defendía para que se aburrieran pronto, el adolescente que se convirtió en un triunfador porque había sabido aprovechar su ventaja en la huida. Si decía lo que estaba buscando, todo se iría al traste. Bea lo vería tal y como era en realidad.

Tal vez en los zapatos. Sí, puede que al saltar de la cadena, el colgante de la hoja hubiese ido a parar dentro de un zapato, por eso no había hecho ruido al caer. Cogió sus zapatillas, los zapatos de Bea, los sacudió uno a uno sobre la cama. Nada. Ella no paraba de preguntar.

—Dime qué buscas y te ayudo.

Pero él no podía, no era capaz, el pánico se le desbordaba por la boca. El trato para librarse de la mala muerte era conservar la hoja. La chica a la que robaron el bolso y que había quedado tan destrozada como el tribuno de *Ben-Hur* se había sacrificado para que él no tuviera una mala muerte. ¿Y si quedaba él también con el aspecto de unos efectos especiales de película péplum?

Bea se puso las gafas y comenzó también a buscar sin saber qué buscaba, por

ayudar, para que él se sintiera un poco menos solo. La hoja de laurel no estaba en el cuarto.

Las siguientes horas las empleó en recrear paso por paso todo lo que había hecho la noche anterior. En qué sitios había estado y con quién. Y sobre todo, si alguien había visto una pieza metálica más o menos de ese tamaño, sí, y que parecía una hoja de laurel, laurel, sí, lo que se le echa a las lentejas.

—¿Eso que dicen que si te toca en el plato, no te casas?

—Eso.

—No, lo siento, barriendo el bar no he visto nada parecido.

La hoja no apareció. Pero aquella misma noche, Arturo encontró por casualidad el foro de *Urbex* que había montado Will. Curioseó por quitarse de la cabeza el pánico, y al final allí estaba, en lo que debería haber sido la continuación de la Avenida de la Luz.

Aunque los primeros días tenía miedo a salir de casa y extremaba las precauciones al cruzar una calle o subir a un vagón de metro, pronto le pareció que la hoja de laurel había sido una superstición tonta. El tipo de cosa a la que uno se aferra para superar una experiencia tan traumática como ser testigo de lo que le había pasado a aquella mujer. Se había negado a ir al psicólogo otra vez; si no lo habían ayudado cuando era un niño al que todos pegaban, ¿cómo lo iban a ayudar con eso? Pero puede que hiciera mal al no buscar ayuda profesional. En su lugar se había afianzado en una superstición que prometía ser un salvavidas.

Poco a poco se fue convenciendo incluso de que su memoria había deformado aquel episodio, y de que a la chica no se le había vuelto el pelo blanco y el rostro infantil cuando le dijo lo de la mala muerte. Seguramente sólo era una muchacha vulgar delante de un triunfador guapo y alto como él, y quiso impresionarlo. Una joven con mala suerte que quiso impresionarlo. Una serie de desdichadas coincidencias.

Incluso el que llevase unas gafas grandes como las de Bea le probaría después que había reconstruido la escena con posterioridad, pasado el trauma. Sí, no había por qué preocuparse.

Sin embargo, Adela inquietaba a Arturo. No era sólo que no le gustase la tienda de lápidas, o que le pareciera que ese lugar, la nunca inaugurada Ciudad de la Luz, unas veces estuviera muy limpia y como nueva, y otras gastada y abandonada. Ni siquiera que nadie salvo Adela le creyese cuando había dicho que algo se movía ahí fuera. Ni que ninguno valorase por un instante la posibilidad de que lo que había visto fuese el desaparecido abuelo, como si el sitio los estuviera anestesiando.

Adela no le gustaba: mirarla era como revivir aquel episodio. Era como tener cerca a alguien que le fuera a decir en cualquier momento que iba a tener una mala muerte, antes de entregarle una protección o de que un coche se la llevase por

delante. Se había fijado bien, no llevaba ninguna hoja de laurel colgando. Era raro, debía de ser el único amuleto que le faltaba en la colección.

¿Qué era lo que había visto en realidad al otro lado del cristal? Le había parecido alguien alto y corpulento, con un cuerpo como el suyo, agachándose para recoger algo del suelo. Sin embargo tampoco estaba seguro, había sucedido con demasiada rapidez. Unos segundos sólo. Y el que fuera grande quizá descartaba al abuelo. Un hombre de esa edad no podía tener la envergadura que tenía Arturo, ¿o sí?

—¿Sabes quién es Jared Leto?

—Me parece que sí. ¿Es al que le destroza la cara Edward Norton en *El club de la lucha* cuando quiere acabar con la belleza?

Laura aparentó sentirse contrariada por la referencia de Pere.

—No es lo que yo hubiera resaltado de él, pero sí.

—Bueno, la verdad es que no sale mucho en esa peli.

—Sí, y yo iba a decirte que te pareces a él.

Ella bajó los ojos coqueta y él se echó a reír nervioso.

—Bueno, ahora ya no puedo parar de imaginarme con la cara deformada y sin varios dientes.

—No es la imagen de ti que preferiría tener, pero bueno, si es la que te gusta...

—No, yo no querría que me imaginases así. Quiero decir que prefiero que me imagines como quieras imaginarme.

—Paso demasiado tiempo imaginando. Ahora me gusta que estés aquí de verdad. Y que te parezcas a Jared Leto con un corte de pelo normal, sin látex en la cara y en vaqueros negros.

—Te lo agradezco.

—De nada.

Ambos rieron. No se habían soltado la mano, y una vez fuera de la tienda de lápidas seguían paseando así, como si fuera lo más natural y llevaran toda la vida haciéndolo. Mientras tanto, Xurxo caminaba agarrado a la mochila de su hermano. Él también creía a Arturo. Hubiese deseado no creerle, pero no podía evitarlo.

Bea les pidió que se detuvieran y, apoyándose en una de las columnas, les hizo una fotografía. En ella se veía a un Pere azorado y a una Laura sonriente entre los que asomaba la cara blanca de Xurxo como un aparecido.

—Hacéis una pareja monísima.

Ninguno de los dos protestó. Laura se sintió un poco culpable por ser tan dura con Arturo. Bea siempre la apoyaba en todas sus elecciones.

—No se oyen más que ruidos, maldita sea. ¿Os podríais estar calladitos un rato?

Adela, la mujer de hielo, la muchacha que se introducía bajo tierra vestida de blanco de los pies a la cabeza y no se manchaba, Adela la extraterrestre, la mujer de las nubes, perdía los nervios.

Es que no se oía nada. Había rebobinado la cinta para hacer una prueba y, al escucharla, no se oían más que ruidos extraños, como de obras, y las voces del grupo. Era lógico, ya que no habían dejado de hablar y estaban demasiado cerca, pero no había nada que le molestase más que la gente que no se tomaba en serio cosas tan trascendentales como las psicofonías. En una cinta, en una situación normal, debería haber quedado registrada una actividad perdida en el tiempo y en el espacio, no ruidos de zapatos y voces de jóvenes exploradores. Estaba muy decepcionada. Quizá no había sido tan buena idea como ella pensaba en un principio. Aquella grabadora, descuajaringada y pegada con cinta de embalar, se la había regalado su madre cuando tenía siete años. Y las primeras grabaciones las había conseguido con ocho, pero siempre en lugares solitarios y abandonados por los que nadie rondaba.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —le preguntó Will, acercándose a ella.

—Sólo se oyen vuestras voces en la cinta, nada de presencias. Esto ha sido un error.

—¿Me dejas oír?

—Claro.

Adela puso la cinta otra vez y subió el volumen. Todos prestaron atención en silencio, a pesar de tener la seguridad de que la pobre estaba un poco loca.

—¿Qué es eso?

—No lo sé, yo también me lo pregunto. Es como ruido de obras.

—No, no son obras. —Will estaba cada vez más pálido.

—¿Entonces?

—Os vais a reír de mí, pero parecen ametralladoras.

Todos se quedaron en silencio y se miraron los unos a los otros.

—¿Ametralladoras? No puede ser. Si fueran presencias de la guerra, no estarían aquí. Esto es de los años cincuenta.

—Adela, parecen ametralladoras, escucha con atención.

—Es que no sé qué ruido hace exactamente una ametralladora.

—Pues es algo así.

—Chicos, no quiero desilusionaros con vuestra sesión de espiritismo y tal, pero eso es el tren —intervino Laura.

—¿El tren?

—Sí, el tren. Estamos encima del tren, o debajo del tren, o al lado del tren, no lo sé con seguridad, pero pasa por aquí cerca. La cinta lo ha debido captar aunque nosotros no lo escuchemos tan bien.

Parecía satisfecha con su propia explicación, y puede que Bea y Pere también; la primera porque siempre creía a Laura y el segundo porque ya quería creer a Laura para siempre. Arturo repiqueteaba nervioso los dedos contra la esfera de su reloj y Xurxo sabía que lo que se oía en la cinta no era el tren. Pero ¿quién iba a creerle? Resultaría raro que dijese la verdad, aunque fuera un adulto cuya opinión respetasen y no un niño al que nadie prestaba atención, porque era una verdad extraña: Adela y

Will no oían lo mismo porque la cinta había registrado dos cosas diferentes, y cada uno estaba sordo para uno de esos sonidos. Se oían obras, sí, y también ametralladoras.

—Pues si son ametralladoras, deben ser de una presencia que uno de nosotros haya traído consigo —sentenció Adela.

—Tu amiga es un poco rara —le dijo Pere a Laura.

—Si lo dices por lo de los fantasmas, me pareció un tema de verdad interesante, pero esto es demasiado. Presencias que arrastramos, ni que fueran como las latas que se atan a los coches de los recién casados. —Y añadió en voz más alta para que los demás pudieran oírla—: Anda, vamos a ver otras tiendas, que parece que hay más.

Y todos se movieron, incluso Adela, que con aire fastidiado se levantó y volvió a poner en marcha la grabación antes de seguirlos.

Will, sin embargo, tardó un poco más que el resto en continuar. Él sabía que no era el tren lo que se oía en la cinta. Que esos ruidos eran sonidos bélicos. Lo sabía con toda seguridad.

No era la primera vez que oía esas ametralladoras.

SONIDOS DE GUERRA

No era la primera vez que Will había oído esas ametralladoras. Y también recordaba el sonido de las bombas que llegaba a continuación. Así había sucedido entonces: primero las ametralladoras y después las bombas.

No esperaba encontrar registrado en una cinta un ruido que lo había acompañado en sus pesadillas desde hacía dos años, y menos en un país extranjero, cuando él había hecho un esfuerzo tan sobrehumano para salir de Londres, donde todas las calles parecían tener de fondo ese sonido de proyectiles y bombas.

Había ocurrido hacía dos años y pico, con Mel y los chicos, después de tomar unas cervezas, cuando decidieron visitar el búnker de Churchill. No sabía muy bien cómo había salido el tema, quizá sólo estaban un poco borrachos, pero puede que alguno dijera que se pasaban la vida buscando túneles abandonados y lugares así para explorar, y que no habían visitado el monumento bajo tierra más famoso de Londres.

—El monumento bajo tierra más famoso de Londres es el *tube* —había afirmado Will entonces, refiriéndose al metro.

—Bueno, pues el segundo más famoso. Ya sabéis que mi padre es un loco de las guerras y que hasta pinta soldaditos, pues resulta que me llevó de pequeño y flipé. De verdad, es como ese lugar que sale en todas las películas de guerra.

Era extraño ver a Marvin hablar de un antiguo emplazamiento bélico con tanta pasión, sentado en el pub con los pies en una banqueta de madera y con su cresta punk desafiando el techo. Sí, quizá fue por eso por lo que decidieron ir después de tomarse unas cervezas. Les pareció divertido, como una excursión absurda a la que sólo se llega después de muchas pintas.

Al convertirlo en museo, habían construido una entrada al búnker que resultaba ridícula, como si fueras a entrar en un hotel de cinco estrellas en vez de en el sitio donde Churchill y su gente se protegían de las bombas. Todos se rieron mucho de aquello, y Marvin enrojecía por momentos, intuyendo ya que había cometido una estupidez compartiendo un recuerdo infantil con sus amigos.

Pero, desde luego, a cualquier niño le hubiese impresionado aquello: era, como muy bien Marvin había dicho, la habitación que salía en todas las películas. Los mapas en los que se iban colocando los movimientos de la Royal Air Force y la Luftwaffe. Las mesas de reuniones donde presumiblemente se tomaban todas las

duras decisiones de aquellos momentos. Los teléfonos de colores por los que se comunicaban los dueños del mundo. Sin embargo, el primero en decepcionarse fue el propio Marvin, al que, una vez adulto le pareció que todo aquello era un montaje para turistas, sobre todo cuando observó un puro a medio fumar en el dormitorio que compartían los señores Churchill.

Salieron riendo y charlando. Marvin se sentía culpable y les quería devolver el dinero de las entradas, cosa que no permitieron, conscientes de que así perderían el derecho a carcajearse de aquello.

—Era genial, con esos sonidos de ametralladoras y bombas enlatados... — prosiguió Will con las bromas.

—¿Qué sonidos?

—Pues los de las ametralladoras y las bombas. Primero eran cinco minutos largos de ruido de metralletas, y luego un par de estallidos, como de bombas.

Las caras de sus amigos empezaron a torcerse. El tipo de gesto que hace quien no está seguro de si le están tomando el pelo o hablando en serio.

—Yo no he oído nada de eso.

—Pues estarás sordo, entonces. Sonaba como si te quisieran meter en el fragor de la batalla. Aunque lo de las ametralladoras es absurdo. Los alemanes bombardearon Londres, pero no entraron con ametralladoras. Sería para añadirle dramatismo.

—Tío, en serio, no había ninguna grabación con bombas ni nada parecido. Me estás asustando.

De las siete personas que habían entrado a las habitaciones de guerra de Churchill, sólo Mel y él habían oído esos ruidos.

—No me lo estoy inventando. Hubiera jurado que sonaba de verdad. Era tan real como si hubiese estado sonando por los altavoces.

Sus amigos pusieron cara de sentir pena. La cara que pone alguien cuando descubre que uno de sus amigos es un loco que hasta ahora había simulado estar sano. Y quizá incluso les dio miedo, porque no volvieron a sacar el tema.

Sólo lo habló con Mel, a quien quería darle todas las explicaciones necesarias para que lo creyese. Necesitaba que ella, al menos ella, le creyese.

—Y te creo, yo también lo oía.

—¿Y por qué no se lo has dicho a ellos?

—¿Para qué? Ellos no lo han oído como tú o yo. No hubiese servido de nada darles explicaciones. La gente cree lo que oye. Y lo que no son capaces de oír les parece una chaladura o una invención.

—¿Qué crees que ha pasado ahí dentro?

—¿La verdad? Mira que me vas a tomar por loca.

—Yo nunca podría pensar que estás loca.

—Creo que hemos oído lo mismo que oyó alguien que estuvo en la guerra y después en ese búnker. Y luego puede que muriera, o que sea un viejecito muy viejecito en un asilo que no se acuerde de nada. Me da la sensación de que hemos

estado oyendo el recuerdo de alguien.

No mucho más tarde, Will llegaría a pensar que Mel se inventó aquello para consolarlo. Para que no se sintiera solo con ese sonido. Mel era así.

Mel había sido su novia desde el jardín de infancia. No era capaz de recordar un buen momento de su vida sin ella, porque siempre habían estado juntos. Cuando era pequeña llevaba camisetas de rayas rosas y coletas con adornos que colgaban y hacían soniditos, como anunciando la llegada de algo hermoso.

Era rubia como una mañana de mayo. De un rubio que casi rozaba lo rojizo si el sol le daba de frente. Sus ojos eran de un extraño azul oscuro que Will nunca había visto antes y que nunca después volvería a ver. La gente única tiene ojos únicos.

Le gustaba jugar con los niños a indios y vaqueros. Y usaba como pistola un secador de plástico rosa que le había comprado su madre, que esperaba de ella que acabara convirtiéndose en una señorita de las que salían en los libros de su adorada Jane Austen. Pero ella no quería ser como Emma Woodhouse, sino como Debbie Harry.

Fue con Mel con quien Will comenzó la exploración urbana, aunque entonces no estaba organizada y, desde luego, no tenía un nombre. Consistía sólo en escaparse de casa en mitad de la noche con unas linternas y colarse en algún edificio clausurado a vivir aventuras primero, a robarse besos más tarde. Mel era la persona a la que Will más había querido nunca, porque siempre la había admirado: cómo se desenvolvía, cómo hablaba, cómo hacía siempre lo que le daba la gana. No estaba atada a convenciones sociales, ni a lo que su madre esperaba de ella, ni se comportaba como se suponía que debía comportarse por ser chica o haber nacido en una familia con dinero. Mel carecía por completo de ese miedo a cambiar que parece intrínseco al ser humano. Ella decía que si algo no te hacía feliz, había que desecharlo. Que casi todos los cambios eran siempre a mejor.

—Si no te gusta tu novio, lo dejas. Si no te gusta tu trabajo, lo cambias por otro. Si tu ciudad te aburre, vete del país.

Era incapaz de comprender que hubiese ciertas personas, y no ciertas, sino miles, quizá millones, que se sintieran atrapadas en sus propias vidas y se resignasen a ello. Miles de matrimonios infelices, de esclavos de su trabajo, de situaciones de las que uno podía salir de forma tan simple que no era fácil comprender por qué no encontraban la salida.

A Mel le resultaba tan sencillo como elaborar un plan para perpetrar el cambio, y eso hacía que Will la admirase. La admiraba tierna y profundamente, como si esa muchacha de aspecto pálido y delicado fuese en realidad una diosa invencible.

Y para Mel, Will siempre había sido su compañero. La persona que estaba a su lado para acompañarla en lo bueno y en lo malo, en la vida. Era a él a quien recurría, con el que tenía ganas de compartir cualquier cosa que le ocurriese. Y Will se sentía

afortunado, aunque, de alguna manera también, sabía o intuía que su novia pertenecía a otra especie superior, un ser vibrante y poderoso que lo abandonaría si algo fallaba. Porque él no era como ella. A Will lo que le daba valor era Mel.

Por ella se enfrentó a la idea de sus padres de que estudiara leyes. Por ella era capaz de hacer todos los trabajos de la carrera a tiempo y a la vez guardar un espacio para divertirse, para verla. Si no hubiese sido por Mel, los estudios de arquitectura se lo habrían tragado. Si no hubiese sido por que ella se sintiera orgullosa, no habría hecho nada en la vida. O peor, se hubiera quedado por siempre atrapado en un despacho de abogados defendiendo causas que no eran la suya.

Pero Mel, de alguna manera, lo protegía como si fuese un cachorro, un niño. Había en Mel esa autoridad que tienen los adultos y ante la que un hijo no puede negarse hasta la adolescencia.

Ella decía que siempre lo cuidaría y acompañaría. Que nunca le ocurriría nada malo porque estaría a su lado. Que estaban destinados a estar juntos para siempre.

Fue quizá por eso por lo que Will llegó a creer que Mel se había inventado que ella también oía las bombas y las ametralladoras. Porque Mel era capaz de mentir para que se sintiera acompañado. Decía a menudo que no había derecho a que otras personas dedicasen su tiempo a utilizar a la gente que querían para hacer daño a los demás, que a los que se ama se les debe proteger, cuidar para que, por lo menos, no se sintieran solos.

—¿Sabes que soy la manifestación de que mi padre quería divorciarse de mi madre?

—No me digas.

—¿Nunca te he contado esa historia?

—Diría que no.

—Mi madre quería ponerme de nombre Elisabeth, como la protagonista de *Orgullo y prejuicio*. Y mi padre, cuando fue a inscribirme, sólo por molestarla me puso Melanie. Me utilizó para dañarla. No sé cómo la gente puede hacer eso.

Sí, Mel era perfectamente capaz de haberse inventado que también oía algo que sólo había oído él, para que no pensase que estaba loco, para que no se sintiera solo. Mel era así.

Sin embargo, sí que lo había oído también. Will tuvo ocasión de comprobarlo más tarde, cuando todo se torció.

Quedaron en casa de Marvin para recogerlo. Casi siempre que hacían exploración urbana quedaban en casa de uno de ellos. Nunca en la de Mel, observaría entonces Will, aunque no le daría demasiada importancia. Ella decía que su madre no había superado que su padre la abandonase y que llevaba mal las visitas, así que ni siquiera él, su compañero, su novio, su amigo, conocía a la madre ni había entrado en, según podía suponerse desde fuera, su suntuosa casa victoriana.

Marvin no estaba listo, como de costumbre, y los dejó esperando en un pasillo en el que había una enorme vitrina de suelo a techo llena de soldaditos de plomo pintados a mano. Mel los miraba con suma atención, aunque Will y los chicos estaban más interesados en la puerta que se abría enfrente, tras la cual un hombre con aspecto de funcionario se asomaba a una gran lupa para seguir pintando una de aquellas miniaturas.

—¿Vais a entrar o pensáis quedaros ahí sin decir nada? —dijo el hombre del bigote de funcionario sin siquiera dedicarles una mirada. Era extraño aquel hombre tan formal, con su camisa y su corbata, pintando con un pincelito una figura de metal sujeta a la mesa con un torno.

Will fue el primero en pasar al cuarto, y lo siguieron todos los demás. La melena rubia de Mel asomó la última.

—¿Los pinta usted?

—Por supuesto, señorita. ¿Qué gracia tendría comprarlos pintados? Pintarlos es como honrarlos.

—¿Honrarlos? ¿A todos?

—Veo que ya ha visto a mi pequeño piloto de la Luftwaffe.

El hombrecillo sacó del torno la diminuta figura de la que Will no podía apartar los ojos, y la miró a la luz.

—Pero esa gente bombardeó Londres.

—Esta gente no. Esta gente sólo cumplía órdenes. Hitler bombardeó Londres. En las guerras, queridos jóvenes, muchos soldados son también víctimas. Son ellos los que luchan por una causa que no es la suya. Antes, al menos, eran los que mandaban de verdad los que se ponían al frente de sus ejércitos y arriesgaban su propio cuello. Ahora se quedan atrás, en sus casas, mientras los hijos de alguien mueren. Al menos Churchill salía a las azoteas a ver los bombardeos, para que la gente se animase y no tuviera miedo. Para que conservaran el ánimo bien alto. Sin embargo, Hitler ni siquiera honró a sus soldados, a los que habían muerto por su ansia de poder, entregándose a una muerte digna.

Los muchachos se dirigieron miradas cómplices, como si el pobre padre de Marvin estuviera un poco loco. Pero ni Mel ni Will se rieron de ello.

—¿Por eso los pinta a todos?

—No, por eso en mi colección de guerras modernas no verás ni un solo militar con un alto rango.

El hombre sonrió desde el otro lado de sus enormes bigotes y de sus pequeñas gafas. Will se sintió de alguna manera reconfortado y sonrió también.

—¿Qué te ha parecido eso que ha dicho? —preguntó Mel cuando ya iban de camino.

—¿Lo de los militares sin rango? Bueno, me ha hecho pensar.

—¿En qué?

—En muchas cosas. En que la historia la escriben los vencedores a su gusto, y

que por eso todos los que pelearon por Alemania en la guerra nos parecen nazis. En que los que quedan para la posteridad son, para lo bueno y para lo malo, los que mandan. Pero que nadie se acuerda de los que pelearon cada día, imagino que ni siquiera por gusto. No me imagino que la mayoría de la gente pueda ir por gusto a una guerra. Creo que lo más normal es que haya un montón de gente a la que no le quedara más remedio.

Mel lo besó efusivamente.

—Qué orgullosa estoy de ti.

—Bueno —contestó Will, sonriendo—, parece que soy un niño dando la lección.

—No, no es eso. Es que eres listo. Mucho más listo que la mayoría. Creo que hay gente especial en el mundo, ¿sabes? Gente llena de algo que ofrecer, de magia. El padre de Marvin es uno de ellos. Se me acaba de ocurrir que las ametralladoras y bombas que oímos eran la imaginación del padre de Marvin, que se había quedado en el búnker como un rastro para que nosotros lo escucháramos. Nosotros, que no somos como los demás y podemos seguir esa clase de rastros. Nosotros, que comprendemos que también en las batallas diarias hay víctimas en todos los frentes.

Will observó que Mel no lo miraba ya a él, sino mucho más allá, como hacia el otro lado del mundo. O de su mundo, uno que Will no estaba seguro de poder seguir.

—¿Crees que la imaginación del padre de Marvin se quedó esperando todos esos años a que alguien la oyera?

—¿Crees que todo el mundo es capaz de honrar y apreciar a los soldados muertos por las causas de los poderosos? —Ella le respondió con otra pregunta.

Mel se metió la mano en el bolsillo mientras Will negaba.

—No, imagino que no.

—Ten. Creo que no le importaría que lo tuvieras tú.

En la mano de Will, un pequeño soldado raso del ejército británico de la segunda guerra mundial parecía saludarlo.

—¿De dónde has sacado esto?

—Lo he cogido de la vitrina antes de entrar a la habitación. Me había dado cuenta de que sólo había militares de alta graduación de algunas batallas antiguas. Y de alguna forma ya sabía antes de que lo dijera cuál era la intención del padre de Marvin al pintarlos y coleccionarlos. Tuve que coger uno, como premio, por si tú también lo comprendías.

—Estás loca. Debemos devolverlo.

—Bueno, está bien, *Don Principios*, se lo daremos a Marvin al final de la noche. Conserva tu premio hasta entonces. Aunque yo quería que te protegiese si alguna vez te faltó, que te hiciera compañía. Que te recordase a mí. Y que algún día, cuando estés bajo tierra, sea con él.

—No digas eso. Da mala suerte.

—Todos nos tenemos que morir algún día, cielo. Todos nos morimos algún día. —Y se alejó unos pasos por delante con su contoneo desequilibrado, con ese aire de

no ser capaz de sostener el cuerpo sobre sus talones.

Will la recordaría así toda su vida, con unos pantalones y una chaqueta de cuero, sus botas de puntas metálicas, su camiseta de The Clash, sus collares con tachuelas y su melena rubia desordenada. Como si todo lo que pasara por su cabeza originase un vendaval, un tifón, un tsunami.

En su mano, el pequeño soldado pesaba como una promesa. Will lo miró con atención, detenido como estaba, lo giró y observó su rostro lleno de sorprendentes detalles. En la base, las iniciales del padre de Marvin estaban pintadas en un rojo descuidado, chorreante, como tres letras de sangre.

CEMENTERIO VICTORIANO

Habían quedado para ir al cementerio de Abney Park de noche. No llevaban consigo el equipo que solían llevar porque, al fin y al cabo, era un parque, no un sitio abandonado bajo tierra o algo a punto de derrumbarse. Will había insistido en que deberían haberse llevado los cascos con los que él mismo se había hecho unos meses antes con la excusa de visitar obras para su carrera. Mel se había reído de él. En realidad se habían reído todos. Marvin en especial odiaba el casco porque tenía que aplastarse la cresta a un lado de la cara para poder ponérselo. Así que no los llevaban cuando pasearon por aquel ambiente de bruma y encantamiento, donde la vegetación había trepado por los espacios, ocupado las tumbas y devorado las estatuas de ángeles orantes.

Aunque el cementerio abandonado de Abney Park no les era desconocido, y sin embargo de noche tenía un aire de película de terror o de sueño del que no se puede despertar, algo de lo que carecía durante el día. Había sido diseñado como parque cementerio e inaugurado en 1840 para los protestantes que no habían querido abrazar la religión anglicana. Aunque no llegó jamás a consagrarse, sí se consagró como reserva arbórea, lo que había provocado su cierre como cementerio en los setenta y permitido a la vegetación trepar a sus anchas por las esculturas victorianas y las cruces de inspiración céltica.

Ese pequeño detalle, a la luz de las linternas, hacía que las estatuas pareciesen hadas extraídas de *El sueño de una noche de verano* a punto de moverse. Y también el musgo que recorría los rostros asexuados de los ángeles y los retratos infantiles, sombras que los acercaban más a un lado oscuro, a una suerte de ser que fue divino y después expulsado de los cielos. Parecían, pues, ángeles caídos a punto de hacerse con el alma de aquellos incautos que paseaban entre las lápidas. Niños malditos de mirada perdida y perversas intenciones.

Había un camino con tumbas deslavazadas y tronchadas por el peso de las raíces, por el que la silueta de Mel parecía corretear como un ser perteneciente a esa naturaleza. Difícil de atrapar incluso con la mirada. Esa clase de seres mágicos que se creen ver por el rabillo del ojo y cuya imagen nunca termina de definirse.

Durante el día, aquel sitio daba la sensación de ser un bosque en el que alguien hubiese dejado caer lápidas y estatuas sin orden y al azar; un bosque en el que la

piedra conmemorativa hubiese sido un error y no el objetivo primero. Aquella noche, Will sintió que aquel bosque cementerio, o aquel cementerio parque, era el lugar por el que siempre corría una joven perseguida por un monstruo o un alma en pena. Una joven en camión que iba sorteando árboles y se asustaba de cada rostro marmóreo recubierto de hiedra. El lugar de las pesadillas donde aúllan los lobos y la niebla oculta el suelo por donde pisas. Y todos debían de estar pensando algo semejante porque caminaban sin hacer ruido, casi sin hablar entre ellos.

Will tuvo que reprimir un grito cuando una mano se apoyó en su hombro.

—¿Te he asustado?

—No, tranquila.

El rostro de Mel, iluminado por la linterna, aparecía más espiritual que de costumbre. Una lechuza pasó por detrás y a Will le dio la impresión de que su novia era tan pálida y espectral como el ave. La había perdido de vista hacía un rato, pero no le había preocupado demasiado, ya que ella siempre se valía por sí misma.

—Siento haberte asustado. No era mi intención —continuó ella, haciendo caso omiso a lo que Will había respondido.

—No importa. Estás helada.

—He visto algo. Ha sido extraño. Estaba en la iglesia. ¿Has visto la iglesia?

—No he pasado por ahí.

—Oí las ametralladoras, Will, otra vez. Y las bombas. Fue como en el búnker. Pero no se lo podía decir a los demás. Seguí el sonido y llegué a la iglesia. Parecía sacada de *Drácula*, cariño. Si el conde quisiera conquistar de nuevo Londres, compraría esa capilla. Entonces, ha sido muy raro, me he visto a mí misma. Estaba frente a mí, en la puerta, entrando.

—¿Qué quieres decir con que te has visto a ti misma?

—Era yo, Will. Me he sonreído a mí misma, o más bien la Mel de la puerta me ha sonreído antes de entrar a la iglesia en ruinas. Yo sólo he podido seguirla, o seguirme, hasta es difícil contarlo. Y allí estaba: la luz de la luna iluminaba a esa otra yo, parada y de pie en el centro. Se ha girado y me ha mostrado el soldado que le robé al padre de Marvin y que tú tienes en el bolsillo. Y después... —Mel se detuvo y sus ojos expresaron un terror infinito. El terror de haber comprendido algo que a Will se le escapaba. Algo horrible.

—¿Después qué?

—Will —su voz sonó tan rota y apenada que él se contagió de su miedo—, lo siento tanto. Nunca te abandonaré. Yo te protegeré, te lo prometo. No te preocupes por nada. Estamos hechos el uno para el otro. Condenados a estar juntos para siempre, veas lo que veas esta noche. —Las lágrimas comenzaron a caer por su rostro—. Y pase lo que pase mucho más tarde, cuando vuelvas a oír las metralletas. Te quiero, ¿vale? Te he querido siempre. Lo siento.

—¿Qué sientes? Mel, no entiendo nada.

—Lo siento tantísimo.

Fue como si se le escurriera de entre los dedos. Will no supo cómo había conseguido ella deshacerse de su abrazo. De repente permanecía enfrente, llorando a lágrima viva, y él no podía moverse de su sitio, no era capaz de acercarse y volver a darle un abrazo para así consolarla. Luego oyó su nombre, a gritos, desde su derecha. «¡William!». Marvin nunca lo llamaba por el nombre completo si no era algo importante, grave, triste, o las tres cosas al mismo tiempo.

Will enfocó la linterna en la dirección de donde provenía la voz de su amigo y lo encontró con la cara arrebolada. Por su chaqueta de cuero mal abrochada asomaba un trozo de camiseta de los Ramones. La cresta se le había tumbado como si se hubiese pasado las manos por la cabeza.

—William, tienes que venir.

Will se dio la vuelta, pero Mel ya no estaba en el lugar que ocupaba antes. Sin embargo sentía su presencia, como si estuviera cerca todavía.

—Pero Mel...

—Es por Mel. Tienes que venir.

Algo se le anudó al estómago cuando Marvin dijo aquello. El cementerio de las pesadillas infantiles se apoderó de él mientras corría tras Marvin, intentando no tropezar con las raíces, las enredaderas o algún trozo de lápida desprendida. Creyó ver el ala de un ángel quebrada en el suelo, peleando por no ser atrapada por las enredaderas que reptaban sobre ella. Le pareció un mal presagio.

La iglesia, a la luz de la luna, era tal y como le había contado Mel hacía unos minutos: parecía que en cualquier momento fuese a salir de dentro un alarido de horror o un vampiro transformado en bestia. La puerta estaba abierta, y a Will le estremeció pensar en la visión que había tenido su novia. No le gustaría verse en una situación semejante. No le gustaría verse a sí mismo abriendo aquella puerta.

Se encontraba en el mismo lugar en el que Mel le había dicho que había estado, en el centro, iluminada por la luz de la luna llena que entraba a través de un agujero en el techo. Sólo que no permanecía de pie, ni tenía el soldado en la mano. Estaba tumbada en el suelo en la posición desmadejada en la que queda alguien que no espera perder la fuerza en los miembros, los ojos abiertos y llenos de lágrimas, la cabeza rubia apoyada en una almohada de sangre.

La culpable, una piedrecita insignificante cayendo a gran velocidad desde el techo desprendido, en el lugar adecuado para derrumbarla.

Los otros permanecían a su alrededor como si la adorasen o velasen su cuerpo, en la misma posición que los orantes carcomidos por la hiedra del exterior.

—¿Está...?

—Sí, Will, lo siento, Marvin le ha tomado el pulso. Y no respira. De todas formas hemos llamado a emergencias.

Quiso acercarse, pero otro de sus amigos lo sujetó por el hombro.

—No tío, no la toques, ¿no ves películas? No hay que alterar el escenario del crimen.

—No la han matado. Ha sido un accidente. Además, Marvin la ha tocado ya.

El chico miró a Marvin, que le hizo un gesto para que lo dejara. Will se arrodilló a su lado y apoyó los dedos índice y pulgar en aquellos párpados demasiado maquillados con el fin de cerrarle los ojos. No soportaba aquella mirada vacía perdida en el infinito, le recordaba que no era capaz de explicar cómo había podido hablar con ella en el parque mientras moría en la iglesia. Se miró los dedos y vio que la sombra negra con brillos dorados que ella usaba se le había quedado en las yemas, como la tinta con la que le toman las huellas dactilares a los delincuentes. Aquello prendió las lágrimas en sus ojos, y la sangre se le arremolinó en la frente.

—¡Deberíais haberme hecho caso y haberos puesto los cascos! —se volvió gritando.

Hacía dos años de todo aquello y, sin embargo, todavía oía las ametralladoras y las bombas que él había percibido en el búnker y que ella había mencionado antes de morir. Las oía en unas pesadillas en las que no era capaz de salir de Abney Park. En las que nunca salió de allí o en las que siempre llevaría Abney Park consigo.

Mel le había dicho al aparecerse que volvería a oír las ametralladoras y las bombas, y acababa de oírlas en una grabación. Había huido de Londres en cuanto tuvo ocasión, con la esperanza de que sólo quedasen esos rastros bélicos en sus pesadillas. Y, sin embargo, en una ciudad extranjera, en una galería subterránea, había oído aquel mismo sonido terrible de nuevo. Tal como Mel había dicho.

Mel no se equivocaba nunca.

Los demás parecían abstraídos mirando escaparates. No les resultaba curioso que todo estuviera abierto y fuera tan nuevo; una ciudad que parecía completa y bajo tierra, clausurada pero a punto de ponerse en marcha. No obstante, a él sí. A él le hacía pensar en Mel y en aquello tan extraño que le había pasado antes de morir, o quizá mientras moría. Si hubiese estado abandonado, todo aquello no estaría como nuevo. Si estuviera en uso, las puertas no estarían abiertas. Y si era verdad que lo iban a abrir, ¿por dónde accedería la gente? ¿Por la puerta trampa que habían atravesado ellos? ¿O trasponiendo mágicamente, a lo andén nueve y tres cuartos de Harry Potter, la pared que daba a la perfumería en la que se había convertido la Avenida de la Luz?

Todas las puertas estaban abiertas como si en cualquier momento un dependiente fuese a atenderles y a preguntar si podía ayudarles.

Como si los estuvieran esperando.

—Adela, ¿tú no crees que está pasando algo raro? —preguntó Will.

—Si os quedaseis calladitos, quizá podría escuchar algo en las grabaciones.

—No, me refiero a esto, a este lugar. Algo no cuadra.

—No crees que sea el metro o el tren, ¿verdad?

—¿Qué?

—Los ruidos, ya los habías oído antes.

—Sí.

—¿Y qué presagian?

Will miró a Adela. Pelirroja, labios gruesos, ojos brillantes, muy guapa. La clase de belleza tan indiscutible que amedrentaba un poco. Sobre todo por esa forma suya de insinuar que sabía lo que les pasaba a todos por la cabeza.

—Nada bueno.

Los demás estaban frente a una tienda de discos que parecía antigua, de estilo Motown. En el escaparate, un tragadiscos Tonomac de color azul pálido se anunciaba como «El último grito para animar tu guateque».

—Mirad esto, es una chulada. Creo que quiero uno.

—Bea, eso va con *singles* de vinilo, mi abuela tenía uno. Me parece que no ibas a poder escuchar nada.

—Nunca es tarde para empezar una colección, Laurita.

—Desde luego, los que han diseñado el escaparate se lo han trabajado. Mirad eso, no creo que estos discos sean fáciles de encontrar. Massiel debía de ser menor de edad cuando le hicieron la foto de esa carátula.

—¿Qué es un «guateque»? —preguntó Will, pronunciando la palabra con dificultad.

—Es como una *rave* pero de los sesenta y con hippies y tías en minifalda —contestó Arturo, pasándole el brazo por el hombro.

Laura miró a Pere y le hizo un gesto para que se apartasen un poco de los demás. Xurxo los siguió, siempre agarrado a la mochila de su hermano.

—No quiero que los demás se alteren, pero esto vuelve a ser muy raro. Y no lo digo por la tienda de discos. Es normal que con lo que se lleva lo retro monten este tipo de cosas. Lo que no es lógico es dónde está.

—¿En la Ciudad de la Luz?

—No, el sitio da igual. Me refiero a junto a qué está.

Pere miró al local que Laura señalaba con el dedo.

—¿Unos recreativos?

—Unos recreativos de los ochenta con juegos Arcade. Ni siquiera mis hermanos mayores han jugado en ellos.

—Bueno, tú lo has dicho, ahora se lleva lo retro.

—Sí, pero también todo el mundo lleva esos juegos en el móvil. No van a venir a soltar unas monedas para jugar fuera de casa. Esto es de la época en la que no todos los niños podían permitirse tener un ordenador ni videojuegos. ¿Ahora quién no tiene si los quiere? Es muy raro. La tienda de vinilos es como de los sesenta y el local de al lado, como de los ochenta. Si estuvieran haciendo una recreación, se hubiesen centrado en una sola época. Y si quieren reabrir esto, ¿por qué todo lo que se vende está pasado de moda? Son objetos viejos que están como nuevos, a estrenar. Como si hubieran congelado el tiempo, uno diferente en cada tienda.

—Mi abuelo decía que aquí había una ciudad escondida. Pero hubiera sido una ciudad de los años cincuenta en todo caso, o eso pensaba cuando aún me creía parte de sus historias. —El muchacho se rascó el borde de la ceja con nerviosismo.

—Pere, esto es nuevo, está hecho después de lo que tu abuelo contaba. Alguien está haciendo esto a escondidas. Pero ¿para qué? ¿Y por qué tu abuelo sabía que aquí habría una ciudad? Dijo que la hubo en los años cincuenta, pero no puede ser la que estamos viendo. Esta ciudad está recién construida. Recién construida con tiendas del siglo pasado.

Los demás no veían que sucediera nada extraño, o al menos aparentaban no ver nada. Pero ¿qué iba a decir Xurxo si él mismo ocultaba lo que veía, lo que sabía ya? La terrible verdad que le había estado mostrando el otro Xurxo todo aquel tiempo, primero en fragmentos y más tarde como una realidad tangible, como una imagen superpuesta a lo que ocurría en aquel momento, en el que Pere le pasaba la mano por el pelo a la chica de Madrid y le arrancaba una sonrisa. Por un momento creyó, tan pequeño como era, tan insignificante para los demás que no le harían caso si gritase lo que estaba a punto de ocurrir, creyó que podría hacer algo por evitarlo.

Porque él nunca había visto a Pere tan cerca de esa muchacha en sus premoniciones. Y puede que ella fuera su única esperanza.

VISIONES INFERNALES

Por supuesto, el hecho de que la chica pelirroja dijese aquello le hizo pensar a Xurxo que no había entendido nada. Durante todo aquel tiempo, desde que viera a Pere vomitar sangre en los guisantes y, más tarde, al comprender una parte de lo que ocurriría, se había esforzado mucho en pedir al Xurxo del futuro que avisara a toda la gente que fuera a bajar con su hermano a la Ciudad de la Luz para que, como él, supieran qué habría allí abajo y estuviesen en igualdad de condiciones. Le había pedido que viajara por el espacio y el tiempo para advertirlos. Nunca hasta esa misma noche había visto la secuencia completa, pero los retazos bastaban.

Cuando soñaba las escenas, nunca veía con toda claridad sus caras, pero sí su aspecto. Desde su perspectiva, el color de pelo o la altura eran concretos, aunque los rostros resultasen siempre abstractos. Tampoco se veía a sí mismo, por lo que hasta que sus padres no dijeron que aquel día tenían un plan, no supo que estaría presente y que también viajaría bajo tierra.

Él no los conocía, no, no veía sus rasgos, pero por alguna razón sabía cosas de ellos. Eran fragmentos de recuerdos que podía hilar, sensaciones. Conocía sus miedos, sus relaciones familiares, sus aficiones. Podía recrear paso por paso los primeros recuerdos de aquella gente con la que soñaba y a la que no conocía; bueno, no es que no la conociera, decir eso sería mentir, sino que llegó a saber de ellos todo menos el color de sus ojos, la forma de sus labios o la longitud de sus narices. Hubiese sido capaz de decir el color favorito y hasta la talla de pantalón de cada uno, demasiada información para un niño que se despertaba bañado en sudor cada vez que volvía la pesadilla.

Se había esforzado mucho en hacer comprender a aquellos desconocidos, compañeros de su hermano, que no debían ir. Se ponía de rodillas al lado de la cama como su madre le había enseñado para rezar, y en vez de rezar a Jesús, intentaba que el Xurxo del futuro enviase mensajes a los demás.

Repetía las mismas palabras que el Xurxo del futuro le iba mostrando a él, ya que no podía convocar las imágenes sin sentir náuseas, y al mismo tiempo pensaba en ellos, uno por uno. La joven pelirroja vestida de blanco. El chico alto con el pelo cortado a cepillo y los brazos afeitados. La chica de las gafas grandes y la cámara de fotos. El muchacho inglés al que Pere admiraba. La chica de pelo rubio y corto. Pere.

Al principio había intentado transmitirle el horror a cada uno de ellos. Y después, conforme el día de la excursión se iba acercando, poco a poco, fue transformando sus falsas oraciones para que fueran algo que le pareció más seguro: convocó a los excursionistas del futuro. El futuro de cada uno de ellos fue llamado para que avisara a su correspondiente del presente. Para que les mostrase el horror como el Xurxo del futuro se lo había mostrado a él.

Creyó que si era capaz de escuchar a su futuro, y también capaz de conocer todos los detalles de las vidas de esos jóvenes cuyos rostros le eran vedados, podría hacer que aquellos que eran ellos en el futuro avisaran a sus homólogos en algún punto del presente o del pasado. Creyó, no, supo que podría hacerlo. Tal vez hacerlo formaba parte de ser distinto. Quizá conseguirlo formaba parte de eso que el abuelo desaparecido de Pere había dicho que era, y que él sabía, y que todo indicaba que se parecía más a un monstruo que a un ángel.

Su madre prefería decirle que era blanco como un ángel, diferente como un ángel. Siempre le había dicho que era un ángel al que había que cuidar y comprender, pero él veía el monstruoso fuego en sus propios ojos. Y en aquel momento, cuando tomó la decisión de convocar a los futuros de los exploradores urbanos, le dio igual ser lo uno o lo otro. Un monstruo sobrenatural podría hacerlo. Un ángel también.

Y creyó que había funcionado. Estuvo tan cerca, tan seguro de que resultaría, que las palabras de Adela lo decepcionaron profundamente. Como si la última esperanza que había visto en el coqueteo de Pere con Laura se desvaneciera con ellas. Había empleado tanto esfuerzo y dedicación que resultaba muy frustrante.

Creyó que funcionaría aquel día en el que el plan parecía que se ponía en marcha solo, cuando se quedó rezándole a los fantasmas futuros de todos aquellos desconocidos y de Pere, y no fue al colegio. Hubiera valido la pena hasta el disgusto que se llevó su madre.

Se había puesto de rodillas después de desayunar, al lado de la cama como solía. Y había pronunciado aquellas dos palabras: «BAJO TIERRA». Era importante que estuviesen preparados para cualquier cosa bajo tierra. «Por favor, tienen que saberlo para que no ocurra. Por favor, tienen que saberlo para que no ocurra. BAJO TIERRA. BAJO TIERRA. BAJO TIERRA».

No se daba cuenta, pero la habitación a su alrededor iba desapareciendo. Su conciencia se hundía en una calidez aterciopelada, en una especie de útero o de tumba.

Los llamó, uno por uno, desde esa niebla oscura en la que se sumergía sin percatarse: la joven pelirroja vestida de blanco; el chico alto con el pelo cortado a cepillo y los brazos afeitados; la chica de las gafas grandes y la cámara de fotos; el muchacho inglés al que Pere admiraba; la chica de pelo rubio y corto; Pere. Uno a uno se fueron presentando ante él como seres sin rostro, o como si sus rostros hubiesen quedado atrapados dentro de su carne o de una capa de piel que tratase de asfixiarlos.

Intentó que no le impresionara lo que veía. La joven pelirroja vestida de blanco. El chico alto con el pelo cortado a cepillo y los brazos afeitados. La chica de las gafas grandes y la cámara de fotos. El muchacho inglés al que Pere admiraba. La chica de pelo rubio y corto. Pere. Y de repente, junto a las imágenes de aquellos cuerpos sin cara que flotaban a su alrededor, vio también otros objetos sin ningún significado para él. Penetró un poco más en la oscuridad para que sus figuras se definieran, para saber qué se suspendía junto a los compañeros sin rostro de su hermano.

Vio una muñeca extraña. Vio un soldado de plomo. Vio una tabla con letras escritas sobre la que se movía un vaso. Vio un mortero. Vio un colgante con forma de hoja. Vio una de las novelas de aventuras de Pere. En aquella oscuridad cálida y húmeda, alcanzó el libro y lo abrió. Ojalá tuviera poder para escribir en las hojas de ese libro lo que iba a suceder. Ojalá pudiera mostrarle, al menos a Pere, lo que había bajo tierra.

Se concentró una vez más en los habitantes de esa oscuridad. Hizo un último intento porque se sentía débil, muy débil, como si la oscuridad y él fuesen a fundirse en uno.

La joven pelirroja vestida de blanco. El chico alto con el pelo cortado a cepillo y los brazos afeitados. La chica de las gafas grandes y la cámara de fotos. El muchacho inglés al que Pere admiraba. La chica de pelo rubio y corto. Pere.

Lo último que recordaría después sería que aquellos fantasmas sin rostro se volvieron hacia él. Y los percibió muy cerca, como si sus alientos atrapados bajo la piel le intentasen calentar el cuerpo.

Después sintió que algo lo arrastraba. Algo se enlazaba a sus piernas y tiraba de él sin que tuviese la menor oportunidad de resistirse porque carecía de fuerza. Se dejó hacer mientras, ahora sí, veía la oscuridad aterciopelada a su alrededor, tratando de engullirlo. Y no tuvo miedo. No tenía energía suficiente para tenerlo.

Cuando abrió los ojos, vio el rostro compungido de su madre y sintió ganas de reírse. No sabía por qué, pero aquella expresión de susto en sus ojos azules le hacía gracia. No había sucedido nada. Estaba de vuelta. Había escapado de la oscuridad y quizá había logrado avisar a alguno de ellos. Quiso incorporarse, pero su madre no le dejó. Preguntó tontamente por el colegio.

—Hoy no vas. Te quedas aquí.

El tono de Uxía era determinante y no quiso protestar. Lo habían tumbado en la cama. Hasta llevaba el pijama puesto, pero no recordaba nada. Pidió agua porque tenía la boca seca, y cuando su madre se la trajo y se incorporó para beberla, vio sangre en la alfombra.

—¿Y eso?

—Te ha sangrado la nariz.

Uxía lo dijo muy deprisa, tan deprisa como suelen hablar los adultos cuando tratan de disimular una mentira, y Xurxo no la creyó.

Después tuvo más razones para no creerla, porque los ojos comenzaron a picarle,

como cuando los tenía llenos de legañas secas. Al llevarse los dedos a los lacrimales, sacó como esperaba unas legañas duras, pero de color rojo oscuro, como si se hubiera levantado dos costras que estuvieran cicatrizando.

Aquel día, Pere fue a casa a comer, algo que no tenía por costumbre porque solía hacerlo en la facultad. Uxía se limitó a poner un plato más en la cocina, donde comían o cenaban si madre e hijo estaban solos. Venía muy pálido y callado. No habló apenas de nada, ni comentó mucho de la facultad hasta que su madrastra le preguntó por qué había vuelto tan temprano.

—Porque he tenido una alucinación.

Es probable que Pere no hubiese respondido si su padre comiera también en casa, pero ese día tenía doble turno, así que se sintió con fuerzas como para responder la verdad delante de Xurxo y su madre.

—¿Una alucinación? ¿Algo de drogas?

—No —sonrió como triste—, ojalá, eso al menos sería una explicación. Pero yo no me drogo. Ha sido más bien como... una visión mística. Como lo que te enseñan en el colegio que les pasa a los santos.

Uxía se santiguó en un acto reflejo y miró a su hijo. Por un momento, no supo si mandar a Xurxo a la cama. Al final no se terminó de decidir y preguntó en un suspiro.

—¿Qué clase de visión mística?

—Estaba en clase de derecho romano y, de repente, no había clase a mi alrededor, ni gente. Y yo no podía controlar mi cuerpo, era como si otro lo moviese por mí. Pero no podía ver nada, ni a nadie, sólo un rostro blanco, pálido, en un gesto extasiado, como las estatuas de santa Teresa. De sus ojos en blanco brotaba sangre.

Uxía se atragantó con el agua y dijo algo como «Dios santo». Después mandó, esta vez sí, a Xurxo a la cama con la excusa de que estaba muy débil.

—Te llamaré por la tarde para merendar. ¿Quieres que te lleve un juego o un libro?

Xurxo negó con la cabeza y fingió obedecer. Sin embargo, se quedó en el pasillo, escondido tras la puerta para espiar a los mayores. Su madre recogía los platos haciendo mucho ruido y Pere la seguía al fregadero con los vasos y las botellas de agua, por lo que apenas si pudo escuchar la conversación a medias. Lo que no admitía discusión, una vez cesó el entrechocar de la vajilla, es que su madre describía cómo lo había encontrado aquella mañana junto a la cama.

—Ha sido terrible. Estaba frío como una estatua, o como muerto. Permanecía de rodillas, con las manos juntas como los ángeles de las estatuas. Sus ojos no tenían pupilas ni iris, eran completamente blancos, como si ellos e incluso su piel estuvieran hechos de piedra. No sabes el susto que he pasado, Pere. Le sangraban los ojos. Por su cara rodaban lágrimas de sangre, como las que dicen que lloran algunas estatuas de la Virgen. —Uxía volvía a santiguarse. Se apoyaba en la encimera como si se fuese a caer al suelo de la impresión.

—Pero está bien ahora, ¿no?

—Sí, le he puesto el pijama y lo he acostado. Ha empezado a reaccionar cuando iba a llamar a emergencias. No sabía qué hacer. ¿Me iban a tomar en serio si dijera que mi hijo lloraba sangre?

—Tranquila, no pasa nada. Es raro. Pero tampoco es la primera vez que le pasa algo así a Xurxo.

—No, su abuela, que en paz descanse, tenía las mismas ausencias. No se lo había contado a nadie. Y como yo no lo tengo, siempre pensé que la maldición familiar desaparecería conmigo. Pero ahora tú... y ni siquiera tenemos la misma sangre. Pensaba que esas cosas se quedaban en Galicia, donde la magia es algo casi cotidiano.

Pere abrazó a Uxía, que había empezado a sollozar en voz baja.

—Siempre he oído que este tipo de «dones» se transmiten más por el contacto continuado que por la sangre. No creo que sea para tanto. Aunque, hay algo más.

—¿Qué más?

Xurxo vio cómo Pere soltaba a su madre y se dirigía al salón, donde debía de haber dejado la mochila. Volvió con la novela que Xurxo había visto en su trance. El niño tuvo que llevarse las dos manos a la boca para no emitir ningún sonido que lo delatase.

—No es habitual que preste mucha atención en derecho romano, la verdad. Me pongo en las últimas filas, y cuando el profesor se pone a dar ejemplos y ejemplos de cualquier chorrada, yo leo con el libro en las piernas. Tomo apuntes de lo importante y cuando me aburro, leo. Y estaba leyendo cuando me ha ocurrido lo que te he contado antes. Pero en el momento en que he vuelto en mí, esta página estaba así.

Pere abrió el libro frente a la cara de Uxía, que no tuvo fuerzas siquiera para persignarse. Se quedó con la boca muy abierta en una mueca de espanto. Ni siquiera parecía que respirase.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué podemos hacer? Creo que nada. Imagino que esperar que no se repita.

—A mi madre le pasó hasta el día en que murió.

—Pues tendremos que acostumbrarnos entonces.

Pere y Uxía se quedaron en silencio mirándose a los ojos, en un gesto que era como una promesa. El gesto de un secreto compartido. El libro quedó cerrado sobre la barra de la cocina y Xurxo quiso aprender los detalles de la portada para buscarlo más tarde y mirar en su interior lo que tanto había espantado a su madre.

Tuvo que esperar una semana entera, pero cuando lo tuvo en sus manos, cuando vio lo que de tanto miedo había inundado los ojos de Uxía, Xurxo tuvo por fin la esperanza de que algo de todo aquello sirviese para frenar el horror que se aproximaba.

Una esperanza que se había visto rota y despedazada por las palabras de Adela.

—¿Me estáis tomando el pelo?

—¿A qué te refieres, friki?

—A que si me estáis gastando una broma pesada. Porque si es así, no tiene gracia, os lo advierto. No sé cómo lo hacéis, pero no tiene gracia.

—¿De qué hablas, tía? Eres más rara que un perro verde.

—De vuestras voces en mi grabadora. Antes pensaba que hacíais mucho ruido, Arturo, pero ahora lo que creo es que os acercáis aposta y susurráis frases, algunas incomprensibles, para burlaros de mí.

Xurxo apretó los ojos consciente de que ni siquiera ella, la que parecía más cercana a la verdad aunque sólo fuera por todos aquellos abalorios, se diera cuenta.

—Joder, tía, ¿va en serio? Si quisiera burlarme de ti lo haría por tus pintas, no haciéndole abracadabras a tu grabadora. Ah, no, claro, que las que hacen abracadabras son las brujas como tú.

—Arturo, basta, por favor.

—De basta, nada, Bea. Esta tipa me da mal rollo, y no para de acusarnos de historias. ¿Tienes algún problema?

—Estáis todos compinchados para reiros de mí. No sé cuándo lo habéis hablado, pero parad ya, no tiene ninguna gracia.

—¿Crees que deberíamos intervenir? Parece asustada —le preguntó Will a Pere. Pere, sin embargo, creyó que no era asunto suyo.

—No, ellos verán. Es su amiga.

—No es su amiga.

—Bueno, Laura, eso es evidente. Pero creo que no nos debemos meter.

—Creo que la loca de los amuletos podrá con el gorila. Así que no, no hará mucha falta.

No habían comprendido nada. Ni siquiera la loca de los amuletos, como Laura la llamaba. Y si no podían comprender lo que iba a ocurrir, lo que ya estaba sucediendo casi, no habría solución, no podrían hacer nada.

En cuanto a la discusión, se frenó de golpe. No hubo más remedio porque allí, por detrás de una de las columnas de la avenida principal de la soterrada Ciudad de la Luz, apareció una sombra que todos pudieron ver con claridad y que selló sus labios. Todos menos Xurxo, quizá porque él podía esperar cualquier cosa, se miraron con disimulo para cerciorarse de que no faltaba nadie. Aquella sombra no pertenecía a ninguno de ellos porque estaban demasiado cerca los unos de los otros, tenía que ser de un desconocido.

No hubo demasiado tiempo para alarmarse, ya que a la silueta oscura dibujada en el suelo le siguió una voz grave y desencantada.

—Malditos niños, ¿qué hacéis aquí?

Y bajo una de esas farolas antiguas apareció la forma desdibujada primero, y

después el resto del cuerpo de Hermenegildo Pla.

—¡Abuelo!

—Maldita sea, chaval, ¿cuándo has entrado? ¿Qué haces aquí? No es sitio ni para ti, ni para tus amiguitos. Esto es más peligroso que la guerra.

—Sabía que estabas aquí. Llevabas desaparecido varios días y...

Los ánimos parecían haberse relajado hasta que el abuelo puso la cara de sorpresa que puso.

—¿Varios días? Salí de mi casa hace apenas cuatro horas. Ni siquiera tendríais por qué haberos dado cuenta todavía. —Y luego el rictus cambió a uno de comprensión, de una comprensión tan fuerte que lo hizo sentarse en un banco adosado a una de las columnas—. Chico, no deberíais haber venido. Vuestra vida, si sobrevivís, nunca volverá a ser la misma.

LAS FANTÁSTICAS HISTORIAS DEL ABUELO

El abuelo siempre se había empeñado en contar las mismas historias absurdas una y otra vez. Unas historias absurdas que se dividían en dos tipos: las que contaba a todo el mundo y las que explicaba a Pere. Las segundas, se suponía que eran las historias que su madre ya había escuchado y que defendía como ciertas. Y si las primeras, que hablaban de fantásticos viajes a Oriente, solían ser disparatadas, las segundas no tenían ningún sentido.

Sin embargo, había en ellas algo de fascinante, porque habían hecho que el nieto prestase atención. La suficiente como para deducir que si el abuelo quería ver el futuro, habría entrado de nuevo en la supuesta Ciudad de la Luz.

La versión oficial era que el proyecto no se había llevado a cabo, a pesar de lo cual, allí estaba, y eso ya parecía increíble. Pero ni siquiera era una ciudad de los años cincuenta. No era lo que se habría construido de haberse hecho entonces, sino algo mucho más ecléctico, formado por estilos y modas desde los años cincuenta a la actualidad, con sus tiendas llenas de objetos que nadie utilizaba y sus decoraciones obsoletas. Las historias del abuelo, al menos en eso también, estaban en lo cierto: el lugar tenía más aspecto de mágico que de real. Más de ensoñación que de verdad.

No obstante, el abuelo no la había descrito así. El abuelo había hablado de una ciudad como la que aparecía en los planos y en las maquetas de la Ciudad de la Luz, la que se suponía que iban a construir según el proyecto original. Y en ese proyecto había un número limitado de calles y recodos, que formaban una figura semejante a un triángulo. Sin embargo, era difícil saber qué forma tenía el sitio que estaban pisando; la avenida principal dejaba salir de su centro una infinidad de calles que parecían ramificarse también al fondo de éstas, como una tela de araña. Y luego estaba lo otro también, que quizá era lo más inquietante.

El abuelo siempre comentaba que aquélla era la ciudad más moderna que había visto nunca. Pero se refería a una modernidad de los años cincuenta. Por eso Pere, después de presentar al abuelo a los demás, quiso hablar con él aparte.

—Mira, abuelo, han estado reformando esto. Creemos que al final lo van a abrir.

—No, hijo, no. Esto no se va a abrir nunca. Y vosotros deberíais salir de aquí antes de que os pase algo.

—¿De que nos pase algo?

—Sí, de que nos encontremos con la gente que estaba aquí la primera vez que vine, por ejemplo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que nunca se marcharon. O al menos una parte sigue dando vueltas por este lugar. Es posible que no los veamos porque no sé cómo funciona, pero si lo hacemos, veréis cosas horribles. Y sois muy jóvenes. Debéis volver a la puerta.

—Caballero —comenzó Will—, lamento contrariarle, pero queríamos fotografiar este sitio. Es demasiado impresionante como para regresar ya.

—Pues entonces es posible que no consigáis salir. O puede que ya dé igual, puede que de todas formas sea demasiado tarde.

—Demasiado tarde, ¿para qué? ¿Por qué?

—Ay, Pere, porque yo acabo de entrar y vosotros decís que hace varios días que entré.

El abuelo Herme comenzó su relato, que se parecía a todas las historias de todos los abuelos en muchos detalles. El principal, que nunca podía saberse si todos los elementos que formaban parte de ella eran ciertos o si tenía partes inventadas. Aunque tal y como lo decía, la segunda opción parecía la correcta. Muchos de sus cuentos debían de ser mentira, tenían que serlo.

Pere ya conocía la historia, lo que le hizo mirar a Laura algo azorado. Pero ella aparentaba estar hipnotizada, fascinada por el abuelo. Y lo estaba. De hecho, lamentaba no haber comprado pipas.

Era fácil de resumir. Un ingeniero, un arquitecto y cuatro obreros iban a empezar las prospecciones para hacer la Ciudad de la Luz, pero al empezar las obras, descubrieron que la ciudad ya estaba allí, tal y como la habían imaginado o mejor. Sus pasillos eran interminables, los acabados, de lujo. Todo estaba como para un estreno al día siguiente.

—Pero lo extraño es que no tuvimos miedo, o no todo el que deberíamos haber tenido. El sitio tenía el poder de alguna droga calmante, y ni siquiera saber que esa ciudad era imposible logró asustarnos. Caminamos adentrándonos más y más en ella, como si sus mármoles y sus baldosas nos atrajesen ofreciéndonos todos nuestros sueños. Lo que nos gustaba se nos mostraba sin más, como si estuviera esperándonos, y quizá lo estaba. Si uno había soñado con tener un coche concreto, había un concesionario para él. Si otro sentía debilidad por las pieles, la peletería estaba montada con un escaparate repleto y la puerta, abierta. Después, las pesadillas de todos nosotros se hicieron realidad también.

El abuelo contó, como le había contado mil veces a Pere, que después el lugar comenzó a volverse siniestro, que los miedos y las pesadillas de todos se hicieron vívidas y mataron a gran parte del equipo. Aparentemente, sólo el arquitecto y él lograron salir. Y sí, salieron al mismo sitio, pero no al mismo tiempo: el arquitecto salió apenas unos minutos después de haber entrado, pero el abuelo, diez años más tarde.

—La Ciudad de la Luz hace viajar en el tiempo, hijos. Yo nunca me embarqué. Todo aquello de China me lo inventé por Marco Polo, y saqué lo de los viajes por los mares de China y el océano Índico de otras novelas. Yo salí de casa un miércoles para hacer unas prospecciones, cuando los ingenieros de materiales proyectaban la construcción de la siguiente galería, y volví otro miércoles, diez años después. Había viajado muy lejos, sí... pero no en la distancia, sino en el tiempo.

El arquitecto tuvo la suerte de volver en el mismo momento en que acababa de entrar por el hueco que habían abierto detrás del cine. Y fue él quien ordenó sellar el túnel con la puerta trucada, con la esperanza de que nadie encontrase la forma de traspasarla, salvo los supervivientes de aquel desastre. El abuelo volvió diez años más tarde, buscó el estudio del arquitecto en las Páginas Amarillas, y no tardaron en concertar una cita donde se contaron sus experiencias.

Al abuelo le impresionó ver las marcas en el rostro de aquel hombre, que eran las mismas que debería haber desarrollado él mismo en los diez años siguientes, pero de las que carecía porque para él sólo habían transcurrido unas horas. El arquitecto le contó cómo había intentando enterrar cualquier rastro de aquel asunto. Eliminó todas las referencias a las prospecciones, incluso borró los nombres de los muertos de los archivos oficiales del proyecto y se deshizo de las fotografías. Fue como si nunca hubieran encontrado aquel lugar. Y desde entonces se empeñó con todas sus fuerzas en que nunca se intentara construir la Ciudad de la Luz.

—Pensábamos que, de todos los trabajadores que comenzamos las prospecciones, éramos los únicos que habíamos conseguido salir, sólo él y yo. Aunque después, cuando ya me había casado con tu abuela, me di cuenta de que alguien más había sobrevivido aparte de nosotros dos, pero no tuvo ni su suerte ni la mía. Al fin y al cabo, yo sólo tuve que enfrentarme a las preguntas, a la extrañeza que causaba mi piel tan joven, a las sospechas de mi madre, que no se explicaba pero temía preguntar, al choque que supone el paso del tiempo. Pero él, él no tuvo suerte alguna.

Años después, mientras el abuelo paseaba por la playa de la Barceloneta con su mujer y sus dos hijas pequeñas, un anciano se abalanzó sobre él.

—Sus manos huesudas se crisparon sobre mis muñecas y me miró a los ojos, fijamente. «Tú eres el Herme Pla, el chavalito», me dijo, y eso frenó las ganas que tenía en esos momentos de buscar un policía a gritos. Me quedé mudo, mirando aquel rostro curtido y esos ojos húmedos, buscando entre sus rasgos algo conocido. Y entonces sonrió y me di cuenta de que tenía delante al único albañil que ni el arquitecto ni yo habíamos visto morir allí abajo: Manolo Linares.

A Pere le vino a la cabeza la historia de aquel hombre que se había separado del abuelo y del arquitecto, y que luego había salido por la vía del tren. Emergió a la luz al día siguiente de la inauguración del ferrocarril de Barcelona-Sarriá en la estación de la plaza de Cataluña. El único problema es que aquello sucedió en 1929. Según el abuelo, el pobre Manolo Linares había sobrevivido a la guerra por segunda vez. De todas las historias que siempre le había contado el anciano, aquélla era la más triste.

—Imagínate, yo viajé diez años en el tiempo. El arquitecto sólo viajó unos minutos e hizo todo lo que pudo para que el sitio quedara sellado. Pero aquel pobre vivió de nuevo la guerra y después el hambre de la posguerra. Casi toda su vida fue guerra y hambre. Y me lo encontré de casualidad, paseando con mi mujer y mis hijas, muchos años después, lo que me hizo constatar que yo había tenido muchísima más suerte. Quise hacer algo por él. Quedamos para el día siguiente, me lo hubiese llevado a casa a vivir conmigo con cualquier pretexto. Pero cuando fui a recoger al pobre Manolo, me dijeron que se había colgado aquella noche. Y ni siquiera había dejado una nota.

Efectivamente, pensó Pere, el abuelo creía que aquella ciudad subterránea permitía viajar en el tiempo, y quería ver el futuro antes de morir.

Nunca le había concedido demasiado crédito a esa parte de la historia, tan increíble que Pere estaba seguro de que su propia madre, por mucho que el abuelo insistiera en lo contrario, le seguía la corriente para no disgustarlo. Nadie se hubiera tragado semejante concatenación de patrañas, aunque había algunos detalles sospechosos: la inaudita vitalidad de su abuelo, por ejemplo, o el hecho de que en su retrato de bodas tuviera el mismo aspecto que en la fotografía de la cuadrilla de obras, sacada diez años antes. Ni siquiera había pensado que el abuelo creyera realmente sus propias historias, hasta que vio que el cuaderno de tapas azules había desaparecido y cayó en la cuenta de que el abuelo se había marchado a vivir su última aventura.

El abuelo había dejado los estudios muy joven por necesidad, pero se había esforzado mucho en leer e investigar, según él en parte por aquella aventura subterránea. Aquella libreta custodiaba sus teorías respecto al sitio, lo que sacaba de reportajes científicos y de libros que hubiesen resultado incomprensibles a alguien como Herme, pero de los que apuntaba lo que comprendía, y rellenaba los huecos con imaginación. Si había algo que no le faltaba al abuelo era imaginación.

Solía imaginarse a sí mismo como un gran hombre cuyo talento no había descubierto nadie. Por ello, se esforzaba en hablar con corrección y usar todo el vocabulario que había aprendido en los libros que lo acompañaban siempre. También era un lector incansable, y Pere no podía evitar que se le escapara una sonrisa al pensar en su tía gritándole que se le iban a secar los sesos de tanto leer librecitos que no hacían otra cosa que estorbar y coger polvo, sin saber la buena mujer que establecía un paralelismo literario con el Quijote.

El viejo había interrumpido su narración para ver el efecto causado en el rostro de los muchachos. Ni siquiera Arturo fue capaz de decir algo frívolo.

Luego continuó comentando que la Ciudad de la Luz era una especie de quimera formada por el deseo de los que la habían descubierto, y que lo que había en ella respondía a las diferentes opciones de construcción de haberse llegado a construir, de moda, de futuro al fin y al cabo. La ciudad estaba hecha de todas las posibilidades futuras que hubiese tenido de haberse levantado e inaugurado. Y al decir esto, lo dijo

de una forma ralentizada, o quizá fue porque miró a Xurxo de reojo, pero Pere tuvo la sensación de que su abuelo se callaba algo, de que por primera vez no decía todo lo que quería decir.

—Este lugar no es bueno. Y, sobre todo, es impredecible. Debéis marcharos.

—Pero usted ha vuelto.

—¡Yo soy viejo, maldita sea! ¿Qué puede importar que yo vuelva o no, o que lo haga en una época u otra? Si empezase a drogarme hoy y muriera de una sobredosis no importaría, daría igual que me tirase de un avión sin paracaídas, porque ya lo he vivido todo. Pero vosotros sois jóvenes y no debéis enfrentaros a esto. Tenéis que salir ya, mientras podáis. Sobre todo tú —enfaticó, señalando a Xurxo con su dedo nudoso—, tienes que largarte y llevarte a mi nieto contigo.

Herme había intentado que pareciese que quería proteger al niño, pero su voz sonó más bien amenazante. Xurxo, sin embargo, tuvo la sensación de que el anciano tenía un cierto tono de súplica en su timbre, pero no alcanzó a saber la razón. ¿Cómo iba a poder llevarse a Pere de allí? Si hubiera tenido algún poder, ni siquiera habrían entrado. Estaba seguro de que Pere no le habría hecho caso de haberle dicho que quería darse la vuelta y volver a casa. Era obstinado y quería impresionar al muchacho inglés. Eso había sido entonces, pero luego a quien quería impresionar era a la chica rubia del pelo corto. Todo estaba saliendo mal.

O quizá no, porque en sus sueños y alucinaciones no salía el viejo.

Había sido como una maldición. Hacía meses que Xurxo apenas veía algo distinto, pero no era capaz de controlarlo. No lograba hacerlo aparecer ni desaparecer. Simplemente iba caminando por la calle con su madre y el escenario cambiaba, se transformaba en otro. La luz bajaba de intensidad, el suelo se cubría de una capa de polvo. El alquitrán se transformaba en baldosa, las tiendas a las que iban cada día, en desvencijados comercios abandonados. Y veía a Pere y las siluetas del resto. Y sentía la mano caliente dentro de la de su madre, pero no era la mano de Uxía, sino la de otra persona a la que Xurxo nunca se atrevió a mirar. Desde luego no era la mano de un anciano.

Y sin previo aviso, el cielo se desplomaba sobre sus cabezas. Veía los pedazos de nube convertirse en piedra al hacerse jirones. Lo veía como si de veras estuviese ocurriendo y el polvo de cielo lo salpicase todo.

Había leído muchos cómics de Astérix y Obélix y sabía que los irreductibles galos sólo tenían miedo a que el cielo se les cayese encima. Y hasta esa misma noche, cuando lo había visto todo, incluso tuvo la esperanza de que el Xurxo del futuro le estuviera mostrando aquello que había estudiado en lengua: una metáfora. Una metáfora para que comprendiese en su lenguaje el desastre que podía avecinarse.

Y nunca había mirado quién le daba la mano en esa metáfora.

OBJETOS QUE REGRESAN DE LA TUMBA

Es bastante probable que todos llegaran a la conclusión de que el abuelo era un chalado. Todos menos Pere, que ya había escuchado esas historias miles de veces y por primera vez las creía, Xurxo, que tenía miedo, y Laura, que opinaba que la creatividad del abuelo no tenía precio.

—¿Dice todas esas cosas en serio?

—Me temo que sí.

—Pero ¿las cree? Quiero decir que si no las cree, tiene más mérito, porque tiene que recordarlas y contarlas como si de verdad las creyese.

—No sé. Lo cierto es que esto es muy raro. Incluso que no nos termine de inquietar lo extraño que es este sitio es raro.

Laura dibujó una sonrisa tan amplia que le redujo los ojos a una pequeña línea.

—Según tu abuelo es lo normal, ¿no? Esta ciudad funciona primero como un calmante y después ataca.

—Sí, después ataca...

Pere buscó con la mirada al abuelo, que charlaba con Will mientras caminaban. El anciano se había resignado a la idea de que no se marcharían tan rápido, o al menos fingía hacerlo mientras trazaba un plan para sacarlos de allí. Mientras, Will le hablaba de Mel.

—A veces algo traumático nos deja una marca y nos parece ver u oír algo que no está ahí. Yo oigo cada noche esas bombas y ametralladoras. Incluso las he escuchado aquí abajo.

—Ya, chico. Pero aquí pasan cosas raras todo el rato. Y, por lo general, los que desafían al tiempo mueren.

—Pero si no intentamos desafiar al tiempo, ¿para qué vivimos? —El inglés se sintió orgulloso de dibujar una sonrisa en el rostro del anciano.

El día del entierro de Mel había sido horrible.

Will pensaba que en todos los entierros debería llover. Que cuanto más terrible fuese la muerte, que cuanto más querido el fallecido, el cielo debía encapotarse más y desatar tormentas más acordes. Sin embargo, el día del entierro fue un día luminoso y

atípico en Londres. El día veraniego que nadie esperaba encontrar.

La gente fue con sandalias y en manga corta. No hubo paraguas. Lo único tétrico que habitaba el lugar era el ánimo, que se extendía y paseaba como un invitado más.

La madre de Mel, esa madre que ninguno había conocido, apareció disfrazada en el entierro, con un peinado antiguo, tirabuzones, un vestido dorado y blanco corte imperio y un sombrero de paja anudado al cuello digno de la mismísima Jane Austen. Tenía la mirada perdida y una sonrisa helada en el rostro demasiado maquillado. Era bastante evidente que no sabía lo que estaba pasando. Will escuchó algunos comentarios de los asistentes y el corazón se le rompió aún más.

—Antes al menos la cuidaba Melanie. Ahora la tendrán que llevar al sanatorio. Pobrecita, no sabe siquiera que la muerta es su hija.

Will observaba a aquella mujer comportarse como una dama de la alta sociedad de los tiempos de Jorge III y comprendía las veces que Mel había tenido que volver pronto a casa, el hecho antes inexplicable de que hubiera centrado sus energías en trabajar en tiendas de discos viejos en vez de en estudiar, las caras de preocupación que seguían a llamadas a horas intempestivas y que precedían a regresos al hogar apresurados y sin despedidas. Su madre estaba completamente loca. No sólo admiraba a Jane Austen. Probablemente creía, si no que era ella, que vivía en uno de sus libros.

Por eso lo que apareció en la Ciudad de la Luz no tenía ningún sentido. No tenía lógica que Will estuviera viendo lo que estaba viendo. Dejó de escuchar a Herme, dejó de caminar incluso porque no podía creerlo. Y, sin embargo, por mucho que apretase los ojos para luego abrirlos, por mucho que se hubiera pellizcado, estaba ahí.

A los pies de un taburete apoyado en lo que parecía la barra semicircular de un bar abandonado en pleno uso, un soldadito raso con el uniforme del ejército británico de la segunda guerra mundial pintado a mano parecía saludarlo como en el pasado, cuando ella lo robó para él.

Los demás seguían sacando fotografías y mirando escaparates a su alrededor, pero se habían transformado en un ruido de fondo, en la banda sonora a la que no se presta atención dentro de una película de segunda. El abuelo había alcanzado al nieto y le hacía un gesto para que mirase en la dirección del inglés, para que observase el rostro desencajado y blanco que tenía. Si Adela pensaba que los demás estaban susurrándole tonterías a la grabadora para reírse de ella, eso parecía una niñería en comparación con la broma pesada que supondría ese soldadito. Ése en concreto. Porque no cabía la menor duda de que era ése y no otro soldado.

Lo agarró con el pulso helado en las venas y le dio la vuelta para mirar la base, en la que estaban pintadas las tres emes del nombre del padre de Marvin con una pintura de color tierra rojiza o sangre seca.

Marvin Martin McGraw.

Era inconcebible, pero allí estaba el pequeño soldado que Mel había robado para él la noche en que murió. Era del todo imposible que estuviera allí, en Barcelona, tan lejos en el espacio y en el tiempo de todo lo que había sucedido. Y, sin embargo, era real y no admitía discusión. Sentía el peso y el frío del metal en la palma de la mano. Sus compañeros de aventura no podían saber la historia del soldado, no podían saber lo que había sucedido con aquella pieza de plomo con forma de hombre dos años atrás. No podían haberlo utilizado, ni siquiera una réplica, para gastarles esa horrible broma de mal gusto.

El soldado simplemente estaba bajo tierra en Londres y bajo tierra en Barcelona al mismo tiempo.

Cuando vio a aquella mujer que coqueteaba con el enterrador ajena a todo, vestida como Kate Winslet en la adaptación de *Sentido y sensibilidad*, vio al padre de Mel con la nariz reventada de venas por el alcoholismo, y vio que la familia era incapaz de controlar a ninguno de los dos, ni hubiese tenido mayor interés de no ser por el escándalo, Will sintió que su novia había sido una heroína.

Se acordó de Bowie, y pensó que a ella le hubiera gustado que hiciese esa asociación. Se acercó al ataúd y le susurró:

*I, I will be the king.
And you, you will be the queen.
Tough nothing will drive them away.
We can be Heroes, just for one day.
We can be us, just for one day.*

Estaba como dormida, con aquel vestido de terciopelo negro que ella nunca se hubiese puesto viva. Le habían peinado el pelo y le habían pintado los labios como se supone que se maquillan y se peinan las jóvenes decentes, a pesar de que Mel nunca hubiera tenido la intención de parecerlo. Sintió ganas de besarla, aunque supiese que si lo hacía, el encanto se iría diluyendo por los labios rígidos y la piel pétrea y helada. Mel ya no estaba allí. No era a ella a la que iban a enterrar, sino su envase. Un envase disfrazado. Pero sólo le quedaba eso, esa representación con la que comunicarse.

Imaginó que sonreía mientras él le susurraba la canción de Bowie. Que se levantaba diciendo que había sido una buena broma, que fueran a beberse unas pintas. Hubiese estado bien. Hubiera sido bonito.

Pero no ocurrió. En su lugar, una sombra de lucidez pasó por la mirada de la madre disfrazada, que comenzó a preguntar a gritos por su hija. Qué cruel era la locura devolviendo la sensatez de vez en cuando.

Will no había devuelto el soldado a Marvin y a su padre. Cuando aquella noche horrible terminaron las declaraciones a la policía y toda la burocracia, absurda cuando el dolor hace que la realidad parezca un sueño, recordó que lo llevaba en el bolsillo y quiso lanzarlo contra algo. Pero a ella le hubiera gustado que lo conservase como

protección. Sí, aquello había dicho antes de morir. Y las tres emes del nombre del padre de Marvin así lo confirmaban.

Lo había llevado al entierro para que Mel viera que lo tenía. Para que viese que había sido importante para él que se lo diera. Sin embargo, en aquel momento, con aquella madre que lloraba vestida de una forma absurda y aquel padre que deseaba salir de allí para emborracharse, le parecía que era Mel la que lo merecía. Era ella la heroína caída.

Cuando nadie miraba, se lo puso entre las manos de forma que no se viera, para que la enterrasen con él. Para que la protegiese allí donde fuera a ir.

Y así parecía haber sido. Sin embargo, en aquel momento, dos años después, en el lugar al que había ido para olvidar, reaparecía como un testigo o una advertencia. Habría querido gritar y salir corriendo, pero si aquello venía de Mel, no podía ser tan malo.

Mel nunca había querido otra cosa en su vida que protegerlo. Ser para él la musa que lo inspirara y protegiera. Aquel soldadito sólo podía ser algo bueno si provenía de ella. ¿De quién iba a ser si no, si la habían enterrado con él? Sólo la mano de Mel podía haberle devuelto el soldado del padre de Marvin. Y el cómo era lo de menos. Si venía de ella, daba igual.

Era un simple signo de que seguía allí.

La posibilidad de que siguiera a su lado, como había prometido, en aquel momento en que había vuelto a oír las ametralladoras, era una esperanza que endulzaba el día. Que podía llegar a hacer la vida un poco más soportable.

No le importaba que fuera extraño que aquel sitio pareciera nuevo en mitad de su abandono, ni que las luces se encendieran solas, ni la extraña elección al reproducir los locales comerciales, ni las historias del anciano al que habían ido a rescatar y que no parecía necesitar rescate alguno. Ni siquiera que hubiese aparecido en un lugar tan lejano el soldado que enterró con su novia. Si Mel estaba allí de alguna manera, todo iría bien.

Se le habían llenado los ojos de lágrimas, por eso la vio borrosa en el brillante cierre metálico de la barra del bar. Un bar que parecía antiguo pero que se conservaba como nuevo, de tal forma que los cierres reflejaban deformados los rostros de él y de una chica rubia a su espalda. Se giró en un impulso, pero no había nadie.

El sudor y las lágrimas le enturbiaban la vista, pero si miraba de nuevo el cierre, podía distinguir, aunque difusos, los rasgos de Mel, su sombra de ojos negra y dorada.

Fue a quitarse el casco, a frotarse la cara con un pañuelo, pero vio que ella, desde el único sitio en el que todavía tenía entidad, ese reflejo, se lo impedía con una mano pequeña y blanca. Negaba con la cabeza. Le hacía un gesto de cariño. Y desaparecía.

Lo que vieron los demás, sin embargo, fue a un Will que, como ido, ponía la

palma de la mano en el cierre metálico de la barra del bar.

—¡Vaya gente más rara, joder! Si lo sé, me quedo en Madrid.

—Tranquilo, Arturo. En Madrid también hay gente muy rara.

—¿Se puede saber qué hace? Yo me aburro ya, creo que deberíamos sacar los bocadillos o algo.

—Bueno, tranquilo, para hacer un picnic siempre hay tiempo.

—Mira mi tamaño, Laura, necesito alimentarme.

—Como te conviertas en un atleta gordo, dejarás de ganar campeonatos.

—Puedo ganarlos gordo, créeme.

Se habían ido acercando a Will despacio. De alguna manera, aunque no comprendiesen su gesto, les parecía que había que respetarlo, como si fuera importante lo que estaba haciendo frente a esa barra.

—¿Estás bien? Estás llorando.

—¿Eh? Sí, Pere, lo siento, es que este bar me ha recordado algo muy doloroso para mí.

—Queríamos dar una vuelta más antes de sacar los bocadillos y cenar algo, pero si quieres esperamos.

—Estoy bien, no te preocupes. Es que me pareció ver...

Dejó la frase a medias porque el peso del soldadito en su mano le impidió terminarla. Arturo, de pie junto a él, sintió un escalofrío. En aquel lugar, a él también le había parecido ver algo. Quizá no lo mismo, pero sí algo semejante. Aquel «me pareció ver», así en el aire e incompleto, significaba algo que no se define del todo, que sólo se intuye y a medias, que se desdibuja cuando uno lo quiere aferrar.

El abuelo tragó saliva y miró a Xurxo de la misma forma suplicante. O quizá un tanto acusadora.

—Ya ha comenzado —anunció.

Frente a ellos había un cine. De haber seguido los planes originales para construir esa ciudad subterránea no habrían hecho otro, pues ya había uno en la Avenida de la Luz que se había acabado convirtiendo en un cine porno.

Los escalones, viejos pero como recién pulidos, precedían a una entrada magnífica, como de exposición. Era la clase de cine en el que tenían lugar los estrenos de las películas americanas.

—Ya ha comenzado, sí, un cine, claro, ¿cómo no?

Bea le había dado la cámara a Laura, y ésta se entretenía haciéndole fotos a Pere, que se sonrojaba.

—Hazme una con Xurxo, para su madre.

Xurxo se sintió aliviado de que Pere lo apartase del campo de visión de Herme, que parecía entre horrorizado y fascinado por la visión del cine.

—Quiero ir a ver el cine —dijo el niño de repente. Tenía una idea.

—Ahora, pero primero vamos a hacernos una foto para Uxía. Seguro que le gustará tener una foto de los dos.

—Por favor, Pere, ven conmigo a ver el cine.

Xurxo estaba inquieto por cómo su hermano ignoraba su petición. Sin embargo, el abuelo, como si lo hubiese escuchado, había comenzado a caminar en dirección a las escaleras de aquella sala de lujo un tanto abandonada, observando los grandes ventanales redondos como ojos de buey, los acabados en madera lacada con algún desconchón, el frontal acristalado donde se colocaban las carteleras.

—Dios santo, un cine... —seguía murmurando el abuelo.

Bea, Will, Arturo y Adela estaban detrás de Pere, comentando que quizá aquél sí fuera un buen sitio para sacar los bocadillos.

—Pero guardaos los papeles —dijo Will todavía un poco emocionado—. Ya que hemos encontrado este lugar en tan buen estado, no lo dejemos como un basurero.

—Xurxo, ¿crees que a tu madre le gustará la foto? Puede quedar bonita. Creo que la extraña luz de este lugar favorece a tu piel tan blanca.

Fue un segundo, un gesto que determinaría el resto. No sabría después cómo tomó la decisión, ni por qué una idea tan arriesgada le pareció buena. Xurxo sólo sabía que llevaba un rato tironeando de Pere para que se acercara con él a ver aquella antigua cartelera y no conseguía nada. Así que su mano, de repente, se zafó de la de su hermano y atravesó el aire, seguida del resto del cuerpo, hasta aferrarse a la muñeca de Laura. Lo hizo con todas sus fuerzas, agarró a Laura y tiró de ella hacia el cine, hacia el escalón donde estaba parado el abuelo con sus viejas botas militares y su mochila verde.

Laura se dio la vuelta, miró a Pere sonriendo con coquetería, y se encogió de hombros antes de dejarse llevar. Xurxo estaba convencido de que Pere los seguiría.

Sin embargo, al alcanzar las puertas del cine y girarse para comprobar su triunfo, vio cómo su hermano se había unido a los demás en su análisis del lugar como posible merendero. Vio cómo miraba hacia ellos y hacía un gesto que significaba «ahora voy». Vio cómo sonreía y cómo Laura le devolvía la sonrisa.

Y apretó los ojos para no ver nada más.

LO ÚNICO QUE ATERRABA A ASTÉRIX

Laura había pegado la nariz a los cristales, pero el interior permanecía en la más profunda de las sombras. Una de esas tinieblas que parecen llevar allí siglos aunque una mano haya apagado el interruptor hace tan sólo unas horas.

—Xurxo, si esto está cerrado, no vamos a ver nada. Ahí dentro está todo a oscuras.

Miró la cartelera por curiosidad. Como si el tiempo se hubiera congelado, ponían *Esa mujer*, con guión de Antonio Gala y Sara Montiel como protagonista. El papel parecía nuevo, daba la sensación de que no hiciera más de un día o dos que se hubiera colocado el cartel. Una bonita reproducción, pensó, de mucha calidad. Pero ¿quién querría reproducir aquello?

A Laura, Sara Montiel le recordaba a su abuela, quizá por aquello de ser manchegas las dos, o porque de joven había sido tan guapa como la actriz. También tenía los pómulos altos y los ojos almendrados, y hablaba despacio, paladeando las palabras para que su voz sonara más profunda. Y era tan coqueta que, consciente de la hermosura de sus manos, las ponía siempre cerca de la cara al hablar, para que la gente se fijara en ellas.

De toda su familia, a la que más quería y admiraba Laura era a su abuela, la única que no era competitiva ni exigente. Y puede que también la única que se había fijado en ella por delante de sus hermanos mayores, que eran tan guapos, tan listos y tan perfectos para todos los demás. Con ella había desarrollado el gusto por el cine, porque cada vez que iba a verla pasaban la tarde viendo todo tipo de películas. Películas variadas y aleatorias de las que no se podía deducir un gusto concreto de la abuela, pues tanto le gustaba ver una película protagonizada por Elvis como lo último de Wes Craven, como disfrutaba con *Los Goonies* o aplaudía al final de *Lo que el viento se llevó*. Sencillamente le gustaba el cine en su más amplia extensión. No le importaba el género, sino ver la película, disfrutarla y comentarla.

Laura había heredado ese gusto disperso, o puede que lo hubiese adquirido tras horas y horas de ver películas que en ocasiones ni siquiera estaban recomendadas para su edad. A veces se preguntaba si su abuela hubiera querido ser actriz. Pero desechaba enseguida semejante idea. A su abuela le hubiese gustado mandar. Hubiera deseado dirigir cualquiera de esas películas que veía con tanto fervor. Y habría

tomado como musa, o como áter ego, como hacen muchos directores, a Sara Montiel.

Y puede que algo de mágico hubiera en la relación de Sara con la abuela. Puede que hubiese una especie de enamoramiento platónico tras aquello, pues como muchos hombres que han vivido muy unidos toda la vida a sus parejas y no resisten la soledad, la abuela se murió de un ictus que la dejó sentada frente a la pantalla en la que Sara cantaba *La violetera* con lágrimas en los ojos, en esa escena en la que vuelve a cantar después de tanto tiempo. Y dos años después, justo el mismo día, fallecería Sara Montiel. Aunque eso Laura no podía saberlo, porque aún no había sucedido.

En aquel momento presente no podía evitar pensar que a su abuela le hubiera gustado aquello, el subterráneo, el cine. Incluso el niño albino que, a su lado, apretaba los ojos.

—Xurxo, ¿qué haces? ¿Por qué tienes los ojos cerrados? ¿No querías ver el cine?

Y entonces ocurrió, o justamente no ocurrió nada, y por eso Xurxo no tuvo más remedio que abrir los ojos.

—Lo siento. Es que este sitio no me gusta.

—Pues es bonito. Da un poco de pena que no se vea nada por los cristales. Si todo está tan limpio y restaurado como lo de fuera, debe de dar gusto pasear entre las butacas. Ya sé que tú eres de la generación de verlo todo en el ordenador, bueno, tal vez la mía lo sea también, pero debes apreciar lo diferente que es ver una película en el cine. Los demás espectadores te contagian de sus emociones. Y tú los contagias a ellos. Eso no puede pasar en una casa. Y el olor de las palomitas, los pies arrastrando por la moqueta, hasta el tipo que no ha apagado el móvil y se pasa fastidiando toda la película tiene encanto. —Xurxo le sonrió—. Ir al cine es emocionante. Es una experiencia que hay que amar.

—Entonces, ¿tú eres la que ama los cines? —preguntó el abuelo Herme.

Laura sonrió.

—Lo que me cuesta creer es que la gente no los ame. Son templos mágicos en los que vivir aventuras, apasionarte, enamorarte, aterrorizarte. Es tener por un rato otra vida. Y saber que los ocupantes de las otras butacas sienten lo mismo. Es místico.

Por un momento, al escuchar a aquella muchacha, al niño le pareció que quizá el Xurxo del futuro se equivocaba y nada horrible pasaría bajo tierra. A pesar de las señales, de todo lo que indicaba lo contrario, tampoco había pasado la primera cosa que desencadenaba todo lo demás. No había ocurrido nada. Tal vez al darle la mano a Laura, todo había cambiado.

La chica rara había dicho que las posibilidades de futuros eran infinitas y que no podía saberse cuál de los posibles futuros sería el que te tocara. ¿Y si todo había acabado? Quizá se comerían los bocadillos, darían otra vuelta, harían fotos y saldrían por la puerta trampa sin que ocurriera nada. Tal vez, al cambiar el pequeño detalle de darle la mano a Laura, había cambiado todo y no ocurriría nada. ¿Era posible que

tuviese tanto poder?

Se sentía bien, mucho mejor que en toda la noche. Bien como dicen que se sienten los héroes en las catástrofes. Pero entonces, Laura le dio la mano de nuevo.

—Vamos, Xurxo, aquí no hay mucho más que ver.

Al darle la mano, Pere y Adela se dieron la vuelta para decir que podían cenar allí, en esas escaleras. Dieron unos pasos adelante y, por un segundo, a Xurxo se le antojó como una foto fija. Como si el tiempo se ralentizase hasta detenerse y mostrarle aquello que no quería ver.

Todos ellos permanecían clavados en la misma posición que estaban sus espectros sin rostro cada vez que, caminando con su madre, el Xurxo del futuro se los mostraba. Aquélla había sido la señal, el momento, el instante en el que se desencadenaría todo lo demás.

Nunca, en ninguna de aquellas visiones, había mirado a quien le daba la mano, pero en aquel momento sí alzó la vista. El velo que caía sobre la realidad le mostró a una Laura sin rostro, cuya voz llegaba del interior de aquella piel homogénea que le cubría todos los rasgos.

—¿Te pasa algo? ¿Estás bien?

Por supuesto, en sus visiones nunca vio al abuelo porque quedaba a su espalda, tras ellos, mirando quizá todavía el cine con curiosidad, o pensando en aquellas palabras que había dicho: «Entonces, ¿tú eres la que ama los cines?», como si tuviese que haber por fuerza alguien que los amara allí.

—Xurxo, contesta, ¿estás bien?

Entonces notó el terrible estruendo que precedía a todo lo demás. Le dio tiempo incluso a ver con claridad a Adela y Pere que se acercaban sonriendo.

—¿Qué hacéis ahí parados?

Antes de que el estruendo los detuviese y les hiciera mirar hacia arriba. De hecho, todos miraron hacia arriba. Todos menos Xurxo, que dejó la vista fija en la última imagen de su hermano antes de desaparecer tras los escombros que, sin previo aviso, se desprendieron de la cúpula central de aquel claro donde se habían detenido; una cúpula que imitaba la forma un tanto circular de una plaza, a la que se unían los brazos de las avenidas.

Todo se llenó de cascotes y polvo. Las toses precedieron al horror. Laura se llevó las manos a la boca y a los ojos, que le escocían por la tierra desprendida que danzaba en el aire y cubría sus manos y su pelo. A pesar de todo, a pesar del miedo, o quizá porque el miedo era mayor que la conciencia, se lanzó contra las piedras que parecían cubrirlo todo sin pensar en que podían seguir cayendo. El abuelo la siguió también y empezó a desescombrar con aquellas manos grandes y nudosas que tenía.

Había piedra, metal retorcido y muchísimo polvo. De hecho, se había formado un montón informe tan alto que apenas eran capaces de trepar para gritar nombres, los nombres de aquellos que podían haber quedado atrapados.

—Xurxo, por favor, por favor, ayúdanos —suplicaba ella con lágrimas en los ojos

—. Si están ahí, tenemos que sacarlos. Por favor, Xurxo.

Pero Xurxo permanecía quieto, alejado, aún en las escaleras del cine. Miraba cómo sus manos habían quedado tan llenas de tierra como en la visión que la voz de su cabeza le enviaba de vez en cuando.

SEGUNDA PARTE

CAMINO SIN SALIDA

BAJO TIERRA

Lo primero que pensó Bea fue en su chaqueta.

Se la había quitado en algún momento y había ido a parar a un sitio que era incapaz de recordar. ¿Dónde habían dejado las mochilas para sacar los bocadillos y comer algo? ¿Qué habría sido de las mochilas?

Era consciente de que en esa situación era estúpido acordarse de una chaqueta, aunque fuese su chaqueta favorita. Pero es que si no pensaba en la chaqueta, tenía que pensar en ese vestido blanco de hilo que se había puesto, muy parecido, ahora que caía, a un camisón. Un camisón con el que una se despierta sin poder moverse y todos la dan por muerta.

Probó a hacer algún gesto, pero era incapaz. El miedo la tenía quizá paralizada. Había sido horrible, el techo se había derrumbado sobre sus cabezas. Tan pronto tenía a todos delante como no veía a nadie. Una cortina de piedra, polvo y metales retorcidos se desplegó entre ellos y luego sólo hubo tinieblas y silencio.

Dicen que cuando uno se muere siempre está solo, y eso le pareció a Bea: que se moría, porque era incapaz de oír sonido alguno o de ver en la profunda oscuridad que se había hecho a su alrededor.

No, un momento, tenía los ojos cerrados. Tan apretados que le dolían los párpados. Y era eso, los párpados, lo único que sentía en todo el cuerpo. ¿Cuánto había pasado? ¿Minutos? ¿O sólo habían sido segundos alargados hasta el infinito?

Segundos alargados hasta el infinito. ¿Por qué no podía sentir el cuerpo?

Se imaginó a sí misma en la escena que tantas pesadillas había ocupado en su vida, atrapada dentro de un cuerpo que no respondía. La tierra que le echaban por encima en el entierro se vio entonces convertida en la tierra, las piedras y las varillas de metal que, sin previo aviso y con un monstruoso sonido, lo habían llenado todo de horror.

Con un gran esfuerzo se miró las manos, que habían caído junto a su rostro y permanecían así: frías e inertes, como muertas. Le pareció que no tenía uñas y quiso gritar, gritar tan fuerte pidiendo que aquello parase, que su cuerpo no tuviera más remedio que despertar de aquel letargo.

—Bea. Bea, ¿puedes oírme?

Lejos, como proveniente del fondo de algún océano, llegó la voz de Laura

llamándola por su nombre. Y quiso responder, tranquilizarla. Quiso decirle que su pesadilla se estaba haciendo realidad, pero que no pasaba nada. Que tenía que ser así. Era su destino. Como el que teme morir cayendo por las escaleras acaba despeñándose por unas y el que no soporta el fuego perece en un incendio. Eso siempre ocurría. La naturaleza tenía esas crueldades, y ahora ella iba a ser enterrada viva por no poder moverse. Quiso tranquilizar a Laura, que parecía estar muy lejos y muy asustada. Y entonces se dio cuenta.

No había abierto los ojos todavía. Había creído abrirlos, pero era evidente que no.

Una mano caliente, grande, se apoyaba en su hombro y la sentía. La sentía de verdad.

—Bea, Bea, abre los ojos. Estamos todos bien.

Arturo la tenía sujeta por el hombro, y era bastante posible que la imagen que tenía de sí misma en el suelo, sin poder recuperarse de una postura imposible, sólo fuera una imaginación, porque ni siquiera se había caído al derrumbarse el techo.

Por lo que podía comprobar, estaba de pie junto a Will y Arturo, como lo había estado antes de que todo ocurriera. Sus dedos tenían todas las uñas y apretaba las manos tan fuerte que las sentía clavarse en sus palmas. Unos pasos más delante, Adela y Pere intentaban ver qué piedras de lo caído podían retirar para pasar al otro lado.

—¿Estáis los tres bien?

—Sí, Pere, casi no lo hemos notado. Estábamos en el cine, demasiado lejos. —La voz de Laura, que parecía salir de lo más profundo del océano, provenía en realidad del otro lado de la pared de escombros. Sonaba aliviada y cálida. Todos estaban bien.

Sin embargo, Bea era artista y sabía que en esa escena fallaba algo. No podía explicar qué, pero algo no estaba como debía. Aquél no era un cuadro realista.

—Hay algo que no está bien.

—¿Qué?

—Nada, decía que aquí hay algo que no cuadra.

—Bea, no digas tonterías.

Sin embargo, Will la miró a los ojos como si el comentario le produjese una tranquilidad inexplicable. La clase de calma que se siente cuando alguien coincide en una percepción que parece imposible.

—Yo también lo he notado.

Arturo se puso blanco y se abstuvo de hacer un chiste. Por lo general, ésa era su respuesta natural: ridiculizar aquello que le daba miedo, bromear, defenderse atacando. Sin embargo, en esos momentos no podía. Estaba al lado de Bea, con una mano sobre su hombro y la otra en el vientre, apoyada en una postura que no le era habitual, preguntándose qué era lo que fallaba.

Quizá no era más que la percepción que tenía alguien cuando ocurría algo inesperado. Nada volvía a ser normal en un rato, como si la vida se hubiese salido de su guión, hubiera descarrilado y después tuviera que enderezarse para continuar el

viaje. O no, tal vez fuera otra cosa.

Él mismo había visto algo al otro lado del escaparate de la tienda de encargos de lápidas. Algo siniestro. Algo que fallaba en la fotografía, en la imagen. Como si la realidad se craquease.

Sí, ésa era la descripción exacta: había sido como si la realidad fuera un huevo cocido y la cáscara se hubiese descascarillado. Por debajo, en trozos inesperados, asomaba el blanco de la clara.

—Es como una pintura original que emerge bajo otra que se está estropeando — dijo Bea en voz alta, como si hubiera escuchado el pensamiento de Arturo—. Aquí hay algo que no encaja.

—Yo he tenido una visión extraña, en el bar. Es como si alguien muy querido, alguien que murió, me hubiese avisado de que no me quitara el casco.

—No me refería a esa clase de cosas cuando decía algo que fallaba en el cuadro, Will. Hablaba de algo más sencillo.

—Pues yo sí me refería a eso. No me parece una coincidencia que Mel me haya pedido que no me quitara el casco y después haya habido un derrumbamiento.

—¿Quién es Mel?

—Normalmente no hablo de ella. Era mi novia, murió hace un par de años.

—Oh, vaya, lo siento.

—No importa. Siempre he sentido que no se fue del todo.

—¿Así que te has traído a un fantasma? Genial, bravo, *Little Mr. Safety*. —Arturo soltó el hombro de Bea para hacer un gesto de indignación, pero éste se desmoronó por el camino y la mano libre quedó junto a la otra, apoyada también en el vientre.

—¿Estás bien?

—No lo sé, Bea. Esto es muy raro. Me duele el estómago.

—Son los nervios, ha sido un buen susto.

—Sigue siéndolo.

—¿Qué quieres decir? —Bea miró a Will, que, alternativamente, se miraba las manos y miraba a Pere y Adela de una forma inquietante.

—Ya sé lo que falla en el cuadro. En este cuadro.

—Di.

—No sé si me lo parece porque hay más oscuridad, ya que el derrumbamiento se ha llevado varias luces, pero es muy raro.

—¿Qué?

—Que no nos hemos manchado.

Arturo y Bea se miraron las manos por instinto. Will tenía razón, permanecían impolutas a pesar de los escombros y el polvo. O, al menos, lo parecían con esa luz. Podía ser un engaño de las sombras, una ilusión óptica, pero en apariencia ninguno estaba sucio.

—¿Nos vais a ayudar o qué? —La voz de Adela, un tanto agudizada por la prisa, el cansancio o la indignación, los sacó del trance en el que parecían haberse sumido

buscando respuestas.

—Adela, podrías ser un poco más agradable, no hay por qué gritar.

—Pero míralos, Pere, nos estamos dejando aquí los cuernos y ellos tan panchos mirándose las manos sin hacer nada. Luego pasaremos todos al otro lado si lo conseguimos, eso sí.

—No te enfades, ya vamos. Es que no nos hemos recuperado del susto.

Bea se adelantó intentando no pensar. Procurando guiarse por la voz de Laura, que al otro lado de los cascotes, como si estuviera al otro lado del mundo, iba diciendo: «No, no puedo mover ésa. Pere, pesa mucho para mí y para tu abuelo. Intenta moverla hacia ti y yo empujo». Parecía una grabación antigua, algo que no debería estar ahí y al mismo tiempo lo estaba. Y conforme se acercaba a ellos, como a cámara lenta, se iba fijando en que ella jamás hubiera representado así ese desastre, que en un cuadro o en una foto que ella decidiera hacer, todo sería distinto. Que algo fallaba porque no imitaba a la naturaleza. Que era todo demasiado fingido, como si el artista de aquella obra hubiese decidido hacerla demasiado ideal, perfecta, infantil incluso, con todos aquellos personajes moviéndose completamente limpios.

Adela, vestida de blanco e impoluta, estaba encaramada retirando piedras cuyo polvo parecía rehuirla. Como si fuera un objeto mágico. Como si el polvo la reverenciase.

O le tuviera miedo.

UNA REALIDAD CRAQUELADA

Cuando la cara de Pere asomó tras una piedra, Xurxo dio un paso atrás impresionado.

—¿Están todos...? —empezó a decir.

—Parece que están todos bien. Sólo ha sido un susto. Deberíamos haber traído cascos como dijo Will.

Laura le interrumpió sonriendo. Pere metió la mano por el agujero y la agitó para saludarle. Más pálido incluso que de costumbre, el niño le devolvió el saludo con su pequeña manita blanca.

—Hola, Xurxo. No pongas esa cara. Vamos a salir de aquí y volveremos a casa juntos. Me temo que la excursión se ha terminado, ¿verdad, chicos?

Al otro lado de lo que parecía una mezcla de montaña informe y pared bien formada se escuchaban las voces del resto dando la razón a Pere. No tenía demasiado sentido seguir allí. Ya lo habían visto, habían tomado fotos, habían encontrado al abuelo y se habían llevado un susto. No sabían si alguna parte más del techo podía venirse abajo. Era mejor volver a casa.

Al día siguiente, con unas cervezas, intercambiarían fotos. Quedarían en escribirse. Se buscarían en Facebook, y al principio sería como si nada en sus vidas anteriores hubiese tenido el sentido que había tenido esa aventura. Como si todo hubiera sido aburrido hasta aquella noche.

Luego, poco a poco quizá, empezarán a dejar de escribirse o de mirar las fotos de los demás. Y un buen día serán un nombre difícil de buscar incluso entre los propios amigos al no recordar el apellido. Y así debía ser. Aquella noche quedaría para siempre como la aventura más completa de su juventud. Y se preguntarían muchas veces qué habría sido de fulanito o menganita, sin hacer mucho más que buscarlos sin demasiadas ganas, hablando a los demás como si los colegas de aquella noche hubieran sido los mejores, aunque todo se hubiese olvidado y, además, hubieran pretendido olvidarlo con todas sus fuerzas.

Sí, porque aquellas cosas raras que estaban pasando serían divertidas como anécdotas en una reunión, pero no algo verdaderamente digno de repetir. Y cuando por accidente o por curiosidad morbosa tecleasen en Google o en una red social el

nombre de cualquiera de los demás, llegarían a la conclusión de que estaba gorda o calvo, de que tenía cara de ser un infeliz en su vida. Y no serían conscientes de que, en otro punto del país, otro de ellos podría estar pensando lo mismo. O lo hubiera pensado la semana anterior.

Pere se regañó a sí mismo por tener unos pensamientos tan derrotistas, aunque en el fondo le divertía la idea. Se recreaba en la decadencia. Se imaginaba cómo serían ellos mismos en unos años, llevando unas vidas grises y añorando la noche en que se colaron en la Ciudad de la Luz y el techo casi los aplasta, y le daban ganas de morirse de la risa.

Y, además, sería así. Siempre ocurría. Era como cuando la gente más mayor se veía más guapo y a la vez más hortera en fotos antiguas. Uxía decía que todas las fotos que uno odiaba en el momento se hacían más tolerables cuando pasaban un par de años. Y que a los cinco, siempre se veía uno mejor en esa foto que antes detestaba que en cualquiera hecha en la actualidad.

—No hay foto mala. Sólo fotos con distintos niveles de maduración.

Sin embargo, con la ropa, el pelo, el maquillaje y los zapatos siempre pasaba lo contrario. La gente de la edad de su padre o de la de Uxía solía preguntarse por qué no se vestirían mejor de jóvenes, que eran más guapos, que en el presente. Cosas de las modas.

Pere había visto ese fenómeno repetirse una y otra vez. Igual que el fenómeno de los compañeros de intercambio cultural, de campamento o similar, a los que se lloraba hasta el desconsuelo el día de la separación, pero a los que se olvidaba sin más al cabo de un tiempo. Por supuesto, con sus compañeros de instituto ya le ocurría.

En miles de películas americanas había visto cómo la gente se preparaba, o incluso mentía, para parecer un triunfador en la reunión de exalumnos a los diez años de haber acabado el instituto. El instituto, ese clima tan cerrado que durante el tiempo que se está dentro no parece que haya un universo más allá. Un universo que se repite cuando se vuelve a él después de diez años para asistir a una fiesta, aunque ya hayas visto el mundo y comprobado que lo que ocurre en él no es como lo acontecido cuando tenías quince.

Y lo que resultaba más curioso, al menos para Pere, era que quizá lo que hacía que la gente volviera al rol que tuvieron entonces era su empeño en no cambiar. Tanto era así que se veían idénticos a como eran. Y sin embargo, siempre encontraban a los demás muy estropeados, como si el tiempo los hubiese aniquilado.

Él, que siempre había querido ser escritor, había tomado muchas notas al respecto. Y si por algo no se había decidido a escribir una novela o un libro de relatos, uniendo en alguna historia todo lo que iba anotando, era porque siempre le parecía demasiado derrotista y deprimente. Como si a la gente siempre le fuera a ir mal, o como si siempre fuesen a terminar decepcionados. Como en aquel momento. ¿Por qué había tenido que imaginarlos a todos pasando una vida mediocre en la que

aquella aventura en la Ciudad de la Luz fuese lo más emocionante? Quizá debería haber aprendido algo de las historias del abuelo, que incluso cuando se volvían siniestras y oscuras tenían una luz de esperanza, de lógica interna, de emoción y sorpresa.

Quería pensar que la gente luchaba por una vida mejor, que había algunos que no se rendían. Y quería escribir una novela así. Una en la que la gente pelease de verdad y no se dejase quemar por las hipotecas, el colegio de los niños, las comidas familiares, los compromisos laborales. Una novela de aventuras como las que le encantaba leer, en la que nadie fuese lo que se suele llamar convencional, sino un compendio de pasión por la vida, ausencia de miedo a ser distinto, lucha por los objetivos y disfrute del camino. Aquello que había pensado sobre sus compañeros estaba mal, como estaba mal escribir una novela en la que todo el mundo se rindiese. La gente ya se rendía en la vida real, no necesitaba más novelas que retratasen su fracaso.

Y luego estaba Laura. Al apartar esa piedra, la sonrisa de Laura lo había llenado todo, como si tuviese luz propia. Ella no era de las que después de unos años lo buscaría en internet para consolarse al verlo infeliz o calvo. No era de las que prometía seguir en contacto si no iba a hacerlo. Laura era de las que leían libros que escandalizaban a sus amigas y se vestían como les daba la gana. Tenía un brillo que hablaba de vidas sin carreras frustrantes ni trabajos esclavistas. Era esa clase de persona que los aburridos de mediana edad que habían quedado atrapados en una vida gris odiarían, por seguir viéndola disfrutar de las cosas, eligiendo su camino sin pensar en lo que dirían los demás. Laura era una superviviente.

Laura era la clase de protagonista que quería para su novela. Laura era, sin duda, lo que estaba dando sentido a aquella aventura. Laura era especial como ninguna otra chica que hubiera conocido antes. E incluso Xurxo parecía haberlo notado, porque permanecía a su sombra como si siempre hubiese estado a su lado y no la conociera de tan sólo unas horas.

—Creo que si hacemos este agujero más grande, podremos salir.

Él mismo se había visto atrapado muchas veces por aquel fenómeno. Siempre que veía a un antiguo compañero de instituto, pensaba que no era feliz. Y además, se alegraba si a él mismo le iba bien en esos momentos o si iba acompañado de alguna compañera guapa de los cursos de escritura creativa. Quería pensar que lo envidiaban. Y aquél le había parecido siempre un mal sentimiento.

Por eso le gustaba Laura. Era evidente que estaba tan libre de todo eso como los pájaros o los gatos. Era tan ajena al mundo competitivo, envidioso y derrotista de los humanos, que parecía de otra especie.

—Tienes que hacer el agujero más grande por este lado, deja que te ayude. Arturo por ahí no sale.

—Gracias por pensar en mí, Laurita. —La voz de Arturo, desde detrás del muro, parecía más preocupada que agradecida. Aunque era normal, había sido un buen

susto.

—No hay de qué. No te preocupes por nada. Volveremos a casa, sanos y salvos. Ya queda poco.

A Pere le gustaba ver a Laura trepar por los escombros, retirar el trozo de piedra que no tenía nada encima, y que por lo tanto no derribaría nada al quitarlo, y dejarlo en el suelo con delicadeza, como si en vez de una piedra fuese un niño o un perro. Le parecía que lo hacía todo con un descuido orquestado, que casi tenía un ritmo interno, musical, como si sobrevolase los cascotes en vez de apoyarse en unos para retirar otros. Pensó que ese pensamiento sólo lo podía tener alguien que estuviera enamorándose. Pero consideró que era demasiado pronto para enamorarse. Aunque Romeo y Julieta, mucho más jóvenes que ellos además, tuvieron una historia de amor perfecta tras haberse enamorado la primera vez que se vieron. Y aunque fuese literatura, la literatura solía ser mágica sólo si reflejaba una realidad del alma humana. «¿Que el amor es perfecto sólo si dura menos de una semana y deja muchos cadáveres detrás?», se preguntó con cierta ironía.

Aunque decían que la tecnología había acelerado la vida, para Pere era obvio que en ciertos asuntos, los importantes quizá, lo había ralentizado todo. Resultaba extraño un mundo en el que estabas unido a gente que se encontraba a kilómetros de distancia y en el que era tan difícil estar cerca.

Cerca. Los dedos de Laura, blancos, largos, con algunas pecas salpicadas, le rozaron la mano.

—Disculpa.

—No. Me ha gustado —dijo ella, sonriendo.

Qué raro era volverse valiente de golpe. Pero tal vez el amor fuera eso después de todo. Quizá fuera ésa la clave para salir al mundo a vivirlo y no convertirse nunca en un ser triste y gris. No convertirse nunca en un atrapado.

Resultaba irónico pensar en no sentirse atrapado en la vida estando tras una pared de escombros.

—Creo que Arturo puede caber por ahí. Id pasando.

Retirarse para ayudar a Bea a subir hasta donde estaban ellos, mientras Adela ya había pasado medio cuerpo por el hueco y trataba de que el pelo no se le enredase en los retorcidos salientes, fue casi una odisea. Las piedras que habían quedado sueltas constituían un peligro impredecible, y Pere no veía bien, al quedar cegado por la luminosidad del otro lado. En el lado donde habían quedado ellos, el desprendimiento había arrastrado casi toda la iluminación.

—Bea, ¿estás bien? —Pere sí que vio, entre sombras y tinieblas, la expresión asustada de Bea.

—Tranquilo. Es que me pareció... es todo muy raro.

—¿Qué te pareció?

—Antes de que todo se cayese, las tiendas tras nosotros estaban nuevas, como todas las demás, ¿no?

—Sí, claro.

Bea se dio la vuelta y señaló a su espalda. Con gran esfuerzo, al tiempo que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, Pere empezó a distinguir las formas descerrajadas de los cierres metálicos oxidados, los cristales sucios, los carteles medio desprendidos de lo que parecía un viejo bar abandonado.

—No es posible.

—Sí lo es. Y nosotros, míranos, ni siquiera nos hemos manchado.

Pere se miró las manos y luego se fijó en las de Bea. Después buscó con la mirada a los demás, pero sólo quedaban ellos y Arturo, que ya estaba junto al agujero preparado para salir. Ninguno estaba sucio.

Aquello se parecía demasiado a las inquietantes historias del abuelo en las que, atrapados en la misteriosa ciudad subterránea, los protagonistas de aquella primera prospección iban muriendo uno por uno.

—¿Vais a subir o qué? A ver si me vas a levantar a la novia, mister Barcelona.

—Ya vamos. —Después Bea bajó la voz—: Por un momento creí que moriría enterrada aquí. Quiero irme a casa.

—Tranquila. Vamos a salir.

Pere le dio la mano a Bea para ayudarla a trepar por el inestable montón de escombros y notó que temblaba. Un temblor ligero, como una intuición, no la clase de temblor que se desata con el pánico, sino uno mucho más primitivo, suave, que parecía contenerse para no tentar a la mala suerte. Un temblor que se asemejaba punto por punto a la sospecha de que aquellos terribles cuentos del abuelo llenos de pesadillas y muerte podían tener algo de cierto.

Él salió el último. Cometió el error de meter primero la cabeza en lugar de las piernas como habían hecho los demás, y Arturo tuvo que tirar de él para sacarlo y que no cayese de frente contra algún trozo suelto de hormigón.

Allí estaban, dispuestos como se coloca la gente en el plano de una película, a distintas alturas y en distintos lugares para que de un solo vistazo se les vea a todos. Limpios como si el cielo nunca se hubiese derrumbado. Encaramados junto a él estaban Laura, el abuelo y Arturo. Un poco más atrás, Adela y Bea. Will se encontraba casi abajo y al fondo, en el centro, como si todo se hubiera abierto para dejarle espacio a él, Xurxo.

Xurxo, de pie, estaba todo lo pálido que su blanca piel podía permitir. Mirándolo como si en vez de su hermano, hubiera salido por aquel agujero un desconocido, alguien que, en cualquier caso, no fuera Pere.

«Ojalá fuera un niño normal, como los otros niños», pensó. Y se arrepintió de inmediato. Xurxo estaba bien así, sólo había que aceptar su diferencia.

El abuelo se le abrazó como nunca lo había hecho, con sus ojos claros anegados de lágrimas.

—Hijo, hijo, ¡qué susto! Ya pensaba que te había perdido. Y que todo se repetiría como la otra vez.

—No pasa nada, abuelo, estoy bien.

Se miraron un segundo y Pere supo que el abuelo no creía que todo fuese bien, como si hubiera leído en su mente aquel estúpido y vago pensamiento vagabundo sobre Xurxo.

LA OSCURIDAD DE UN CINE

Un ruido desconocido, o conocido pero inesperado en aquel lugar, hizo que las felicitaciones por haber logrado salir de allí se silenciaron.

Era el ruido de una palomitera, sin lugar a dudas el sonido inconfundible de las máquinas industriales de hacer palomitas que se colocan en los cines.

—No me gusta. Vámonos de aquí —dijo Bea, que creía haber sido la única en reconocer el sonido.

—Pero no es posible. Hace un momento estaba todo cerrado, la puerta estaba atrancada y no había luz —añadió Laura.

—La chica tiene razón, os tengo que sacar de aquí ya —dijo el abuelo Herme, mirando a Laura.

Ésta ni siquiera se había dado cuenta de que Xurxo le había dado la mano, ignorando por completo a su hermano. La mantenía sujeta como hubiera agarrado cualquier otra cosa en un momento así, un momento en el que veía la puerta del cine, que hasta hacía unos instantes estaba cerrada, abierta de par en par, dejando escapar el sonido de la máquina de hacer palomitas y un leve resplandor.

El ser humano reacciona ante el miedo de formas muy extrañas. Aquellos jóvenes, que en esos momentos deberían estar buscando la puerta de salida de aquel lugar, hicieron lo que hubiesen criticado como error de guión en cualquier película de terror, se comportaron como si el miedo no existiera. Como si, al igual que en las increíbles historias del abuelo, estuvieran anestesiados.

—Vamos, eso no es creíble. —Por más veces que lo veía en las películas, Laura no se acostumbraba y tenía que soltar su crítica—. Nadie en su sano juicio escucha un ruido de ese tipo en su casa y va hacia él. ¿Qué son, suicidas? No fastidies, lo normal es que reacciones en función de lo que creas que produce el ruido. Coger el teléfono y salir de la casa mientras llamas a la policía me parece lo más normal.

Aquello había sucedido en la residencia, apenas un mes antes, viendo una película de terror con Bea, que peinaba a una de sus muñecas como lady Diana de Gales.

—No seas exagerada, Laura, uno nunca sabe cómo va a reaccionar cuando se asusta.

—¿En serio? ¿Yendo hacia lo que te da miedo?

—A ver, si ahora sonase algo extraño en el pasillo, ¿no querrías saber qué es?

—No, intentaría descolgarme por la ventana.

—¿Y si luego no era nada? Imagínate que te rompes las piernas tirándote por la ventana y lo que hay en el pasillo es un gato que se ha colado.

—Eso no pasa en las películas. Siempre es un asesino psicópata o un monstruo.

—Pero sí pasa en la vida real. Los de la peli no tienen por qué estar esperando algo terrible. Pueden pensar que es un gato. Ellos no saben que están en una película, forma parte del encanto.

—Sí, y por eso se arman con cuchillos de cocina y bates de béisbol.

—Eso es por si acaso.

—¿Y la tetona que sube las escaleras huyendo del asesino en vez de intentar salir por la puerta a grito pelado para que la socorran los vecinos? En todas las pelis hay una. ¿Por qué subes las escaleras, criatura? El número de sitios donde te puedes esconder hacia arriba es mucho más limitado que hacia fuera.

—En las pelis americanas tampoco se despiden por teléfono ni cierran los coches. Es un recurso.

—Ya, lo sé. Pero me cabrea cada vez que lo veo.

En el presente, sin embargo, Laura no podía evitar que sus pies se encaminasen al cine de nuevo, donde tan sólo unos momentos antes, aunque parecía que hiciese años, se había acordado de su abuela viendo a Sara Montiel.

Pero Sara ya no estaba en la cartelera, al igual que la puerta ya no estaba cerrada, y al sonido del palomitero se unía el inconfundible aroma del maíz.

Aunque conservaba el aire antiguo que tenía hacía unos momentos, era como si el local, al abrir sus puertas, también hubiese saltado en el tiempo hasta una época más cercana.

—No quiero estar aquí, deberíamos irnos —dijo Bea.

—Un segundo. Lo vemos y nos vamos. ¿No quieres saber qué ocurre? —le preguntó Laura.

—No.

El suspiro del anciano cargó el aire un poco más si cabe. Un suspiro que parecía sobre todo de resignación. Sí, era lo que temía: había empezado. Miró a su nieto Pere y reprimió las ganas de llorar.

Xurxo seguía a Laura allí donde fuera. Atravesaron juntos las puertas a las que unos momentos antes se habían estado asomando sin lograr ver nada.

La máquina escupía palomitas blancas como si esperase que alguna mano solícita las cogiese. El mostrador parecía recién limpiado y olía a un producto que a Adela le recordó su más remota infancia, cuando la abuela limpiaba la madera de los muebles y les pasaba un trapo que quedaba, con las pasadas finales, del mismo color que la

mesa o la estantería donde estaban puestas las fotos de su boda en marcos de plata.

—Es raro, yo no huelo esto desde hace muchos años.

—¿Las palomitas? —preguntó Will.

—El limpiador de madera. Los de ahora no huelen tan fuerte. Me ha recordado a mi abuela.

—¿Fallecida?

—Oh, no, en mi casa todos gozan de una salud excelente y viven muchísimos años. Siempre sospeché que mi interés por la muerte se debía a que no se me había muerto nadie cercano. —Adela sonrió a Will al decir eso, pero éste no le devolvió la sonrisa, por lo que rectificó su propia broma—. Sí, murió hace cinco años.

—Aquí es como si volvieran todos nuestros muertos.

—No sabría qué decirte. Creo que todas las abuelas usaban el mismo producto para limpiar muebles.

Una luminosidad intermitente y azulada se dibujaba por debajo de unas segundas puertas interiores. La decoración parecía imitar la de finales de los setenta o principios de los ochenta, y resplandecía con la vibrante luz que se colaba a ráfagas irregulares por la rendija de la abertura.

—¡Están proyectando algo!

Laura aparentaba estar tan fascinada que el miedo de Bea no hacía más que aumentar y aumentar. Si Laura, que era la voz de la razón, se volvía irracional en una situación tan inexplicable como aquella, no podría esperar nada mejor de los demás. Miró al anciano al que habían ido a buscar. Hermenegildo había palidecido un tanto, pero no decía nada, se limitaba a acompañar a los demás allí donde fueran. Quizá fuese el único que estaba tan asustado como ella, aunque su imponente y nudosa figura lo hacía parecer mucho más fuerte, más distante. ¿Casi resignado? Bea se lo preguntó porque apenas podía creerlo. Uno se resigna cuando ya imagina lo que va a ocurrir y calcula que no va a poder evitarlo. Pero todo lo que allí pasaba era tan loco que ¿cómo iba a saber nada aquel hombre?

En la pantalla, un niño rubio con un peto y un jersey rojo avanzaba montado en un triciclo azul por lo que parecía una interminable alfombra con un dibujo repetitivo compuesto por celdillas hexagonales concéntricas en rojo, naranja y verde. El sonido del triciclo al rodar lo llenaba todo con su cadencia repetitiva, que se partía en las esquinas en que se unían las alfombras, o en los recodos de los pasillos de un infinito hotel.

La luz de la pantalla iluminaba lo suficiente la sala como para adivinar que estaban solos, aunque la sensación era bien distinta. A pesar de que ninguna de las butacas estaba ocupada, todos podían percibir la presencia de alguien ajeno a todo aquello; lo que uno siente cuando lo están mirando por la espalda, o cuando llega a un sitio en el que hasta hacía poco había una multitud que hubiese salido por la puerta precipitadamente.

—Es increíble, fascinante. Aquí seguro que podré captar un montón de entes con

la grabadora. Casi puedo sentirlos. Este lugar está lleno de fantasmas.

—Cállate, Adela, este sitio es horrible. Y además, no sé cómo habrían podido llegar aquí. Esto nunca se inauguró, ¿recuerdas?

—No son fantasmas. —Las tres palabras pronunciadas por Herme pasaron desapercibidas para Bea y Adela, incluso para Laura, que estaba fascinada con la imagen de la pantalla.

—*El resplandor*. 1980, Kubrick. Es muy fuerte.

—Es una película horrorosa, tanto como este sitio. Quiero irme de aquí.

—No, Bea, en serio, hemos visto películas peores juntas. Ésta no da tanto miedo, salvo por el doblaje. Pero es curioso, hace un momento, cuando Xurxo y yo hemos venido hasta aquí, estaban poniendo *Esa mujer*. Bueno, no la estaban poniendo, era evidente que no proyectaban nada, estaba cerrado a cal y canto, pero parecía que lo último que hubiesen puesto fuera eso.

—Lo que dices me da más miedo todavía. Aquí nunca proyectaron nada.

—Hay alguien aquí, es evidente. Alguien que quiere que veamos esta película. Pero ¿quién? ¿Por qué *El resplandor*?

—Es la peli que más miedo me da. —El pequeño Xurxo captó la atención de todos con aquella declaración. La mirada del abuelo fue tan incriminatoria que el niño se aferró a Laura mucho más fuerte, tratando de esconderse tras ella, pero ésta retiró su interés y la mirada de golpe, como si hubiera recordado algo importante.

—Pero ¿cómo puedo ser tan tonta? Claro, la clave está en la sala de proyección. Hay que subir ahí para ver quién está haciendo todo esto.

—¿A la sala de proyección?

Laura señaló un punto sobre sus cabezas, del que salía el haz de luz que terminaba en la pantalla.

—Ahora hay muchos sitios que tienen programas digitales para proyectar, pero en los cines de toda la vida había que cambiar los rollos, queridos. Si estamos viendo la película, es porque alguien ha puesto el rollo, no se ha podido poner en marcha solo por un cortocircuito ni nada semejante. Ahí arriba hay un proyccionista. Tenemos que subir para que nos explique qué está pasando aquí.

—Yo no subo.

En la pantalla, dos niñas exactas, vestidas de azul, con el pelo sujeto por idénticas horquillas, aparecían tras uno de los recodos de los interminables pasillos que el niño había recorrido con el triciclo. Con su voz monótona y repetitiva invitaban a su visitante a jugar con ellas para siempre. Para Bea aquello estaba siendo demasiado. Conforme decía que ella no iba a subir, se había ido girando hacia la puerta, buscando la luz, buscando llegar a un lugar donde pudiese respirar.

Xurxo fue detrás de Laura, que se había quitado la cámara que todavía llevaba colgada para seguir a Bea, que ya había salido. El aparato fotográfico cayó en manos de Will, que lo miró con curiosidad, pues Laura se lo había arrancado del cuello como si le restase velocidad para alcanzar a su amiga.

—Yo voy a subir a ver quién nos está gastando esta broma macabra. No pienso quedarme aquí viendo cómo pasan cosas raras sin hacer nada. ¿Y si el tipo que está ahí arriba nos ha tirado encima el techo? ¿Me voy a quedar esperando a que lo siguiente sea que alguien nos persiga con un hacha? —Arturo remató su discurso señalando ostentosamente a la pantalla.

—Ahí arriba no hay nadie.

—No deberías ir solo —intervino Adela, como si cayese en ese momento de otro planeta—. Podría ser peligroso. No deberíamos habernos separado.

—Yo subiré con él. Quedaos vosotros aquí. No os mováis. —Pere dijo eso pensando en realidad en otro asunto. Xurxo había dicho que era la película que más miedo le daba. Sí, eso había dicho. Y por eso quería subir con Arturo, porque temía lo que iban a encontrar allí arriba. Incluso lo temía sin haber oído que su abuelo pensaba que no habría nadie en la sala de proyección.

No lo había escuchado ni él ni nadie, pues Hermenegildo hablaba demasiado bajo. Empezaba a pronunciar sus palabras como si cada una de ellas fueran temores que, dichos sin timidez, fuesen a volverse reales.

EL PROYECCIONISTA INVISIBLE

Pere no podía olvidar el horrible miedo que sintió al ver lo que había quedado escrito en la última página del libro. Aquella ascensión, por las intrincadas escaleras que esperaba condujesen a la cabina del proyccionista, se asemejaba a ese recuerdo. Unas escaleras en espiral. Unas letras trazadas en espiral sobre el texto original.

Las escaleras de caracol siempre le habían parecido algo diabólico. Caer por ellas debía de ser como caer al infierno si se abriese un agujero en la tierra. Y aquello también había tenido algo de infernal.

Uxía le había dicho que su madre, a menudo, tenía ausencias durante las cuales predecía el futuro, lo que ocurriría. Y que era aterrador. Su mente se esforzaba tanto que comenzaba a sangrar por sitios extraños como la nariz, la boca o los ojos. A veces incluso a través de los poros de la piel en lugares concretos y localizados. Y que luego se sentía débil, como enferma.

—Mi madre siempre estaba mal de salud. Era como una maldición, si no era una cosa, era la otra. Pero los médicos no encontraban las razones, como cuando Xurxo era pequeño. Y al igual que él, un día se curó de golpe. Mi abuela decía que una mujer enferma es una mujer eterna, porque todos los males que tiene se compensan y al final no se muere de ninguno. Pero aquella sanación fue tan extraña como que Xurxo dejase de tener asma, no sé si me entiendes.

—Sí, claro —afirmó Pere, aunque en realidad le costaba seguirla.

—No, no puedes entenderlo porque no estabas allí. Fue aterrador, no por el hecho en sí, sino porque era imposible. Era imposible que el rubor subiese de nuevo a sus mejillas y que ya no le doliera nada. Incluso que se pudiera poner de pie a pesar de las heridas que la habían impedido un mes entero. Se quitó las vendas y no había nada, ¿entiendes? Nada. Ni siquiera las costras, era todo piel nueva.

—Pero eso fue bueno, ¿no?

—No, niño, no puedes entenderlo, te lo estoy diciendo, es imposible que lo entiendas. Era hermoso verla sana, sí, sobre todo cuando me había tirado gran parte de mi infancia y adolescencia cuidándola constantemente. Eso no fue lo aterrador. Lo terrible, mira, la piel se me eriza todavía cuando lo recuerdo, lo horroroso, lo que era

en verdad insoportable era lo que decía. —Uxía se persignó como si una visión diabólica le viniese a la mente, pero se quedó en silencio, pálida, sin terminar de contarle.

—¿Qué decía?

—Oh, Pere, decía algo que tengo clavado en la mente porque me da miedo que Xurxo... la posibilidad de que Xurxo... no lo entenderías, porque no tiene sentido y casi ni puedo darle una explicación que vaya a convencerte. Ella dijo que hasta entonces había estado enferma porque tenía miedo a la enfermedad, porque era muy hipocondríaca y pensaba que tenía todo lo que leía o de lo que escuchaba hablar. Y que por eso desarrollaba los síntomas. ¿Te lo puedes creer? Me lo decía sonriendo. Y dijo que aquella vez estaba tan enferma que pensó que se moriría y que lo asumió. Que asumió que la muerte era la ausencia de sufrimiento y de enfermedad y que, de repente, empezó a pensar cómo hubiese sido su vida sin estar enferma. Y deseo no estarlo. Nunca había deseado no estar enferma porque siempre tenía gente alrededor que la cuidaba cuando lo estaba. Dijo que estar enferma era cómodo, que no tenía que salir a ese mundo amenazante que imaginaba fuera y que veía en sus visiones. Pero que, ante la amenaza de la muerte, deseó estar sana y se levantó, se levantó y ya está, y hasta parecía más joven. —Uxía se persignó de nuevo, tenía los ojos desorbitados por el recuerdo que la espantaba—. Ni cicatrices le quedaban siquiera.

—¿Sigue viva?

—Eso tampoco es bueno, la verdad, no es bueno en absoluto y también me hace pensar en Xurxo y me hace tener miedo.

—¿Qué le pasó?

—Pues que cuando dejó de temer estar enferma, empezó a temer el exterior. Dijo que si salía a la calle, tendría una muerte estúpida. Decía tener pánico a una muerte estúpida. Dijo que moriría aplastada en la plaza del pueblo. Que tenía miedo porque lo había visto. Delante de sus ojos se había formado su cuerpo reventado, ¿lo entiendes? Como una visión. Pero un día no tuvo más remedio que salir. Se le había escapado el gato y lo estuvo persiguiendo un buen rato por la calle, casi sin darse cuenta de que estaba en el exterior que tanto temía. Los que estaban presentes dijeron que se quedó parada en la puerta de una de las casas más antiguas del pueblo, una que estaba en la plaza. Y que miró para arriba pálida como una estatua de cera. Que ni siquiera se movió. El balcón que tenía justo encima se desprendió y la aplastó entera.

—¡Qué horror!

—Tenía cuarenta años, yo dieciocho. Y entonces me fue muy difícil entender que mi madre muriera tal y como había dicho. Pero luego temí la verdad. Fue como una intuición que fue creciendo con los años y que ahora temo más que nunca porque mi hijo, mi pequeño, es como ella.

Lo que le dijo Uxía en aquella ocasión no parecía tener sentido. Aquello que a ella le

daba tanto miedo, a él le pareció una fantasía supersticiosa en todo semejante a las increíbles historias del abuelo. Pero ¿no era acaso también una fantasía supersticiosa pensar que en aquel trance había dibujado en el libro de aventuras algo equivalente a aquella escalera de caracol?

Lo último que recordaba era haber estado leyendo la *Narración de Arthur Gordon Pym* en clase. Poe había escrito esa historia cuando tenía unos diez años más que él, y la fuerza que desprendía le causaba una envidia difusa y profunda. Algo como ver el mundo del otro lado de un vaso de agua y saber que estaba ahí detrás y que no sería tan deforme como él lo veía, pero que no podría alcanzarlo en toda su belleza porque sería incapaz de retirarse el vaso de la cara. No creía que en diez años fuera a escribir algo tan bueno.

Estaba leyendo un clásico de aventuras cuando ocurrió, cuando perdió la conciencia por completo. Al despertar, las palabras escritas con su letra furiosa y disconforme, pero su letra al fin y al cabo, formaban escalones hacia la profundidad, como una escalera de caracol perfecta. Cada escalón estaba formado con palabras escritas desde las tinieblas: «BAJO TIERRA». Se iban haciendo cada vez más pequeñas, como si descendieran hasta lo que había quedado enmarcado por un círculo de lápiz, el fragmento final de la última frase:

«... sobre el polvo dentro de la roca».

Por supuesto, Pere, en su ascensión actual, ignoraba que entonces, tras la puerta que comunicaba la cocina con el pasillo, Xurxo había retenido en su memoria el color blanco y verde de la cubierta, el dibujo de un barco y la palabra «Arthur», que era lo único que había podido leer en la portada que pudiese recordar para buscar el libro más tarde. Y tampoco sabía que unos días después rastreó la librería de su cuarto en busca de aquel misterioso libro blanco y verde. Ni supo nunca del calor que le produjo la alegría de reconocerlo, ni con qué ganas lo abrió pensando que tendría que buscar, página por página, algo extraño, diferente y manuscrito.

Pero no hizo falta. La hoja donde estaba dibujada la escalera de palabras había aumentado de grosor por el carboncillo y estaba tan maltratada que el libro se abría por sí solo en esa página.

Y, por supuesto, Pere no supo del miedo que atacó al niño al leer aquello que había quedado enmarcado. Ni tuvo conocimiento, a pesar de lo que intuía en su ascenso por la escalera, de que Xurxo se defendió de ese miedo como su madre le había enseñado muchas veces.

—Cuando tengas miedo, cuando veas que no puedes dormir, piensa en cosas que te hagan sentir bien. Cosas bonitas que hagan que el mundo sea mejor. Y las sombras se transformarán en arco iris. —Eso le decía Uxía a su hijo cuando tenía miedo a los monstruos inexistentes del armario o de la cama. Y siempre funcionaba. Simplemente desaparecían.

Así que aquella vez también, a pesar de que su hermano nunca lo sabría, Xurxo pensó en algo que le gustaba mucho, que le hacía sentir bien. Pensó en *Cinema*

Paradiso, en que vio aquella película en la tele con el padre de Pere y con Uxía un viernes. Y que a pesar de que no la comprendió del todo, aquel proyccionista, Alfredo, le hizo sentir a salvo. Hasta entonces ni siquiera sabía que en los cines había alguien que ponía las películas. Y le pareció algo que podría valorar ser de mayor.

Así que pensó en Alfredo el proyccionista.

—La puerta está atascada.

—No me sorprende.

Arturo había llegado arriba y trataba de girar el pomo sin éxito. Después intentó descerrararla de un empujón. Al alcanzarlo, Pere echó un ojo abajo y el vértigo hizo que la escalera pareciese alargarse hasta el infinito, como el dibujo que él mismo había hecho en el libro de aventuras.

... sobre el polvo dentro de la roca

Apretó los ojos para que las letras que su imaginación hacía bailar ante él, en el fondo del caracol, desapareciesen.

—¿Me dejas?

Algo en su interior le decía que si giraba el pomo él, la puerta se abriría. Y así fue.

Arturo no daba crédito a que el enclenque de Pere fuese capaz de abrir algo que él no podía con su metro noventa y tres y sus cien kilos de masa muscular.

—¿Cómo lo has hecho?

—Mañana.

Arturo intuía que le estaba mintiendo. Tenía la misma sensación que las veces en que su madre le decía que era el niño más guapo cuando él mismo hubiese deseado pegarse una paliza. Le parecía que Pere le había hablado en el mismo tono en el que las niñas le hablaban cuando tenía diez años y en el recreo nadie jugaba con él. ¿Por qué no le aceptaban? «Tú no lo entenderías», parecían contestar ellas sin decirlo. Lo decían de otra manera, sin usar esas palabras, pero en realidad querían decir eso.

Pero ¿por qué le mentía Pere? ¿Qué sabía él que quisiera ocultar?

La cabina era un cubículo más o menos cuadrado, con dos antiguos proyectores de bobinas, de los que uno estaba en marcha pero no parecía tener película dentro. Los rollos se acumulaban encima de una vieja mesa de madera, un poco astillada por el tiempo.

Todos los fotogramas de cada una de las películas de cada una de las bobinas estaban vacíos. No como si la película estuviera velada, sino como si de la original hubiesen desaparecido los actores, el escenario, los decorados.

—¿Qué es esto? Es muy raro.

Arturo seguía tocando las tiras inútiles de película mientras Pere se asomaba desde el tragaluz para ver la sala. Adela y Will seguían abajo. No veía a su abuelo en

la oscuridad. Jack Torrance perseguía a su mujer con un hacha.

—Pues esto sí que lo es.

—¿El qué?

—No hay película. La máquina no está proyectando nada, y sin embargo, en la pantalla sí que aparecen imágenes.

—Pues eso no es nada en comparación con la decoración de este sitio, Pere. ¿Te has fijado bien?

Las paredes estaban forradas con antiguos carteles y tarjetas publicitarias de películas clásicas. Había algunas bastante reconocibles, a pesar de que ninguno de los personajes que aparecía en ellas tenía rostro. En lugar de las caras de Hedy Lamarr, Clark Gable o Lana Turner, no había más que un trozo de carne informe, como si la piel les hubiese crecido por encima de los rasgos y hubiera convertido su expresión en un muñón confuso. Las letras de los títulos estaban borrosas y no podía leerse *Sansón y Dalila*, ni *Lo que el viento se llevó*, ni *Imitación a la vida*, aunque fueran ésas las películas.

—Es como si todo aquí dentro fuese falso, una fantasía a medio completar.

—Es siniestro. El que haya hecho esto, más que un proyccionista parece un asesino en serie.

—No hay proyccionista.

—¿Qué? Pero alguien ha tenido que poner la película.

—Tampoco hay película, es todo una ilusión, una mentira. ¿No te das cuenta? El proyccionista es un fantasma, sólo existía mientras nosotros creímos que existía. Ya no lo necesitamos, así que se ha llevado con él todo lo que pertenecía a esa fantasía: las películas, el contenido de los fotogramas, los rostros de las fotografías.

—Pere, me estás asustando.

Aunque lo intentó, Arturo no consiguió disimular su miedo porque era ya demasiado evidente. En los ojos azules de Pere había surgido una luz nueva, una luz oscura y retorcida que parecía estar disfrutando con aquel descubrimiento que decía haber hecho, como un biólogo hubiese disfrutado al encontrar una nueva especie o un químico, la síntesis de un medicamento milagroso.

—Lo siento, no era mi intención. Es que es tan loco que esté pasando esto que es hasta bonito.

—¿Bonito? Joder, hay un tipo que nos ha intentado matar, que pone películas para asustarnos y que vive en este... lugar, ¿y lo encuentras bonito? Es como una peli de Freddy Krueger.

—Y él trabajaba con las ilusiones. Con sueños, ¿no es cierto? Sueños que convertía en realidades. Estás demasiado apegado a la realidad. Intentas darle una explicación lógica y no la tiene. No al menos con lo que conocemos del mundo.

—Pero ¡alguien ha tenido que hacer todo esto! Imagino que será el proyccionista.

—Nunca existió ese proyccionista, Arturo. Nunca lo hubo.

—No te entiendo.

—Creo que tendríamos que salir de aquí. Este sitio está lleno de fantasmas, como decía Adela, aunque no acertó con el tipo de aparecidos.

Arturo iba a decir que prefería pensar que allí había un hombre de carne y hueso manejando los hilos, aunque fuese un asesino en serie, antes que creer que aquello era obra de brujas y fantasmas. La segunda posibilidad le daba más miedo porque no era capaz de concebir la forma de luchar contra ello si llegaba el caso.

Contra un hombre, confiaba en su físico. Se puede matar a un hombre, pero ¿cómo se mata a un fantasma? Era posible que aquel tipo se escondiera bien, que fuese capaz de evitarlos, de engañarlos, pero contra alguien que respiraba como ellos tenían una posibilidad. ¿Cómo enfrentarse, sin embargo, a lo inasible?

El recuerdo de la hoja de laurel lo golpeó de tal forma que a punto estuvo de marearse y caer por las intrincadas escaleras de caracol.

—¿Estás bien?

—Sí, no pasa nada.

La mala muerte.

Hacía muchos años, cuando Arturo aún era un niño gordo, una mujer le echó las cartas a su madre. Lo recordaba muy bien porque tenía fama de curandera y de quitar el mal de ojo, y a él siempre le había dado miedo. Decían que no envejecía y que si te portabas mal con ella, la comida se te pudría en el frigorífico y no podías volver a beber leche porque se cortaba al atravesar el umbral de tu casa.

De ella decían muchas cosas, entre las que destacaba que tanto bendecía como maldecía, con el mismo arte, y que por eso había que estar a bien con ella. No aceptaba dinero por sus oraciones contra el mal de ojo o sus lecturas de cartas, sino que vivía de lo que la gente le daba. Vivía sin pagar alquiler en la planta baja de una antigua casa andaluza con un patio en el centro. Decían que la dueña le había dejado ese lugar gratis por haberle salvado al marido de una enfermedad incurable. Podía ser cierto o no, pero a Arturo le daba miedo igual. Nunca le gustaron las brujas, le aterrorizaban. Y aunque no recordó a la primera bruja cuando la segunda le leyó la mano antes de morir atropellada, podría haberlo hecho, ya que de las cartas leídas, la madre sólo sacó una conclusión que llevarse a casa: que perdería muy joven al hombre de su vida.

—Ya ves, la bruja esa —decía «bruja» en voz baja aunque estuvieran en la otra punta de Sevilla cuando se lo contó a sus amigas— va y me dice que voy a ser una viuda joven. Pues vaya gracia. Si lo sé no le llevo esas telas tan buenas. Aunque, bien mirado, se equivoca. El hombre de mi vida no es mi marido, es mi niño.

La madre hizo un intento por cogerlo y subírselo a las piernas, pero ya estaba demasiado gordo y no pudo con él. Se contentó con abrazarlo fuerte y besarle toda la cara. Las amigas rieron, pero el pequeño Arturo no pudo dormir en un mes.

Aquello le obligó a hacerse tantas preguntas sobre la muerte que llegó a vivir en un estado de pánico. La muerte era irse para siempre y no volver a ver a nadie de los que quieres. Quedarse frío y tieso, y que te metieran bajo tierra y te olvidaran. Morirse era no jugar más, ni ver partidos en la tele. Morirse era no existir. Y plantearse qué era existir para saber qué significaba dejar de hacerlo era demasiado complicado.

Si el hombre de la vida de su madre era él, sería él quien moriría. Cómo odiaba a las brujas. Ya entonces, a su temprana edad, le parecía que si contaban algo que sucedería en el futuro, era como si ellas mismas lo estuvieran causando.

MUÑECAS QUE ABREN Y CIERRAN LOS OJOS

Las puertas emitieron un sonido sordo al entrechocar una, dos y hasta tres veces, dejando paso a Bea, luego a Laura y, finalmente, a Xurxo.

—Tranquilízate, de verdad, no pasa nada. Ya nos vamos. Ha sido una tontería meternos en ese cine.

—No es el cine. Odio esa película, me da miedo, pero no es eso, es todo. Todo esto. Tengo la sensación de que nunca vamos a salir de aquí.

—No digas eso.

Laura abrazó a su amiga y se la llevó al pecho como si fuese un niño. Había sido una estupidez entrar en el cine, sin duda. Después de lo del desprendimiento deberían haberse marchado, pero no había podido evitarlo. Sentía una curiosidad suicida, unas ganas kamikazes de saber.

Una vez había escuchado que el término *kamikaze* significaba «viento divino» en japonés. Le pareció hermoso y hasta justo. Se había sentido poseída por una especie de «viento divino» cuando había decidido introducirse en la sala en vez de buscar la salida.

Ahora tenía a una amiga llorando y temblando apretada contra ella, una amiga que le parecía más ligera, casi como si al apretarla, fuese a crujir como una muñeca de *origami*. «Quizá siempre parece que pesamos menos cuando estamos asustados», pensó.

—Creo que todo esto es horrible. No sólo el derrumbe es raro, Laura. Todo es raro. Hasta nosotros somos raros aquí. Arturo parece asustado y yo... me siento diferente, como si no estuviese aquí en realidad. Es como una pesadilla. Quiero irme.

—De acuerdo, voy a buscar a los demás y nos vamos.

—No, espera. —Bea se recompuso el pelo y se levantó las gafas para limpiarse las lágrimas.

Xurxo, todavía detrás de Laura, la miró con intensidad, como si quisiera leerle el pensamiento.

—¿Estás mejor?

—No, pero ¿sabes? Lo mismo soy una boba. No quiero que entres ahí y les estropees la noche a los demás porque me ha dado un ataque de histeria. Tengo miedo, pero me siento ridícula.

—Tranquila, lo comprendo —contestó Laura, sonriendo con ternura—. Aquí estamos a salvo, no te preocupes. Toda la noche ha sido muy extraña, no creo que le estropeemos a nadie el día por decir que nos vamos. Me parece que en el fondo todos lo están deseando. Menos Adela quizá.

A Bea le hizo sonreír escuchar ese nombre.

—Tu chico tiene unas amigas muy raras.

—No es mi chico. Y, además, éste es su hermano Xurxo, ¿recuerdas?

—Sí, tienes razón, perdona.

A Bea le hubiera gustado hablar de Pere, habría relajado un poco la tensión que le iba atenazando el pecho poco a poco, amenazando con asfixiarla. No quería que los demás la tomasen por loca, pero tenía la total seguridad de que nunca saldría de aquel lugar. No sabía en qué forma ocurriría, ni si estaría sola, pero no podía evitar identificar las señales.

Bea había estudiado durante demasiado tiempo los gestos, las actitudes, las miradas. Había hecho un análisis pormenorizado de aquello que le fascinaba y aterrorizaba. ¿Había algo que marcaba a todas aquellas mujeres que iban a morir de forma violenta? ¿Había algo en sus cuerpos, en sus miradas, que anunciaba lo que iba a ocurrir? ¿Tenían algo en común que delatase que la muerte era previsible?

Quizá sí. Había estado muchas veces al borde de ese descubrimiento. Casi había rozado con los dedos la respuesta, el decir un «sí, lo hay», rotundo y sin lugar a dudas. Pero nunca había logrado concretarlo.

El proyecto de las muñecas tenía una doble función: artística y, al mismo tiempo, de investigación. Su propósito era indagar si su inconsciente, al colocarlas, podría poner sobre aviso al resto del cuerpo. Quería saber si una parte de ella sabía cuál era ese elemento común a la predicción de la muerte. Quería saber si todos los seres humanos lo llevaban incorporado de nacimiento y en el momento preciso saltaba como una alarma con cuenta atrás.

Y de alguna manera había conseguido un principio, un brote.

Las muñecas lo tenían. Cuando repasaba las fotografías, a pesar de ser unas muñecas de plástico cuya expresividad, por mucho que se modificase, era muy limitada, lo tenían. Lo había captado, pero no podía definirlo.

Había algo en común a todos los seres humanos que iban a morir pronto y de forma terrible. Ella había sido capaz de reproducirlo, pero no hubiese sido capaz de determinarlo. No podía acotar qué era, ni etiquetarlo, ni ponerle un nombre. El proyecto había sido al mismo tiempo un éxito y un fracaso.

Si hubiera tenido que elegir, hubiese dicho que era «algo en la mirada». Había un algo en la mirada de Sylvia Plath que coincidía con la de Virginia Woolf, con la de lady Diana de Gales o con la de Jayne Mansfield. Había algo en Elizabeth Short que la unía a Alejandra Pizarnik. Pero ese algo en la mirada no se podía etiquetar y

enfrascar para su tranquilidad.

Si los ojos eran el espejo del alma, como tanto se ha dicho siempre, es que el alma notaba ya que ese cuerpo no tendría un final lejano. El alma sabía y transmitía al resto, a los ojos, a los gestos, a esa forma de colocarse el pelo. En fin, a todo.

Lo que más le había atraído del proyecto entonces era transmitir la idea de que aquellas mujeres ya eran cadáveres andantes, que su ser había intuido lo que sucedería antes de que se hiciese realidad. Que la muerte se podía predecir.

Quizá fuera un paso mínimo, pero un paso previo a poder prevenirla.

Y ahora allí, de pie delante del cine, sentía que ella tenía ese algo de las muñecas. Notaba que su cuerpo sabía que no saldría nunca de allí. Pero era todo tan abstracto, tan ridículo, que no podía contarlo.

Cómo hubiese deseado decírselo a Laura. Pero ¿qué pensaría ella? ¿La entendería? Y aunque la comprendiera, ¿no se sentiría, de todas formas, obligada a consolarla y a decirle que todo iría bien? Y ella sabría que lo diría por decir, por tranquilizarla, pero se quedaría pensándolo, valorando la posibilidad de que aquello fuese real y nunca fuese a salir de la nunca inaugurada Ciudad de la Luz. ¿Acaso no sería eso peor? ¿Acaso no eran peores las pequeñas mentiras que decían los amigos como consuelo? Era mucho mejor callarse.

Sin embargo, por otro lado, había algo que la inquietaba aún más que el que Laura pudiese consolarla, y era que le parecía que Xurxo la creería. Que Xurxo estaría de acuerdo en que era como una proyección, irreal, como si ya se estuviera preparando para quedarse por siempre bajo tierra. Y aquella certeza, sobre todas las cosas, la aterrorizó como se aterrorizan los niños con sombras inexistentes por las noches.

—Dios mío, ¿qué es eso? No lo habíamos visto al entrar.

Xurxo la había seguido mirando con toda la intensidad con la que es capaz de mirar alguien de diez años. Pero de repente había perdido el interés, o algo había distraído su atención. Bea siguió con los ojos el recorrido de la mirada del niño hasta llegar a una tienda pintada de blanco y rosa por fuera, con unas grandes letras curvilíneas y cursis que indicaban qué podía encontrarse en el interior.

Bea no lo podía creer. Era como haber encontrado el billete dorado que te daba acceso a la fábrica de chocolate de Willy Wonka.

—No puede ser —fue Laura y no Bea la que lo dijo en voz alta, y fue a ella esta vez a la que le tembló la voz de miedo.

—Pues es. Y es... maravilloso. Es increíble, vamos. Si no quieres no pasamos, sólo miramos el escaparate, pero por favor... tengo que verlo. —El pánico de Bea se había diluido por completo en cuestión de segundos, como si se hubiera tomado un calmante.

El local comercial en colores pastel tenía el mismo ostentoso nombre que las

muñecas de Bea, Blythe, y cualquier objeto o lugar que llevase ese nombre producía escalofríos en Laura. Sin embargo, al ver cómo el rostro aterrorizado de su amiga se iluminaba, cedió a regañadientes.

—De acuerdo, pero sólo un rato y porque no está muy lejos. Deberíamos salir de aquí. Además, juraría que ya habíamos pasado por ahí y no había nada. Al menos nada tan llamativo. No me gusta.

—Eso es porque odias las muñecas.

Tampoco servía de mucho protestar, porque Bea ya iba camino del escaparate, donde pegó la nariz y las manos al llegar con la emoción de una niña de cinco años.

—Vas a dejar perdidos los cristales.

La expresión que le devolvió su amiga no era la suya, estaba poseída por un fuego que no le era propio. Un fuego febril, semejante al que tenía la gente que hacía locuras propias de fundamentalistas religiosos.

—Tenemos que entrar.

—Bueno, si la puerta está abierta entramos, pero sólo un momento.

—Está abierta —respondió Beatriz ya con medio cuerpo dentro.

—¿Cómo habré podido ponerlo en duda?

El local parecía mucho más grande por dentro que por fuera. Dispuestas en estanterías de cristal en largas hileras, las muñecas con sus caras sorprendidas y sus canesúes parecían pequeñas niñas a las que no hubiesen reducido de tamaño del todo bien. Algunas llevaban grandes sombreros. Otras, vestidos con canacán. Las había con parasoles y con pequeñas mascotas de peluche atadas con una diminuta correa, pero a Laura le parecían todas espantosas.

—¿Qué opinas? ¿No te parece maravilloso?

—¿El qué? ¿La fantástica juguetería satánica de la muñeca diabólica?

—Qué tonta eres.

Sin embargo, a Bea parecía haberle sentado bien entrar en la tienda. Había dejado de comportarse como si se fuese a morir de un momento a otro, y tocaba los bordados de los bajos de las faldas, o los cabellos recogidos en moños, con una fascinación que le era propia e inequívoca. Embobada, paseaba entre las hileras de estanterías y vitrinas, observando cada uno de los detalles de todas las muñecas.

—Pero esto es muy raro. No es como una tienda de muñecas Blythe, es más bien como una exposición de muñecas de artista. Estas muñecas no son de fábrica, sino que están modificadas por completo.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Que no creo que exista algo así en España. Ni para venta ni sólo para exposición. La gente hace quedadas, o vende la ropa que hace por internet, incluso hay algún festival de Blythe, pero no hay locales de exposición como éste. Quizá en Japón, no lo sé, pero desde luego en España no. Dios mío, mira ésta.

La muñeca que señalaba Bea iba vestida con un vestido de corte francesa de la época de Luis XIV en oro y beige; llevaba detalles de mariposas y rosas doradas y

metálicas en el escote y en los apliques del pelo de mohair blanco. Hasta Laura tenía que admitir que era bonita.

—Sí, ésa no está mal.

—¿Que no está mal? Mira los chips de los ojos, ¿de qué son? Nunca había visto nada así. Es un trabajo exquisito, de alguien que sabía muy bien lo que hacía.

Bea siguió con su discurso sobre los pololos, los lazos, las costuras y los zapatos de la muñeca y su vestido, pero Laura había dejado de escucharla.

Un sonido, como un crujido, la había distraído.

Había sido tan sólo un segundo, pero hubiese jurado que la muñeca vestida de *flapper* que tenía detrás había bajado el brazo. Y después, cuando aún no se había recuperado, casi pudo ver moverse hacia arriba el resorte que hacía saltar los párpados y cambiar los ojos de la pequeña bailarina de ballet de su izquierda. La muñeca había parpadeado.

—Ha parpadeado.

—¿Qué dices?

—Bea, esa muñeca se ha movido sola. Bueno, no estoy segura, pero me ha parecido que movía el brazo. Y esta otra, sí, a esta otra la he visto parpadear claramente.

—Laura, eso es imposible.

—Te lo juro por lo más sagrado, estas muñecas se mueven.

—Quizá les han incorporado un motorcito y de vez en cuando hacen algo. Deja que lo mire.

—No, déjalo. Si quieres quedarte aquí dentro, quédate, yo me largo.

Aquél había sido siempre su peor miedo: que las pequeñas muñecas cabezonas de Bea se moviesen. Y ahora estaba sucediendo. Tenía que salir de allí. No podía imaginar nada más terrible e inquietante que un pequeño ejército de criaturitas de plástico con ojos desorbitados persiguiéndola. Sí, era ridículo, eso no sucedería, ella misma lo sabía, pero no podía evitar pensar en ello atemorizada.

—Yo también he visto algo —añadió Xurxo para empeorar las cosas.

—¿Qué has visto?

—No lo sé —confesó el niño con sinceridad—, algo.

—Ya lo has oído, ha visto algo. Nosotros nos vamos.

Se giró en redondo sin esperar la respuesta de Bea, que se quedó con la boca abierta y el dedo en el aire, a punto de decir alguna palabra que no terminó de formarse. Agarró de la mano a Xurxo, y quizá lo pensó ya entonces, o puede que sólo fuera una reconstrucción posterior, pero le pareció que la mano del niño estaba cálida y blanda en comparación con el tacto de papel que le había notado a Bea hacía un momento.

Bajó la cara para no ver. El pasillo central, del que salían pasillos y más pasillos a los lados, todos hechos con estanterías transparentes casi de suelo a techo, se alargaba hasta la puerta de salida. Y debía llegar a ella antes de que la sombra de sus

pensamientos la alcanzara. Porque a los lados, por donde iba pasando, le parecía que la muñeca victoriana abría la boca y la domadora de leones cambiaba la dirección de los ojos para mirarla. Y un poco más allá, la niña con coletas y comba tensaba su rostro de vinilo hasta convertir su cara en una sonrisa. Y en la siguiente fila, una pequeña nadadora con una pelota de playa más grande que ella se sentaba delicada. Y también mientras avanzaba, la temática de las muñecas le parecía cada vez más siniestra. Las princesas y hadas se fueron convirtiendo en artistas de circo, éstas en *Gothic Lolitas* y, estas últimas, en góticas sin más. Desde las últimas estanterías le pareció que la observaban pequeñas brujas y arpías, e incluso una interpretación de Carmilla y otra de Erzsébet Báthory. Las diminutas vampiras abrían al máximo sus ojos redondos de iris brumoso antes de imitar el golpe de gracia de un mordisco.

El sonido de la campanilla de la puerta fue un alivio tan grande que no se dio cuenta de que Bea, antes de seguirla, había abierto su enorme bolso para introducir a la pequeña muñeca del traje de corte de Luis XIV. Tampoco hubiera podido objetar nada. Le faltaba el aire.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te has ido así?

—Todas esas muñecas estaban vivas, o lo parecía. Se movían solas, te lo puedo asegurar. Reconozco el sonido de un motor en un juguete y ahí no sonaba nada. Es más, era como si me hubiese quedado sorda.

—No digas tonterías, eso es imposible.

—¿De verdad? ¿Y lo del cine que tanto te ha asustado a ti era algo que pasa todos los días?

—Laura, ¿qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti? Hace un momento estabas aterrorizada y querías cogerte el primer tren a Madrid y ahora te comportas como una niña en una tienda de caramelos.

—A lo mejor he sido una exagerada, no sé. Pero ¿quién iba a pensar que aquí abajo iba a haber algo así? Ojalá hubiera una tienda o exposición como ésa en Madrid.

—Ojalá no la haya nunca. Esas muñecas se mueven, están como vivas.

—Pero ¿cómo van a estar vivas?

—Estaban más vivas que tú.

Aquella última frase la dijo Xurxo, y sentenció el silencio que la seguiría, en parte porque Laura se sintió apoyada en lo que incluso podría haber sido una alucinación, en parte porque Bea palideció de terror. Había sido como si todo ese tiempo, el niño le hubiera leído el pensamiento a esta última y hubiese resumido en esa frase sus temores.

Y en la tienda, sus anhelos.

En el escaparate rosado, unas muñecas de pelo color pastel, vestidas con pequeños trajes de esquimales rosas, plateados y blancos, saludaban con la mano a algún animal salvaje que se salía de plano. O despedían a alguien que ellas, con sus

pequeños ojos de plástico, veían mejor que el resto.

SEREMOS HÉROES POR UN DÍA

Laura había dejado la cámara en manos de Will, y éste no sabía muy bien qué hacer allí solo con Adela y el anciano. Ése fue el comienzo de todo. El aburrimiento, una pequeña semilla de curiosidad insana, un silencio incómodo. El mirar a Adela y que ésta no interactuase, como si en vez de con una chica lo hubiesen dejado con un maniquí. El verla caminar en silencio entre las butacas, rozando con los dedos la tapicería. El observar al abuelo, que se había descolgado la mochila y se sentaba como un indio de una película del Oeste americano en la moqueta roja. El alzar la vista, hacia el haz de luz del proyector.

Se preguntó quién estaría poniendo *El resplandor* en un lugar así. Quién pretendía torturarlos.

Después pensó que quizá todo formaba parte de una única cosa. Una de la que, hasta que Mel le hubiera advertido que no se quitase el casco antes del derrumbamiento, formaba parte.

Miró de nuevo la cámara, y tal vez se dio cuenta en ese momento de que la película no tenía sonido. Las imágenes se sucedían una tras otra, pero en algún momento había dejado de sonar. No sabía cuándo. Era imposible localizar en su memoria en qué momento había enmudecido la película. El sonido repetitivo del triciclo sobre la alfombra y, después, nada más, como si el mundo hubiese ensordecido.

Quiso distraer lo que sentía en aquellos momentos de alguna manera que no tuviese que ver con sacar de su descanso al anciano o con perseguir a Adela, que parecía muy entretenida. Quizá estuviese contenta de que en ese lugar se sintiera algo que no se sentía en ningún otro sitio: aquellas presencias que se percibían y estaban ausentes a la vez, como si acabasen de marcharse y hubieran dejado un rastro.

Quiso distraerse, y por eso encendió la cámara. Quizá le gastaría la batería a Bea viendo las fotos, pero era mejor que quedarse en un lugar tan inquietante sin nada que hacer. Además, se marcharían pronto. En cuanto bajasen los demás, recogerían a las chicas y al niño y se marcharían, así que qué más daba.

Ver las fotografías capturadas en una cámara digital es como ver el mundo que se ha recorrido pero a la inversa. La última fotografía, y la primera que vio Will, la había hecho Laura justo antes de que el techo cediese, por lo que podía verse en

primer plano a Adela y Pere acercándose sonrientes, y un poco más atrás a Bea, que se había quitado la chaqueta, con la cabeza apoyada en el hombro de Arturo, e incluso a él mismo, de espaldas, mirando todavía de reojo —esto le hizo enrojecer— el cierre metálico del bar. Pensó que lo justo hubiera sido que la última fotografía tomada hubiese sido la del montón de escombros, el colofón que, al pasar las fotos a la inversa, se convirtiera en la primera imagen de una historia muda: el techo derruido y, un segundo más tarde, apretando un botón, todos ellos sonrientes y pensando en comer algo en aquel lugar oscuro.

Poco a poco, fue viendo el mundo al contrario de como lo habían visto esa noche. Le vino a la cabeza «Twin Peaks», en ese momento no supo muy bien por qué. Pero al llegar a una fotografía, se detuvo. Había sido tomada en la tienda de encargo de lápidas, y en ella se veía a Arturo de pie, girado hacia la cámara con cara de horror, delante del cristal del escaparate, por el lado de dentro.

Había algo inquietante en esa fotografía y no era el gesto de Arturo, que Will podía recordar a la perfección como el momento en el que Arturo había dicho que alguien rondaba por fuera. Era algo imposible de concretar, una idea que se desvanecía en el mismo momento de intentar atraparla.

Luego cayó en la cuenta, y fue consciente de por qué había pensado en «Twin Peaks»: el enano que hablaba al revés en la habitación roja, la gente que se miraba en el espejo y veía otro rostro distinto al suyo. El tipo de cosas que inquietaban y no sabías por qué enseguida, sino que tenías que esperar a que se definiera en algo. Y a veces era todo mucho más inquietante cuando no se definía. Pero esta vez sí que se definió. Ahí estaba, lo vio tan claro cuando se dio cuenta que fue ya incapaz de ignorarlo: era el reflejo de Arturo.

Era tan extraño que no parecía un reflejo en el cristal de un escaparate, sino que más bien daba la impresión de que hubiese otro Arturo fuera, un poco alejado del cristal. Y esa sensación se veía reforzada por el hecho de que si el rostro aterrorizado de Arturo miraba a cámara, lo que el cristal debería haber reflejado hubiese sido su nuca. Sin embargo, el segundo Arturo también estaba de cara a la cámara, repitiendo el gesto del primero casi paso por paso, salvo porque el reflejo parecía llevar algo en la mano.

Amplió todo lo que pudo la imagen, pero el reflejo era confuso en ese punto. Había un destello y, a partir de cierta ampliación, la fotografía se pixelaba. Era algo alargado y brillante quizá. Puede que la misma causa del destello.

Qué inquietante resultaba, y a la vez qué tranquilizador. Era cierto que Arturo había visto algo, como él había creído ver a Mel en el reflejo de la brillante persiana del bar. Puede que Arturo no hubiese podido describir ese algo, pero ahí estaba, fotografiado por Beatriz sin darse cuenta. Increíble. Casi se alegraba. De alguna manera, aquello probaba que Adela no estaba tan loca. Que había algo más.

Entusiasmado, siguió pasando las fotografías. Si hubiese habido alguna de Mel en el reflejo... Si de algo se arrepentía, era de no haberla fotografiado más en vida. Su

sonrisa era como un instrumento musical. Incluso su imagen fija en un trozo de papel sugería acordes.

Pero no había nada que indicase que la advertencia de Mel de que no se quitase el casco hubiera quedado registrada. Era curioso, después de tanto tiempo, ella le avisaba de que iba a ocurrir algo. Ese gesto suyo había querido prevenirlo del derrumbamiento. Había sido hermoso.

Se llevó la mano al bolsillo y agarró el soldadito de plomo pintado con las tres emes en rojo en la base. Y fue entonces cuando sintió un pálpito al llegar a una de las fotografías. Algo le decía que no pasase de largo sobre ella.

Era la imagen del libro de encargo de lápidas, abierto por la última página. Recordó que Bea había dicho que iba a buscar en Google el nombre del último apuntado y que le había parecido una idea divertida. Buscar si era real el nombre de un muerto cuya lápida, de existir, había sido encargada hacía años tenía el mismo encanto que explorar lugares construidos por el hombre y abandonados de su mano. Describía la misma clase de predilección por las ruinas humanas.

Sin embargo, al ampliar la imagen de la página, la fotografía había modificado la realidad: era una imagen distinta a la que habían visto ellos al abrir el libro. El último nombre no era el mismo que entonces. Había uno nuevo.

El trazo parecía familiar, y si no hubiese sido porque era imposible, hubiera jurado que era su propia letra. O la de alguien que la imitaba muy bien.

El imitador había empezado a escribir un nombre, pero se había quedado a medias. La segunda palabra acababa en un trazo difuso, una raya y un borrón, como si algo le hubiera desviado de golpe la mano del libro y el bolígrafo hubiese descuidado su camino original, imitando el tipo de raya que hubiera hecho la aguja de un plato sobre un disco de vinilo al mover bruscamente el brazo.

WILLIAM BRIGH_____

—Dios santo... —empezó a decir.

Pasó las fotografías hacia delante y hacia atrás, amplió la imagen una y otra vez, pero las letras no desaparecían. Sí, alguien había comenzado a escribir su nombre en aquel libro y después había cambiado de idea. O le habían hecho cambiar de idea.

Juraría que había permanecido junto a los demás todo el tiempo, no cabía la posibilidad de que alguno lo hubiese escrito sin que él se diera cuenta. Y la fotografía estaba en el lugar adecuado dentro de la secuencia; no habría encajado si en algún momento alguien hubiera regresado al lugar, escrito el nombre y fotografiado el libro. Además, ¿qué propósito podría tener? Había visto la imagen por casualidad, aburrido de la espera, nadie podría haber predicho eso.

Llamó a Adela, que se acercó con el aire de quien regresa del campo de coger fresas.

—¿Sí?

—Mira lo que le ha pasado a esta fotografía.

—Está distinta.

—Sí.

—Han escrito tu nombre.

—Exacto.

—Fascinante.

—¿Fascinante? Mi nombre ha aparecido en un libro de encargos de lápidas para tumbas.

Adela observó que la reacción de Will era bastante habitual en las personas con las que a veces compartía sus gustos y aficiones. Había espantado a numerosos pretendientes confiándoles lo que le gustaba visitar los cementerios. «Dan paz», solía decir.

Y ellos ponían justo la misma expresión que Will en esos momentos.

La gente, por lo general, temía lo que no podía comprender, pero Adela lo consideraba fascinante. Siempre había tenido una mentalidad científica que parecía chocar de frente con sus creencias paranormales, pero en realidad estaban muy relacionadas. Había estudiado física y comentaba con cierta frecuencia que la física teórica se parecía en todo a lo que se consideraba magia. Lo que más excitante le podía resultar era la posibilidad de explicar con respuestas científicas cualquier experiencia paranormal.

—Puede que ahora no seamos capaces, pero eso es porque quizá no hayamos hecho las preguntas adecuadas. O porque la ciencia no ha avanzado lo suficiente —decía a quien la quisiera escuchar—. Es muy probable que cosas como la telepatía o la telequinesis las podamos entender en el futuro con mapas más precisos de nuestro comportamiento cerebral. Hay partes que en principio no usamos o cuya complejidad no comprendemos. ¿Y si hubiera gente que sí pudiese? ¿Y si pudiéramos todos en un futuro no muy lejano? Según la física cuántica, hay partículas que pueden estar en dos lugares al mismo tiempo. U ocupar dos tiempos distintos. Eso haría posibles los viajes en el tiempo, ¿no? O el teletransporte, aunque se reduzca a las partículas.

Se entusiasmaba tanto con eso que, al final, cuando ya tenía captada la atención de quien en esos momentos la escuchase, comenzaba a hablar de diferentes supersticiones, de espíritus, de fantasmas del pasado y del futuro, de presencias protectoras y agresivas y de *poltergeists*, y terminaba por darles miedo. En la facultad se reían de ella.

Con dieciocho años había tenido un novio al que le había confesado que de niña había robado una calavera del osario municipal y que la conservaba. Que a veces fabulaba con a quién pertenecería y le hablaba. Que incluso había tratado de invocar su espíritu en una sesión de ouija todavía de las de folio y moneda, pero que no había tenido suerte; fuese quien fuese no quería hablar con ella.

—A lo mejor está ofendido porque separé su cabeza del resto, pero ya no sabría devolverla al lugar exacto donde la cogí. O puede que esté perdido todavía en su estado de cadáver.

Eso le contó al novio que tuvo entonces, y su noviazgo duró hasta ese mismo instante. Después vinieron otros, pero los que conservaba más tiempo eran góticos de pieles pálidas que tardaban más que ella en maquillarse y que no comprendían su gusto por vestir de blanco. Los que no respondían a estas características ponían la cara que estaba poniendo Will con la cámara en la mano, antes de salir corriendo y no volver a llamarla.

—Es fascinante. Si lo piensas desde el punto de vista científico, es fascinante. Había escuchado muchas veces historias sobre presencias que modificaban las fotografías, pero las de carrete, nunca las digitales. Y jamás de una forma tan precisa y elegante.

—¿Elegante?

—¿Has dicho «modificar las fotografías»?

La presencia de Herme tras ellos, asomándose a la cámara, asustó a Will.

—¡Maldita sea! Es usted silencioso como un gato.

—Déjame ver eso.

—Mire, aquí está mi nombre a medio escribir.

El abuelo estaba tan boquiabierto, con los ojos fijos en la cámara, que Adela aprovechó para responder a la pregunta inicial del inglés.

—Es elegante. Unas palabras en un libro son algo elegante, nunca había visto nada igual. En la fotografía analógica, una presencia podía velar una parte de la imagen, o incluso imprimir una figura borrosa, o... —Adela se quedó parada y parecía intentar volver al planeta del que seguramente provenía.

—¿O qué?

—Un anhelo, un deseo. He escuchado historias sobre gente que es capaz de imprimir sus sueños en película fotográfica. Esto se parece, pero es muy distinto al mismo tiempo. Una cámara digital ni siquiera funciona con película.

—Un sueño, un anhelo, un deseo, ojalá sólo fueran esas cosas y no también las pesadillas o las obsesiones.

Hubiesen querido preguntarle a Herme qué quería decir con eso, pero sus voces quedaron truncadas por la sorpresa antes de salir.

De repente, el silencio en el que se había sumido la sala se rompió con los acordes de una canción que no pertenecía a *El resplandor*, unos acordes que se colaron en la mente de Will, traspasaron el umbral de su recuerdo y le arrancaron lágrimas de los ojos; tantas y tan inesperadas que al principio la vista se le nubló y no pudo ver lo que hacía que Adela se hubiera separado de ellos dos y se riese a carcajadas.

—¿Qué te pasa?

—¿Bowie? ¿Aquí? ¿Ahora? Y mira lo que le ha pasado a la sala.

Sonaba *Heroes* de David Bowie, la canción que siempre le recordaba a Mel, la que le había susurrado en su funeral. Sin embargo, lo realmente macabro era lo que había arrancado la risa de Adela: tras el velo de las lágrimas que no paraban de brotar, apareció una nueva realidad que lo dejó boquiabierto.

—¿Dónde están las butacas?

Como si se le hubieran lavado los ojos y el llanto hubiese logrado arrastrar los objetos, la sala se había quedado vacía por completo, salvo por un enorme telón con la efigie de Sara Montiel que ocupaba, balanceándose y visiblemente abandonado, el lugar donde antes estaba la pantalla.

No había pantalla, ni proyección, ni haz de luz. La pintura de las paredes estaba sucia y desconchada. Ya ni siquiera quedaban las butacas que antes Adela había acariciado con tanto mimo, y la moqueta de la que Herme se había levantado estaba a medio arrancar. El ambiente se dibujaba con el mismo aire fantasmagórico que el antiguo cine de la Avenida de la Luz por donde habían accedido. Lo único que parecía funcionar en ese calamitoso lugar era la megafonía desde la que llegaba la canción, aunque era imposible localizar algún altavoz o equipo de sonido.

—Fabuloso —soltó Adela.

—Deja de decir esa palabra.

—Pero lo es. ¿Has visto lo que le ha pasado a la sala? Es increíble.

—Increíble sí, pero no me parece tan fabuloso como a ti.

—Pues no veo por qué no. Déjame la cámara, voy a hacer fotos de esto. ¿Hiciste alguna de cómo estaba antes?

—No.

—Es una lástima, ya no tendremos pruebas de la transformación.

La canción de Will y Mel sonaba en un sitio que tenía una apariencia totalmente distinta a cuando habían entrado. Los espacios cambiaban tanto con y sin muebles... Era extraño, pero allí, con Bowie y sin las butacas, el lugar daba la sensación de haber encogido, de ser un solar vacío en el que ya ni siquiera podían sentirse las presencias que antes parecían haber habitado la sala. Sólo Mel, haciéndose notar a través de la música. Y por lo demás, silencio.

—¿Qué demonios le ha pasado al cine?

El silencio se vio quebrado por la irrupción de Arturo, seguido de Pere.

—Se ha esfumado todo.

—Pues como el proyccionista. Ya no está. No había nadie en la cabina.

—Y tendríais que haber visto eso. Me lo hubiera creído si me hubiesen dicho que ahí vivió Charles Manson.

—No seas exagerado, Arturo. Era más bien como un sueño mal recordado —puntualizó Pere.

—¿Has dicho sueño? —A pesar de todo, Adela permanecía exultante, como la canción de David Bowie con arreglos de Brian Eno—. Precisamente estábamos hablando de sueños Will, tu abuelo y yo. De sueños que se imprimen en papel fotográfico. Pero le decía que nunca había visto nada como esto.

El nombre a medio escribir en la tienda de encargo de lápidas impresionó a todos.

—Tío, qué mal rollo —dijo Arturo.

—Bueno, no pasa nada tampoco, ¿no? Ni siquiera está escrito entero. —Will no

estaba seguro de que fuera a Arturo al que intentaba tranquilizar con esas palabras.

—Da igual, pero se ve que es tu nombre. Este sitio no me gusta, deberíamos irnos ya.

—Estoy de acuerdo contigo.

La única que no parecía estar de acuerdo era Adela. Por primera vez en mucho tiempo creía estar viviendo una verdadera experiencia que quizá más tarde podría estudiar o analizar en un laboratorio. O quizá no en un laboratorio, pero sí con pruebas. Tenía pruebas de que en Barcelona había un sitio que no era como cualquier otro.

¿Qué sería ese lugar? ¿Una brecha en el espacio-tiempo? ¿Realidades paralelas colándose en esta realidad? ¿Alguna especie de conjunción fantasmal? En cualquier caso, no estaba dispuesta a marcharse así como así, y lo expresó en voz alta.

—Éste es un fenómeno que hay que estudiar. Podría decirnos tanto sobre el sentido de la existencia... No deberíamos irnos, deberíamos recoger pruebas.

—¿Recoger pruebas? ¿Qué más pruebas necesitas, bruja? —Arturo incluso escupía al hablar en un tono que pugnaba por no elevarse demasiado—. Derrumbamientos, cines que de repente no tienen butacas, proyccionistas fantasmas, música que suena sola. ¿Qué más pruebas necesitas de que este sitio trata de echarnos?

—Es posible que no trate de echarnos, sino de decirnos algo.

—Tía, tú estás como una cabra. ¿Y esta mierda de música qué es?

—Era la canción de mi novia, Mel, la que murió hace dos años.

—Lo que nos faltaba, vosotros veréis. Yo, me largo.

Arturo se dio la vuelta y se dirigió a la puerta seguido de Will. Pere quedó un poco más retrasado para dejar que Adela lo alcanzase. El abuelo se volvió a colocar la mochila en silencio. Todos parecían luchar por comprender aquello. O por lo menos por no permitir que el miedo les nublará el juicio.

—¿Qué sabes de videntes?

La pregunta de Pere, hecha cuando los demás ya se habían alejado unos pasos, pilló tan de sorpresa a Adela que se estremeció.

—¿Te refieres a gente que ve el futuro?

—Bueno, sí, algo así.

—La mayoría de los videntes son un timo. Es evidente que no tienen ni idea de qué va a suceder, porque siempre buscan lugares comunes, situaciones que estadísticamente es más probable que cualquier persona pueda vivir alguna vez en su vida. Un viaje, un viejo amor que regresa, un ser querido que se muere. Ya sabes, lo típico. Sin embargo, hay gente que sí acierta. Son personas que cuentan lo que ven con tanta precisión que es difícil contradecirlas. Es más, es complicadísimo decir que son un fraude, porque es evidente que no lo son: aciertan. Pero el tema de ver el futuro es muy controvertido, ya me entiendes.

—No, ¿por qué?

Herme se esforzó por no hacer ningún sonido que los sobresaltase, y los miró de reojo, esperando la respuesta de Adela.

—Porque se supone que nos esperan tantos futuros posibles como decisiones tomemos en nuestra vida. Cada vez que tomamos un camino y no otro, el futuro muta. El que no hemos tomado deja de existir, y el que hemos elegido es el único que se materializa. Si sólo tomásemos una decisión al día, eso ya implicaría un futuro distinto por cada día que existimos, y eso ya sería incontrolable, imposible de predecir. Sin embargo, tomamos decisiones excluyentes cada día. Decidimos salir con ese chico, o beber zumo de naranja en vez de café una mañana. Compramos el sándwich de pollo con mayonesa en lugar del de jamón y queso, y así siempre. Un día puede estar lleno de caminos que unas veces no parecen importantes y otras pueden ser definitivas. ¿Y si el sándwich de pollo tiene salmonelosis?

—Entiendo.

—Pero todavía es peor, porque las decisiones que toman otros también pueden determinar el futuro. El hombre del coche rojo decide saltarse un semáforo, te atropella y mueres. Sin embargo, ¿y si hubiera parado como era su deber?

—Ya veo.

—Digamos que aceptar que hay personas capaces de adivinar todas las posibles opciones que tomemos a lo largo de toda una vida es casi como aceptar que hay una especie de destino determinista al que estamos condenados, tomemos la decisión que tomemos, por lo que es un tema bastante polémico. Se aproxima a la idea de «Dios tiene un plan».

—¿Y tú no crees que Dios tenga un plan? Te pegaba creerlo.

—No, creo que Dios no existe. Y que de existir, estaría jugando. Y que hay jugadas precisas y otras que no lo son. Todo ocurre por algo, sí, pero no precisamente porque Dios tenga un objetivo claro, sino porque de ser cierto que exista, nos pondría a jugar en escenarios a ver cómo lo hacemos.

—Ya veo cuál es el problema. Aceptar que hay un único futuro y que es el que te están adivinando es como aceptar que no tenemos nada que decir al respecto.

—Bueno, hay una tercera vía, que sería la de creer que la gente que adivina el futuro en realidad no son adivinos. No predicen lo que va a ocurrir, porque el futuro único del que te hablan no existiría sin ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que serían personas como los que son capaces de plasmar sus sueños en papel fotográfico, pero en lugar de usar película, proyectarían sus anhelos, miedos, voluntades, en la realidad. No serían meros espectadores, sino generadores, serían gente creando la realidad, ¿entiendes?

Pere asintió. El abuelo apretó los ojos.

—Sí. Pero es una idea terrible. Querría decir que la gente de la que se rodease ese generador no controlaría su propia existencia. Serían meros monigotes, marionetas.

—Algo así. Pero consuélate, si esta teoría fuera cierta, dudo mucho que la gente

con el don fuera consciente de que lo hace. Es probable que confíen a ciegas en el futuro que creen leer o adivinar, cuando en realidad lo estén creando como un niño con un juego de Lego.

—Deberíamos salir con los demás.

Las formas de Pere, que hasta ese momento se había mostrado amable, se tornaron bruscas y secas, como si estuviera enfadado de repente. Adela no quiso preguntar. Demasiado acostumbrada estaba ya a que la gente la tratase como una marciana cuando eran ellos los que tenían reacciones incongruentes.

En la megafonía del cine abandonado, David Bowie había entrado en bucle. Era imposible determinar las veces que había sonado *Heroes*. El abuelo, solo ya, porque ni su nieto ni la chica pelirroja se habían percatado de que todavía estaba allí, pensó que tenía que contárselo todo a su nieto, que debía saberlo.

Pero, por otro lado, ¿merecía la pena? Ya era demasiado tarde de todas formas.

JUGUETES

Cuando Herme salió del cine, la puerta se cerró sola tras ellos. Pere intentó abrirla de nuevo sin ningún éxito. En la cartelera salía *El último cuplé* y no decía nada de *El resplandor*. Los escalones no tenían el mismo aspecto lustroso y restaurado que cuando los habían subido al entrar, y todo el ambiente vestía un aire de gris profundo, de viento extraño en un lugar cerrado. En un lugar bajo tierra.

Bajo tierra, sí, eso es lo que había escrito Pere en el libro de Poe. Y ahora estaban bajo tierra. ¿Había generado él todo aquello? ¿O quizá había sido Xurxo? Pero no, no tenía sentido. La teoría de Adela no cuadraba. Aquellas palabras tal vez habían sido una advertencia. Pero una advertencia, ¿de qué? ¿De que no deberían haber ido?

Sí, quizá lo mejor que podría haber hecho aquella noche era haberse dado la vuelta cuando estuvo a tiempo. Haberle contado al niño un cuento; era mayor para eso, pero le gustaba. O haberle leído un trozo de una novela de aventuras, eso también le gustaba. Dormir. No haber conocido nunca a Laura.

En el lugar donde deberían haber estado los escombros estaba aconteciendo una extraña disputa en la que todo el mundo hablaba alto pero en realidad no se discutía, porque nadie se estaba contradiciendo. Parecía que todos estuvieran gritándose sin ningún tipo de orden, pero diciendo, si no las mismas cosas, muy semejantes.

Bajó los cochambrosos escalones del cine y vio que Xurxo tenía cogida la mano de Laura y la apretaba fuerte, como solía hacer con él. Sin embargo, al verlo, no la soltó para apresurarse a darle la mano, sino que permaneció en la postura que adoptaba cuando algo le preocupaba, con el cuerpo un poco basculado hacia delante, el dedo índice de la mano libre doblado y metido el nudillo entre los labios, chupándolo con fruición y sin soltar a Laura.

Aquello también confirmaba que pasaba algo que el niño podía captar o intuir. Algo que podía ver de forma mucho más clara que el resto o que incluso hubiera predicho. Esos dos ojos rojizos eran como dos pequeñas bolas de cristal.

Había ocurrido muchas veces. Le había escuchado decir que alguien iba a caerse y eso era lo siguiente que sucedía. Cuando su madre se quemó el pelo con unas pinzas de rizar, él ya se lo había advertido.

—Eso suele ser al revés. Son las madres las que suelen predecir las estupideces que van a hacer sus hijos —dijo Uxía entonces.

También veía las noticias y se quedaba colgado, como ausente, chupándose el nudillo del dedo índice. Y después sentenciaba qué iba a pasar en tal o cual guerra. O decía el número de muertos que iban a anunciar en la siguiente noticia. O incluso predecía las palabras exactas con la que un político iba a condenar un acto terrorista.

—¿Qué ocurre?

—¿Que qué ocurre? ¿De verdad no notas nada raro?

—Los escombros, no están.

—Bravo, *Ojo de Halcón*, es cierto, no están. Y no es lo único raro que pasa aquí.

Lo que se gritaban unos a otros eran todos los acontecimientos extraños que habían sucedido: la restauración milagrosa del cine, la desaparición del proyccionista, la tienda de muñecas en la que Bea tanto había disfrutado y tan mal lo había pasado Laura, la transformación del cine en un lugar más abandonado que cuando lo vieron cerrado, la fotografía en la que aparecía el nombre de Will a medio escribir en un libro de encargo de lápidas. La tensión se había apoderado de todos ellos y contaban las historias a la vez, menos quizá Adela y el abuelo, que observaban cómo Xurxo se chupaba el dedo sin zafarse de la mano de Laura, que hablaba de los horrores de una tienda de muñecas que debía estar en el lugar que señalaba su índice.

—Laura.

—Y aquellas muñecas con los ojos desorbitados me miraban como si me fueran a atacar, y se movían...

—Laura.

—... y parpadeaban, y diga lo que diga Bea no tenían ningún motor y...

—Laura.

—¿Qué?

—No hay ninguna tienda de muñecas.

—¿Qué?

—Ahí, donde señalas, no hay ninguna tienda de muñecas.

Laura palideció y giró la cara en la dirección que Pere le indicaba. Que hubiesen desaparecido los escombros era un misterio que le inquietaba, pero no podía ser que también se hubiese evaporado la tienda de muñecas satánicas, era demasiado.

Pere tenía razón. En el lugar del engendro rosa donde se había sentido enloquecer había ahora una vieja tienda de juguetes, con cochecitos metálicos y un caballito balancín de madera pintada. Laura soltó la mano de Xurxo, que se agarró entonces a su jersey, y se fue acercando poco a poco al escaparate seguida del niño. Todos los demás también guardaron silencio.

—Estaba aquí. Juro que estaba aquí.

Pero lo decía despacito, en voz baja, casi para sí misma. ¿De qué hubiera servido alzar la voz? La tienda había desaparecido como habían desaparecido los escombros del derrumbe. Y en lugar de las pequeñas esquimales de ojos espantados había una pequeña maqueta con un diminuto tren dando vueltas.

Se sentía tan desfallecida que apenas le quedaban fuerzas para seguir asustada.

Hacía muchos años, su abuela le había enseñado una fotografía en la que, con un vestido de verano y un lazo en el pelo, posaba delante de una tienda como aquélla. Una tienda en blanco y negro con un tren dando vueltas, filas de cochecitos y un caballo de madera.

—Siempre quise un tren como aquél —le decía su abuela—, y aunque teníamos dinero para comprarlo, cosa que no todo el mundo podía decir, mi padre me lo negó un año tras otro, comprándome a cambio muñecas que yo detestaba. Y hasta una cocinita. Creo que nunca fui una buena chica y lo decepcioné siempre, ya que no podía aceptar que me gustasen los juguetes que eran para niño. No podía aceptar que me gustase trepar a los árboles o jugar a indios y vaqueros. Y sobre todo no podía comprender que me fascinasen los trenes. Todo aquello era de chico, quisiera creer que eso ha cambiado un poco. Y yo, imagíneme, era una niña con vestidos que dejaban al aire mis rodillas peladas y con trenzas a las que ponían lazos que yo siempre terminaba perdiendo. Mi madre encargó hacer esta fotografía para consolarme, supongo, porque entendía esa absurda rebeldía mía como una originalidad de su hija y no como algo amenazante. Y me dijo que nunca podría tener un tren de verdad, pero que siempre lo tendría aquí atrapado. Me la dio entonces y todavía la conservo. Durante muchos años fue mi bien máspreciado. Me recordé siempre que una parte de mi interior no podría ser nunca tocada ni alcanzada por lo convencional. Porque ni tú, querida nieta, ni yo somos convencionales.

A la abuela le gustaban todo tipo de películas, pero sus favoritas eran las del Oeste americano, en especial si hablaban de la construcción del ferrocarril o, en general, si salían trenes. Trenes que se parecían parte por parte a aquel que daba vueltas en la fotografía de la infancia de la abuela y en aquel escaparate.

—Esto no debería estar aquí. No puede ser que esté aquí —murmuró Laura.

—¿Le falta algo?

La voz del niño la sobresaltó. Sólo entonces notó que la circulación apenas le llegaba a la mano de lo fuerte que la estaba agarrando de la muñeca desde que se habían detenido.

—¿Qué?

—Decía que si le falta algo, si es una tienda de juguetes defectuosa.

—No, no es defectuosa. —La sensación de confusión le impidió recrearse en la gracia que le hizo que Xurxo utilizase esa palabra—. Pero tú has estado conmigo en la tienda de muñecas que antes estaba aquí, la has visto como yo.

—Sí.

—¿Y no te parece raro?

—Sí. Pero siempre me pasan muchas cosas raras.

Laura se sintió un poco culpable por hablar de fenómenos extraños a un niño albino que, con toda probabilidad, habría tenido que pasar todo tipo de historias en la vida. No podía saber qué le parecería raro a un niño como él. Lo abrazó sin ser capaz de despegar la mirada del escaparate en el que se veía reflejada, con Xurxo abrazado

a ella, y al fondo, donde deberían haber estado los demás, sólo el abuelo de Pere.

Se volvió y allí estaban todos, quietos, en silencio. La discusión se había terminado desde el mismo instante en que la tienda de muñecas Blythe había desaparecido. O desde el mismo momento en que ella se había dado cuenta.

Estaban todos, pero el cristal no reflejaba nada. Salvo el abuelo y quizá, sí, una sombra, un borrón, en el lugar que debía ocupar Will.

—Dios santo, no tienen reflejo.

—No se lo digas —le rogó Xurxo, mirándola a los ojos. Parecía muy asustado y seguía pegado a ella.

—¿Qué te pasa?

—No se lo digas, por favor. Tengo mucho miedo.

Y era cierto, todo su cuerpo temblaba como un cachorro contra ella. Sin embargo, a Laura le parecía que no podía ocultarles algo así. Que era como una traición. Todos iban en ese barco a la deriva y tenían derecho a saber cuál era su situación, aunque el cambio de tienda, la desaparición de los escombros y, aun antes, la transformación del cine le hicieran sentir que se estaba volviendo un poco loca. Pero si ella se estaba volviendo loca, entonces se estaban volviendo locos todos, ya que tenían las mismas alucinaciones.

—Tienen que saberlo.

—No, Laura, por favor.

Pero de poco servía el tono lastimero de Xurxo. Laura había tomado una decisión y se acercaría al grupo, aunque fuese llevándolo a rastras. Debían saber que había más cosas amenazantes e incomprensibles a las que se estaban enfrentando. Xurxo opuso poca resistencia de todas formas, así que fue fácil alcanzar a los demás, que la miraban con una mezcla de pena y desorientación.

—Yo también estuve en la tienda, no te la imaginaste sola —empezó a decir Bea como una especie de consuelo.

—Lo sé. O estamos todos alucinando o algo nos está haciendo esto. Deberíamos salir de aquí. Ahora mismo, en el escaparate de una tienda de juguetes que había en una maldita foto de mi abuela, acabo de ver que no tenéis reflejo.

La abuela le había dado un día la fotografía a Laura, y siempre la llevaba encima. Al principio como un recuerdo de que no era una persona convencional, pero más tarde porque creía de verdad que le daría suerte. Aquella niña con el lazo a la que le gustaban los trenes la hacía un poco más afortunada.

Y aunque no estaba segura de serlo en ese momento, se percató de que ella sí se reflejaba en el cristal. No había nada extraño en su cara, en su pelo rubio recortado, en su expresión de sorpresa. Eran sin duda sus rasgos y estaban en el lugar que les correspondía. Y Herme también estaba allí atrás, con su vieja mochila militar y su porte de leñador. ¿Y Xurxo? ¿Había visto también la cara de Xurxo en el escaparate? ¿Se había visto a sí misma abrazando a un niño o al vacío? Era incapaz de recordarlo, como no se recuerda lo que se da por supuesto.

—¿No nos reflejábamos?

—Bueno, Herme sí, y tú te reflejabas algo. En el lugar donde debería haber estado tu reflejo había como una especie de mancha o borrón, Will.

—Eso me recuerda que vi algo más en las fotografías de la cámara.

—Fascinante.

—Adela, deberías dejar de decir eso. Da escalofríos.

—Pues eras tú, Arturo.

Cuando Will mostró a todos la fotografía en la que el reflejo de Arturo no se comportaba según lo lógico, tardaron un momento en darse cuenta de qué era lo que fallaba. Al igual que le había ocurrido al inglés al descubrirlo, cuando fueron conscientes, ya no pudieron dejar de verlo. Era una imagen que se colaba dentro del cerebro y no te soltaba, porque no era posible. Y lo imposible a la vista es como un veneno que agarrota los músculos de los ojos y los fuerza, como si tuvieran la culpa, como si fueran ellos los que estuviesen haciendo algo mal.

Sin embargo, ninguno quedó tan sorprendido ni petrificado como el propio Arturo, que reconoció el momento, reconoció haber creído ver a alguien como él al otro lado del cristal cuando quizá sólo estaba viendo su reflejo, un reflejo incorrecto, pero un reflejo. Y puede que, después de todo, ni siquiera fuera eso lo que más le estaba inquietando, sino el innegable hecho de que reconocía lo que el Arturo reflejado del revés sostenía en la mano. Ese objeto que Will había tomado por un brillo o algo metálico y pequeño que destellase a la luz.

Era la hoja de laurel plateada.

Laura sintió un leve tirón en la manga y vio la manita blanca del niño, que contrastaba con el negro de su jersey. Se agachó en su dirección para escucharlo. La voz, un poco ronca y profunda para ser infantil, surgió como un susurro terrible, una sombra evocadora y tenebrosa que llenó el oído de Laura y después su mente como un mantra hipnótico.

—Ahora van a morir todos.

CAMINAR EN CÍRCULOS TEMPORALES

Llevaban corriendo un buen rato, pero conforme corrían les parecía que los sitios por los que iban pasando se movían, como si intentasen pillarles el paso.

Aquella galería de la Ciudad de la Luz era como una de esas pesadillas en las que el protagonista trataba de huir y el suelo, reblandecido, le hacía caminar cada vez más despacio. Al final, las tiendas empezaron a repetirse una y otra vez, una y otra vez, la barbería, la tasca, la perfumería, la farmacia, la tienda de productos para el campo, la barbería, la tasca, la perfumería, la farmacia, la tienda de productos para el campo.

No había quedado muy claro por qué razón habían decidido correr. Puede que uno arrancase cuando surgió la idea de que tenían que salir de allí, o que el pánico en el que casi había entrado Arturo al ver su ilógico reflejo hubiese contagiado a todos los demás. Resultaba bastante difícil determinarlo, pero lo que sí estaba claro era que corrían en la dirección en la que, creían, estaba la salida. Si volvían por donde habían venido, era bastante probable que llegaran de nuevo a la entrada. Y por la entrada podrían salir. Parecía lógico. Sencillo.

Sin embargo, las tiendas y el pasillo no se acababan nunca. Les daba la sensación de no haber tardado tanto en llegar hasta el cine, pero ahora el camino inverso se hacía interminable.

Unas veces las tiendas parecían nuevas y limpias, como cuando se había encendido la luz, y otras, abandonadas y llenas de polvo, como las que quedaron tras algunos de ellos después del derrumbe. Y luego estaba la iluminación, que en algunos tramos era tan clara como la luz del día y en otros era deficiente y parpadeaba cuando no estaba apagada por completo. Y aunque nadie parecía haberse fijado, las tiendas volvían a repetirse una y otra vez.

La décima ocasión en la que pasaron por un videoclub de cintas VHS, Arturo fue el primero en detenerse. Acostumbrado como estaba a ser el líder, no esperó que los demás siguieran corriendo llevados por un pánico que los cegaba tanto que eran incapaces de ver lo que él ya sabía aunque no lo comprendiera. La información se ubicaba en alguna parte de su mente, a pesar de que las piezas del puzle no terminaran de encajar: estaba el pasillo interminable y las diferentes iluminaciones y las tiendas que se repetían sin parar.

Se apoyó en las rodillas para recuperar el aliento y bajó la cabeza un segundo.

«Descansaré un poco y luego los alcanzaré para frenarlos. Puedo hacerlo. Maldita sea, el año pasado aplasté a todos en los cien metros vallas, ¿qué me pasa?».

El año pasado no estaba aterrorizado. La última vez que había tenido tanto miedo era un niño gordito huyendo de unos chicos que querían meterle la cabeza en un urinario sucio. Y sí, entonces los venció a todos corriendo. Pero puede que fuera la costumbre de estar asustado. Ya el pánico no le era tan conocido.

Se había acostumbrado a ser el mejor y al terreno controlado de la pista, con sus compañeros y rivales a ambos lados, y un objetivo por delante que siempre conseguía porque eso era lo que sabía hacer. El corazón al ritmo adecuado. La respiración al ritmo adecuado. El mundo a sus pies. Ahora tenía todos los músculos como maderos. Y se había detenido porque algo más, aparte de todo lo extraño que estaba sucediendo, le había dado suficiente miedo como para frenarlo. Aunque no unió las piezas; no lo hizo. No relacionó ningún hecho previo con que en el escaparate del videoclub anunciaran, con todos los honores, la edición especial del veinticinco aniversario de *Ben-Hur*.

El corazón le latía tan deprisa que se le habría salido por la boca de no estar encerrado en la caja torácica. Le palpitaba la cabeza con una idea recurrente: «Por aquí ya hemos pasado», sin que eso lograra transformarse en una explicación que pudiera calmarlo.

Alzó la cabeza sólo para comprobar que los demás habían desaparecido de su vista. En aquel pasillo que parecía infinito, ya no había nadie más que él. Habían sido devorados en algún punto en la oscuridad de un tramo sin luz.

Una nueva sensación empezó a recorrerle los miembros: todo aquello era una locura. Sí, una locura. No era posible que se los hubiera tragado la Tierra, hacía tan sólo unos segundos los tenía delante. Debería verlos por mucho que la iluminación no fuera perfecta. No les había dado tiempo a alejarse tanto y el pasillo era recto.

¿O no?

—¿Arturo?

Aquella parecía la voz de Will, con esas erres dificultosas que él pronunciaba. Pero no venía de delante de él, como habría sido lo lógico, sino de detrás. ¿Se había quedado Will rezagado? No, no era posible, él mismo lo había visto adelantarlo cuando paró. Quizá sus ojos lo engañaban. Quizá no había visto a Will avanzarle, como no había visto la barbería, la tasca, la perfumería, la farmacia y la tienda de productos para el campo pasar una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. Se dio la vuelta despacio y sintió que la sangre abandonaba su rostro.

Tenía el mismo aspecto que si hubiera visto a la muerte en pie cuando los demás lo alcanzaron.

Habían desaparecido delante de él hacía unos segundos, un par de minutos a lo sumo. Y ahora aparecían por detrás, al fondo del pasillo, y avanzaban en su dirección un tanto desorientados, pero ni de lejos tan asustados como estaba él.

—Arturo, ¿cómo nos has adelantado? Pensaba que venías detrás.

Hubiese querido estrangular a Will. Se había dado cuenta de su parada y no los había frenado para esperarlo. Sin embargo, tenía demasiado miedo para pensar siquiera en hacer un movimiento violento. Se sentó en el suelo, tenía la boca seca.

—No lo he hecho.

—¿Qué no has hecho?

—Adelantaros. Me quedé aquí y os vi desaparecer por ahí —explicó, señalando hacia un lado del pasillo—, y después habéis aparecido por aquí.

—No puede ser. El pasillo no es circular.

Arturo miró a Will con ganas de abofetearlo. Si seguía por ese camino, tal vez el inglés consiguiera cabrearlo tanto que el miedo dejara de representar un obstáculo.

—Ya lo sé, ¿te crees que soy imbécil? Creo que los mapas de Pere los hemos visto todos. No sé qué está pasando, pero por este pasillo ya hemos pasado por lo menos diez veces.

Todos miraron a su alrededor. Era verdad. Incluso Will y Bea tenían fotos de los comercios circundantes, muy al principio de haber llegado, aunque en el momento actual tenían un aspecto distinto, no tan nuevo como cuando entraron.

—Parece un bucle fantasmal. Qué curioso. Nunca pensé que encontraríamos tantas cosas interesantes. —La voz de Adela cayó sobre todos los presentes con la consistencia helada que tenía su timbre. No costaba olvidarla cuando no hablaba, pero cuando lo hacía, todo se volvía frío, escalofriante.

—¿Qué entiendes tú por interesante? —El tono de Bea en realidad parecía estar pidiendo que no lo explicase.

—Bueno, es interesante a nivel teórico, claro. Cuando lo vives, tiene menos gracia. —Adela se encogió de hombros como con resignación antes de continuar—: Todo lo que ha pasado en un lugar deja un rastro. Un rastro que es como una sombra, una huella. Lo podéis llamar espíritus, fantasmas, lo que queráis, pero es más bien como un resto, una señal de que estuvieron ahí, aunque creo que esto ya lo hemos hablado. —Adela se quedó pensativa unas fracciones de segundo, mirando hacia arriba como si en realidad no pudiese recordarlo. Laura y Bea se miraron con complicidad antes de que ella volviera en sí y continuara—: A veces estos rastros crean paradojas espaciales o temporales para atrapar a los vivos, como ocurre en los sueños.

—¿Paradojas? ¿De qué estás hablando, bruja?

Adela sonrió como si esa increpación confirmase su idea de que Arturo era imbécil. Bea se abrazaba a Laura. A Will le temblaba la cámara de fotos en la mano.

—Sí, algo que no debería estar ahí según la lógica: escalones que suben para llevar abajo, pasillos que te llevan atrás en el tiempo, corredores rectos que te devuelven una y otra vez al mismo lugar. Lo tenéis que haber visto en mil películas sobre casas encantadas.

Todos se quedaron un segundo en silencio. Sí, lo habían visto cientos de veces. Pero entonces era divertido, en la comodidad del sofá, debajo de una manta peluda

con un bol gigantesco de palomitas de microondas que terminaban desperdigadas por todas partes de los saltos que uno daba al asustarse.

La realidad era muy distinta. Estar atrapados en un trozo de pasillo, bajo tierra, con una amenaza desconocida rondándolos, no tenía ninguna gracia. Desde luego no era para nada interesante.

—Pues en esas películas por lo general muere gente, Adela. No veo qué puede tener de interesante. —Pere puso en palabras lo que ya hacía un rato que les pasaba por la cabeza a todos.

—Pues creedme, lo es y mucho. Este sitio, según habéis dicho, no llegó a inaugurarse, ¿no? ¿No es curioso que haya un bucle fantasmal causado por presencias si aquí no hubo ninguna antes?

—Mi abuelo y los demás entraron aquí hace años según me dijo. —En ese momento, Pere reparó en que su abuelo no había corrido con ellos y lo buscó con la mirada.

—Podría ser una explicación, aunque a mí me da que, de alguna manera, las traemos con nosotros, que las hemos arrastrado hasta aquí. En cualquier caso, lo que es todavía más llamativo es el hecho de que esas formas o restos son sombras de lo que fueron, da igual de dónde salieran en origen. No tienen fuerza por sí mismas y desde luego no suelen tener un objetivo. Éstas nos han mantenido dando vueltas a este punto por algo. Y eso sólo puede querer decir una cosa.

—Que estás como una cabra.

—Cállate, Arturo.

Adela sonrió a Pere antes de concluir, aunque no reparó en la inquietud que asomaba a sus ojos azules.

—Sólo puede querer decir que uno de nosotros los está convocando y dirigiendo. Hay uno de nosotros que tiene un objetivo claro en todo esto y se sirve de imágenes en las fotografías y trucos. Si averiguamos quién es, podremos saber qué quiere y cómo acabar con ello.

El gesto de Adela era triunfal, pero ninguno de los presentes pareció compartirlo. Xurxo se escondió tras Laura y le cogió la mano. Todo aquello parecía demasiado para el niño.

De repente, animado por una energía nueva, Arturo se puso en pie de un salto y empezó a moverse como si se preparara para repeler un ataque, de un lado a otro, al estilo de un combate de boxeo, tomando la avenida donde se habían detenido como un gigantesco cuadrilátero. El oponente, tal vez invisible, o tal vez la misma Adela.

Y el abuelo Herme, ¿dónde se había metido? Pere se dio cuenta de que, allí donde alcanzaba su vista, no estaba. El abuelo, el tranquilizador anciano con su misterioso cuaderno de tapas azules que no dejaba tocar a nadie y que podría tener las respuestas, que podría salvarlos, ¿dónde se había escondido?

Adela, por su parte, estaba de pie frente a Arturo, como una figura de cera vestida de blanco. Sus pantalones blancos, sus zapatos Oxford blancos, su abrigo blanco, ni

siquiera se habían manchado con el polvo del derrumbamiento, si es que había polvo y no eran ciertos los momentos en los que la avenida comercial parecía habitada y limpia.

El pelo rojo le caía en bucles por los hombros y todos los amuletos que llevaba al cuello y los incontables anillos que surcaban sus dedos brillaban con la luz que, al menos en ese punto, seguía encendida de forma inexplicable, como si esa luz se proyectara en ellos para resaltarlos, para que ninguno de los presentes pudiera dejar de mirar las piedras y los pentáculos que los decoraban. Sobre todo los pentáculos, que captaban la atención de una forma hipnótica, irresistible y llena de una enorme y redonda palabra que sólo salió de una de las bocas, pero que había pasado por las cabezas de todos.

—Bruja. —Arturo no había dejado de moverse como si fuese a boxear, pero ya tenía un objetivo visible, y centraba sus movimientos en acercarse con cautela a Adela, que no se movió ni un ápice—. ¿No te parece que eres la sospechosa con más probabilidades?

—¿Y por qué os iba a contar todo esto si fuera yo?

—Para volvernos locos, ¿no es eso lo que quieres?

—No quiero volveros locos. Creo, más bien, que el lugar en el que nos hemos detenido tiene mucho que decir de lo que quiera que desea el que está haciendo todo esto.

La serenidad de Adela hizo que todos mirasen a su alrededor, sólo para darse cuenta de que estaban en el mismo punto en el que había caído el techo.

—Estamos donde deberían estar los escombros —intervino Will.

—¡Tú cállate, inglés!

—Pero, Arturo, ella tiene razón, todo esto no puede ser casualidad.

—¿Lo dices tú, que traes fantasmas de Londres que ponen música rarita en el cine? Para mí, tú también eres un posible sospechoso.

La cara de Arturo chorreaba de sudor. Resultaba imposible no ver que se estaba colapsando, que todos sus sentidos, sus músculos, estaban a punto de estallar en cualquier dirección y contra cualquiera. Lo que desconocían era que aquello lo había causado una pequeña hojita de laurel bañada en plata, en la mano de un reflejo que no debería estar en una fotografía, y un cartel de *Ben-Hur* en un escaparate.

Lo demás era secundario: el bucle, la carrera, los comercios que se repetían, hasta el cubículo a lo asesino en serie del proyccionista fantasma. La hoja de laurel que tanto había buscado cuando la perdió le recordaba dos palabras: mala muerte.

—El que sea de nosotros que está haciendo esto nos está intentando decir algo que tiene que ver con los escombros, estoy seguro —continuó Will, ignorando a Arturo y sus amenazas soterradas.

—¿Como qué? ¿Como «bajo tierra»?

Varias caras se volvieron hacia Laura con sorpresa. O más bien con una mezcla de sorpresa y horror.

—¿Qué has dicho?

—He dicho «bajo tierra», Pere.

Pero Laura no miraba a Pere sino a Bea, que parada frente a ella, no movía ni un músculo.

—¿Por qué me miras así?

—Dímelo tú.

—¿Porque tengo miedo a que me entierren viva?

—No, por eso en concreto no.

Para sorpresa de todos, Laura contó la historia del trance en el que cayó Bea una tarde de lluvia en la residencia. Incluso describió cómo le pareció que llevaba un camisón de hilo, aunque podía ser el vestido que llevaba puesto, y que tenía las manos tan ensangrentadas que parecía no tener uñas. Bea se llevó las manos a la boca espantada, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Dios santo.

—¿Nos estás haciendo tú esto, Bea?

—No, ¿cómo puedes pensar que yo podría hacer algo así? Eso que estás contando se parece a mi pesadilla. Siempre es la misma. Tengo esa pesadilla desde que me acuerdo, incluso voy así vestida.

—Pues no sé por qué habré relacionado las dos cosas.

La voz de Laura sonaba irónica y áspera, acusatoria todavía. Mantenía agarrado a Xurxo tras ella. En realidad, desde que habían salido de aquella horrible tienda de muñecas, no podía mirar a Bea de la misma manera. Era su mejor amiga, y siempre se había sorprendido mucho de su afición por unos objetos que daban tanto miedo. Pero las caras de fascinación que había puesto ahí dentro eran espeluznantes. Casi como si, no se atrevía a terminar de pensarlo pero era cierto, casi como si estuviera convirtiéndose en una de ellas. Una de esas terribles muñecas que no sabían que iban a morir.

Xurxo había dicho que iban a morir todos.

La mano de Pere en su cuello, fría y suave como el roce de un ala, la sobresaltó.

—No es ella. Yo también escribí esas palabras en un libro antes de venir.

—¿Tú?

—Sí, en un libro de Edgar Allan Poe. Y encuadré con ellas unas palabras referentes a polvo y rocas.

—Joder, estáis todos locos. —Arturo estaba colorado como una manzana Fuji—. Una bruja, uno con fantasmas, una que se ve a sí misma sin uñas. Y ahora éste.

—Yo vi esas palabras en una sesión de ouija.

—¡Lo que faltaba!

—En serio, salieron a través de un espíritu muy fuerte, que estaba como vivo. —Adela continuó como si no pasara nada—. No hacía más que repetir aquellas dos palabras.

—Cuando mi novia murió, dijo que volvería a oír algo que hoy, aquí, he

escuchado. También dijo que lo haría bajo tierra.

—Vale, un momento, ¿el único que no ha oído nunca eso he sido yo?

Pero Arturo sí había escuchado esas palabras, hacía muchos años, en un rincón de la memoria que había pretendido encerrar con llave. Bea se dio cuenta de la cara que estaba poniendo al recordar, y le puso la mano en el hombro.

—Sí que lo has oído, ¿verdad?

—Vale, es cierto. Fue hace mucho, habría querido olvidarlo, pero soy incapaz. Una chica a la que habían robado el bolso me dijo: «Tu vida se trunca bajo tierra».

—Bueno, entonces ya estamos donde lo que quiera que sea que nos ha traído aquí nos quería tener. Por mucho que huyamos, volveremos siempre a este punto. No sé si vale la pena que nos movamos de aquí.

Adela había dicho eso sentándose en uno de los taburetes del bar que, de nuevo, parecía nuevo y en uso. Todos la miraron con la seguridad de que, fuera lo que fuese lo que cabía esperar, no sería bueno. Aunque tampoco estaban seguros de poder escapar.

Arturo, el primero en imitarla y sentarse, lo hizo al lado de las mochilas que habían quedado abandonadas tras el derrumbe. Allí estaban como si nada, limpias, con la chaqueta de Bea doblada encima. Al no haber ya escombros, volvían a estar a mano, y eso le hacía recordar la botella de whisky que había traído. ¿Para qué preguntarse por qué estarían las mochilas y no los restos de lo que podría haber sido una tragedia? Era todo demasiado disparatado a su alrededor como para hacer preguntas de las que no quería conocer la respuesta.

Cuando sacó el licor, ni siquiera Laura se atrevió a decirle nada. Había que esperar en ese punto a que sucediera algo, algo que no tenía pinta de ser bueno, pero de lo que no podían esconderse ni huir. No podrían salir de allí hasta que eso, lo que fuera, pasara. Y sólo podían confiar en que el misterio los dejara con vida. ¿Qué más daba si Arturo o cualquier otro se emborrachaba?

Nadie recordó a Xurxo. A él no le habían preguntado si había oído alguna vez «bajo tierra». Aunque, ¿qué hubiese dicho? ¿Que él llevaba viendo lo que sucedería desde el incidente en el que perdió el conocimiento? ¿Que vio primero los fragmentos y después el puzle completo que se había formado aquella misma noche? ¿Que él lo sabía todo? ¿Y por qué iba a contarlo? Tenía demasiado miedo.

Él sabía qué significaba «bajo tierra».

UNOS MINUTOS DE PAZ

Xurxo sabía qué significaban aquellas dos palabras, sí, pero los demás no. ¿Qué estarían pensando que esperaban? ¿Un desastre? ¿Una solución? ¿Pensarían algo? ¿Tendrían miedo?

Pere se preguntaba qué habría sido de su abuelo. No había arrancado a correr con el resto, pero a él ni le había preocupado en un principio y se sentía un poco culpable. También pensaba en Laura, no podía evitarlo. Pensaba que él podría terminar la carrera en Madrid, que podría pedir una beca y trabajar por las tardes para cubrir gastos. Si Laura quisiera, claro. Aunque también se planteaba que quizá Laura tenía dinero y él no, y a lo mejor eso podría suponer un problema. Tal vez no para ella, pero sí para sus padres. Tenía pinta de niña rica. Además, habían hablado de que compartía cuarto con Bea en una residencia, y las residencias eran caras. Claro, debía contar con eso. Era posible que la cuestión del dinero representase un obstáculo. Y si él dejara la casa familiar, tendría que alquilar un cuarto y comer. Muchos gastos con los que ahora no contaba. Quizá fuese demasiado difícil. Y convencerla a ella de que se trasladase a Barcelona le parecía imposible. Después de la experiencia de esa noche, ¿quién querría volver? Aunque algo le hacía temer que, de alguna manera, estaban destinados a esa situación. Se sorprendió de no tener miedo, de estar pensando en el futuro. Allí estaban sentados, en silencio, esperando algo desconocido, una amenaza o una salida, en cualquier caso inevitable. ¿Para qué preocuparse por algo inevitable si no se iba a poder hacer nada? Pero el abuelo, ¿dónde se habría metido? Él quizá tuviera algunas respuestas apuntadas en su cuaderno azul.

Will pensaba que Arturo quizá tuviera razón y la parte fantasmal de Mel que siempre lo acompañaba estuviese causando todo eso. Pero ¿por qué? ¿Cuál era el mensaje? Siempre que Mel había hecho algo lo había hecho por alguna razón. Era así en vida y, por lo que él había podido comprobar, lo estaba siendo en muerte. No había permitido que se quitara el casco, como avisándolo de que algo iba a suceder. Y después, cuando había sonado su canción en el cine, todo se había vuelto viejo y abandonado y, de alguna forma, tranquilizador. La cochambre, la luz difusa y el suelo levantado le habían tranquilizado. Como si a la realidad se le hubiera quitado cualquier pátina artificial que tuviera antes. Y había ocurrido cuando sonaba David

Bowie, no podía ser una coincidencia: Bowie sonaba para él. ¿Mel le hablaba de la ruina? ¿Por qué?

Bea se sentía traicionada. Laura, por un momento, había creído que ella era la responsable de todo aquello. ¿Cómo había podido pensarlo? ¿Por quién la había tomado? ¿Creía de veras que era un monstruo capaz de mantener encerrados bajo tierra a toda esa gente? Si ella ni siquiera soportaba estar bajo tierra. Aunque era verdad que cada vez que lo pensaba se angustiaba menos, como si poco a poco su cuerpo la sedase por piedad. Quizá la más inteligente de las opciones era la de Arturo, que había decidido emborracharse.

Los demás desconocían las verdaderas razones por las que Arturo se estaba emborrachando. No sabían nada de la hoja de laurel como amuleto, ni de la chica que tuvo aquella muerte horrible sobre las calles empedradas de Sevilla. ¿Y cómo contarle? ¿Debería remontarse a cuando era un niño que se odiaba a sí mismo? ¿Se odiaba en realidad por estar gordo? No, ser un niño gordo era lo de menos. Si hubiese sido simpático, comunicativo, si no hubiera sido hostil ni mediocre, sus kilos hubiesen dado igual. No sentía desprecio por sus carnes, sentía desprecio por el niño vulgar que era. Y por los niños que se daban cuenta de que era vulgar y lo ponían de manifiesto todo el tiempo. Y después, cuando había alcanzado el éxito en algo, ¿qué había hecho? Intentar olvidar al niño vulgar. Intentar olvidar a la mujer a la que le robaron el bolso y que le predijo una mala muerte. Pero ¿había logrado olvidarla?

No.

Temía a Adela porque era como ella. O quizá no fuera como aquella chica, pero le recordaba a ella en su fascinación por lo inexplicable y lo paranormal. Lo que tan feliz hacía a Adela, a él lo enloquecía. Porque si todo eso era real, si no había sido una alucinación colectiva, también lo de la mala muerte podría ser real. Y él había perdido el amuleto que ahora aparecía en una fotografía para recordárselo. Debería brindar por ello. Ni siquiera la elección de su novia era aleatoria, ahora se daba cuenta. Bea se parecía a aquella muchacha. Hasta llevaba sus mismas gafas. Pero al contrario que Adela, Bea no le daba miedo por mucho que Laura hubiese contado esa terrorífica historia. Bea era como la chica cuando lo miró azorada y le hizo sentir guapo por primera vez. Bea era esa parte del recuerdo que él había decidido conservar. Sentado contra la puerta de la juguetería, con ella al lado, le pasó el brazo por encima del hombro y la apretó contra su pecho mientras le daba un trago a la botella.

Xurxo pensaba lo extraño que era lo que estaba sucediendo. Se preguntaba por qué nadie había comprendido. Y por qué, ahora, de una forma terrible, se verían obligados a comprender.

Adela pensaba que aquélla era la experiencia más interesante que había tenido nunca. Al mismo tiempo, creía que debía de haber un generador en aquel lugar. Uno de ellos debía estar causando lo que sucedía. ¿Y si era ella misma? La presencia que se le había revelado en la ouija había dicho un misterioso «LA QUE ERES SOY»,

que podía significar cualquier cosa, pero que en ese contexto podría interpretarse como que ella, en un momento futuro, había decidido mandarse un mensaje. Ella misma, ¿era posible? Cuanto más lo pensaba, más lógica le encontraba y a la vez más excitante le resultaba pensarlo. El catalizador de aquellos fenómenos no tenía que hacerlo de manera consciente, no era necesario.

¿Cómo había llegado a aquel foro? Había sido tan sencillo y aleatorio como dejarse guiar por la caída de un cristal en la punta de un péndulo. Quería hacer un experimento: si cerraba los ojos con un buscador de páginas web en la pantalla del ordenador y pulsaba el teclado aleatoriamente, ¿qué saldría al darle al botón de búsqueda? Así había sido. El primer resultado de la búsqueda de un galimatías de letras había sido el foro creado por Will y la idea de la exploración urbana la había conquistado enseguida.

No es que se caracterizase por ser muy aventurera, pero la clase de sitios a los que iban en esas excursiones solían estar poblados de presencias. Adoraba las ruinas urbanas, los lugares abandonados por el hombre, porque siempre había una historia interesante que podía capturarse en ellas. A veces eran voces. Otras, susurros, gruñidos. Y tratar de reconstruir lo que decían era como un excitante puzzle. Se apuntó enseguida. Pero entonces no sospechaba siquiera lo que iban a encontrar: una paradoja espacio-temporal, objetos y hasta locales comerciales que aparecían y desaparecían, o que estaban limpios y nuevos o llenos de escombros. Si hubiera soñado algo así, no lo hubiera hecho con tanta perfección. Era todo lo que siempre había querido encontrar.

Aquel lugar no sólo estaba lleno de vida, de rastros de las vidas que era imposible que alguna vez hubiesen pasado por ahí. Sino que había algo muy fuerte, con una energía sobrenatural, dirigiéndolas. ¿Sería ella?

Qué excitante y fabuloso sería convertirse en su propio objeto de estudio. Podría poner en práctica lo que aprendiera de lo grabado al llegar a casa. ¿Podría crear realidades, convocar fantasmas del pasado y del futuro a voluntad? ¿Sería una cuestión de ensayo? No comprendía por qué los demás estaban entre asustados y resignados. Aquello era maravilloso. Si fuera cierto, si pudiese hacer todo eso, podría incluso sanar. Generaría salud. Sí, había escuchado algo sobre eso.

¿Y qué explicación científica tendría?

Laura se sorprendía de lo frías que estaban las manos de Pere, que, para horror de Xurxo, se volvía a acercar a ella y la rodeaba con sus brazos como si la conociera de siempre. Y en verdad, ¿qué más daba? Si de verdad quería tocarla, podría ser su última oportunidad aquella noche. Su última oportunidad sobre la Tierra.

Qué extraños eran los inmensos ojos azules de Pere, de una limpieza drástica que casi dañaba. Una podía perderse en ellos y dejar de pensar en que había pasado un susto terrible, que estaban atrapados quizá para siempre, esperando Dios sabe qué, quizá la muerte. Tenía ojos de ahogado. Y no sabía por qué había pensado eso. Quizá por un cuento de García Márquez que había leído en el instituto, un cuento de un

ahogado hermosísimo. Supuso que si hubiera tenido que imaginarlo, lo hubiese imaginado como Pere.

Qué fulminante era el amor en una situación de tensión como aquella. Qué consolador y brillante, qué dulce. Ojalá no se acabara nunca aquella noche. Que continuase siempre, lejos de allí, de aquellos escombros que habían desaparecido.

Y después, cuando la mano de Pere empezaba a colarse por debajo de su camiseta, sólo un poco, rozando con pudor la cintura, los dedos rodeando el ombligo, sin saber por qué se fijó en la sonrisa de Adela. Y el corazón le dio un vuelco. De repente, las manos de Pere estaban demasiado frías y aquella noche era una pesadilla de la que no sabían si serían capaces de salir.

UN HÉROE MENOS

—Oye, Pere, ¿de qué conoces a Adela? —preguntó Laura.

—¿Yo? Del foro. ¿No es amiga vuestra?

—No, mía no. Y de Arturo y Bea tampoco. La hemos visto hoy por primera vez.

—Pues ni Will ni yo la conocemos.

—¿Y de dónde habrá salido?

El silencio que se abrió entre ambos sólo podía indicar que cualquiera de las respuestas que se les ocurrían era peor que la anterior.

Pere se separó con brusquedad de Laura y se enfrentó a Adela. Le preguntó por qué había intentado engañarlos. Por qué había hecho creer a los de Madrid que había llegado con los de Barcelona y a los de Barcelona que venía con los de Madrid. Adela no varió su actitud indolente. Sin embargo, la reacción de Pere despertó una tormenta de gritos e improperios.

Puede que el pánico se hubiera apoderado de Arturo, que era el que más la insultaba; a esas alturas, cualquier excusa le hubiese parecido buena para hacerlo, sólo necesitaba una chispa para saltar y Pere la había prendido. Puede también que ese pánico contagiara a los demás, ese temor a lo desconocido, el miedo ancestral e infantil al monstruo que, agazapado bajo la cama, espera con paciencia a que se te salga un pie del edredón para tirar de ti y arrastrarte al vacío.

La escena era caótica y Adela, que se había quedado muy sorprendida con las preguntas de Pere y los ataques del resto, no reaccionaba. Estaba allí de pie frente a ellos, temiendo que, en vez de la generadora de aquellos extraños fenómenos, se fuera a convertir en la víctima o en el objetivo de todo ese juego.

El escenario había cambiado poco a poco, y todo lo que antes estaba limpio y ordenado se había vuelto sucio y cochambroso. Los escombros seguían sin aparecer, y en su lugar había trozos de tuberías, palancas, como si alguien hubiera dejado todo aquello a medio dismantelar o a medio construir. Era imposible saber cuándo había vuelto a mutar el paisaje sin que ellos esta vez se movieran, porque estaban todos tan excitados por las sospechas hacia Adela que no se habían dado cuenta de nada. Sin embargo, Arturo sí había hecho un buen uso del cambio de situación y se había armado con una barra metálica que alzaba a un lado de su cabeza como si fuese un bate de béisbol.

—Matémosla.

—Pero ¿qué dices?

—Matémosla. En defensa propia. Es ella o nosotros, ¿no? Pues peguémosle un golpe en la cabeza y dejémosla aquí. Así lo mismo acabamos con todo esto.

Adela permanecía muy quieta y silenciosa, sentía el calor del miedo que paralizaba sus miembros y su lengua. Sobre todo su lengua. Ni siquiera hubiera sido capaz de empezar a excusarse.

Will agarró la barra de Arturo para intentar quitársela, pero éste se revolvió como si lo hubieran atacado estando atrapado en un cepo.

—Tranquilo, tranquilo.

—No me jodas, inglés, que te arreo a ti también.

Will respondió alzando las manos como si le apuntasen con un arma.

—No es tan difícil: si ella tiene la culpa, es defensa propia, ¿no? Y además, ¿quién va a enterarse? Apuesto lo que sea a que en su plan malévolo no le ha dicho a nadie que está aquí. ¿Se lo has dicho a alguien? ¡Responde! ¿Se lo has dicho a alguien?

No sabía si era el miedo, la adrenalina, el alcohol, o que ya estaba harto, pero con mucho gusto le reventaría la cabeza a la bruja si con eso conseguía largarse de allí. ¿Qué era la cárcel comparado con todo aquello? Nada comparado con la mala muerte que ella parecía haberles preparado.

Además, no paraba de regodearse, calificando de «fascinante» o «fabuloso» todo lo que ocurría, sin importarle en absoluto que estuvieran todos aterrorizados. Ella había causado el derrumbamiento. Ella era el proyccionista fantasma con una cabina que parecía de asesino psicótico. Tenía poca relevancia que estuviese abajo con ellos cuando el aparato se había encendido; lo habría puesto en marcha con un abracadabra.

Por su parte, Adela sólo fue capaz de murmurar un tímido «no», que parecía más soberbio que aterrorizado. Se percató al decirlo y cuando Arturo se lo hizo repetir más fuerte. Esa negativa sonaba mal, sonaba con un timbre inadecuado, pero ella no tenía la culpa de hablar así, era su voz. Su voz sonaba frívola, despreocupada, igual que su cuerpo parecía el de una adicta al quirófano.

—No.

—¿Lo veis? Nos la podemos cargar. No le ha dicho a nadie que ha venido aquí a jodernos.

A Bea le dio tiempo a pensar que la que solía tener sentido común, Laura, estaba demasiado ocupada protegiendo al niño. Y que eso podría acabar en tragedia si nadie lo detenía. Después se vio a sí misma abriendo los brazos e interponiéndose entre la barra de Arturo y Adela para escudar con su cuerpo a esta última, como si hubiera sido otra y no ella. Quizá fue un ataque de locura.

—¡Arturo, no!

—¡Apártate! Si nos la cargamos, esto se acaba, ¿no lo entiendes?

—Que no, Arturo, que he dicho que no. ¿Ni siquiera vas a dejar que se explique?

—No tiene nada que explicar o lo hubiera hecho ya.

—O está aterrorizada. ¿Qué clase de monstruo eres?

Arturo escuchó esas palabras y sintió todo su cuerpo flojear. Fue como si lo hubiesen despertado de un mal sueño del que saliera bañado en sudor y jadeante. Bajó la barra y se llevó la mano a la frente. Se habría echado a llorar de no haber sentido tanta vergüenza.

—Vale, haced lo que queráis, yo no puedo más.

—Gracias.

Todos suspiraron aliviados. Aparte de Bea, ninguno hubiese sido capaz de detenerlo. Incluso no sabían si querían detenerlo. Adela despertaba la sospecha de que todo aquello estaba manipulado por alguien y era la candidata con más puntos. Y si Arturo la hubiese golpeado con aquella barra, ¿qué hubieran hecho después? ¿Buscar la salida como unos enloquecidos y llamar a la policía? ¿O dejarla morir ahí abajo? En aquel momento, cualquiera de las posibilidades les daba escalofríos. Por suerte, Bea había demostrado un poco de sentido común.

—¿De dónde eres, Adela? ¿Por qué nos has engañado?

—Yo no he engañado a nadie.

—Pero nos has convencido de que venías del sitio del que venía el otro grupo.

—No es verdad. Ninguno me ha preguntado de dónde venía yo. He dado por hecho que no os interesaba.

Se miraron los unos a los otros un poco desorientados.

—¿Y de dónde vienes? —preguntó Laura.

—De Zaragoza. En mi perfil del foro no lo ponía porque no me gusta poner dónde vivo en las redes sociales, me da la sensación de que algún loco va a venir a la puerta de mi casa a echarme ácido en la cara. —Laura no pudo reprimir una sonrisa ante semejante declaración de paranoia—. Y luego, cuando llegué, estaba Will solo y me preguntó por los demás. No creí que me lo estuviera preguntando porque creyese de verdad que yo lo sabría, sino por entablar conversación. Contesté lo que pensé que uno contesta en esas situaciones, algo vago, algo como «ahora vendrán» o «ya vendrán». No pensé que fuera importante.

Adela se encogió de hombros como si todo aquel lamentable malentendido no hubiera podido tener consecuencias desastrosas. Parecía que lo acontecido segundos antes no hubiese ocurrido nunca. Allí estaba con ese aire despreocupado, jovial y un tanto alucinado que a Arturo tanto fastidiaba.

—Nadie te preguntó de dónde eras, eso es cierto, lo hemos dado por hecho nosotros.

—Ya ves, Laura. Tampoco a mí me ha dado por preguntar, pero me lo habéis dicho de viva voz o lo habíais puesto en el foro, porque habéis querido revelar dónde vivís. —Su tono no lograba hacerse recriminatorio aunque lo intentara—. A mí, simplemente, no me gusta decirlo. No sé si soy yo la que causa esto. Si lo soy, lo

siento si os asusta, no es algo que esté haciendo aposta.

—No creo que el que lo esté haciendo sepa que lo hace.

Todos miraron a Pere, el autor de esas palabras que sonaban a excusa, mientras se adelantaba hacia Adela y le ponía la mano en el hombro.

—Lo agradezco. De verdad que lo agradezco. Lo habitual es que la gente reaccione como Arturo. En la carrera, todo el mundo piensa que soy una friki.

—Lo siento. Todos lo sentimos.

—No importa. De verdad que no.

Pero uno de ellos hacía rato que ya no escuchaba. Una voz, como un canto de sirena, lo estaba llamando, sonando tan sólo para él. Con sus altibajos y notas, con su melodiosa y conocida verdad, atraía a uno de los incautos exploradores que permanecían en aquel claro de la avenida, donde unos minutos antes, o tal vez horas, era difícil saberlo, un pedazo de techo se había desprendido; un trozo de techo cuyos escombros ya no estaban. Todo aparecía y desaparecía en la Ciudad de la Luz.

Sería justo decir que fue Xurxo el primero en darse cuenta, porque ésa era la verdad. Pero su descubrimiento no tuvo ninguna relevancia porque, como tantos otros aquella noche, no lo expuso en voz alta, así que tardaron en percatarse. Ocupados con sus respectivos miedos o sospechas, olvidaron contarse.

Y ya no eran ocho sino seis.

Fue la propia Adela, mientras explicaba por qué había decidido estudiar física y cuánto se parecía la física teórica a la magia, la que se percató de que le faltaba alguien alrededor.

—¿Dónde está Will?

En una situación semejante, siempre ocurre que la gente da vueltas sobre sí misma como una estúpida, buscando a alguien que es evidente que no está.

—No lo sé. No creo que haya ido muy lejos. Lo habríamos visto.

—O lo habríamos oído marcharse, ¿no? —La voz de Bea evidenció un temblor que contagió a todos de un único y mudo pensamiento.

La fotografía se había modificado para mostrar su nombre a medio escribir en la tienda de encargo de lápidas. Y en aquel momento, eran uno menos.

Sonaba a cualquier cosa menos a macabra coincidencia.

TERCERA PARTE

LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

LA VOZ DESAPARECIDA

Fue extraño, como si un velo de calma se desplegara sobre todos ellos. Faltaba uno, aquel cuyo nombre había empezado a escribirse en un libro encerrado dentro de una fotografía digital, pero no pasaba nada, era normal, era lo lógico, lo que tenía que pasar.

De alguna manera, cuando uno espera que ocurra algo terrible, siempre es peor la incógnita que el desarrollo de los acontecimientos. Cuando Will desapareció, no hubo sangre, no hubo vísceras, no hubo miembros cercenados o cualquier otra situación horrible que hubiesen podido imaginar antes. Fue limpio y casi tranquilizador. Un momento antes estaba y luego ya no. Como si lo hubieran arrancado de la realidad sin ruido, sin miedo, sin gritos, sin nada.

Además, es curioso comprobar cómo una vez el cerebro se acostumbra a asimilar cosas mágicas e inexplicables, ya todo parece normal dentro de esa lógica, nada es tan raro como podía serlo al principio, cuando las primeras notas de esa interminable sinfonía diabólica comenzaban a hacerse notar.

Will desapareció y nadie entró en pánico, ésa es la verdad. Fue tranquilizador para cada uno de ellos darse cuenta de que no había desaparecido él o ella, sino otro. Alguien ajeno. Además, era lo lógico, ya que su nombre había empezado a aparecer en aquella fotografía, debía ser él.

Su educación civilizada luchaba contra su instinto de supervivencia, y aunque en su interior todos se sentían calmados de una forma extraña, aliviados, el sentido del deber se impuso y Bea fue la primera en hablar.

—¿Deberíamos buscarlo?

—Muy buena pregunta. Pero no, gracias. Puede haberse ido por su propio pie a buscar un rinconcito donde mear. No deberíamos ni preocuparnos.

—No te veo demasiado preocupado, Arturo.

—¿Y lo estás tú? Cuéntame una de indios y vaqueros después, por favor. Estás muy tranquila de no haber sido tú la desaparecida.

Bea se quedó en silencio y agachó la cabeza. Arturo estaba en lo cierto, que hubiese sido Will le hacía sentir una calma culpable.

Toda su vida le habían enseñado a preocuparse por los demás. Sus padres colaboraban con tres ONG, tenían apadrinado un niño nepalí y donaban sangre

regularmente. Le habían inculcado el respeto por los desfavorecidos, las ganas de colaborar con causas perdidas y una especie de aspiración a la justicia universal que le hacía temer los enfrentamientos y la agresividad, cosas que no sabía cómo gestionar.

Durante toda su relación con Arturo había tratado de que él también fuera como ella, pero no había conseguido mucho. En él había una fuerza, una ira, un rencor que a Bea se le escapaban y que no sabía muy bien de dónde salían ni hacia dónde se dirigían. Arturo nunca le había hablado de la violencia que había sufrido de niño, ya que habría significado tener que explicarle también que había sido un niño mediocre, y quería que ella lo admirase. Y que no lo viese nunca flaquear.

En realidad, Arturo consideraba que ser como ella era mostrarse débil, aunque Bea no lo sabía. Sencillamente no comprendía por qué él reaccionaba con acritud a todos sus intentos de arrastrarlo a un voluntariado o algo semejante. Y, poco a poco, sus esfuerzos habían ido menguando, conforme aumentaba su miedo a que él la abandonase por cualquiera de esas otras quince mujeres fantasmales que nunca dieron señales de ser reales.

En aquel momento, frente a esa situación concreta, no tenía otro remedio que aceptar que todos sus esfuerzos por ser buena y generosa, por ser una muchacha ejemplar, por fingir que le preocupaban más los demás que ella misma eran inútiles. No le importaba realmente que Will hubiese desaparecido. ¿Y por qué iba a importarle? Lo conocía de un foro; en persona sólo lo había tratado esa noche. No era nada suyo, no tenía por qué ser algo importante en su vida, como tampoco eran nada suyo ni el niño nepalí ni los receptores de la sangre que toda la familia donaba con frecuencia religiosa. No representaba más que la realidad de que él había desaparecido y ella seguía allí, como el niño nepalí necesitaba ropa y zapatos que la gente donaba y ella dormía todo el curso en una residencia por la que ni siquiera le interesaba saber cuánto pagaban sus padres. Una residencia que en realidad no necesitaba, porque podría haber alquilado una habitación en un piso compartido o haberse quedado a estudiar Bellas Artes en Salamanca.

En realidad era una hipócrita. La reacción más lógica o que respondía más a lo que sentía era la de Arturo. Arturo, que era como una bestia encerrada. Arturo, que estaba lleno de rencor y no se sabía por qué.

—Pues yo estaría alerta —dijo Laura, rompiendo el silencio—. Quizá tienes razón en que no estamos preocupados, porque no creo que lo estemos. Al fin y al cabo conocíamos muy poco a Will, y qué suerte que no hemos sido nosotros cuando llevamos aquí un rato esperando una desgracia. Pero ¿qué os dice que ha acabado?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arturo.

—¿Sabes qué es *Diez negritos*?

—No.

—¡Un poco de cultura general, por el amor de Dios! Es una novela de Agatha Christie bastante copiada e imitada, pero da igual, no me importa para lo que te

quiero decir. La cuestión es que no sabemos si esto ha acabado aquí. No sabemos si vamos a seguir desapareciendo ni quién será el próximo.

Un silencio diferente al anterior siguió a estas palabras. Esta vez era un silencio denso, lleno de temores y preguntas.

—Tienes razón. ¿Y qué podemos hacer? —preguntó Arturo.

—Aunque decidamos buscar a Will, no debemos separarnos. Es básico no separarse.

—Yo creo que deberíamos quedarnos aquí.

—¿Y esperar a que desaparezca otro de nosotros? —Arturo miró a Bea como si se hubiese vuelto loca—. De eso nada. Creo que deberíamos probar a ver si con Will ausente aparece la salida y nos podemos largar.

—¿Qué crees que es esto? ¿Un intercambio de rehenes?

—Y yo qué sé, tía. ¿Crees que entiendo algo de lo que está pasando? El tipo tenía una novia fantasma, igual era eso lo que pasaba, que la novia fantasma se lo quería llevar con ella. Ya se lo ha llevado, luego el resto somos libres, ¿o no?

—Bueno, parece lógico.

Arturo estaba preparado para discutir y lo último que se esperaba es que Laura le diera la razón.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, claro. Si aquí está ocurriendo lo que tú dices, tienes razón. Pero podrías no tenerla, hay que contar con ello.

—¿Contar con qué?

—Con que esto no haya acabado aquí.

Laura mantenía el cuerpo pegado al niño, apretándolo contra su costado como si lo protegiera de lo que allí se estaba diciendo, pero no le tapaba los oídos, así que Xurxo oía perfectamente. Xurxo oía y sabía que Laura tenía razón: no había acabado ahí.

—Nada nos hace pensar que no vaya a terminarse con Will.

—¿Ves los escombros por algún sitio?

—Los escombros podrían ser mentira —dijo Bea de repente, saliendo de su crisis de valores—. No estamos sucios, los escombros no nos han manchado. Podrían ser tan mentira como lo del cine o la tienda de juguetes de la fotografía de tu abuela.

—Pues yo sí estoy sucia de tierra y la tienda de juguetes de la fotografía de mi abuela sigue ahí, en el mismo sitio donde la dejamos al alejarnos de este punto y empezar a dar vueltas, así que eso debería hacernos sospechar, ¿no crees? A no ser que admitas que lo que no estaba ahí de verdad era la tienda de muñecas satánicas de la que salimos disparadas antes.

Bea hubiera querido decir que no, que la real era la tienda de Blythe, porque había sacado una y la sentía en su bolso, ardiendo como arde lo que uno roba cuando no está acostumbrado a robar. Pero decir eso era admitir que el hecho de que la tienda de juguetes antiguos permaneciera en su sitio, donde la dejaron, confirmaba que aquello

no había terminado. Así que no medió palabra. Se limitó a callar y asentir. Cómo le hubiera gustado entonces ser invisible.

Laura se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó la delicada cartera de papel forrado que le había hecho Bea para su cumpleaños, y de dentro, la fotografía de su abuela y la tienda de juguetes. No podía decir que fuera la misma, pero tampoco que no fuesen idénticas, o casi. Había pequeñas diferencias, como cuando uno recuerda algo de manera incompleta o fragmentaria, y cambia de lugar un cochecito o el muñeco de plástico que saluda con la mano al paso del tren. Era como si alguien hubiera sacado de su cabeza el recuerdo de la fotografía y lo hubiese proyectado en la realidad, convirtiendo esa reproducción en una copia coja, imperfecta por pequeños detalles, ya que había mirado esa fotografía muchas veces. Esos pequeños detalles diferenciaban, de forma clara y contundente, el recuerdo proyectado de la realidad impresa en el papel.

De alguna manera se sentía confortada por llevar la foto encima. Su abuela le había dicho que le daría suerte, y ella la creía como siempre había creído a su abuela: con una fe sin fisuras, que en esos momentos hacía que confiara en que no le ocurriría nada malo llevando aquella imagen en la cartera. Que a ella no. Aunque fuesen todos desapareciendo como morían en *Diez negritos*, a ella no le pasaría nada.

Y con esa misma fe irracional y redonda reconocía un descanso cuando lo veía. Siempre, en todas las películas de terror que tanto disfrutaba, primero con su abuela y después sola o con Bea, había un momento en el que parecía que todo iría bien. Que quedaría solucionado de la forma más simple y con el mayor número de supervivientes. Pero después no era así. Aquello era una especie de pausa, para que el público se confiara o bien para que pensara «qué tranquilos están éstos para la que les espera», que era una forma como cualquier otra de inquietar más. Esas escenas interminables del baile en las que Carrie White parecía integrada, parecía que le gustaba a un chico, se lo estaba pasando bien, mientras el espectador sabía que había un cubo de sangre de cerdo oscilando sobre el escenario esperándola, eran casi más horribles que lo que pasaba después. Y así siempre.

Su abuela le había enseñado a distinguir esos momentos, y aunque pareciera lógico lo que decía Arturo, que con Will pudiese acabar todo, no tenía por qué estar en lo cierto. Su intuición, de hecho, le decía que estaba equivocado. Que allí iban a pasar cosas terribles. Y aunque confiaba en que a ella no le ocurriría nada porque llevaba la foto que su abuela le había regalado como protección, estaban los demás. Estaba Bea, y estaba Pere y el niño. Sobre todo el niño, que debería haber estado durmiendo en casa a esas horas y no viviendo una escalofriante pesadilla.

Y estaba Pere, sí. Lo conocía desde hacía muy poco, pero lo único que tenía que reprocharle era que hubiese traído a Xurxo.

No solía sentirse tan a gusto con nadie de entrada. Tenía que admitir que la mayor parte de la gente le parecía imbécil en un primer encuentro y luego, sólo a veces, su percepción mejoraba. Sin embargo, en Pere había algo delicado, algo frágil que no se

molestaba en ocultar. Que más bien exhibía como si fuera una medalla, un reducto de originalidad al que agarrarse. O quizá fueran sus ojos azules de un color sobrenatural, que atrapaba la atención y no permitía pensar en nada más.

Se lo hubiera llevado a su casa, le hubiese dado una cama, lo hubiera vestido y alimentado lo que le quedara de vida si le prometía que esos ojos la mirarían cada noche y cada día. Tenían un poder hipnótico que la sacaba de su natural pragmatismo y la introducía en el mundo de lo romántico, la magia y los paseos a la luz del atardecer, todo eso que siempre le había asqueado.

Por su parte, Pere no estaba seguro de si anunciar la desaparición de su abuelo por si los asustaba todavía más. Dudaba si decirlo porque en el caso de su abuelo, nunca se sabía muy bien por qué hacía nada, era como un anciano salvaje. Pero al final tuvo que abrir la boca para soltarlo porque le parecía injusto que los demás no supieran con certeza que Laura podía tener razón.

—Mi abuelo tampoco está desde hace un rato.

—Es cierto. Lo hemos olvidado por completo. —Laura, que lo estaba mirando con cierto disimulo, fue la primera y la única en reaccionar.

—¿Habéis olvidado qué?

La voz ronca y un poco amaderada los sobresaltó. Sentado en las escaleras del cine, que volvía a tener el aspecto del momento en el que se anunciaba *Esa mujer*, el abuelo Herme se comía una longaniza, cortándola con una navaja, con el cuaderno de tapas azules abierto sobre las piernas.

Pere sabía que no estaba ahí hacía unos segundos. Lo había visto bien y estaba seguro: el cine estaba a medio derruir y ni siquiera había escaleras. Y de repente todo estaba como antes y su abuelo cenaba con tranquilidad mientras repasaba sus apuntes.

—Hace un momento usted no estaba ahí —dijo Laura—, y ahora ha desaparecido Will.

El hombre torció el gesto y se puso de pie con ceremonia.

—Me parece que hay algo que deberíais saber —respondió.

EL RELATO DEL ABUELO HERME

No siempre conté todos los horrores que pasaron al otro lado de esa maldita pared, de ese maldito agujero por el que en mala hora metí el dedo. Se me dio bien ocultar, incluso a mi nieto, que hay cosas que escapan al entendimiento humano y, sin embargo, existen. Existen a pesar de su imposibilidad.

»Nunca os dije por qué nos separamos. Por qué en un lugar que te hacía viajar en el tiempo decidimos salir corriendo en direcciones opuestas el arquitecto y yo, que creíamos ser los únicos con vida. La primera razón fue que no comprendimos enseguida que saldríamos en otro momento y época, no lo comprendimos hasta que estuvimos fuera y vimos lo que pasaba. En mi caso hasta que vi aquel periódico lleno de imágenes y fechas que no era capaz de comprender. Incluso puede que no estuviera seguro hasta que até cabos a raíz de las sospechas de mi madre, que no se creía que en diez años de una dura vida a bordo de un barco me hubiese quedado igual e incluso hubiera regresado con la misma ropa y sin un duro ahorrado. La segunda razón fue el pánico. Tuvimos tanto miedo, al menos yo porque por el arquitecto no puedo hablar, que huimos sin pensar en nada más que en salvar nuestro pellejo. Yo el mío y él el suyo. Eso pensamos, ésa es la cruel realidad.

»El sitio era como una de esas ciudades mágicas de las novelas que tanto me gustan. O al menos eso pensamos al principio, porque había tiendas pasadas de época y otras con objetos que no comprendimos entonces, pero que más tarde yo vería en los escaparates al reaparecer. Fue en la Ciudad de la Luz donde vi por primera vez un maniquí con una minifalda, y entonces me pareció que semejante ordinariéz no podría triunfar. Después, en un tramo en el que un antiguo Ford se exponía en un escenario mecánico que daba vueltas sobre sí mismo, el suelo se vino abajo y cayeron por el agujero todos menos el arquitecto y yo. Lo primero que me vino a la cabeza entonces es que no era posible que en un sitio tan nuevo, como para estrenar, el suelo estuviese vencido. Eso pensé y lo mantengo: en un lugar así, a no ser que sea una trampa, el suelo no se hunde. Y era una trampa, claro que sí, aunque entonces no lo supe enseguida, sólo grité por la boca del agujero y me quedé mucho más tranquilo cuando la mano de aquel albañil que encontraría muchos años después en la Barceloneta asomó buscando mi ayuda.

»El agujero no era muy profundo y no tardamos demasiado en sacarlos a todos.

Salieron limpios y como recién bañados. Ni una mota de polvo sobre sus cuerpos. Ni un rasgón en sus pantalones. Nada. Estaban tal y como los habíamos visto caer. Y me inquietó aquella limpieza, aquella pulcritud. Pero nuestros males no habían hecho más que empezar. Nosotros no lo sabíamos entonces, e incluso parecía que la ciudad se esforzara por contentarnos y mantenernos fascinados para que no nos diéramos cuenta. Para que fuésemos introduciéndonos más y más en su trampa oscura. En el terror.

»Había tiendas para cada uno de nosotros. Estaban las cosas que habíamos amado o que deseábamos en secreto. Aquellos juguetes que perdimos en la infancia, dispuestos en hermosos escaparates bordeados de columnas de madera. Los objetos de lujo que jamás podríamos permitirnos, colocados como si nos estuviesen invitando. En mi caso, además, aquellos inventos que siempre dije que alguien debería idear se exponían en tiendas de electrodomésticos que yo no he visto en la realidad todavía. Todos teníamos un sueño por cumplir o una nostalgia que se reflejaba en aquellos escaparates, en el lujoso suelo, en la columnata, pero con pequeñas diferencias, con detalles alterados en lo mínimo, como si un externo hubiese querido reproducirlas y no hubiera leído bien las instrucciones o se hubiese saltado algún detalle insignificante, no vital, pero que no podía evitar que a aquellas cosas les faltase realidad. ¿Cómo lo diría para que lo entendáis? Tenían la verdad disminuida.

»Tardamos mucho en percatarnos de que los pasillos avanzaban y retrocedían en el tiempo de una forma en apariencia aleatoria. Nuestros pasos nos hacían repetir la misma secuencia de tiendas una y otra vez, y unas veces estaban abandonadas y otras, inmaculadas y relucientes. Tardamos mucho en percibirlo. Y yo aún tardaría más en entenderlo, pues tuve que estudiar los libros de ciencias de las bibliotecas para aprender que en la superficie, en el resto de la Tierra por así decirlo, nos desplazamos en el espacio a través de una línea temporal recta. El tiempo ahí arriba sólo va en una dirección en la que nos podamos mover: siempre hacia delante, haciéndonos viejos. Mirad, aquí en la libreta lo tengo.

»Esa línea, en este punto geográfico concreto y a esta profundidad, traza bucles. Bucles en los que nosotros nos estábamos moviendo, con lo cual alterábamos, sin saberlo, el equilibrio del espacio-tiempo. Habría sido de esperar, si lo hubiéramos siquiera intuido, que la ciudad se defendiese. Que el mundo desease el equilibrio. Unos seres ignorantes como nosotros éramos una amenaza. En los libros de aventuras siempre ocurren desgracias por la ignorancia de los aventureros.

»El futuro está compuesto de todas las posibilidades. A cada opción le persigue su realidad, de tal forma que nosotros nos estábamos moviendo por todas las posibilidades que hubiera tenido la Ciudad de la Luz de haberse construido, aunque resultaba curioso que el espacio pareciera coger información de nosotros para completarse. Información basada en nuestros sueños y pesadillas. En nuestra vida. Y gracias a esa información, no vimos lo que la ciudad estaba a punto de hacer para

defenderse. Primero desapareció Manolo, por eso no lo buscamos después. No se nos ocurrió que pudiera estar vivo. Él me contaría más tarde, ya anciano, que despertó en el agujero rodeado de cadáveres, como si nunca hubiese salido de él. Yo le dije que era imposible, que los demás habían muerto fuera, que yo mismo lo había visto salir con mis propios ojos. Y él me dijo que quizá una parte de él, una versión de él, una de sus posibilidades salió como todos los demás. Pero que otra de ellas, con la que yo estaba hablando, había sido el único superviviente del hundimiento. Y quizá alguna otra ni siquiera siguiera con vida.

»—¿Sabes lo que es vivir toda la vida como si sólo fueras un trozo? —me dijo.

»Debí prever que se suicidaría. No sé por qué no lo vi. Todo lo que decía era tan extraño, tan lamentable, tan melancólico. Todas mis versiones habían sobrevivido conmigo, no tenía ni idea de lo que me estaba hablando ni de cómo podría sentirse.

»—¿Has hablado con el arquitecto? —continuó.

»—Sí, claro. Cuando salí lo busqué. Él tuvo más suerte que ninguno.

»—No la tuvo. Se la creó.

»Me relató en ese momento la historia más rara que jamás he oído, incluso habiendo vivido lo que vivimos: una historia de señores del tiempo que diseñaban la realidad a su voluntad, protegiendo el delicado equilibrio entre lo que podía ocurrir o tenía posibilidades de ocurrir, y lo que no podría pasar bajo ningún concepto. Una especie de seres mágicos. En nuestro caso, yo sobrevivía en todas las posibilidades. Él moría en unas sí y en otras no. El mundo seguía con o sin él, eso dijo, y puede que por eso se sintiera tan insignificante. Los otros debían morir para no estropear la secuencia en cada una de las posibilidades. Y por ello, en una en la que Manolo vivía, era el único superviviente de un agujero que, en esa versión, era mucho más profundo. Y en la otra, en la que lo sacamos, nunca supimos qué fue de él porque desapareció sin más, pero vimos morir a los otros de las formas más terribles. Uno a uno, aplastados, quemados, todos. Manolo me dijo que el arquitecto era el causante de semejantes atrocidades.

»Cuando di con él, me confesó que antes de empezar las prospecciones ya soñaba con la ciudad tal y como la vimos, como si hubiera logrado robar retazos de nuestros anhelos para proyectarlos, primero en su imaginación y más tarde en la realidad, como si fuera una película. “Una película mortal”, eso tan terrorífico me confió el pobre anciano. Quizá no de forma consciente, pero él creó las trampas que le arrancaron la vida a todos los demás. Él hizo, por su deseo, que todos encontrásemos aquello que nos mantendría interesados y tranquilos, y luego nos eliminaría. Él fue el que salió en el mejor momento para salir porque así lo quiso.

»—Tú sobreviviste en todas las versiones porque ésa fue su voluntad. Porque tu presencia era necesaria en el tiempo, para algo —me dijo.

»Y no lo creí, aquello era la sarta de disparates de un anciano enloquecido por la soledad, el hambre y una serie de desdichas que no quería ni imaginar. No lo creí a pesar de que me dijo que había buscado datos todos aquellos años y que había

encontrado información de esa gente, rastros confusos e historias fantásticas, y que no eran imaginaciones suyas. A pesar de que en esa obsesión vi reflejada mi propia obsesión investigadora para tratar de comprender qué nos había ocurrido, no le creí. Entonces no, claro. Pero después... ocurrió algo que me hizo pensar que decía la verdad. Algo que me contaron me llevó a pensar que había gente con la capacidad de ver el futuro, pero no todas las opciones posibles de ese futuro, sino el que ellos mismos harían que ocurriera. Crean ese futuro que ven, de alguna manera. Y es así como el mundo conserva el equilibrio. Este lugar es una singularidad, y que nosotros lo descubriésemos, lo atravesáramos, representó una ruptura del equilibrio. Y ahora, por segunda vez, puede que seamos castigados como entonces todos aquéllos lo fueron.

»¿Que por qué he vuelto? De alguna manera supe que era aquí donde realizaría aquello por lo que se me dejó con vida. Aquello que haría que no rompiese el equilibrio del espacio y del tiempo. Y quizá tenga que ver con que vosotros estéis aquí y todo esté ocurriendo de nuevo.

EL MUNDO DECELERA

Al principio nadie había tomado en serio a Herme, pero ahora los ánimos estaban tan crispados, tan tensos que nadie se atrevía a decir una sola palabra. Aquella historia parecía una patraña de viejo, pero no podían evitar darse cuenta de que tenía sentido. Tenía mucho sentido. De hecho, era lo único que tenía sentido, que en aquel lugar el tiempo se enroscase como un bucle mientras avanzaban y retrocedían, en vez de permanecer en una línea de acuerdo con la expansión del universo. Xurxo pensó en la expansión del universo, en cómo Pere se la había explicado.

—El universo estaba comprimido hasta que estalló, y por eso todavía está en proceso de expansión. Es por esa razón que el tiempo va hacia delante. El tiempo es el resultado de aquella explosión que se llama Big Bang. Como el universo se expande, nosotros sólo podemos ir en una dirección en el tiempo: hacia el futuro.

—¿Y si el universo se comprimiera de nuevo iríamos hacia atrás en el tiempo? ¿Hacia el pasado?

Pere torció el gesto, pensativo.

—Sí, supongo que en teoría sí.

—Y entonces, ¿el tiempo es igual en todas las partes del universo? ¿En todas va hacia delante?

—Bueno, no podemos comprobarlo, pero se supone que sí.

En aquel lugar, por alguna alteración imposible en teoría, el tiempo no iba hacia delante, sino que manejaba todos los tiempos posibles en un imposible tirabuzón. Al menos eso era lo que parecía decir el abuelo Hermenegildo con su fantásica historia llena de tragedias. Y que hubiese agentes que velaran por el equilibrio de la expansión del universo, personas con la misión de protegerlo, ¿tenía algún sentido?

—Hijo, hay algo que no te he contado. —El abuelo agarró a su nieto por el codo de la chaqueta, mientras los demás permanecían sentados en las escaleras del cine—. Es importante.

Pere ya sabía lo que iba a decirle el abuelo, o al menos creía intuir de qué iba a ir el discurso. Y no quería escucharlo. No quería que las fantasías del abuelo tocasen algo tan preciado para él. Sin embargo, no podía evitar pensar en ello. No podía

evitar que el presentimiento o la anticipación se colasen en su mente y en su pecho. Y eso sólo podía significar que, de alguna manera, él mismo lo había sospechado. Él compartía en una remota parte de su ser el mismo miedo. Sus ojos se dirigieron al niño, que permanecía agarrado a la mano de Laura como si fuese el único ser vivo allí, como si fuera su tabla de salvación.

Uxía había dicho que la abuela de Xurxo, de alguna manera, creaba el futuro que creía predecir.

—No quiero oírlo.

—Pues vas a tener que hacerlo.

A Pere le sorprendió tanto el tono autoritario del abuelo que no replicó, sólo se aseguró de que estuvieran lo bastante apartados de los demás.

—Eso que te he dicho de los señores del tiempo... —prosiguió Herme—. Sabes de qué te hablo, ¿verdad? No quieres admitirlo, pero tú has notado algo. Lo que te estoy diciendo te cuadra con alguna historia que conoces.

—No sé de qué me hablas.

—Sí lo sabes porque a tu tía se lo contó tu padre. Como piensan que no me entero de nada, se cuentan todo en voz alta. Ese niño...

—No lo digas.

El tono de Pere fue más de súplica que de enfado, pero consiguió callar al abuelo. El nieto sabía que Xurxo era algo extraño, debía saberlo como lo sabían todos. Quizá no le había puesto nombre, pero lo sabía. Y ni siquiera Herme estaba seguro de que «señores del tiempo» fuese un apelativo correcto. Era como los había llamado Manolo, con los ojos húmedos de terror cuando lo decía. Con la boca pequeña y las manos temblorosas, «señores del tiempo». La verdad, sonaba ridículo fuera de una película fantástica.

Se abrazó a su nieto y le pareció que el cuerpo de Pere, de su queridísimo nieto, era tan ligero como el de un pájaro.

A Adela el silencio le pesaba. No podía permanecer ahí quieta, sentada, esperando no se sabía qué y fingiendo que estaba tan horrorizada como el resto por la historia del anciano. Porque no lo estaba, no lo estaba en absoluto. No tenía miedo de lo que pudiera pasar. De que la ciudad «se defendiese», como había dicho él. En absoluto. Le parecía que podía ser interesante ver cómo lo intentaba.

¿Qué terror de ella podría utilizar? Nunca había sido demasiado temerosa. Lo que le daba miedo de niña se había convertido en su aliado de adulta, en cosas que, de existir, sería interesante estudiar. La curiosidad científica por lo inexplicable la salvaba de todos sus miedos. «O quizá me hace más inconsciente», reflexionó casi sonriendo. Se levantó a estirar las piernas y caminó un poco, sin separarse de la escalera, en dirección contraria a Pere y su abuelo. Sacó la grabadora. «No sé para qué voy a escuchar un poco de esto, si no se escuchan más que sus voces». Pero aun

así la puso en marcha. Y al ponerla, se dio cuenta de dos cosas horribles. En ninguna parte de la cinta se oía ni al abuelo Hermenegildo ni a Laura. Y lo que era peor, la voz de Will se oía todavía.

Se quedó tan paralizada que tuvo que comprobarlo varias veces antes de decir nada. Ni siquiera ella podía creerse ese canturreo como acuático de la voz del británico, constante desde que se había volatilizado. Al final se decidió.

—Tenéis que escuchar esto.

—¿Es Will?

—Si se le oye, tiene que estar por aquí.

—No lo creo, lo habríamos visto.

—¿Y qué dice?

—Canta.

—¿Qué canta?

—Yo qué sé. Algo en inglés.

—Es una canción de David Bowie. Sonó en el cine.

—Sí, es *Heroes*, la conozco —dijo Laura como quien dicta sentencia.

Adela iba a apuntar que no se escuchaban las voces de Herme o de Laura, pero nadie parecía haberse dado cuenta, y no quiso empeorar la situación. En cierto modo lo tomarían como algo amenazante y oscuro, no como lo fascinante que en verdad era.

—Pero ¿qué quiere decir esto? ¿Ha muerto y su espíritu canta por David Bowie? ¿Está escondido para asustarnos? —Arturo se puso de pie y bajó las escaleras—. La bromita no tiene gracia, inglés, sal de donde andes y larguémonos de aquí.

Hubiese añadido «por favor» para que quedase más patente la súplica que en verdad era, pero le quedaba un mínimo de orgullo. Apaleado, cansado, pegajoso, lleno de temores, pero ahí estaba aún su orgullo.

Por supuesto, nadie respondió, y Arturo respiró hondo, como si el mundo dependiese de que llenara del todo sus pulmones. Empezó a caminar sin percatarse de que lo hacía. Fue algo inconsciente, sentía la necesidad de moverse para desentumecer los miembros, para que todo aquello tan desconcertante no lo alcanzase. Cuando quiso darse cuenta, estaba rodeado de escombros.

Miró a su alrededor. La luz estaba detenida, helada, con el aire congelado que tienen los sitios abandonados. Le sobrecogió sobre todo el silencio, que se le antojó como un manto pesado que se desplegara a su alrededor. No se había alejado tanto, ¿o sí? Las baldosas del suelo estaban desunidas, faltaban luces, las telas de araña colgaban de verjas arrancadas. Y de nuevo el dolor lo atravesaba, ese dolor que había sentido por primera vez después del desprendimiento. Un dolor que era como un frío que recorría todo su ser. ¿Adónde había ido a parar? Parecía que todo se hubiese vuelto viejo y descuidado de repente. Pero él no había caminado lo suficiente como para que el paisaje cambiase así.

Por un momento lo fulminó una idea fugaz. ¿Le habría ocurrido aquello mismo a

Will? ¿Se habría alejado un poco para encontrarse de repente perdido, atrapado en una realidad ajada de la que no sabía salir?

Estuvo a punto de derrumbarse sobre un montón de baldosas polvorientas, pero algo lo sacó de aquel pánico. Algo que brillaba en el suelo.

No podía creerlo, pero sí, conforme se acercaba, era más evidente lo que era, no cabía duda. ¿Estaba atrapado en el lugar adonde iban a parar los objetos que se creía perder para siempre? Le sorprendió la profundidad de ese pensamiento. Tuvo la sensación de que el mundo se ralentizaba; cuando algo fundamental está a punto de ocurrir, el mundo se ralentiza. Al cogerlo entre sus dedos y ver que era real, le pareció que toda aquella escena se desarrollaba en una estudiada cámara lenta.

Con la hoja de laurel bañada en plata en su mano, se incorporó triunfal, como si todo tuviera solución ahora que la había reencontrado, y supo lo que verían sus ojos antes de que lo viesan. Predijo en un momento lo que, al quedar de pie por completo, tendría delante. Pero ya era demasiado tarde para apretar los ojos y esperar que desapareciera.

Frente a él, en un ambiente desolado, brillaba la luz de un escaparate. Un solo escaparate nuevo y encendido en mitad de todo aquel caos y desorden. Un escaparate como una isla de pulcritud en un mar de desolación, y al otro lado del cristal, lápidas de mármol con cruces y nombres escritos. Y flashes, risas y personas alegres que se movían, hasta que uno de ellos —él mismo si no recordaba mal y era imposible que lo olvidase— se dio la vuelta y sus miradas se encontraron como ya se habían encontrado aquella noche, muy al principio, cuando nadie creyó que al otro lado del escaparate de la tienda de lápidas hubiera alguien recogiendo algo del suelo en una realidad oscura y polvorienta.

Se dio la vuelta y apretó los ojos con fuerza. Quizá incluso avanzó unos pasos así, ciego, deseando que todo aquello fuese mentira, una alucinación, una pesadilla. Pensaba en una canción infantil sobre fantasmas que terminaba repitiendo una y otra vez: «Quisiera que desapareciera, quisiera que desapareciera». Puede que ni siquiera pensara en ella, sino que la canción le retumbara en el pecho como lo primario regresa en un momento de peligro, y los moribundos desean probar de nuevo los sabores de la cocina de la difunta abuela o el que se ahoga ve el rostro de su verdadero amor.

De pronto escuchó las voces de los demás del mismo modo que se escucha la realidad al salir del agua. Y ya no estaban al otro lado de un cristal, sino a su lado. Notó las manos pequeñas y frías de Bea, que le decía: «¿Qué te pasa? Estás muy pálido».

No respondió. Abrió los ojos. Se encontraba al pie de la escalera. Los demás lo miraban muy serios, como si fuese un aparecido. Bea estaba muy cerca, casi podría haber notado su aliento de no sentir una sola sensación en todo el universo: el frío de la hojita de plata encerrada en su mano.

—Nada, he encontrado algo. Algo que me pertenecía ahí arriba. Y que creí haber

perdido hace tiempo.

—¿De qué estás hablando?

Arturo le mostró la hoja a Bea y luego a todos los demás. Dijo que era un amuleto. No entró en detalles.

—La ciudad te está retando. Juega con nuestros deseos. ¿Es importante para ti? Entonces lo proyectará en la realidad para darte confianza. No es real. Lo que tienes en la mano no existe.

Hubiera querido gritarle algo al viejo, pero no tenía fuerzas. ¿Cómo no iba a existir si lo sentía frío en la palma sudada? ¿Cómo no iba a existir con lo que él había deseado que volviera para sentirse protegido? No podía replicar porque se sentía cansado. Ya no vulnerable, pero sí agotado. A lo largo de la noche se había visto a sí mismo encontrando el laurel plateado y, después, viéndose encontrar el laurel plateado. Aquello era demasiado para asimilar. Ni tan siquiera se dio cuenta de que Bea se alejaba de ellos, de que caminaba hacia atrás por el último escalón, en silencio.

Ella sí daba crédito a lo que había dicho el abuelo. También había encontrado algo que siempre había deseado; la muñeca ardía en su bolso. Los dedos buscaron el cierre de la bandolera. Miró a Arturo una vez, como si fuera la última. A Laura, que entretenía al niño con su cámara, mostrándole las fotos que habían hecho. La mano encontró la abertura y se introdujo en ella. La muñeca seguía ahí, con su vestido francés, que crujió al apretarla con el puño. Arturo, Laura. Sacó la muñeca. Y en ese momento, sus pies rozaron el borde de la escalera y Laura la miró. Fue el segundo exacto, el borde, la mirada de Laura que negaba con la cabeza y soltaba la cámara en las manos de Xurxo, y Bea, que dirigió los ojos a la muñeca buscando tranquilidad, buscando que sus pupilas de plástico la serenasen.

Y la muñeca parpadeó.

Lo hizo sola, sin que nadie tirase de las cuerdas de su espalda. Parpadeó y Bea se asustó tanto que dio un paso hacia atrás y no vio el agujero.

Se vio a sí misma cayendo, con la muñeca que movía los ojos pareciendo viva, como Laura le había dicho, parpadeando en su mano como si quisiera que cayese, como si deseara que cayese por un agujero como Alicia. Y sí, como en el cuento de Lewis Carroll, el mundo se ralentizaba. Le pareció que el mundo se ralentizaba, como es habitual cuando algo fundamental está a punto de ocurrir. Al caer por un agujero que antes no estaba al pie de la escalera, le pareció que toda aquella escena se desarrollaba en una estudiada cámara lenta. Miró antes de golpearse con el suelo del fondo, y le pareció que se hundía en un montón de cadáveres. Quizá los de los hombres que habían muerto allí según el abuelo.

Pero fue una ilusión, no estaban allí en realidad. «Nada está aquí en realidad», tuvo tiempo de pensar. Los difuntos desaparecieron enseguida, antes de que pudiese sentir la calidez de la putrefacción y su olor.

No vio nada más. Escuchó el golpe contra la piedra y el crujir de sus huesos

anunciando el final, casi como si no pudiera haber ocurrido de otra forma. Con la resignación que Alicia nunca demostró cuando perseguía al conejo blanco.

LA DAMA EN EL AGUJERO

La mano de Pere sobre la suya parecía tener ánimo de consuelo, pero a Laura lo único que le venía a la mente era que estaba fría. Fría como están los peces muertos que descansan en las pescaderías, con sus vientres abiertos en canal y sus ojos turbios.

Sacudió la cabeza para borrar esa espantosa idea de la mente. Simplemente ahí abajo hacía frío. Deberían haber hecho la excursión en verano, ¿en qué estarían pensando? Pere había propuesto el lugar, Arturo se había apuntado a ese foro y Bea también, pues siempre lo seguía como un perrito, y al final a ella misma le había parecido una gran idea. Y ahora, por primera vez, a pesar del invierno exterior, sentía el frío que debía haber hecho toda la noche sin que antes se percatara.

Había sentido ese frío unos minutos antes, ¿habían pasado ya minutos? Quería calmar al niño, que parecía estar temblando con toda aquella historia del anciano y con la voz de Will en la cinta de Adela, así que le había cogido la cámara a Bea. Quería que se centrara en algo que le diera menos miedo. Todas aquellas historias paranormales eran demasiado para un niño.

Habían echado un vistazo a las fotos. La idea de Laura era llegar a las primeras, cuando todo era ilusión y no había ocurrido nada malo, pero no lo había logrado. Ahí estaba la foto del libro de encargo de lápidas con el nombre de Will a medio escribir. Y bajo él, con un trazo distinto, el nombre de Beatriz.

La había buscado con la mirada para decírselo, para advertirla, quizá para asegurarse de que seguía ahí. Y sólo logró verla caer.

—¡Bea! ¿Me oyes? ¡Bea!

En ese instante, con la cabeza metida en un polvoriento agujero, intentando localizar a su amiga, le parecía que una noche en el calabozo y una multa era algo bueno. Muy bueno. La mejor de las posibilidades. Ojalá los encontraran y los llevaran a comisaría por gamberros.

—Está ahí, desde aquí la veo.

Laura se puso en pie de un salto y se colocó al lado de Adela. El pelo castaño de Bea y una mano llena de sangre sobresalían por encima de un montón de algo que tanto podían ser piedras como cartones. Parecía que Beatriz hubiese caído sobre los restos del derrumbamiento, pero en ningún momento habían subido a algún piso superior. En cualquier caso, Bea no se movía. La muñeca de ojos fijos desmayada a

su lado parecía más viva que ella.

—No te preocupes, te sacaremos de ahí —dijo Laura, pero no hubo respuesta.

—¿Cómo?

—¿Cómo? Debe de haber alguna manera.

—Laura, sé razonable, no tenemos cómo sacarla. Debemos salir nosotros y pedir ayuda.

Arturo la tenía cogida por los hombros.

—No pienso dejarla ahí sola.

—¿Y qué vas a hacer, bajar tú también y romperte el cuello? Tenemos que salir de aquí y llamar a los bomberos y a una ambulancia. ¿No lo entiendes? Ésa es su mejor oportunidad.

—A ti ella no te ha importado nunca, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando?

—Ella vino por ti y tú ni siquiera la querías. Y ahora la quieres dejar sola metida en un agujero. —Laura tenía la cara llena de lágrimas. Sus ojos se dirigieron casi sin querer a Xurxo, que permanecía sentado en el borde de un escalón. ¿Qué pensaría el niño de todo aquello?

—Yo pienso como Arturo. No tenemos cuerdas ni nada fiable con lo que sacarla. Podríamos hacernos daño nosotros también. Deberíamos salir y pedir ayuda.

—Gracias, Pere, tío. Si ella se quiere quedar aquí con su amiga, que se quede, pero yo me largo.

—No, nos vamos todos. Bea se ha caído ahí y no sabemos dónde está Will. El grupo no se divide más. Cuanto antes salgamos, antes traeremos a la caballería.

Laura sintió una terrible decepción con Pere. Sabía que tenía razón, pero hubiera esperado un intento, algo. Buscar cuerdas, escaleras, otro acceso, no esa rendición laxa a la evidencia de que no iban a poder sacar a Bea. Ella, sin embargo, sí hizo un último intento.

—No puedo creerme lo que estoy oyendo, es vuestra compañera también.

—Sí, y siempre te dicen en las clases de primeros auxilios que en un accidente así no movamos al herido. La podríamos dejar parálitica, o matarla al moverla sin saber cómo. Y te apoyaría en que te quedases con ella para que no estuviera sola, pero aquí pasan cosas muy raras, Laura, no quiero dividir más al grupo.

—Se parece al agujero donde cayeron ellos —intervino Herme.

—¿De qué estás hablando, abuelo?

—De los que cayeron la primera vez que vine.

—¿Estás diciendo que ése es el agujero donde se mataron los primeros que vinieron?

—No lo sé, nada está igual que entonces. —El hombre tenía el cuaderno azul en la mano desmayada, como un objeto inútil.

Laura pensó en una de esas damas de los cuentos, atrapadas en oscuros agujeros o altas torres custodiadas por dragones. Sin duda alguna, Bea era una dama como

aquéllas.

En la penumbra del hueco, con la deficiente iluminación de la linterna, su amiga no se movía. Había una mano con la punta de los dedos cubierta de sangre, unas gafas que componían una escultura abstracta, una muñeca de ojos espantados cubierta de polvo. Parecía que le hubieran caído piedras y trozos de hormigón también por encima.

—Y ella tenía miedo a que la enterrasen viva —murmuró Laura entre dientes.

—No pienses en eso. Lo más urgente es salir.

Hubiera deseado abofetear a Arturo, pero tenía razón. En el fondo, aunque se negase a aceptarlo, tenía toda la razón. Bea tenía más posibilidades, si es que tenía alguna, con la ayuda de un buen equipo de bomberos.

Pero Bea, en realidad, no tenía ninguna. Bea se había resignado, como en aquel primer momento de la ilusión óptica tras el desprendimiento, se había resignado a su destino. Y le parecía lógico, tranquilizador incluso. Y cuando supo que iba a morir, que no quedaba otro remedio, casi quiso consolar a Laura, aunque no sintió su voz. Comprendía por fin, comprendía.

—Su nombre apareció en la foto de la tienda de lápidas.

—¿Cómo?

—Que su nombre estaba escrito en la foto del libro, debajo del borrón a medio terminar del de Will. Iba a decírselo cuando cayó por el agujero.

La forma en la que hablaba Laura sonaba vencida, agotada. Arturo no la había visto así nunca. Mira que pensar que a él no le importaba Bea, ¡qué barbaridad! Era la primera chica que de verdad lo había querido, que incluso lo había querido demasiado, ¿cómo no le iba a importar? Adoraba esa forma estúpida que tenía de ponerse celosa y sentirse ridícula acto seguido. Y amaba aquellos absurdos y cursis vestidos que llevaba. Y también cómo tenía que ponerse las gafas enormes casi antes de salir de la cama si quería ver el suelo por donde pisaba. Bea era una muchacha especial, adorable, que ahora estaba destrozada, si no muerta, en el fondo de un agujero en un lugar lleno de abracadabras y *hocus pocus*, ¿cómo no iba a estar hecho polvo? Pero quería largarse cuanto antes, salir corriendo, llamar a los salvadores servicios de emergencias médicas y a bomberos de uniforme. Que ellos se la devolvieran era la mejor de las opciones, ¿cómo la racional de Laura no era capaz de verlo? ¿Era porque no había logrado advertirla al ver su nombre en la foto?

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy. Ni siquiera sé si podremos salir de aquí y pedir ayuda para ella, Arturo, ¿no te das cuenta? Es como si en la foto estuviese apareciendo un listado. No podremos salir hasta que esto acabe, ¿no habíamos quedado en eso? ¿Cómo sabremos que la lista está completa?

Los ojos de Laura, vidriosos e inundados, parecían estar llenos de estrellas, pensó Pere. Unas estrellas que contrastaban con las palabras envenenadas que estaba pronunciando. Tenía razón, no podían saber si todo había terminado. ¿Y quién lo

sabría? ¿Xurxo quizá? Preguntarle sería como darle la razón al abuelo, admitir que el niño era una especie de monstruo puesto allí para acabar con las alteraciones temporales que pudieran causar. Ni siquiera era capaz de plantárselo.

Estaba tan centrado en ese pensamiento que le daba escalofríos, que la mano de Adela en su hombro lo sobresaltó.

—Pere, ¿tienes un momento?

—Sí, ¿qué ocurre?

—Tu hermano, ¿es normal?

—¿Qué quieres decir? Es albino, se ve a primera vista.

—No me refiero a eso. Es que en la cinta de mi grabadora ocurren cosas inusuales. No sólo se oye a Will después de haber desaparecido. Las voces de tu abuelo y de Laura no se oyen en ningún momento, como si no estuvieran aquí. O como si fuesen distintos al resto. Pero lo de Xurxo, tengo que admitir que lo de Xurxo es lo más fascinante y lo más extraño. ¿Le ha pasado algo raro en los últimos años?

—Bueno, siempre fue un niño enfermizo, pero después de haber tenido una muerte clínica, hasta sus enfermedades crónicas se sanaron.

—¿Xurxo ha estado muerto? —La cara de Adela palideció un tanto. Por primera vez no parecía que lo que fuese que había pasado por su cabeza le resultara «fascinante».

—Sí, fue muy poco tiempo. Después lo trajeron de vuelta y, bueno, sanó de todo menos de lo de ser albino. Se le quitó hasta el asma. Dijeron que había sido como un milagro. —Pere recordó a la madre de Uxía y lamentó estar diciendo todo aquello en voz alta—. Dicen que los albinos suelen tener problemas de vista o cáncer de piel con cierta frecuencia, pero después de aquel suceso no creo que los tenga jamás. De todas formas, lleva siempre gafas de sol y crema solar. Pero ¿a qué te refieres? ¿Qué ocurre con Xurxo en las cintas? ¿De qué estás hablando?

—Mejor te lo enseño, es justo antes de que el techo se desplomara. Se le escucha y no debería, ni siquiera estaba a mi lado, estaba con Laura y tu abuelo, ahí en las escaleras.

Todavía tenía el aparato en la mano. Con todo lo que había ocurrido ni siquiera se le había ocurrido guardarlo en el bolso, no había dado tiempo a nada.

La grabadora hizo un ruido mecánico antes de escupir los pasos y las voces del grupo. Pere sonrió al oír a Will y a Bea.

De golpe todo el sonido desapareció, como si una ráfaga de aire lo bastante poderosa lo hubiera borrado. Pere tuvo la sensación de haberse quedado sordo. Y en mitad de esa sordera, como si la voz proviniese de dentro de su cabeza y no de la máquina que Adela sostenía, Xurxo decía:

«Lo único a lo que temen los irreductibles galos es a que el cielo se caiga sobre sus cabezas».

LA MUERTE BAJO TIERRA

La muerte, silenciosa, se arrastraba por los rincones de aquel lugar, extendiendo sus manos como tentáculos blancos, convirtiendo la realidad en sombras como en una danza de seducción. Ajeno a todo pese a los indicios, el mermado grupo de exploradores sembraba las semillas de lo que culminaría con un nuevo triunfo de lo vaticinado.

—Es de los cómics de Astérix, le gustan mucho.

—No lo pongo en duda, pero no es eso.

—¿Y qué es? ¿Que no prestamos atención a que Xurxo dijera algo inesperado?

—No, Pere, que dijo que tenían miedo a que el cielo se cayera sobre sus cabezas justo antes de que el techo se desplomara sobre las nuestras.

Adela esquivó a propósito el tema de lo extraña que sonaba la voz del niño, porque no quería que Pere se cerrase en banda.

—¿Intentas darle la razón a mi abuelo?

—¿Tu abuelo cree que Xurxo es un señor del tiempo?

—¿No era eso lo que querías decirme?

—No lo sé, quería decirte que era muy raro y que la historia coincidía. Y ahora que me dices que Xurxo estuvo muerto es incluso peor.

—¿Por qué?

—Porque es el único que ha estado muerto que no estaba cerca del derrumbe. Y es el único que no estaba cerca del derrumbe que se escucha en las cintas.

Unos minutos antes, al mismo tiempo que Adela buscaba el pasaje exacto que quería que Pere escuchase y Pere creía quedarse sordo, Arturo quiso ver la fotografía en la que aparecía el nombre de Beatriz. Y unos minutos después, maldeciría su insana curiosidad.

—Es la misma foto —dijo Laura encendiendo la pantalla de la cámara—, no ha variado nada salvo el nombre de Bea, completo, debajo del borrón a medio escribir del de Will. Juraría, además, que la letra es la suya.

Xurxo permanecía aferrado al borde del cinturón de Laura, apretando los dientes. Tenía esa costumbre desde siempre, los nervios le hacían apretar los dientes hasta que le sangraban las encías. Llevaba una férula para dormir, pero durante el día solía esforzarse por evitarlo, a veces chupándose o mordiendo el nudillo del dedo índice.

Sin embargo, aquella fotografía delatora hacía que el control escapase de su boca y los dientes empezasen a sonar, rozando los unos contra los otros. Sólo el abuelo de Pere parecía notarlos, mirándolo de pie con esos ojos azules y acusadores.

—No puede ser —dijo Arturo al ver la fotografía.

Xurxo hubiera deseado que al cerrar los ojos todo desapareciera, pero sabía que no funcionaría. Lo que iba a ocurrir se le colaba ya por debajo de los párpados, como aquella vez cuando Pere y los guisantes que pasaron de verde a rojo. La transparencia que se extendía sobre la realidad era más fuerte cada vez, tanto que ni sacándose los ojos hubiese podido evitar verlo. No hubiera podido evitar que sucediera lo que tenía que suceder. Lo que, en cierto modo, ya había sucedido.

Arturo miró a Pere y Adela, que permanecían de pie con la grabadora, comentando. Laura captó la mirada del atleta y sintió un miedo confuso, primigenio, anterior al hecho de racionalizar la causa de ese miedo.

Los ojos de Arturo estaban incendiados como brasas, llenos de ira. Una ira causada por un pánico incontrolable. La clase de pánico que causa desgracias: cuando alguien no tiene nada que perder, se vuelve peligroso.

La cámara temblaba en la mano de Laura. En la pantalla aparecía el libro de encargo de lápidas con el borrón del nombre de Will, el nombre Bea escrito de su propio puño y letra y, debajo, la picuda y marcial caligrafía de Arturo, trazando las letras que lo identificaban:

Arturo Sánchez Tablada.

—Arturo...

—Soy el siguiente.

Los dedos de Arturo se crisparon alrededor de la hoja de laurel recién encontrada. La mala muerte. La cabeza le daba vueltas, sólo sentía calor y veía a Adela, ahí de pie como si nada, ajena a todo, encontrando aquel horror «fascinante». Aquella... bruja... tenía... que... ser... ella. ¿Quién si no? ¿Quién de todos ellos se estaba divirtiendo? ¿Quién decía comprender los misterios a los que se estaban enfrentando? Que había alguien que los provocaba, ¿cómo no? Que uno de ellos estaba haciendo que todo eso pasara, ¿quién podría ser si no Adela? Aquella loca que los había engañado con su lugar de procedencia, sí, que los había engañado, y que llevaba un puesto de adivinación portátil colgado del cuello. Esa lianta que hablaba de espíritus, de física y de presencias, Adela, no le había gustado ni por un momento. Tenía la nariz respingona de los que se creen mejores que los demás. Y los ojos muy abiertos de quienes pueden causar desgracias, sí, eso era. No cabía duda. Y la muerte extendía sus blancos tentáculos y Arturo miraba las tiendas que Adela tenía detrás, las mismas por las que habían pasado una y otra vez cuando trataban de huir corriendo en círculos. Miraba sin verlas, pero sabiendo que estaban allí, en el mismo orden en que la mente desordenada y viciosa de la bruja las había colocado para confundirlos.

La mano de Laura no llegó a detenerlo. Cuando quiso extenderla, el cuerpo grande y musculoso de Arturo ya había avanzado unos pasos en la dirección en la que

todo estaba sentenciado. Con el pánico corriendo por sus venas y la hoja de laurel en la mano, se creía invencible.

Adela no llegó a decirle a Pere lo que creía haber descubierto. La terrible conclusión a la que había llegado.

—¡Bruja! Eres tú, maldita. Tú has escrito mi nombre en ese libro y has tirado a Bea por ese agujero. ¡Tú has hecho desaparecer a Will!

La voz de Arturo tronaba por el espacio abovedado. Pere dio un paso atrás por instinto, pero Adela se limitó a guardar en el bolso la grabadora. De pie, de nuevo frente al coloso, parecía una especie de ángel vestido de blanco.

—No sé de qué me hablas.

La voz dulce, un tanto aguda y serena de Adela lo sacó más si cabe de sus casillas. Notaba las venas palpitándole en la frente, el corazón acelerarse a cada paso que daba, la hoja calentándose entre sus dedos sudorosos. De repente dio un grito y se lanzó contra Adela, que en un movimiento rápido y limpio se pegó a una de las columnas.

Todos vieron lo mismo, pero Arturo, que habría sido el único en no negárselo después, no tuvo ocasión.

De detrás de Adela surgió una verja desmadejada y rota que cualquiera hubiera jurado que no estaba ahí antes. Una verja de hierro con barrotes acabados en punta, semiarrancada de su guía original hasta quedar casi en horizontal, en dirección a Arturo, que llevaba una inercia tan fuerte, se había lanzado con tanto ímpetu que no pudo frenarse. Sólo tuvo tiempo de ponerse las manos en la cara, dejando escapar la metálica hoja de laurel, que se perdió entre el polvo.

Lo último que pensó antes de que aquellos barrotes lo atravesaran por completo fue que antes no estaban allí, que habían pasado como mil veces por delante de la barbería, la tasca, la perfumería, la farmacia, la tienda de productos para el campo, y la tasca nunca tuvo esa verja rota. Una verja que había aparecido de la nada para matarlo. Luego sintió la boca llenarse de sangre y después el vacío, ni siquiera el dolor. Quizá sí la confusa sensación de que su cuerpo había sido traspasado justo por el lugar que le dolía tras el desprendimiento. Y la sangre caliente escapando sin pena. Y la oscuridad simple y total.

Laura gritó tan fuerte que Xurxo juraría que vio desprenderse escayola del techo otra vez.

EL HORROR

Las zapatillas deportivas azules de Arturo habían quedado apoyadas en el suelo sólo por las puntas, como si se hubiese congelado en una grotesca imitación de una bailarina. En el silencio que siguió al grito de Laura, el goteo de la sangre sobre las baldosas, denso y constante, sonaba como una campana fúnebre. La cámara había acabado en el suelo, no podía precisar en qué momento aflojó las manos, ¿antes del grito?, ¿después?, ¿mientras gritaba? Poco importaba ya una cámara rota. Lo único que podría predecir sería quién de todos ellos iba a ser el siguiente en morir. ¿Y era bueno saberlo? ¿Servía de algo?

Los ojos de Laura se habían quedado clavados en el cuerpo del novio de su amiga, que mantenía una postura de espantapájaros, con los inútiles músculos laxos y oscilando. Y en la sangre tan negra como roja. Nunca antes había visto tanta. La desaparición de Will había sido limpia, consoladora. Luego había venido la caída en el agujero de Bea. Y a continuación eso. De ser la siguiente, ¿qué horror la estaba esperando? Parecía que la crueldad no hiciese sino aumentar.

Pere se había caído al suelo al retroceder, y tenía la impresión de que el tiempo se había detenido. Que las partículas de polvo se habían suspendido en el aire como extrañas hadas de luto, que nada seguía su avance como solía. Estaba aturdido, le temblaban las piernas, apenas era capaz de reaccionar. Al menos Laura había gritado. Pero él no podía. Las lágrimas empezaron a presionarle el puente de la nariz. No saldrían vivos de allí. Ninguno saldría vivo, lo tenía cada vez más claro. No podía ni siquiera mirar a Arturo. El charco de sangre y las zapatillas, sólo quedaba eso. A lo que se reduce una persona cuando se muere: a la estampa viva del contraste de color, al silencio.

¿Y si era cierto que alguien era el causante de todo aquello? No podía ser, el mundo no podía ser tan retorcido, habían sido accidentes, tenían que serlo. En cualquier caso, de ser alguno, no sería Adela; Arturo había errado su objetivo por suerte. Se mordió la lengua al pensar «por suerte». Por desgracia para él, sí, pobre Arturo.

Pero por suerte para Xurxo.

Uxía había dicho que su madre «creaba» el futuro. No lo predecía, sino que hacía que ocurriese una de todas las posibilidades que reservaba el futuro, sólo una. En este

caso se había desarrollado la más horrible. ¿Cuántas posibilidades habría de que Arturo se empalase con la inercia de un ataque? ¿Y qué habría ocurrido de no haber sucedido? ¿Habría matado a Adela? Ya no estaba Bea para detenerlo.

Adela tenía todo el cuerpo apoyado contra la columna tras la que se había protegido. No podía sacarse de la cabeza el sonido del hierro atravesando los órganos y la carne. El sonido viscoso y caliente de la muerte. Arturo no había hecho ruido alguno, su garganta había quedado inundada de inmediato por la sangre. Y no era fascinante en absoluto. Aquel viaje no había sido una buena idea. Ojalá pudiese avisarse, avisar a la Adela que tomó la decisión de unirse a aquella excursión. Ojalá pudiera volver atrás.

Tenía los ojos apretados y los brazos cruzados sobre el pecho, abrazándose. Se recordó a sí misma encendiendo las velas para la sesión de ouija. El incienso no había prendido. ¿Cuántas posibilidades habría de que aquello cambiase algo? La presencia había dicho «La que eres soy», así que se concentró en eso, LA QUE ERES SOY. Y después, advirtiéndose a sí misma en el pasado, BAJO TIERRA BAJO TIERRA BAJO TIERRA, como un mantra, como algo a lo que agarrarse en mitad de un naufragio. «Vamos, Adela, no descubras nunca ese foro o estarás muerta muy pronto. No lo descubras nunca».

Xurxo se sorprendió al darse cuenta de que no estaba de frente al cadáver. Lo veía, sí. Lo seguía viendo como lo había visto en sus visiones que no se marchaban tapándose los ojos, como siempre veía lo más espantoso pegado a los párpados, imágenes que no se borraban hiciese lo que hiciese. Pero alguien había intentado protegerlo. Alguien que no era Laura.

Alguien lo había tomado por los hombros con tanta fuerza que le hizo daño, alguien lo había girado en redondo y apretado contra un pantalón áspero y un jersey de lana. El pelo de la lana le hacía cosquillas en la nariz.

Después oyó la voz, templada pese a las circunstancias. La voz ruda y calmada de Hermenegildo.

—Salgamos de aquí, no podemos hacer nada por él.

Xurxo se echó a llorar sin saber muy bien por qué. Que el abuelo de Pere hubiese intentado protegerlo le hacía daño. Le dolía más que el hombro por el que lo había agarrado. Le ardían los ojos.

—Dejad de mirar eso y salgamos de aquí.

La voz seguía intentando arrancar de su impactado silencio a los muchachos, pero sin demasiado éxito. Xurxo sabía que tanto Adela como Laura como Pere estaban petrificados en sus posiciones, sin hacer nada, bloqueados por la impresión o el pánico.

A continuación, los dedos del abuelo rodearon sus brazos y tiraron de él hacia atrás. A Xurxo le escocía la cara, seguía apretando los ojos, sólo quería perderse en el incómodo contacto de ese jersey para siempre.

—Chico, eh, chico. Abre los ojos, chaval.

Entre las lágrimas, borrosos, aparecieron los ojos azules como canicas del abuelo, y la piel curtida y desdibujada, y una enmarañada barba.

—¿Qué?

—Niño, sé que no lo has hecho aposta. Es algo que hay en ti, eres así, es tu trabajo, eres una pieza de todo esto, tan culpable como un diminuto engranaje de un reloj es culpable de que pase el tiempo. Pero tienes que reaccionar y sacar a mi nieto de aquí, ¿me has entendido? No eres más que un niño asustado, pero tienes que sacarlo, no me falles. Pere debe vivir.

Xurxo asintió. Por eso le dolía que el anciano lo hubiera intentado proteger. Asentía sin cesar, no podía dejar de hacerlo aunque supiera que mentía, a pesar de estar convencido de que todo era inútil. No había forma de que cumplierse su promesa. El abuelo no había entendido nada, a pesar de sus apuntes, de su experiencia previa, de su libreta de tapas azules, no había comprendido la situación.

Cualquier medida que Xurxo tomase sería inútil, pero asentía. Le decía que sí a aquel viejo que pensaba que él era un monstruo. No podía negarle al menos el consuelo de que pensase que lo intentaría.

El sentir la mano de Herme en el hombro hizo que Laura reaccionara de forma violenta. Su cuerpo se dobló y tuvo un par de arcadas, pero no vomitó porque tenía el estómago vacío. ¿Cuántas horas llevaban allí en realidad? Sintió el sudor frío corriéndole por la frente y buscó con la mirada a Pere, que se incorporaba del suelo y se sacudía los pantalones como si tuviera un tic nervioso. Sin embargo, no parecía que hubiese polvo en ellos. Otra arcada. La boca le empezó a saber amarga. Había visto demasiadas películas. En las películas de terror, las muertes eran cada vez más horribles, como allí. Éste era el momento en el que moría el mocetón exitoso, justo después de su novia. ¿Y Pere quién sería? ¿De los que se salvan o de los que no? ¿Y ella misma? La fotografía de su abuela delante de la juguetería no resultaba ya tan consoladora.

Adela y Pere siguieron como autómatas al anciano, que como bien había señalado su nieto, gozaba de una vitalidad casi inhumana, como si tuviera diez años menos de los que decía tener; sería real de ser ciertas sus historias. ¿Lo serían? Pere y Adela tenían un aspecto extraño y pálido, como si no estuviesen allí sino mucho más lejos. Con la apariencia fantasmal de alguien a quien el terror de lo ocurrido le hubiera desprendido de una capa de realidad.

Laura se incorporó del todo, le dolía la cabeza. La mano de Xurxo apretando la suya le infundió una rara calma. Estaba caliente, caliente y suave como debía estar la mano de un niño. Era real, viva. Toda aquella monstruosidad hacía que el resto no pareciese verdadero, pero el niño era cálido. Le parecía que su mente no podía admitir tanto dolor, y una parte de ella lo estaba viviendo como quien lo ve en la seguridad de una pantalla, en un cine a oscuras, con la única compañía del aroma de las palomitas. O en la televisión, como solía hacer con su abuela cuando ésta vivía. O en la pantalla del ordenador en la residencia con Bea. Bea.

Arrastraba los pies tras Hermenegildo, que se alejaba con cierta seguridad del lugar donde Arturo había quedado colgado. Habría querido decirle a Xurxo que no mirara, pero no podía pronunciar palabra. Tenía la sensación de que se le había quemado la garganta. Pere les dio alcance y le pasó la mano por la cintura.

—Tenemos que salir de aquí, Laura. Tenemos que pensar algo para salir ya.

Le parecía que la mano de él era ligera y delicada. Quizá demasiado ligera y demasiado delicada. Se fijó en que Pere le dirigía una mirada furtiva al niño, pero estaba demasiado aterrorizada para asignarle un significado.

Puede que todo estallase cuando, tras una esquina, el abuelo Herme decidió que se detuvieran. Puede que, hasta ese instante, el pánico sólo los hubiera rozado, pero les diera alcance al frenar su paso. O quizá el saber que los demás habían quedado en sus tumbas de piedra y metal, fuera de su vista allí atrás, lo desató.

Adela, Laura y Pere comenzaron a hablar al mismo tiempo y a gritos. Las lágrimas asaltaban los ojos de los dos últimos. Puede que lo que más se oyera fuese un apocalíptico «vamos a morir todos», o al menos así resonaba en los oídos del niño, como si fuese una canción de cuna o un himno. La canción siempre repetida en las películas de aventuras y desastres, «vamos a morir todos», qué gracia. Qué chiste más negro.

En aquel momento confuso de histeria, a Xurxo sólo le podía hacer gracia aquella frase. Tanta que sintió ganas de compartirla. O puede que sólo quisiera calmar a Laura. Tiró de su manga. Ella estaba pálida y le temblaban los labios, pero se inclinó para saber qué quería el niño. Era tan simpática aquella chica, sí, debía calmarla.

—No te preocupes tanto. Ya están todos muertos —le dijo.

CAMINOS QUE SE SEPARAN

Lo que nunca diría el abuelo Herme es que se había visto a sí mismo aquella noche. Había sido sólo un minuto, tan breve que incluso llegaría a plantearse que su mente le jugaba una mala pasada haciendo que reviviese un momento horrible.

Arturo había corrido hacia la muerte y él, prediciendo lo que vendría a continuación, había agarrado al niño por instinto y lo había apretado contra su cuerpo al mismo tiempo que se giraba para no ver, para no saber. Pero vio. Otra cosa distinta al empalamiento del desafortunado Arturo, pero vio.

A lo lejos, a la altura del lugar donde Bea había caído al agujero, ya no estaba Bea sino él, él y el arquitecto huyendo como aquella vez hacía como mil años, o eso le parecía en aquel momento; eso fue lo que vio. Era cierto, parecía que hubiese pasado un milenio desde que abandonasen a Manolo dándolo por muerto, y allí estaban, representando para sus ojos de nuevo la escena. Manolo había desaparecido con sencillez, sin ruido, sin más. Y estaba vivo. Empezaba a comprender, después de tantos años, que en la Ciudad de la Luz nada se dejaba al azar.

Se vio a sí mismo como un joven alto y fuerte de vivaces ojos azules. Pero en aquel muchacho que había sido también vio a un hombre que, de no ser por aquella tragedia, nunca habría hecho nada por sí mismo.

Era un hombre joven y fuerte, sí, pero también un patán sin aspiraciones nobles. Si no hubiera sido por aquella aventura terrorífica, de no ser por el deseo de encontrarle explicación, nunca habría sentido el gusto por los libros o los viajes. No se habría esforzado en ser alguien mejor, ni en hablar bien, ni en hacer inventos. La muerte había hecho que descubriera que, en algún lugar, había situaciones que escapaban a la comprensión humana, y también universos por conquistar dentro del mundo que el hombre daba por conquistado.

Sí, antes de aquello había curioseado libros y había pensado que quizá algún día tendría dinero para estudiar, pero eso no respondía al deseo de conocer, sino al de poseer. Antes del desastre sentía envidia del coche o de la casa de gente más afortunada, pero después sólo tenía ansia de conocimiento. Si no hubiese sido por aquel incidente, su hija jamás habría sido maestra ni habría amado las novelas de aventuras como lo había hecho toda su vida. Ni le habría transmitido ese amor a Pere, ese niño que era una esperanza y una consecuencia.

Pere.

El hombre que había salido diez años después tras haber vivido una sola noche en la Ciudad de la Luz era la mejor versión de sí mismo. Y lo había visto huir mientras a su espalda, unos sesenta años después, un chaval moría de una forma horrible. ¿Sesenta años? ¿Acaso en aquel lugar los años, el tiempo, tenían sentido alguno? Se vio huir de allí, seguro de que el joven que marchaba no veía al anciano que sería. En caso contrario, recordaría haber visto a un anciano abrazando a un niño.

No pudo obviar la cara de espanto del arquitecto, del señor del tiempo, que se había quedado unos segundos solo, viendo correr al Herme del pasado, antes de huir él mismo. Y se sintió mal por haber sido tan cruel con Xurxo. Quienes por su deseo devolvían todo al orden natural en el espacio-tiempo no sabían que podían hacerlo, aquellos ojos aterrados lo delataban. No eran conscientes de que podían meterse en la mente de los demás y proyectar sus deseos en la realidad. No sabían que tenían poder para elegir un futuro por delante de cualquier otro. Si el arquitecto era inocente, entonces el niño era inocente.

Pero él no. Él había abandonado a Manolo porque había desaparecido de una forma tan silenciosa y apacible que era como si estuviese muerto. Él era culpable, y eso le daba una idea. Una de esas ideas absurdas y puede que también redentoras.

—Debemos separarnos —dijo el anciano.

Todos guardaron silencio de golpe. Incluso Laura olvidó lo que le acababa de decir el niño. Las palabras de Herme le daban demasiado miedo.

—Pero ¿qué dice? ¿Se ha vuelto loco? ¿No ha visto películas? —saltó en cuanto pudo reaccionar—. En cuanto los protagonistas se separan, mueren uno detrás de otro.

—¿Y de qué nos ha servido permanecer juntos hasta ahora?

—De nada, supongo.

—Mira, niña, tengo que confesar que no es sencillo tomar una decisión en estas circunstancias, pero tengo razones para pensar que es más fácil que os marchéis de aquí sin mí.

—Pero abuelo...

—Pere, hijo, ya fui parte de esto antes. Quizá la ciudad me quiera a mí. Aunque también hay otra razón, creo que Will podría estar vivo.

—¿Cómo dice?

—Que Will podría estar vivo. Desapareció igual que lo había hecho Manolo la primera vez que estuvimos aquí. Y él estaba vivo. Lo abandonamos, y no pienso cometer el mismo error dos veces. Quizá por eso estoy aquí.

Laura apretó la mano de Xurxo. «Están todos muertos», eso había dicho el niño. Y antes, mucho antes, cuando no se reflejaban en los escaparates, había dicho que morirían. Y aunque no creía que esas palabras siniestras tuvieran un significado más allá del que le quisiera dar un niño aterrorizado, estuvo a punto de utilizarlas para que el abuelo de Pere cambiara de idea. No podía soportar la posibilidad de que el

siguiente paso fuera hacer dos grupos. ¿Will? Nadie había querido ayudar a Bea cuando se había caído. Ni siquiera Hermenegildo parecía valorar la posibilidad de que ella también estuviera bien.

—Pues nadie ha mostrado tanto interés por Bea.

—Te garantizo que tanto si soy capaz de encontrar a Will como si logro salir, buscaré la forma de averiguar cómo está Bea y si hay manera de ayudarla.

—Entonces, ¿qué propones, abuelo? ¿Hacer dos grupos?

—En realidad ya están hechos —murmuró Adela, aunque nadie le prestó atención.

—No. Iré solo. Vosotros buscad la salida. Que Xurxo os guíe.

Pere estuvo a punto reprender a su abuelo por poner al niño en el punto de mira de aquella manera, pero en su lugar se lanzó contra su pecho y lo abrazó. Incluso él mismo se dio cuenta de que por más fuerza que hacía, sus brazos lo rodeaban con ligereza, como si a lo largo de la noche hubiesen perdido la energía.

—Ten cuidado.

—Lo tendré, hijo. Salid de aquí cuanto antes. Poned al niño delante. Él os mostrará el camino, estoy seguro.

¿Por qué estaba tan seguro? En realidad no podía estarlo, pero no había elección. No tenían nada que perder al intentarlo. Quizá Xurxo, por instinto, salvase a su nieto; el arquitecto había salido en el mejor momento.

Sin embargo, Xurxo no opinaba lo mismo. ¿Qué podría hacer un niño pequeño como él? Nadie lo había escuchado, ni siquiera cuando las señales habían sido claras. Adela lo miraba de nuevo, aunque ya no parecía que quisiera diseccionarlo como a una rana. ¿Era posible que ella sí hubiese comprendido al fin? En sus ojos había un poso de tristeza, de extraña resignación, ¿era posible? Y si ya lo sabía, ¿por qué no decía nada? «Ella también se ha dado cuenta de que no serviría de mucho que los demás lo supiesen. Ya no», pensó.

Los pasillos tenían una luz dorada como de postal antigua. Las puertas de los comercios estaban abiertas y olía a productos de limpieza de pino y lavanda, como si unos minutos antes hubieran fregado el suelo. El abuelo se alejaba por el pasillo de la derecha, separándose de ellos y del lugar donde habían quedado los dos caídos. Si no miraban al techo, por un instante podían olvidar que estaban bajo tierra e imaginar que la calle por la que Hermenegildo se alejaba era la calle de cualquier ciudad. Una ciudad en la que la niebla lo fuese a pillar desprevenido y a tragárselo en cualquier momento. Casi podía darles la impresión de que al levantar el rostro, la iluminación les impedía ver las estrellas.

Pere se agachó y miró a su hermano a sus ojos rojizos. El niño tenía las gafas ahumadas en el bolsillo de la camisa de franela que se había puesto, la ropa llena de polvo y la cara sucia.

—Xurxo, ahora iremos por donde tú nos indiques. El abuelo cree que nos puedes sacar de aquí, así que vamos a probar.

—No creo que sea capaz.

—Tampoco tenemos nada que perder. Confío en ti.

Al niño le dolió aquella última frase. Qué terrible decepción iba a suponer entonces la verdad.

—No sé qué podría hacer yo.

—Eres más poderoso de lo que crees.

Ojalá lo fuera, pero se iba a convertir sin más en el Xurxo del futuro. Ocurriría de un momento a otro: el desenlace de la historia tras el que intentaría mandarse el mensaje al pasado. Y el niño estúpido del pasado primero pensaría en extraterrestres y, después, en tesoros escondidos. No comprendería lo horrible de los signos hasta que fuese demasiado tarde. Pero claro, no merecía la pena decir nada.

Pere miró a Laura. Parecía estar tan sucia y asustada como Xurxo. ¿Cómo no estar aterrorizada? Todos sus amigos habían muerto. Estaba seguro de que Bea no había sobrevivido a la caída, pero no quería desencantarla más todavía. Incluso aterrada estaba guapa.

—Vamos a conseguirlo. Ya lo verás.

—¿Seguro?

—Seguro.

Laura se fijó en que le temblaban las manos y le pareció encantador que fingiera fortaleza por ella. Pere lo hacía por ella y por el niño, fingía que no estaba tan asustado como todos ellos. Aunque era probable que Adela no tuviese miedo; con las manos metidas en los bolsillos de su impoluto abrigo blanco los esperaba de pie.

—Acabemos de una vez con esto —dijo.

Y fue como una señal. Laura no hubiera podido explicar más tarde por qué reaccionó así, pero soltó a Xurxo y con las dos manos le sujetó la cara a Pere para besarlo. Era absurdo, innecesario, pero quizá fuese su última oportunidad de hacerlo, así que daba igual. No se iba a quedar con las ganas. Si iba a morir esa noche, que al menos hubiera besado a aquel chico que se parecía a Jared Leto. A Pere le pilló tan de sorpresa que no abrió la boca al principio, pero después la apretó contra su cuerpo y decidió que no importaba nada más: salir de allí para conservar eso.

Adela sintió una pena inmensa. A punto estuvo de echarse a llorar. A punto estuvo de permitir que la pena ocultase el verdadero papel que ella tendría en lo que estaba por venir. Su mirada se cruzó con la del niño y esbozó una sonrisa a medias. Una de complicidad que él le devolvió.

Cuando comenzaron a andar, tomaron el camino contrario al que había elegido Herme. Xurxo iba delante, seguido de Laura y Pere cogidos de la mano. Por último, Adela con la mano en el bolso, acariciando la grabadora. Al principio las tiendas parecían distintas a las que llevaban viendo toda la noche. Había una corsetería que nunca habían visto y un taller de reparación de calzado y duplicado de llaves. Una

lavandería y un estanco.

—No sé si esto es bueno o malo, la verdad. Por aquí no hemos pasado y eso ya es algo nuevo, pero no parece el camino de regreso.

—Confía en mi hermano.

—Miedo me da hacerlo.

Laura apretó los dedos de Pere y volvió a sentir la extraña sensación de que eran demasiado delicados y estaban fríos. La misma sensación de pescado muerto o de ave. ¿Por qué tenía esas impresiones tan desagradables? Le gustaba él, le gustaba haberlo besado, pero cada vez que tocaba sus manos notaba una especie de repulsión que no era capaz de controlar, como si no fuese normal. Como si estuviera demasiado pulcro y recompuesto. Como si no corriese la sangre por sus venas. Como si fuera un marciano.

—Xurxo nos sacará de aquí. Él es especial. Tiene una especie de visiones, como si pudiera adivinar el futuro. Encontrará el camino.

Pero lo que veía Xurxo, por encima de las tiendas pulcras y abiertas, por encima de las puertas invitadoras y llenas de tentaciones, como un velo de transparencia, lo que veía eran sólo pasadizos y túneles de piedra a medio construir, poco más que apuntalados.

EL LIBRO DE ENCARGOS

Esperad aquí, quiero comprobar una cosa.

—Laura, ¿te has vuelto loca?

No sabían cuánto tiempo habían caminado cuando Laura soltó la mano de Pere y atravesó una de las puertas abiertas. Era un camino agotador y no parecía que avanzasen demasiado, pero al menos no había desaparecido ninguno de los que quedaban y hasta Adela empezaba a pensar que su teoría, esa que la había tenido tan asustada y después resignada unos minutos antes, no era más que una estupidez. Sí, aunque no hubieran salido todavía, las tiendas iban cambiando y no ocurría nada nuevo ni temible. Además, los últimos locales empezaban a ser conocidos, de los que habían visto al principio de la noche.

De hecho, el lugar hacia el que Laura corría con tanto interés no era otro que la tienda de encargo de lápidas donde Bea había fotografiado el libro. Pere sintió un escalofrío al reconocerla.

—Me pregunto qué querrá comprobar ahí dentro.

—Supongo que si los nombres de sus amigos se escribieron de verdad en el libro.

Aunque el rostro de Adela no expresaba emoción alguna por lo que estaba diciendo, a Pere esas palabras le hicieron un nudo en el estómago. ¿Qué podría tener eso de interesante? Lo que debían hacer era salir de allí, cuanto antes mejor. No era un lugar acogedor ni agradable, ni deberían haber fraccionado más el grupo. Comprobar si lo que había cambiado era el libro o la fotografía era algo que no parecía en absoluto atractivo.

Sin embargo, Laura quería ir más allá. Quería saber si era el libro o la fotografía o las dos cosas lo que había cambiado, pero sobre todo, si los nombres habían aparecido también entre los encargos, tenía que ver si había más.

Pere se puso tan nervioso que empezó a moverse de un lado a otro, fijando al final su atención en la tienda de enfrente. La primera vez ni la habían visto.

Era una antigua ferretería con los escaparates colmados de todo tipo de artilugios, desde cuchillos de cocina y navajas de Albacete, a coladores o destornilladores. Se quedó mirando los objetos. Siempre le habían gustado ese tipo de tiendas, llenas de enseres cotidianos sacados de su contexto, mezclados en una especie de batiburrillo sin sentido. Ya no quedaban muchas que él recordase, eran más habituales cuando era

niño. Las solía llamar «tiendas de todo menos comida» cuando iba de la mano de su madre y ella era enorme y sus cabellos parecían hechos con los rayos del sol que reflejaban. A su madre también le gustaban. Se detenían largos minutos a contemplar cómo brillaban los objetos metálicos, preguntándose si no necesitarían algo en casa que no recordaran en ese momento.

—¿Hay algo que se me olvide? —preguntaba ella.

Y el pequeño Pere comenzaba a enumerar uno tras otro los objetos que había en el escaparate.

—Cuchillos.

—No.

—Una jaula.

—No.

—Eso de madera.

—No, eso tampoco. Es un mortero.

Y así hasta que agotaban todas las posibilidades. Los objetos cuyo nombre o utilidad desconocía, los nombraba su madre cuando él los señalaba.

Alguna vez sí encontraban alguna cosa que podrían necesitar, y entonces atravesaban aquellas puertas de madera y cristal, haciendo sonar una pequeña campanilla. Eran sus momentos favoritos. De pequeño sólo amaba las librerías y las ferreterías. Quizá era un niño extraño.

Al otro lado esperaba el suelo de baldosas de colores y, al fondo, el mostrador, tras el cual se abría una infinidad de estantes y cajones enigmáticos llenos de piezas mágicas como clavos y tuercas. Objetos misteriosos que servían para hacer otros objetos, o para arreglarlos o cocinar los alimentos.

Cuando quiso darse cuenta de que había entrado de veras en la ferretería, era demasiado tarde. Se había dejado embaucar por sus recuerdos infantiles, atravesando la puerta coronada por una pequeña campanilla metálica como si todavía le diese la mano a su madre.

La ciudad le daba a cada uno sus sueños para luego convertirlos en pesadillas. Qué a salvo se había creído esperando una enorme librería, ya que amaba los libros y quería ser escritor; ¿qué hubiera podido haber de peligroso en una librería? Sin embargo, sus mejores recuerdos con su madre eran jugando a adivinar qué faltaba en casa que pudiese comprarse en una ferretería. Casi ni sabía que eran sus mejores recuerdos.

Una ferretería era un lugar lleno de objetos punzantes y aparatos que podrían causar accidentes mortales. El miedo le recorrió la columna vertebral, el sudor empezó a perlarle la frente. Tenía que salir de allí.

Dio la orden a sus pies para que giraran y se encaminasen de nuevo a la puerta, pero éstos no respondieron. Miró con sorpresa sus zapatos, parecían estar clavados sobre el dibujo en zigzag de las baldosas. Deseó gritar para pedir ayuda. Ordenó a su boca que se abriera, pero no lo hizo. Tampoco emitió sonido alguno. El cuello, que se

había inclinado para mirar los zapatos, se incorporó sin que él se lo ordenase y se quedó rígido. Un movimiento no planeado, dirigido por alguien o algo que no había sido él.

Mientras, Laura había llegado al mostrador de la tienda de encargo de lápidas. Todo parecía estar tal y como lo habían dejado, incluido el libro abierto por la última página escrita que Bea había fotografiado. Se acercó despacio, como si temiera comprobar lo que ya estaba intuyendo, lo que en realidad la había empujado a trasponer de nuevo esa puerta.

—¿Qué haces ahí clavado? ¿Y si vamos a por Laura y salimos de aquí?

Pere hubiera deseado responder a las preguntas de Adela, a la que veía asomada a la puerta exterior con cierta cautela, pero su boca no respondía. En realidad, ninguna parte de su cuerpo se movía lo más mínimo.

—¿Estás bien? Xurxo, quédate ahí, voy a por tu hermano.

Cuando Adela salió de su ángulo de visión para acercarse a él por el costado, escuchó sus pasitos tímidos y ligeros aproximándose. Después, una mano pasó por delante de sus ojos para comprobar si parpadeaba, cosa que no hizo, y por último la misma mano tanteó delante de la nariz y la boca para comprobar si respiraba. Sí, respiraba, aunque ninguna de las acciones que su cuerpo realizaba por orden consciente suya parecía habilitada. Sólo respondía lo irracional, lo vital: el corazón latía, tenía pulso y respiraba. Poco más.

El libro permanecía abierto, con los nombres ya familiares escritos: el arrepentimiento del nombre de Will a medias, Bea, Arturo. Laura apretó los ojos como si lo que a continuación venía fuese a cambiar al abrirlos. Pero ahí estaba, no cabía duda.

Desvió la vista hacia el escaparate, buscándolos con la mirada, pero al otro lado de la avenida iluminada sólo la esperaba Xurxo, curioseando en el cristal del escaparate de una ferretería.

Cerró el libro, como si el hecho de cerrarlo fuese a tener el poder de evitar lo inevitable, y corrió hacia la puerta.

—Pere, me estás asustando. ¿Te pasa algo?

La mano de Adela en su hombro activó algo. O quizá no fue la mano de Adela, sino que coincidió, pero nada más poner ella la palma en el cuerpo inerte que no podía controlar, Pere sintió que algo se movía en su interior. Algo reptaba por sus venas y por sus huesos, y al final también por sus músculos, poniéndolos en movimiento, acabando con la rigidez. Pero ese algo que sentía como denso y negro por dentro también controlaba sus acciones. Por más que deseó caminar hacia la puerta, su cuerpo se giró en dirección contraria, hacia el mostrador.

—Adela, no puedo... no puedo controlarme... no soy yo.

Su lengua, sin embargo, era suya de nuevo. Una broma cruel quizá. Podía pedir ayuda, pero no podía hacer nada más por voluntad propia.

—Pero ¿qué dices?

—¡Que no mando en mi cuerpo!

La cara de pánico de Adela predijo el estruendo. Pere no podía controlar su cuerpo, pero sí sentía el dolor. Había atravesado con el puño cerrado uno de los mostradores de cristal donde se exponían navajas suizas y cuchillos de caza y gritó de dolor; Adela gritó también y se tapó los oídos. Pere sentía la sangre caliente corriendo por su mano, los vidrios clavándose en la carne, los dedos cerrándose alrededor de un cuchillo con la empuñadura embellecida con un colmillo de jabalí.

—¿Dónde está tu hermano?

Xurxo apoyó el dedo en el cristal del escaparate sin mirar a Laura, pero la siguió cuando traspuso la puerta de la ferretería.

La escena que se encontraron era pavorosa, casi peor que lo que Laura había dejado atrás: el nombre de Pere y el de Adela en el libro, separados tan sólo por una conjunción.

Pere estaba junto a un mostrador roto, con el brazo lleno de sangre y un cuchillo, que en ese momento a Laura se le antojó enorme, en la mano cerrada. Agarrada al otro brazo, Adela intentaba arrebatarse el arma. Ambos gritaban a la vez.

—¡Deja eso! Pero ¿qué haces? —repetía ella una y otra vez.

—¡No puedo, no puedo evitarlo!

Aunque Pere respondía que no era capaz con la voz preñada de pánico, su cuerpo parecía lleno de determinación homicida.

Laura dudaba qué hacer. Pasaron por su cabeza todas las escenas de películas en las que alguien controlaba desde fuera el cuerpo de otra persona. Al zombi en cuestión a veces se le despertaba causándole un gran dolor. Pero no siempre funcionaba. ¿Fuego? ¿Dónde había visto que a un controlado lo quemasen para que volviese a ser él? En cualquier caso, no fumaba, así que ¿de dónde iba a sacar un mechero? Todo esto pensó en cuestión de segundos, pero no sirvió de nada, porque cuando vio lo que el Pere controlado desde fuera iba a hacer, mandó el instinto protector: se giró para tapar los ojos del niño.

Ojalá hubiera servido de algo. Xurxo era capaz de verlo todo con los ojos cerrados. Las imágenes traspasaban sus párpados. Tan acostumbradas estaban a aparecer en sus sueños, a aparecer a todas horas, que se colaban por el rabillo del ojo para hacerse realidad. Y se materializaban a pesar de la protección que los dedos calientes y suaves de Laura pudieran proporcionarle. Así que Xurxo vio. Vio lo que ya esperaba porque lo había visto antes. Vio porque era inevitable, y con todo y con eso, lo sufrió. Fue extraño, recordaría después Xurxo, muy extraño. A pesar de ser el único que había comprendido lo que sucedía en aquel lugar, a pesar de eso, le dolió.

Pere, haciendo gala de una fortaleza que no tendría por sí mismo, empujó a un lado a Adela y se empezó a hacer cortes en los brazos, poco profundos al principio.

Los ojos azules miraban al grupo formado por Laura y Xurxo. Eran enormes, rebosantes, desesperados. Tenían un brillo de angustia que no podría describirse. Eran todo el miedo del mundo.

—Páralo, por favor.

—No puedo hacer nada.

—Por favor, párame.

Las manos tomaban la empuñadura de colmillo y empezaban a cortarse la camiseta desde el cuello hacia abajo. La tela quedó sesgada en dos partes. Adela gritaba en el suelo, sin moverse de donde había caído.

—Pere, Pere, no —murmuró Laura.

Luego empezaron los cortes en el cuerpo. Cada vez más profundos. Pere sufría, era evidente que sufría. Las acciones no eran suyas, pero sí el dolor. Por último, dirigió el cuchillo en punta hacia su cuerpo, con las dos manos en el mango. Y empezó a apuñalarse. La primera vez le costó volver a sacar la hoja de su costado. Pero la segunda, la tercera, la cuarta fueron más fáciles.

—¡Detenlo! —pidió Pere con dificultad—. ¡Por favor, detenlo!

Laura lo miraba con horror, no podía ni pestañear. Tanto horror en un momento y sólo le venía a la cabeza un absurdo, el cuento de Blancanieves: el pelo negro como la noche, la piel blanca como la nieve, los labios rojos como la sangre. Los ojos azules de Pere parecían flotar en la palidez de un cuerpo que se vaciaba de sangre, tan roja en los labios. El pelo negro se le pegaba de sudor a la frente. Era como un dibujo. Como si en verdad ya no estuviese allí.

—No puedo hacer nada —murmuró Laura.

—Tú no. Él —contestó Pere. Y acto seguido sus ojos se volvieron turbios de ira, de rencor. De un rencor y una decepción infinitos, de los que sólo pueden experimentarse cuando los causa alguien a quien se quiere con todo el corazón.

Como si sacase fuerzas del fondo del universo, ninguno de los presentes supo si para detener lo que estaba a punto de ocurrir o si para que su cuerpo reaccionara y lo hiciera, Pere sacó el cuchillo de donde lo había alojado, lo alzó sobre su cabeza y gritó. Su cuerpo se abalanzó sobre Xurxo y Laura, sobre ellos dos. El chico perfecto que se parecía a Jared Leto intentaba matarlos.

Ella apretó los ojos con fuerza, protegiendo al niño con su cuerpo. Esperó la agresión, la hoja hundirse, el dolor. Había visto demasiadas películas como para no hacerse una idea de lo que sucedería después. Esperaba poder parar el golpe y que el niño huyese. ¿Qué le había pasado a Pere? ¿Cómo podía creer que Xurxo podría detener aquello? Era sólo un niño. Un niño asustado. Y su hermano, además.

Esperaba la puñalada, la sangre caliente, el dolor lleno de ricos matices asesinos, sí, pero no ocurrió nada de todo eso. No ocurrió nada en absoluto.

Todo el cuerpo le temblaba cuando abrió los ojos. De pie a su lado, Pere hundía el cuchillo en el pecho de Adela: se había puesto delante, se había interpuesto, los había salvado. El cuerpo lacerado de Pere sangraba por tantas heridas que era difícil comprender cómo podía seguir derecho.

—Lo siento —alcanzó a decir antes de vomitar sangre y derrumbarse.

—No importa —contestó ella.

Ambos cayeron al suelo, el uno junto al otro; parecía que hubiesen tropezado en mitad de un paso de baile. Pere estaba muerto antes de que su cabeza golpease las baldosas. La sangre había salido como un borbotón de sus labios, vaciando lo poco que le quedaba de vida cuando había intentado agredirlos.

Laura le dio la vuelta a Xurxo en dirección a la puerta y le ordenó que esperase fuera.

—Y no vuelvas la cabeza al salir.

El niño obedeció sin chistar, a pesar de lo cual Laura esperó a escuchar el ruido de la campanilla para moverse. Tenía los ojos llenos de lágrimas y los veía con dificultad, pero se inclinó entre los dos y le buscó el pulso a Pere.

—Está... está muerto. Pere...

Le pasó la mano por la cabeza y dejó que el pelo se le escurriese entre los dedos. La mano de Adela, cubierta de sangre roja, le agarró la muñeca antes de que pudiera dirigirse a ella.

—Laura, tienes que escucharme.

El mango del cuchillo sobresalía en su pecho, dibujando una rosa de sangre en la ropa blanca. Una rosa en mitad de la nieve.

—Te pondrás bien. No voy a abandonarte. Te sacaremos de aquí.

—No —contestó ella con dificultad; le temblaba todo el cuerpo—, sal tú. Pero escúchame antes.

—No digas tonterías.

La mano que tenía agarrada a Laura la apretó con tanta energía que la sorpresa por el dolor se mezcló con lo increíble que resultaba que todavía tuviera semejante fortaleza.

—Yo ya estoy muerta, pero tú no. No se lo dije a Pere, ¿para qué? Mi nombre estaba en el libro, ¿verdad?

—Sí.

—Llevamos muertos toda la noche. ¿Recuerdas la teoría del abuelo? Al menos una versión de nosotros murió en el derrumbe.

Adela comenzó a carraspear y unas gotas de sangre asomaron a sus labios perfectos.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Coge mi bolso. Está todo en la cinta. —Tosió y la sangre empezó a correr de su boca a su mejilla—. Es como si la ciudad nos matara una y otra vez. Nos tiró encima las rocas y morimos. Y después reaparecimos y fuimos muriendo de nuevo. Por eso no se escuchaba tu voz en las cintas, ni la de Herme. Creo que nos quedaremos aquí para siempre, muriendo una y otra vez. Pero tú te salvaste. Y el abuelo también.

Era absurdo, estúpido, y sin embargo, un sudor frío recorría la espalda de Laura.

—¿Y Xurxo?

—Xurxo te sacará de aquí. Es el señor del tiempo. —La tos volvió y Laura tuvo que apoyarse la cabeza de Adela en las rodillas para que pudiese seguir hablando—.

Él temía que el cielo se desplomase sobre nuestras cabezas, como en los cómics de Astérix. Y sin saberlo, su miedo hizo que ocurriera. En la cinta sale su voz, o la voz de su mente, proyectando en la realidad todas las cosas. Las muñecas de Bea, la hoja de laurel, imagino que hasta esta ferretería. —Esta vez la tos duró más y la sangre salió en un borbotón—. Se metió en nuestras mentes sin querer y proyectó todo esto.

—Pero ¿qué dices? Es un niño.

—No ha sido queriendo, Laura. Predice el futuro. Y al predecirlo, lo materializa. El futuro que imagina es el que sucede. Él hubiera salvado a su hermano de haber podido, pero no eligió qué futuro imaginar. Cómo hubiese deseado tener tiempo para estudiarlo.

Sonrió, con una especie de mueca entre la tristeza y el triunfo. Después empezó a toser y a expulsar sangre por la boca y la nariz. Dijo que le hubiera gustado pedir un cigarro como los moribundos de las películas, y Laura no pudo evitar devolverle la sonrisa entre las lágrimas que le caían por la cara.

Después no pudo hablar más. En sus pulmones no cabían al mismo tiempo la sangre y el aire necesario para hablar.

Laura siguió cogiéndole la mano hasta que la asfixia hizo que convulsionara. Y después incluso, cuando sus ojos se vaciaron de expresión y sus pupilas se convirtieron en dos pequeñas galaxias extendiéndose por el iris.

CORRER HACIA LA LUZ

Herme tenía la silueta de un gigante. Su sombra, proyectada en el suelo gracias a las luces artificiales, parecía la de un titán. Sin embargo, sentía mermar sus fuerzas conforme avanzaba. Para él, la ciudad se había ido convirtiendo en aquella que visitara la primera vez, con las tiendas favoritas de todos los que vio morir. Podía reconocer el lugar donde aquél se prendió fuego accidentalmente o ese otro quedó colgado por el cuello de la forma más tonta. Según Manolo, habían estado muertos en el agujero todo el tiempo y a la vez muriendo de nuevo, como si necesitaran comprender que estaban muertos. Como si en todos los desenlaces tuvieran que morir.

¿Era eso el destino? ¿Había una predeterminación? ¿Quién la elegía? ¿Eran los señores del tiempo? Pero no parecían tener la voluntad necesaria. Los señores del tiempo no eran tales señores; Manolo se había equivocado en el nombre, eran siervos del tiempo. Eran ellos los que actuaban para que todo siguiera su ritmo, pero ¿habría conseguido Xurxo rebelarse y salvar a su nieto? ¿Tenían los siervos del tiempo elección?

Las baldosas infinitas, como un juego de espejos reflejando espejos en el que no hay culminación, se extendían delante de él. Pero si allí el tiempo era un bucle, ¿qué ocurría con el espacio? ¿Cómo saber qué era delante y qué detrás?, ¿qué pasado y qué futuro? No podía saber cuál era su camino. Sólo sabía que debía estar ahí.

En otro lugar del laberinto, Laura había cogido el bolso de Adela, le había cerrado los párpados y había besado los fríos y pálidos labios de Pere a pesar del asco y de la sangre, a pesar de todo. Aquél habría sido el chico con el que le hubiese gustado estar. Cuando estaba a su lado, veía a un compañero. Hubiera dado cualquier cosa por poderlo salvar. Por volver hacia atrás.

Ojalá fuera cierto que la Ciudad de la Luz fuese una máquina del tiempo. Si pudiese saltar hacia atrás, hubiese evitado que entraran. Bea, Arturo incluso, todos estarían vivos. Nunca habrían atravesado la entrada trucada.

Cuando salió por la puerta, Xurxo la esperaba de pie junto al escaparate. Se dieron la mano en silencio y empezaron a andar. Se limpió las lágrimas con los dedos

y vio que no tenía sangre en las manos. Polvo, tierra, algún corte, pero ni rastro de la sangre de Adela o Pere.

—Ellos ya habían muerto en el derrumbe una vez —dijo él enseguida.

—Ojalá no hubiéramos venido nunca.

—Eso mismo pienso yo.

Había pasillos que llevaban a más pasillos, como si la ciudad se hubiera multiplicado y extendido desde el momento en que Hermenegildo había salido por la puerta hacía tantos años ya. Como si fuese una ciudad real, con la capacidad de mutación de las ciudades reales, de los lugares sobre la Tierra, donde el espacio y el tiempo tienen un equilibrio que transcurre con normalidad. O al menos con una normalidad comprensible para el hombre.

El anciano tuvo que soltar una carcajada cuando se dio cuenta de que había vuelto al mismo sitio: el claro con el espectacular cine con sus pulidas y restauradas escaleras y con su bar, que parecía nuevo, cuyos cierres se había quedado mirando el inglés con tanta fascinación. El espacio abierto donde habían querido parar a comer algo y el techo se había vencido. De hecho, la especie de plaza subterránea seguía precedida por aquellos escombros que tanto trabajo les había costado apartar y que, después, sin más, habían desaparecido.

Por curiosidad se asomó al hueco por el que habían salido su nieto y los demás, el agujero que habían abierto Laura y él con sus propias manos. Al otro lado, el caos había arrancado algunas luces y los cierres de varias tiendas, pero no había más que polvo.

—No pienses que no me importa —decía Xurxo—, es que ya no puedo llorar más.

Laura sí iba llorando. Caminaba con la cabeza gacha, la mano metida dentro de la del niño, con la sensación de estar huyendo de una guerra. Atrás quedaban el hogar quemado y todas las posesiones de la vida. Atrás quedaban los queridos amigos muertos y las vivencias alegres de antes del estallido. Atrás el amor probable. Era un poco menos joven.

—No creo que no te importe.

—El abuelo de Pere pensaba que yo había hecho esto, pero yo intenté pararlo. Llevaba viéndolo mucho tiempo en mi cabeza y sólo quería pararlo. —Ahí sí escapó una lágrima por la cara del niño.

Laura frenó en seco.

—Escúchame, tú no has tenido la culpa de nada, ¿me oyes? Esto tenía que pasar y ha pasado. Ya está, no dejes que te coma el remordimiento. Es injusto poner tanta responsabilidad en un niño.

Atrás quedaban las largas tardes de sentarse en la residencia a ver cómo Bea hacía

sus muñecas y las broncas con Arturo después de un partido. Las broncas eran bonitas también, había cierta complicidad en ellas. Y también la posibilidad de amar a Pere. Era como si la ciudad hubiese tachado un camino de la lista de opciones. Quizá Will y Adela hubieran sido buenos amigos en el futuro, no había forma de saberlo.

Atrás quedaba la batalla perdida de la que huir.

Tan concentrada iba en ella que no se dio cuenta de cómo la ciudad se iba descomponiendo a su alrededor. Quizá ni siquiera se percató de que pensaba en batallas perdidas y guerras porque el aspecto de las tiendas se parecía cada vez más a los restos de un enfrentamiento bélico: los cristales reventados, las baldosas levantadas, el polvo sembrando el suelo como cenizas.

Conforme avanzaban, avanzaba también lo gastado y lo destrozado; se apagó la luz poco a poco. Muy pronto comenzó a aparecer la piedra por detrás de las baldosas y el ladrillo, y la realidad tomó la forma de un túnel largo y oscuro.

Cuando empezaba a alejarse de los escombros, Hermenegildo escuchó un ruido, como un arrastre y un quejido o gruñido que hizo que se girase. Entre dos piedras del suelo, casi por donde había pisado, ¿los habría pisado?, asomaban unos dedos.

—No puede ser.

Y a los dedos los acompañaba ese sonido extraño, como de arrastre y gorgoteo. El abuelo se lanzó a arrancar las piedras de su lugar murmurando plegarias, dios santos y por favores. El cuerpo, aunque bastante maltratado, había quedado protegido entre dos bloques de algo que podría ser hormigón, de tal forma que el brazo podía estar roto y puede que también las piernas, pero el tronco y la cabeza parecían intactos. Algo le había dado en la frente; sangraba y estaba aturdido, pero seguía vivo.

Laura se preguntó si Will, Bea, Arturo, Pere y Adela volverían a aparecer en otro punto del túnel sin saber que estaban muertos sólo para morir de nuevo. Incluso llegó a preguntarse si alguno, como el Manolo del cuento del abuelo, conseguiría salir. Se preguntó a qué mundo saldría, a qué realidad. Y si podrían volver a encontrarse.

—¡Luz! —gritó el niño de repente—, ¡hay una luz ahí al final!

Y cuando Xurxo dijo eso, le sobrevino el agotamiento y el dolor y el miedo y la sed y el hambre, y casi no tuvo fuerzas para seguirlo.

—Mel —decía un confuso Will—, ella me pidió que no me quitara el casco.

—No deberías hablar.

El abuelo intentó darle agua, pero el inglés perdió el conocimiento. Había sacado otros cuatro cuerpos, todos muertos menos Will. Bea tenía el cuello roto y un golpe

en la cabeza. Arturo estaba atravesado por unas barras de metal del hormigón armado de una viga. Adela y Pere parecían haberse desangrado por heridas punzantes que parecían puñaladas y que podían estar causadas por cualquier cosa; ella tenía una gran herida en el pecho. «Le pedí al niño que lo salvara demasiado tarde», se dijo.

Le dolía el corazón, pero no podía ceder a la tristeza. Tenía una misión que cumplir, ya habría tiempo para lamentarse más tarde.

Buscó con la mirada algo con lo que pudiera sacar a Will, pues no se veía capaz de cargarlo todo el tiempo; allí estaban la barbería, la tasca, la perfumería, la farmacia, la tienda de productos para el campo, y esta última estaba iluminada, como haciéndole una señal. Se incorporó. En el escaparate, un maniquí ataviado con un peto, unas botas de agua y un sombrero se aferraba con ambas manos a una carretilla pintada de verde.

Laura vio a Xurxo correr hacia la luz, por delante de ella. Lo vio sacar sus gafas ahumadas del bolsillo y ponérselas. Escuchó su risa musical y tuvo que hacer un esfuerzo del que no se veía capaz para poner un pie delante del otro y no desmayarse.

Vio su silueta dibujada contra un círculo blanco y pensó que algo así es lo que verían los que habían tenido experiencias cercanas a la muerte. O los niños al nacer. Como si el túnel que los expulsara de la ciudad fuese un gigantesco útero.

A primera hora de esta mañana, los numerosos viajeros que esperaban para tomar el ferrocarril en la estación de la plaza de Cataluña han sido testigos de la aparición de un niño entre las vías. El muchacho, de unos diez años, caminaba cubierto de tierra y aparentemente desorientado, hasta que un hombre y una mujer consiguieron subirlo al andén. Debido al incidente, se ha suspendido la circulación de trenes en la línea seis durante buena parte de la mañana. Unos minutos después, también una joven de entre dieciocho y diecinueve años ha emergido por el mismo túnel. Ambos sufrían de hipotermia, desorientación y amnesia, no pudiendo determinarse su origen o identidad al no ir documentados.

EPÍLOGO

No fue tan complicado librarse de la policía como Laura había creído al principio.

Cuando comenzaron las preguntas, dijo no recordar nada y Xurxo le siguió la corriente. No se le había escapado el calendario que colgaba de la pared en la entrada del hospital, tras la recepcionista: enero de 2011. Estaba nuevo, como recién abierto, no era posible que hubiesen olvidado cambiarlo.

Les hicieron mil pruebas y los mantuvieron en observación. Los médicos consiguieron mantener a raya a la policía el tiempo suficiente como para que construyeran su historia. Ninguno recordaba nada. De hecho, no sabían en qué día estaban ni quiénes eran. Les dieron listas de nombres a ver si alguno les resultaba familiar. Al tercer o cuarto día, Laura señaló varios nombres con «a».

—Me suena la A. Pero no sé si al principio del nombre o a la mitad. Lo siento, esto es muy frustrante.

No le resultaba difícil hacer que las lágrimas acudiesen a su rostro, le bastaba con recordar. Ojalá hubiese estado amnésica de verdad.

—No importa, probaremos mañana. Ahora descansa.

Los médicos intentaban ser amables. A pesar de que habían dado negativo en todos los test de tóxicos y de agresión sexual, aquellos dos pobres debían de haber sufrido algo muy fuerte como para borrar toda su memoria, tenían todos los síntomas de un estrés postraumático agudo, eso pensaban. Mientras, Laura trazaba un plan para salir de allí. Necesitarían nuevas identidades lo primero, pero ¿cómo conseguir algo así? En las películas siempre había alguien que conocía a alguien, pero en esta realidad no podía recurrir a nadie que conociese. Todos contaban con que había una Laura por ahí en alguna parte y que ésa era la Laura que conocían. Todos contaban con que no había una segunda Laura.

¿Qué estaba haciendo ella en enero de 2011? Probablemente, hincando mucho los codos para que sus padres la dejaran ir a Madrid a estudiar la carrera. Ojalá pudiera acordarse.

A media mañana del cuarto día, cuando empezaba a desesperarse por la posibilidad de decir la verdad y arriesgarse a que la encerrasen en un manicomio, la respuesta llegó por su propio pie vestida con un traje *sport* bastante caro.

—Señorita, ha venido su abuelo —dijo la enfermera sin ocultar la emoción—, ha pasado a ver al niño antes y lo trae.

¿Su abuelo? Laura no había conocido a sus abuelos, sólo a una de sus abuelas. En cualquier caso, fuera quien fuese traería a Xurxo. Hacía más de un día que no se lo

dejaban ver, quizá sospechaban que se ponían de acuerdo en aquello de no recordar.

El hombre que decía ser su abuelo le sonaba de algo: ese aire elegante a pesar de los años, ese rostro alargado, los ojos vivaces y rojizos. Albino como el niño, no le extrañaba que se hubiese podido hacer pasar por familia.

Sabía que lo había visto antes, pero hasta que no dijo su nombre, no se dio cuenta de que era un famoso arquitecto cuya obra había estudiado. Y aún tardó más en relacionar ese descubrimiento con la historia del abuelo Hermenegildo.

—Cuando pusieron por televisión aquella grabación de las cámaras de seguridad en la que se os veía salir del túnel del tren, algo me dijo que habíais estado allí. No sabía si antes de que yo estuviera o después, pero estaba seguro de que lo estaríais pasando mal. Haría falta mucha suerte para salir como yo salí, justo en el momento después de haber entrado. Esa clase de suerte no se repite dos veces.

Laura no sabía qué decir, tenía demasiadas preguntas.

—Entramos el año que viene —comentó simplemente.

El hombre sonrió. Sí que tenía un aire semejante a Xurxo. Quizá por eso Hermenegildo había sabido que los dos eran capaces de las mismas brutalidades y maravillas.

—Todavía tengo pesadillas. Pero creo que esta vez lo haré todo bien.

—¿Cómo? ¿Cómo nos va a hacer pasar por sus nietos?

—En este mundo se consigue todo con dinero.

El arquitecto les contó que tenía una hija en México que había muerto un par de años antes en un accidente de tráfico. Se harían pasar por los hijos que ella nunca tuvo. Lo había pensado bien, tenía los pasaportes falsos y hasta unas partidas de nacimiento que nadie podría diferenciar de unas reales. Lo máximo que se podía conseguir en cuatro días.

—Tú te llamas Ana y tu hermano, Alberto.

—Pero ¿de dónde ha sacado todo esto? ¿Y nuestras fotos?

—La policía os hizo fotos para intentaros localizar. Te he dicho que con dinero se puede conseguir cualquier cosa. No podéis volver a vuestras vidas anteriores. Ya hay unos vosotros que todavía no han entrado allí.

Aquello había sucedido hacía un año y resultaba curioso comprobar lo fácil que era acostumbrarse a una nueva vida. Al menos a una llena de lujos como los que el arquitecto podía regalar. Ahora lo llamaban abuelo, hasta habían llegado a la conclusión de que de alguna manera lo era. No tenían otra opción, debían aceptar la vida que él les había proporcionado. El miedo a que sus familias reales hubieran visto el vídeo en el que salían del túnel se disipó enseguida. Nadie que tenga a su hijo cerca piensa al ver la televisión que el niño perdido o la chica sucia puedan ser algo suyo. Los tienen al lado, a salvo. Laura a menudo fantaseaba con sus padres comentándole a la hora de la cena que habían visto un vídeo en el que salía una jovencita que se le

parecía mucho.

—Con amnesia, pobre, ¿qué le habrán hecho? —Seguramente habrían dicho algo así.

¿Ocurrió en realidad? ¿Vio antes de entrar en la Ciudad de la Luz ese vídeo y no le dio la menor importancia? Era difícil saberlo. Pero si la madre de Xurxo no lo había identificado por sus originales gafas futuristas, era difícil que alguien la hubiese reconocido a ella. Lo que había movido al arquitecto a buscarlos era el lugar de las imágenes, no su identidad.

La vida había pasado apacible y rápida. Xurxo había crecido mucho en muy poco tiempo y solía decir que de mayor quería ser arquitecto como su nuevo abuelo. Ella había empezado a estudiar historia del arte a distancia. A veces había sentido la tentación de llamar por teléfono a su residencia para escuchar la voz de Bea, pero le aterraba la posibilidad de escucharse a sí misma al otro lado de la línea. Sin embargo, sí había pillado al niño llamando a su casa. Al responder su madre, se había echado a llorar. Había sido una vez y nunca habían hablado de ello. Laura no quería saber qué hubiese hecho de haber contestado Pere. No quería recordar a Pere ni lo que podría haber sido. No quería tampoco saber nada de ningún otro posible novio. No estaba preparada.

Lo peor eran las noches. La habitación de Xurxo compartía con la suya una terraza bastante grande en la que algunas veces desayunaban y por la que se colaban a su cuarto los gritos del niño cuando tenía sus horribles pesadillas. No es que soliese despertar a Laura, ella no dormía demasiado desde su regreso, pero los gritos eran aterradores, escalofrantes, como de monstruo mitológico o dinosaurio moribundo.

Solía levantarse y cruzar al otro dormitorio por la terraza. Se sentaba a su lado en una silla y le contaba historias o le hablaba de algo que hubiera estudiado ese día: ánforas griegas, escultura babilónica, pintura religiosa medieval. Xurxo no solía tardar en dormirse y ella, en salir a encenderse un cigarro. Había empezado a fumar y no le resultaba tan elegante como había fantaseado. Pero de algo había que morir. O quizá ella no moriría nunca, al menos no una parte de ella si siempre había una Laura que entraba en 2012 y salía en 2011 de la Ciudad de la Luz. De alguna manera, la historia se repetiría una y otra vez: el tiempo fijo en una estampa de horror cíclica.

Eso siempre que una de las Lauras no tomara la decisión de detener el circuito satánico en el que se podría convertir aquello.

Había leído que había teóricos de la física, como Adela, que decían que el tiempo no era lineal, no se perdía para siempre una vez pasado un hecho, sino que pasaba simultáneamente. De esa forma, el pasado y el presente sucedían siempre al mismo tiempo. Y quizá pensaba eso, apagando el cigarro en una maceta, porque deseaba que la Laura que dijo sí al viaje con Bea fuese otra que siempre dijese que sí, una muy distinta a ella que era para siempre la Laura que apagaba el cigarro en una maceta en ese instante.

Entre todo aquello, no sabía qué la había empujado a tomar la decisión, quizá

pensar que Xurxo y ella ya estaban lo bastante perjudicados, sin remedio, pero que había otros Laura y Xurxo por ahí que podían seguir siendo criaturas inocentes. Sí, puede que fuera eso, tan sólo una decisión egoísta en un mundo egoísta.

No puso mucho interés en creer que adoptaba una opción altruista; no era por salvarlos a ellos, a los otros. Los «ellos» que ella conoció y que había amado ya estaban muertos. Éstos eran otros, los «ellos» que conocían y amaban el otro Xurxo y la otra Laura. Y también podría haberse alegado que no era una decisión egoísta porque al Xurxo y a la Laura que pretendía conservar inocentes también eran ajenos, pero qué más daba, había que hacerlo y no importaba demasiado la razón. Es posible que con el hecho de romper una dinámica bastase.

Xurxo estaba gritando cuando lo decidió. Y fue lo que le contó cuando pasó a consolarlo. Era la quinta vez que gritaba aquella noche.

—Como ves, puedo tener ideas fabulosas incluso sin dormir —le dijo.

Xurxo estuvo de acuerdo en todo. Al menos habría alguien que esta vez no sufriría.

El plan era que no había plan. Sólo se plantarían allí el día que habían elegido para explorar la Ciudad de la Luz y evitarían que entrasen. ¿Cómo? Daba igual. ¿Se enfrentarían a ellos directamente? Xurxo reconoció que le resultaría bastante impactante encontrarse con el Xurxo del pasado, aunque puede que a él le resultase emocionante conocer al del futuro. Estaba casi seguro de que le resultaría simpático a aquel Xurxo, pero no quería comprobarlo.

Otra opción sería llamar a seguridad cuando los vieses traspasar el vallado del cine. Realizar una llamada anónima y esperar que llegasen antes de que todos se introdujeran en el túnel. Una noche en el calabozo por gamberros o una multa era mejor que morir, ¿no? Desde luego que sí. Pero no descartaba la posibilidad de que Pere intentase después encontrar a su abuelo. ¿Podían confiar en que el Xurxo del pasado le lograra transmitir el peligro que suponía?

—Bueno, no lo conseguí la primera vez.

—¿Quién te ha dicho que aquélla fue la primera vez?

Eso también se le había pasado por la cabeza. Puede que ellos fueran el resultado de un Xurxo y una Laura que decidieron no hacer nada. O del Xurxo y la Laura que contaron la verdad a la policía y acabaron internados en un sanatorio. En cualquier caso, eran un Xurxo y una Laura que fracasaron en su intento de salvarlos.

—¿Por qué crees que esta vez puede salir bien? ¿Por qué piensas que lo evitaremos?

—No lo sé. No pienso nada. Hace tiempo que no me hago una idea de nada, pero tenemos que intentarlo, ¿no crees?

Se presentaron en el lugar. Allí estaban los dos a la hora pactada, detrás de una columna, de la mano, pensándose todavía si lo harían o no, si los frenarían o si eso de

alguna manera destrozaría el orden del universo. Quizá si no entraban nunca, ellos dos, este Xurxo y esta Laura, desaparecerían porque sus equivalentes nunca entraron.

Eso ni siquiera lo habían pensado. Marty McFly empezaba a borrarse cuando su madre se enamoraba de él.

—Mierda.

—¿Qué te pasa?

—Xurxo, quizá si ellos no entran, nosotros dejemos de existir.

—¿Qué quieres decir?

—Nosotros dependemos de que ellos entren. Somos los que salieron, los supervivientes. Si ellos no entran, no saldrán, es decir, no saldremos en el pasado.

Laura murmuraba detrás de aquella columna, todavía quedaba un poco para que llegasen todos, pero no podían tardar mucho más en decidirse. ¿Qué era mejor? ¿Intentar salvarlos o seguir con la vida que habían conseguido con aquella segunda oportunidad? Quizá la que lograrían los otros si no entrasen sería mejor, pero sería la vida de los otros, no la suya. Ellos tenían una, una sola, que se les había concedido por haber sobrevivido al desastre.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé.

Se miraron a los ojos y enlazaron sus dedos. Fuera lo que fuese lo harían juntos. Ahora eran un equipo y no había nadie más en el mundo. Era el lugar elegido. Era el día elegido.

La chica pelirroja ya estaba allí, vestida de blanco de los pies a la cabeza. Unos minutos más tarde llegó un joven británico, que se quedó observando las arcadas sobre los andenes con una sonrisa en los labios. Sus ojos recorrieron la estación, mirando sin ver a las pocas personas que había en esos momentos. Una pareja de ancianos, una embarazada leyendo un libro, un hombre con una bicicleta, una muchacha sujetando la mano de un adolescente que permanecía oculto tras una columna. Pocos para ser un lugar tan frecuentado. Pere había dicho que no habría casi nadie a esas horas, y estaba en lo cierto.

Era el día elegido, el momento perfecto, y Pere llegaba tarde. A pesar de haber insistido tanto en la importancia de la puntualidad, llegaba tarde.

[...] La tarde de ayer, los clientes y trabajadores de una popular perfumería situada en el Triangle, en lo que antaño fuera la famosa Avenida de la Luz, vivieron una experiencia aterradora. A las cinco de la tarde empezaron a escuchar unos gritos pidiendo ayuda que procedían de uno de los numerosos túneles de mantenimiento que se tapiaron entre 2012 y 2013 en la zona. Después de unas labores de rescate que duraron alrededor de cuatro horas, y en las que se derribaron varias paredes, lograron sacar a un anciano que llevaba a un joven inconsciente en una carretilla. Algunos de los testigos aseguran que el anciano preguntó al salir si «esto era el futuro» y aseverar que «tampoco habían cambiado tanto las cosas». Los dos rescatados han sido identificados como Hermenegildo Pla, residente en Mataró, y el ciudadano de nacionalidad británica William Brighton, ambos desaparecidos durante el primer trimestre de 2012. Ni el señor Pla ni el joven Brighton, al recuperar el conocimiento, han sido capaces de dar una explicación coherente a su desaparición años atrás ni a su aparición tras la pared de la perfumería. Se sospecha de un secuestro fallido o un ajuste de cuentas semejante al acontecido en 2011 con los nietos del conocido arquitecto...

NOTAS Y LICENCIAS DE LA AUTORA

- El cuento de Gabriel García Márquez al que hace referencia Laura es *El ahogado más hermoso del mundo*.
- El relato al que hace referencia Adela sobre un hombre mal enterrado es *Los que vuelven* de Matías Candeira y puede encontrarse en su libro *Todo irá bien*.
- La edición de la *Narración de Arthur Gordon Pym* con las tapas blancas y verdes es ficticia, aunque la cita que Pere encuadra es real.
- Los lugares propuestos para exploración urbana, y que fueron desechados por los protagonistas de la novela, han sido una amable sugerencia de la escritora Care Santos, y cada uno de ellos podría encerrar a su vez una novela.
- Los homenajes cinematográficos de la novela son, en general, homenajes a mi abuela, que durante toda mi infancia me dejó ver las películas que quisiera, lo cual marcó para siempre mi forma de ver el mundo y de narrar. Casi todas las películas que aparecen a lo largo de la historia, las vi en su casa.
- Aunque la película que se proyecta en el cine es la versión cinematográfica de *El resplandor*, la cita de Stephen King que aparece al principio de la historia pertenece al libro original que inspiró a Kubrick.
- El libro en inglés sobre *Urbex* que se compra Pere es *Explore Everything: Place-Hacking the City* de Bradley L. Garrett.
- La referencia a los «señores del tiempo» es un guiño a la serie británica *Doctor Who*, aunque los personajes designados en la novela por ese apelativo son más bien «siervos del tiempo».
- A pesar de ser consciente de que es bastante improbable que un estudiante de física, que es una ciencia exacta, se dedique al espiritismo y las psicofonías, me pareció divertido introducir un personaje que tratase de dar consistencia científica a los fenómenos paranormales, y por ello Adela.
- El Marty McFly al que hace referencia Laura es, por supuesto, el de *Regreso al futuro*.
- El nombre de Hermenegildo es un homenaje al gran pintor catalán Hermenegildo Anglada Camarasa.
- Xurxo existe, pero no es un niño albino. Es el ser mágico que vive dentro de un amigo periodista gallego del mismo nombre.